

REINOS OLVIDADOS

EL NECHICERO

EL RETORNO DE LOS ARCHIMAGOS • VOLUMEN 3



TROY DENNING

Lectulandia

En las inhóspitas ruinas de Tilverton, los demonios acechan en las sombras.
En Evereska y Cormyr, las alianzas se vienen abajo.
En el desierto de Anauroch, calcinado por el sol, se establece un imperio de oscuridad.
El destino se decide en el alma de un elfo torturado.

Lectulandia

Troy Denning

El hechicero

Reinos Olvidados: El retorno de los archimagos - 3

ePub r1.1
helike 04.09.14

Título original: *The Sorcerer*
Troy Denning, 2002
Traducción: Emma Fondevila
Ilustración de cubierta: Jon Sullivan

Editor digital: helike
Colaborador: OZN
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Ed Greenwood,
por compartir su mundo con tantos otros.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a mi editor, Phil Athans, por su paciencia, su buen humor y su gran perspicacia; a Eric Boyd por sus numerosas contribuciones a la serie y a Andria Hayday por su paciencia y apoyo extraordinarios.

EVERESKA



Capítulo 1

7 de Flamerule, Año de la Magia Desatada (1372 DR)

El silencio tenso que sucedía a la lectura de cada informe era el sonido de la desesperación. Tras cada noticia de un nuevo pacto alcanzado por el enemigo, tras cada anuncio de que un reino ya no podía reunir más tropas, los emisarios solían clavar la mirada en la pulida superficie de la mesa de conferencias y dedicarse a estudiar su reflejo, y el único ruido que se oía en la habitación era el gorgoteo de las lámparas de aceite.

Sólo la princesa Alusair Obarskyr, la Regente de Acero de Cormyr, recibía las noticias con la cabeza alta, aunque a Galaeron Nihmedu le daba la impresión de que cada vez que se informaba de otro ciclón desatado por la fusión del Hielo Alto, cada vez que se hablaba de una nueva ciudad inundada o del agostamiento de los campos de cebada de otro país por el calor despiadado del sol, los surcos del ceño de la princesa se hacían más profundos y sus ojeras se hacían más grandes, oscuras y amenazadoras.

—¿Y qué noticias hay de Evereska? —preguntó Alusair volviendo la vista hacia Galaeron—. ¿Cómo les van las cosas a los elfos?

La pregunta tenía como objetivo informar a todos los presentes. Alusair había sido quien le había dicho a Galaeron lo que ahora iba a transmitir a los demás, y le estaba haciendo el honor de pedirle que lo repitiera en nombre de su ciudad. Galaeron se puso de pie.

—Evereska resistirá, alteza. —Esta buena noticia hizo que varios emisarios alzaran la cabeza, y Galaeron continuó—: Los ejércitos elfos están acampados a las afueras de los Sharaedim, dispuestos a presentar batalla a los phaerimm en cuando caiga el caparazón de sombra.

—¿Estás seguro de que caerá? —preguntó Korian Hovanay, embajador de Sembia, un hombre atildado, de abultada papada y extravagante sombrero con una pluma que descansaba en la mesa ante él. Hovanay miró a Galaeron mientras hablaba—. No veo razón alguna para que los shadovar lo dejen caer. Los phaerimm son enemigos acérrimos de Refugio, y los shadovar han salido airoso de todas sus demás empresas.

—De todas sus empresas diplomáticas —lo corrigió Alusair. La princesa había envejecido una década en los cuarenta días transcurridos desde la pérdida de Tilverton, y su rostro, otrora atractivo, se veía amarillento y demacrado por las preocupaciones—. Su ejército, o lo que queda de él, no ha vuelto a intervenir desde la batalla de Tilverton.

—Más a mi favor —replicó Hovanay—. ¿Cómo sabemos que no han estado

organizando sus fuerzas para lanzar un ataque renovado contra los phaerimm?

—Eso es lo que nos gustaría, embajador —dijo Piergeiron Paladinson, que había regresado desde Aguas Profundas por medios mágicos—. Por desgracia, los shadovar son demasiado taimados como para centrar su atención en otra parte y permitir que nuestra alianza se movilice contra el Deshielo.

—Y los ejércitos elfos están dispuestos a hacer frente tanto a los shadovar como a los phaerimm —añadió Galaeron—. El caparazón de sombra produce a Evereska tanto daño como los phaerimm, y nuestra gente impedirá que los shadovar lo renueven.

Lo que Galaeron no había dicho era que con dos de los Elegidos de Mystra —Learal Mano de Plata y su consorte Khelben Arunsun— atrapados todavía en los Sharaedim, Storm Mano de Plata estaba tan empeñada como los elfos en echar abajo el caparazón de sombra. Al primer atisbo de problema, ella se teleportaría directamente al desdoblamiento místico que mantenía unida a la esfera oscura y se uniría a seis de los últimos altos, magos de Siempre Unidos en la tarea de evitar que los shadovar lo renovaran.

De poco más podía estar seguro Galaeron en esta extraña guerra trilateral, pero sí lo estaba de que el caparazón de sombra caería, y pronto. Lo que sucedería después entraba en el terreno de la pura especulación. Con los phaerimm sueltos por el mundo, los shadovar derritiendo el Hielo Alto, y el azote de las inundaciones y hambrunas por todo Faerun, lo único que se podía predecir sin temor a equivocarse eran calamidades.

Hovanay miró a Galaeron con sorna.

—Qué estupendo para los elfos —dijo por fin—. Estoy seguro de que nos perdonarás a los demás por no compartir tu entusiasmo.

—¿Tienes algún motivo para desear algún mal a Evereska, embajador? —inquirió Galaeron—. ¿Acaso Sembia tiene esperanzas de llegar a algún pacto para adueñarse de nuestro tesoro?

Hovanay lo atravesó con la mirada.

—Supongo que no estarás sugiriendo que Sembia tiene alguna relación con los ladrones, Nihmedu.

Galaeron apoyó con fuerza las manos sobre la mesa y empezó a ponerse de pie, pero la bruja arpista Ruha, que estaba sentada a su lado, ocultó sus facciones por el velo habitual, le apoyó una mano en el antebrazo.

—Recuerda a tu sombra —le dijo en voz baja—. Estás suponiendo demasiado.

Galaeron sintió un repentino acceso de ira contra ella, e inmediatamente se dio cuenta de que algo oscuro y siniestro se preparaba en su interior. Su ser de sombra trataba otra vez de imponerse incitándolo a ver oscuros motivos y malvadas traiciones en quienes lo rodeaban. Volvió a dejarse caer en su asiento y cruzó las

manos antes de mirar a Hovanay al otro lado de la mesa.

—Mi pregunta no estaba justificada, embajador —se excusó Galaeron. Lo sacaba de quicio tener que disculparse, pero en cuestiones como ésta era más prudente dejarse llevar por el criterio de Ruha que por el propio—. Espero que sepas disculpar sus implicaciones.

Hovanay le respondió con una mueca.

—Por supuesto —dijo—. Todos somos conscientes de tu mal.

—Lo cual no significa que comprendamos tu idea, embajador —repuso Alusair. No se molestó en ocultar sus propias sospechas respecto del hombre, ya que nunca había habido una relación cordial entre los dos reinos debido al intento mal disimulado de Sembia de apoderarse de una parte de Cormyr durante el Hostigamiento de Ghazneth—. ¿Qué razón podría haber para no desear que Evereska sobreviva?

—No es la supervivencia de Evereska lo que nos preocupa —respondió Hovanay—. Es la caída del caparazón de sombra. El comercio ya se ha visto bastante perjudicado. Lo que menos falta nos hace en este momento es una legión de phaerimm que vayan por ahí haciendo esclavos y sembrando sus huevos en los pocos mercaderes que todavía se desplazan cumpliendo con sus obligaciones.

Galaeron se reprimió para no echarle en cara que se preocupara por su bolsa mientras seguían muriendo valientes elfos, pero Alusair no. Estudió a Hovanay con un gesto de desprecio que por lo general reservaba para limpiarse algo que había ensuciado su bota, y luego sacudió la cabeza.

—Es algo más que oro lo que nos jugamos en esto —dijo—. Nuestros súbditos no pueden alimentarse de oro, aunque no me importaría daros a comer un poco si os apetece el experimento.

Ruha esbozó una sonrisa debajo de su velo y algunos más entre los presentes tuvieron que morderse los labios y mirar hacia otro lado.

Tras recibir la afrenta de Alusair con el aire despreocupado de alguien habituado a que lo traten así, Hovanay se limitó a sonreír.

—Es posible que no podamos comer oro, pero sin duda lo necesitamos para mantener a nuestros ejércitos. ¿Hay entre los nuestros algún reino cuyas arcas no estén agotadas a estas alturas?

Al ver que en la mesa todos guardaban silencio, el embajador continuó.

—Si nuestras pérdidas se acrecientan, me atrevería a decir que la alianza carecerá de los medios para mantener a un ejército, por pequeño que sea, y mucho menos lo bastante poderoso como para derrotar a los shadovar e impedir el Deshielo.

Una vez más, un silencio tenso se adueñó de la sala del consejo, y en la cara de Alusair se reflejó la frustración. Agotados ya los recursos humanos y financieros, los reinos de la alianza se hallaban al borde de la extenuación y, tal como decía Hovanay,

cualquier presión que ejercieran los phaerimm bastaría para acabar con ellos. Hasta para Galaeron estaban claras las implicaciones. La supervivencia de Evereska sólo se conseguiría a costa de otras tierras civilizadas de Faerun.

Galaeron empezó a sentir que todos los ojos estaban fijos en él, y cuando paseó la mirada por la mesa se dio cuenta de que los ojos de los demás emisarios se apartaban con rapidez.

Lord Nasher Alagondar de Neverwinter, que había llegado utilizando la misma magia que Piergeiron Paladinson, se cubrió la boca con la mano y tosió. Roto así el silencio, Alduvar Snowbrand, espada de Archendale y uno de los tres emisarios compartidos por las Tierras del Valle, apretó con los dedos los brazos de su asiento y se inclinó hacia adelante como si estuviera a punto de saltar de él.

—Yo diría que estamos abordando esto de una manera equivocada. —Alduvar era un hombre alto, fuerte, con una sedosa cabellera negra, un rostro espectral y ojos de un color verde profundo que parecían extrañamente distantes y apagados—. Nuestros enemigos son los shadovar, no los phaerimm.

—Eso es fácil de decir cuando la que está sitiada no es la ciudad de uno —dijo Galaeron—. Los phaerimm son enemigos de los elfos, os lo aseguro.

—¿Y de quién es la culpa? —Alduvar lo miró con el entrecejo fruncido, aunque sus ojos no reflejaban ira ni malicia, ni emoción alguna—. ¿No fuiste tú el que los liberó, para empezar?

—¿Y el que lanzó sobre nosotros la maldición de los shadovar? —añadió Irreph Mulmar, el rubicundo condestable de Valle Alto. Al igual que Alduvar, sus ojos daban la extraña sensación de estar vacíos—. ¿Acaso no fuiste tú el que los hizo volver del plano de la sombra?

Muy en el fondo, Galaeron se daba cuenta de que las ácidas palabras de los hombres del Valle no se correspondían con la mirada de sus ojos vacíos, pero su sombra se preparaba otra vez para atacar, furiosa ante las acusaciones e instándolo a responder con la espada o con un conjuro. Ya se disponía a ponerse de pie, cuando Ruha le clavó las uñas en el brazo recordándole que debía ser fuerte, que dejarse llevar por la ira era sucumbir a la oscuridad que lo devoraba desde dentro.

—Lo hecho, hecho está —dijo Mourngrym Amcatha, el tercero y último de los emisarios de las Tierras del Valle. Era éste un hombre corpulento, de complexión fuerte, que llevaba un bigote castaño y el pelo prolijamente recortado. Tenía los ojos tan vacíos como sus compañeros—. El elfo fue quien cometió el error. Es su pueblo el que debería pagar por ello, no nosotros.

El comentario de Mourngrym desató un coro de murmullos atónitos, ya que era tan respetado por casi todos como en su propio valle. El hecho de que él hablara tan abiertamente contra los intereses de Evereska equivalía a expresar en voz alta el resentimiento albergado en secreto por muchos de los jefes menores de la alianza que

se reunían por las noches en pequeños grupos para quejarse en voz baja de las desgracias que había desencadenado sobre ellos el error de un elfo.

Galaeron se vio invadido por una furia tan oscura que se olvidó de todo lo relacionado con los ojos vacíos y dejó de sentir la presión de la mano de Ruha sobre el brazo. De repente se encontró de pie y apoyado en la mesa en dirección a Mourngrym, con el peso del cuerpo sobre las manos mientras las palabras le salían a borbotones de la boca como si respondieran a su propia iniciativa.

—¿Y a quién culparías si hubieran sido los shadovar y no Evereska los que hubieran liberado a los phaerimm en las Tierras del Valle? —inquirió Galaeron—. ¿A algún saurial del Valle de Tarkhal?

El labio de Mourngrym se plegó en una sonrisa desdeñosa, pero sus ojos siguieron tan inexpresivos como antes.

—El caso es que no fue un saurial quien liberó a los phaerimm —respondió—. Fue un elfo. Tú, para ser precisos.

Al notar de repente que perdía el equilibrio, Galaeron miró hacia abajo y se encontró con que tenía la mano a un palmo por encima de la mesa y los dedos curvados como para lanzar un rayo de sombra. Ruha trataba de sujetarle el brazo con fuerza para que no pudiera formular el conjuro. Detrás de ella, Piergeiron Paladinson se disponía a ayudar, observando el forcejeo con una expresión entre alarmada y paciente.

Lo que vio bastó para devolver el sentido a Galaeron, que dejó caer la mano inerte.

—¡Humanos!

Consciente de que todavía no se había controlado del todo, Galaeron liberó el brazo y se volvió hacia Alusair.

—Si su alteza quiere perdonarme...

—Pues no, sir Nihmedu. —Le indicó que se sentara e hizo una seña con la cabeza a un par de Dragones Púrpura apostados junto a la pared. Cuando éstos se acercaron para montar guardia detrás de la silla de Galaeron, añadió—: En realidad, tengo un profundo interés en oír la respuesta de lord Mourngrym.

Galaeron se sentó y Mourngrym se volvió hacia Alusair.

—¿Y cuál sería la pregunta, alteza?

—La pregunta que os ha hecho Galaeron, lord Mourngrym —respondió Alusair—. Lo que pregunto es qué habría ocurrido si hubiera sido ése el caso.

—La pregunta no tiene sentido, alteza. Fue el elfo el que liberó a los phaerimm.

Un murmullo de sorpresa recorrió toda la cámara. Sin hacer caso, Mourngrym se volvió con un gesto hacia Galaeron, y por fin éste se dio cuenta de lo que había estado viendo o, mejor dicho, no viendo, en los ojos del emisario.

La ira ensombreció el rostro de Alusair.

—Lord Mourngrim —dijo—, como huésped de mi reino me debéis la cortesía de una respuesta.

Mourngrim respondió con una sonrisa falsa.

—Por supuesto, alteza. Lo que no consigo entender...

Galaeron no oyó el resto de la respuesta, ya que sus propios pensamientos giraban como uno de los ciclones que habían estado sembrando destrucción sobre las granjas y aldeas de Faerun. El ataque contra él había sido cuidadosamente coordinado. Los emisarios de menor rango habían preparado el terreno para un ataque final lanzado por su miembro más respetado. Teniendo en cuenta que los tres venían de la misma zona, no era inverosímil que hubieran llegado juntos antes del consejo y se hubiesen puesto de acuerdo sobre la estrategia, pero Galaeron sospechaba que había otra explicación, una explicación mucho más siniestra.

Se inclinó hacia Ruha y sintió que la mano de un Dragón Púrpura lo sujetaba por el hombro.

—Milord —susurró el soldado—, creo que la princesa pretende que permanezcáis en vuestro asiento.

—Y eso haré. —Aunque Galaeron respondió en tono cordial, le costó refrenar el insulto que le hubiera gustado lanzarle al hombre. Si estaba en lo cierto, y lo estaba, lo que menos necesitaba era que aquel zoquete atrajera sobre él la atención de los demás—. Sólo quería agradecer a la Arpista su ayuda.

Ruha alzó la mirada realzada por el kohl hacia el guardia.

—Galaeron no me hará ningún daño —afirmó.

El soldado la miró un momento con desconfianza, después asintió a regañadientes y retiró la mano del hombro de Galaeron. Ruha miró al elfo, y mientras Alusair y Mourngrim seguían con su discusión en tono cada vez más acalorado, permaneció a la espera.

—Gracias —dijo Galaeron. Fue todo lo que se atrevió a decir, al menos mientras hubiera uno de ellos merodeando por la sala, escuchando a hurtadillas lo que se decía en el consejo y manipulando a sus esclavos mentales—. Me temo que perdí el control.

Ruha frunció el entrecejo antes de responder.

—Considerando lo que se dijo, pensé que harías bien en mantener a tu sombra bajo control.

Galaeron siguió mirándola, tratando de encontrar alguna otra manera de hacerle saber sus sospechas sin alertar a cualquiera que pudiera estar espiando.

Irreph y Alduvar sumaron sus voces a la de Mourngrim, reprochando a Alusair que estuviera perdiendo el valioso tiempo del consejo en un ejercicio sin sentido de imaginación.

—Galaeron —preguntó Ruha—, ¿acaso hay algo más?

—No —respondió. Si al menos ella entendiera el lenguaje de signos..., pero tal como estaban las cosas estaba empezando a temer que fuera necesario usar su propia magia para salvar al consejo—. Eso es todo.

Ruha asintió, no del todo convencida, y volvió a centrar su atención en el consejo.

Galaeron estaba inquieto, perdido en sus propios pensamientos, tratando de imaginar otra manera de hacer lo que era necesario. Habían pasado fácilmente dos meses desde la última vez que había formulado un conjuro. Estaba seguro de poder formular éste, que ni siquiera era un conjuro muy difícil. Era apenas una sencilla abjuración para hacer visible al espía que sabía que acechaba en algún lugar de la cámara del consejo poniendo palabras en boca de los emisarios. Por supuesto, tendría que recurrir a la magia de sombra, puesto que no estaba seguro de ser capaz todavía de usar la magia normal. Además, la magia de sombra era más eficaz contra los phaerimm. Los conjuros normales por lo general rebotaban en sus escamas resistentes a la magia, pero la magia de sombra siempre funcionaba.

La idea de tomar contacto con el Tejido de Sombra hizo que un estremecimiento sacudiera todo su cuerpo. Casi podía sentir el poder frío surgiendo de él, saciando una sed que había ido creciendo a lo largo de dos meses. Un simple conjuro no iba a hacerle ningún daño. Era difícil que diera a su ser de sombra la fuerza necesaria para apoderarse totalmente de él, al menos no por mucho tiempo, y tenía que descubrir al espía; era imprescindible. Tenía que hacer ver al consejo que las palabras de los emisarios eran las palabras del enemigo, que los phaerimm estaban tratando de romper la alianza...

No pasaba un solo día en que Galaeron no encontrara algún motivo igualmente válido para justificar la violación de su voto y su utilización del Tejido de Sombra. La tentación siempre acechaba esperando un momento de debilidad, siempre lo empujaba por la senda oscura, pero Galaeron sólo tenía que pensar en Vala para resistirse, pensar en que ella seguía esclavizada en el palacio de Refugio e imaginar los abusos que tendría que soportar cada noche en el lecho del príncipe.

Había sido su sombra la que lo había convencido para abandonarla allí, la que le había llenado la cabeza con tantas y tan amargas sospechas que finalmente lo habían hecho sucumbir a la oscuridad y lo habían incitado a vengarse de una mujer que jamás le había demostrado más que amor. Era un error que no pensaba repetir jamás, aunque le fuera la vida en ello.

Y, con Ruha decidida a impedir que cometiera un desliz, seguro que lo podía conseguir. Ella lo observaba por el rabillo del ojo, y aunque sus ideas permanecían ocultas tras el velo bedine, tenía la mano cerca de la curvada daga que llevaba en la faja.

Por segunda vez en apenas dos minutos, Galaeron deseó que la bruja pudiera entender el lenguaje de señas...; entonces se dio cuenta de que no era necesario.

Trabó la mirada con la de la mujer y luego bajó la vista hacia su regazo, donde con los dedos hizo los movimientos del conjuro que quería que ella lanzara. Aunque no estaba intentando formular nada, el simple esbozo de esos movimientos hizo nacer en él un poderoso anhelo de abrirse al Tejido de Sombra.

Ruha abrió mucho los ojos y dio la impresión de que estuviera a punto de interferir. Galaeron se detuvo a mitad del conjuro y volvió a empezar. Ruha pareció tranquilizarse. Galaeron prosiguió con el gesto, poniendo cuidado en que cada movimiento fuese lento y preciso para que ella no tuviera problema en descifrar lo que estaba haciendo. Cuando la luz del entendimiento surgió en los ojos de la mujer, se detuvo y recorrió con la mirada la distancia que lo separaba de los emisarios que ahora simulaban no entender la verdadera naturaleza de la pregunta de Alusair.

—... supongo que en el caso de que los shadovar hubieran tratado de liberar a los phaerimm debajo del Valle de Tarkhal no habría habido el menor problema —estaba diciendo Mourngrym—. Los sauriales son demasiado inteligentes como para abrir una brecha en la Muralla de los Sharn.

Sin usar su propia magia, Galaeron no tenía forma de asegurarse de si el espía phaerimm estaba en algún lugar próximo a sus esclavos mentales, pero le parecía un buen lugar para empezar. Al volver la vista hacia Ruha la sorprendió estudiando a Mourngrym con intensidad casi excesiva. Tenía las manos sobre el regazo y su velo se agitaba casi imperceptiblemente con el susurro del encantamiento que estaba lanzando.

—Muy bien, lord Mourngrym, tú ganas —dijo Alusair desde el lugar que ocupaba en un extremo de la mesa—. Has dejado meridianamente claro que las Tierras del Valle no tienen el menor interés en que la culpa de nuestros problemas provenga de ningún lugar que no sea Evereska. Ahora, ¿te importaría explicar por qué? No consigo entender adonde quieres llegar.

La sonrisa de Mourngrym era tan tensa que más bien parecía una mueca.

—Alteza, las Tierras del Valle no tienen el menor interés en culpar a nadie, simplemente queremos dejar claro...

Fue interrumpido por las últimas sílabas de un encantamiento bedine en el momento en que Ruha se puso de pie. Valiéndose de la magia elemental de su Anauroch nativo, la bruja lanzó unas cuantas gotas de agua en su dirección. Un fuerte chasquido resonó por toda la cámara y se produjo un destello intenso cerca del techo, por detrás de los emisarios. Galaeron tuvo un atisbo de la forma familiar, cubierta de espinas, del cuerpo cónico de un phaerimm, antes de que ésta desapareciera casi en el instante mismo en que apareció.

Se produjo en la cámara un gran revuelo al abalanzarse hacia adelante los guardias entre gritos y resonar de armas. Varios de los emisarios, y de forma más notoria el de Sembia, Korian Hovanay, se tiraron debajo de la mesa para refugiarse.

Otros siguieron el ejemplo de Piergeiron Paladinson, y apoderándose de las lanzas de los guardias, se encaramaron a la mesa y la emprendieron a lanzazos contra el techo en un intento de encontrar al intruso.

Los tres emisarios seguían de pie delante de sus asientos. Sus miradas vacías no se apartaban del resto de emisarios y soldados que tenían más próximos y permanecían dispuestos para incorporarse a la acción.

—¡Orden! —gritó Alusair, que había sacado una espada de algún lugar oculto bajo su vestimenta oficial y aporreaba con la empuñadura la pulida superficie de la mesa—. ¡Se ha marchado!

Aunque la suposición de la princesa era lógica, ya que los phaerimm solían ponerse a salvo teleportándose al primer indicio de peligro, Galaeron se puso de pie.

—En realidad, alteza, creo que no —dijo señalando por encima del hombro de Mourngrym—. Creo que tal vez esté ahí.

Una docena de Dragones Púrpura corrieron a investigar. Los tres emisarios se apartaron de la mesa y cerraron filas en torno a un punto no muy apartado del que había señalado el elfo. Caladnei, la esbelta pelirroja que había reemplazado al debilitado Vangerdahast como maga de Cormyr, surgió de detrás de la butaca de Alusair y apuntó a los tres con su bastón.

Antes de que pudiera pronunciar la palabra de mando, el phaerimm apareció en medio de los emisarios.

¡Un momento! No tenéis nada que temer de mí..., a menos que me atacéis.

Galaeron oyó las palabras en su mente, y por las reacciones de quienes lo rodeaban se dio cuenta de que también ellos las habían oído. Caladnei interrumpió su ataque y los guardias se conformaron con rodear a los emisarios y apuntar con sus lanzas en la dirección en que se encontraba el phaerimm. Galaeron sabía que tal vez su prudencia les había salvado la vida.

Así está mejor.

Galaeron percibió la consabida inexpresividad en los ojos del embajador Hovanay y se dio cuenta de que el phaerimm no estaba retribuyendo a sus enemigos con la misma moneda.

Alusair dejó la espada sobre la mesa y miró al intruso que estaba en el otro extremo.

—Éste es un consejo privado, gusano, y tú eres nuestro enemigo. —Echó una mirada por encima del hombro e indicó con un gesto a Caladnei que se aproximara a la criatura—. Dame una razón por la que tenga que impedir que mis guardias arranquen la espinosa piel de tu carne de víbora.

La razón es que no lo conseguirían —replicó el phaerimm—, y que incluso los enemigos tienen que parlamentar si quieren dejar de serlo algún día.

Los ojos de Nasher Alagondar se quedaron vacíos.

Galaeron tendió una mano hacia el phaerimm.

—Habla por boca de Mourngrym o cállate. —A continuación, sin apartar la vista, se dirigió a Alusair—. Así es como los phaerimm hacen esclavos, a través de sus mensajes mentales.

Muy perspicaz, pero no tienes nada que temer de nosotros, Galaeron, por lo que sé, mi pueblo está en deuda...

—Si sabes quién soy —lo interrumpió Galaeron—, también sabrás que mi magia puede matarte tan rápido como la de un shadovar.

También sé que tienes miedo de usarla.

—No tanto como de convertirme en tu esclavo —dijo Galaeron—. Una palabra más dentro de mi cabeza y la usaré.

—Una palabra más en la cabeza de alguien y le ordenaré que lo haga —añadió Alusair—. Si quieres tratar con nosotros, liberarás a tus esclavos y hablarás en voz alta.

—No puedo hacer las dos cosas. —Esta vez, las palabras del phaerimm salieron de la boca de Mourngrym—. Aunque una vez hayamos terminado, estoy dispuesto a acceder a tu petición.

Los ojos de Alusair brillaron de ira al oír la palabra «petición», pero contuvo la lengua y miró a Galaeron.

El elfo tuvo la tentación de mentir y afirmar que el phaerimm la estaba engañando, puesto que por el tenor de los anteriores argumentos de los emisarios ya sabía lo que pretendía la criatura. Sin embargo, Alusair lo había tratado con suma cortesía y justicia desde el día de su llegada, y ni siquiera por el bien de Evereska estaba dispuesto a pagarle con una traición.

—Los phaerimm hablan entre sí mediante vientos mágicos —explicó Galaeron—. Con las otras razas deben valerse de mensajes mentales o de un intermediario.

Alusair se lo pensó e hizo un gesto al phaerimm.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué quieres?

—Evereska.

Aunque la respuesta era exactamente lo que Galaeron había esperado, la impresión de oírlo de viva voz era más de lo que podía soportar. Empezó a desgranar con los dedos los gestos de un conjuro, pero la mano cubierta con guantelete de malla de uno de los Dragones Púrpura que tenía a sus espaldas lo obligó a bajar el brazo.

Alusair le dirigió una mirada de advertencia.

—Cuando yo dé la orden, sir Nihmedu, no antes.

—Gracias, princesa —dijo el phaerimm. Sus cuatro brazos aparecieron por encima de las cabezas de los emisarios y se extendieron hacia afuera en lo que pretendía ser un gesto de agradecimiento—. Tal como iba diciendo, nosotros y nuestros aliados del Anauroch nos conformaremos con Evereska y con sus tierras.

Eso fue recibido con un respingo por los asistentes, al menos por aquellos que no se encontraban todavía bajo el influjo mental del phaerimm, e incluso Alusair alzó una ceja.

—Evereska no nos pertenece y por lo tanto no podemos entregarla —dijo.

La respuesta evasiva hizo surgir una oleada de ira en Galaeron y tuvo que reprimirse cerrando los ojos y recordando lo que Alusair había hecho por él.

—Tampoco os pertenece para defenderla —respondió el phaerimm por boca de Mourngrym—. Lo que sugerimos es que os ocupéis de los shadovar y dejéis Evereska para nuestros hermanos.

—Entonces, ¿tú no eres del Anauroch? —preguntó Alusair tratando de evitar la respuesta y de ganar tiempo para analizar todos los matices de la propuesta del phaerimm—. ¿Estás aquí en nombre de los phaerimm de Myth Drannor?

—Los shadovar han hecho que ésta sea la lucha de todos los phaerimm —replicó la voz de Mourngrym—, del mismo modo que la han transformado en la lucha de todos los reinos humanos.

—¿Y qué recibiremos a cambio? —preguntó el embajador Hovanay. La expresión egoísta de sus ojos revelaba que estaba libre de la influencia del phaerimm. Eso no presagiaba necesariamente algo bueno, al menos no para Evereska—. ¿De qué modo retribuiréis nuestra ayuda?

El phaerimm adelantó su boca llena de colmillos por encima de los hombros de los emisarios.

—Sería mucho más adecuado preguntar qué recibiréis vosotros por nuestra ayuda.

Hovanay esperó expectante, y el phaerimm orientó la boca en dirección a Alusair.

—Vuestro enemigo es nuestro enemigo —dijo el phaerimm—. Si conseguimos cerrar un trato, nos interesará detener el deshielo del Hielo Alto. Vuestros reinos serían capaces de reconstruir sus ejércitos y de alimentar a su pueblo. Volverían a ser fuertes.

Aunque a Galaeron le hervía la sangre por ponerse en pie de un salto y tratar al phaerimm de mentiroso y falso, sabía que no ganaría nada con semejante demostración. Los humanos creerían, y con razón, que sólo estaba tratando de defender los intereses de Evereska, que diría lo mismo en caso de que el phaerimm tuviera un atisbo de credibilidad. En lugar de eso, tenía que hablar razonablemente y hacer que los humanos percibieran la trampa por sí mismos, hacer que se dieran cuenta de que al vender a los elfos también se venderían a sí mismos.

—Mucho prometes —dijo Galaeron sin poder evitar un leve temblor en su voz—, pero yo he visto la magia de los shadovar y no son fáciles de vencer. Si hacéis lo que prometes, ¿para qué necesitáis a los humanos? ¿Por qué siguen tus primos atrapados todavía dentro del caparazón de sombra?

En lugar de responder a Galaeron, el phaerimm hizo que Mourngrym se volviera

para dirigirse otra vez a Korian Hovanay.

—Nos comprometeríamos a dejar en paz a vuestras caravanas, incluso a protegerlas cuando estuviera en nuestras manos hacerlo.

Eso hizo aflorar una sonrisa codiciosa a los labios del sembiano, aunque sólo a los suyos.

—No has respondido a la pregunta de Galaeron —apuntó Piergeiron Paladinson—. Si los phaerimm pueden hacer lo que tú dices, ¿por qué sigue en pie todavía el caparazón de sombra?

—Porque, tal como habéis aprendido en Tilverton, los shadovar son enemigos formidables —respondió el phaerimm—. Los que estamos libres somos pocos para vencerlos, y los atrapados en el Sharaedim están debilitados y hambrientos. Cuando el caparazón de sombra caiga, eso cambiará.

—Esto es lo que tú dices —dijo Piergeiron.

—Y lo demostraremos —replicó el phaerimm—. ¿Conocéis el pico Untrivvin, al este del Hielo Alto?

—Donde se encuentran los profanadores de tumbas —afirmó Borg Ohlmak, el cacique de lanuda cabeza enviado por los bárbaros del Ride—. Conocemos muy bien el lugar.

La cabeza de Mourngrym hizo un gesto afirmativo a Borg.

—Hay tres mantas de sombra en la base del monte. Cuando el caparazón caiga, las destruiremos como prueba de nuestra capacidad.

—Y a pesar de todo no lograremos ponernos de acuerdo —dijo Alusair—. Evereska no es nuestra y no podemos negociar con ella. ¿No te serviría igual algún otro lugar? Por ejemplo, las Marcas de los Goblins son...

—Yermos sin el menor valor —dijo el phaerimm—. Tiene que ser Evereska. No tenemos interés en vuestros desiertos remotos.

—Entonces tal vez el Valle del Tun —sugirió Alusair—. Son tierras tan fértiles como cualquier zona de Cormyr, y estoy segura de que la alianza estaría dispuesta a prestar toda la ayuda necesaria para tomar el Valle del Fuerte Tenebroso.

—Evereska.

Alusair frunció el entrecejo, tratando evidentemente de pensar en algún otro lugar que pudiera convenir a los phaerimm. Galaeron sabía que intentaba llegar a un compromiso imposible. Los phaerimm querían Evereska por la misma razón por la que habían vivido en Myth Drannor: su Mythal. Necesitaban la magia del mismo modo que otras razas necesitaban el aire, y los Mythal que rodeaban ambas ciudades eran una urdimbre viva de magia. Pedir a los phaerimm que eligieran otro lugar donde vivir era como pedir a un pez que estableciera su morada fuera del agua.

—Evereska no es nuestra y no podemos concederla —continuó Alusair sin darse por vencida—. Nombra otro lugar.

—No va a nombrar ningún otro lugar —intervino Galaeron, aunque sin decir por qué. La existencia del Mythal era un secreto de los elfos, y él ya no confiaba en los humanos allí reunidos, ni siquiera en Alusair—. ¿Cuándo aprenderás? No se pueden hacer tratos con los phaerimm, sólo rendirse ante ellos como cobardes o hacerles frentes y combatirlos como guerreros.

Alusair volvió la cabeza y lo miró con sus ojos negros llenos de furia.

—¿Y cuándo aprenderás tú, elfo, que no es prudente llamar cobarde a nadie cuando es la sangre de su pueblo la que hay que derramar para salvar al tuyo?

Sin darle ocasión de responder, la princesa se volvió hacia los guardias que estaban detrás de la silla de Galaeron.

—Ya me ha bastado con lo que le he oído decir.

Un Dragón Púrpura ató los brazos de Galaeron a los brazos de la silla y otro le puso una mordaza. Una voz siniestra le susurró a Galaeron que Alusair lo había traicionado y que cerraría el trato entregándolo a los phaerimm, pero no era tan imprudente como para ofrecer resistencia. La Regente de Acero era famosa por su fiero carácter, y aunque algo en él le decía que nunca haría lo que la voz de su sombra había sugerido, no tenía duda de que no vacilaría en arrojarlo a una mazmorra profunda y oscura.

Alusair asintió con la cabeza, después se volvió hacia el phaerimm.

—Estabas a punto de nombrar un lugar que la alianza está en condiciones de conceder.

—Evereska —volvió a pronunciar la boca de Mourngrim—. No hay ningún otro lugar. El elfo tiene razón al respecto.

Alusair se dejó caer en su asiento, exasperada.

—Tienes de plazo hasta que se desvanezca la tercera manta —dijo el phaerimm por boca de su esclavo mental.

La criatura abandonó su lugar detrás de los emisarios y, haciendo caso omiso del círculo de guardias que lo rodeaban, hizo cundir el pánico entre Borg Ohlmak y Nasher Alagondar flotando hacia el extremo de la mesa que éstos ocupaban.

—Esperamos vuestra respuesta afirmativa antes de que eso ocurra.

La mirada de Alusair se volvió más dura.

—¿Y si no la damos?

El phaerimm apoyó firmemente dos de los brazos en la mesa.

Lo haréis —dijo.

Alusair se levantó como un rayo y se dispuso a dar a los guardias una orden, pero el phaerimm ya había desaparecido.

Mourngrim y los otros dos emisarios lanzaron unos gritos desconcertados y a continuación se dirigieron tambaleándose hacia las sillas más próximas, con las manos temblorosas y la boca abierta. Los Dragones Púrpura miraron a Caladnei

esperando órdenes mientras la maga real se apresuraba a formular conjuros de detección. Los allí reunidos permanecían en sus asientos con una expresión mezcla de alivio e incertidumbre mientras consideraban si era prudente traicionar a Evereska.

Después de un momento, Alusair volvió a poner orden en la cámara volviéndose hacia su maga real.

—¿Puedes explicarme cómo es posible que ese espía haya entrado aquí? —Fue una hábil maniobra para apartar el pensamiento de los emisarios de la propuesta del phaerimm hacia la amenaza que había representado el uso arrogante de su poder—. Podría habernos matado a todos.

Caladnei palideció y negó con la cabeza.

—La cámara está protegida contra la invisibilidad, la teleportación, el escudriñamiento...

—Es evidente que no lo está —la interrumpió Alusair, firme en la determinación de mantener entretenidos a los emisarios buscando más una explicación a la presencia del phaerimm que a la causa de la misma y ganando tiempo para aclarar sus propias ideas sobre la cuestión. Después miró a Galaeron—. ¿Tal vez sir Nihmedu podría explicar cómo lo hizo?

Cuando el guardia le quitó la mordaza, Galaeron recorrió con la mirada toda la mesa del consejo y vio, o al menos su sombra la vio, una expresión de culpabilidad en todas las caras.

—¿Galaeron? —dijo Alusair para llamarle la atención.

Incapaz de seguir ocultando la furia que se acumulaba en su interior, Galaeron dirigió a la princesa una mirada llena de rencor.

—¿De verdad esperas una respuesta? —preguntó.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no traiciono a mi pueblo —dijo Galaeron—. Jamás ayudaría a los aliados de los phaerimm.

Un murmullo de indignación se difundió por toda la cámara, pero la expresión que se reflejó en el rostro de Alusair fue menos de indignación que de claudicación.

—Dejadnos solos —dijo.

Los emisarios callaron y se miraron los unos a los otros, esperando que el otro tomase la iniciativa para objetar o iniciar la retirada.

—Ahora —ordenó Alusair—. Hablaremos de lo del phaerimm mañana, cuando todos hayamos tenido ocasión de ver si podemos acceder a su petición y ser capaces de dormir por la noche.

Los emisarios se pusieron de pie en medio de arrastrar de sillas y de mordaces observaciones y salieron de la cámara donde quedaron sólo Caladnei, Ruha y una docena de Dragones Púrpura junto a Galaeron y Alusair. La princesa les señaló a todos la puerta.

—Vosotros también —dijo, poniéndose de pie y dirigiéndose al extremo de la mesa donde estaba Galaeron—. No corro ningún peligro aquí.

Aunque en sus rostros se reflejó claramente el desacuerdo, los demás sabían que no era prudente poner en duda la capacidad de Alusair para cuidar de sí misma.

Cuando se hubieron ido, Alusair se sentó al lado de Galaeron y apoyó su vigorosa mano en la delgada rodilla del elfo. Aunque no ejerció presión, Galaeron se dio cuenta perfectamente de que, de haberlo querido, podría haberle quebrado los huesos.

—¿Qué voy a hacer contigo, elfo? —preguntó—. Eres tu peor enemigo... y, sin embargo, no puedo decir que las cosas hubieran resultado diferentes si no lo fueras.

A Galaeron se le cayó el alma a los pies.

—Entonces, ¿vais a traicionar a Evereska?

—No, Cormyr no. Lo prometo —dijo Alusair—, pero me temo que tampoco vamos a prestar ayuda.

—¿Nos dejáis librados a nuestra suerte?

Alusair miró al otro extremo de la sala.

—Realmente nunca pensé que fuera posible negociar la seguridad de Evereska, pero... —Dejó la frase sin terminar y a continuación negó con la cabeza y volvió a mirar a Galaeron—. La diplomacia es el arte de lo posible, Galaeron, y no podemos hacer nada. Debes saber eso.

Una ira oscura amenazó con apoderarse de Galaeron, pero pudo domeñarla. Sabía que Alusair le decía la verdad y que eso era lo que hacían los amigos en circunstancias como éstas. Cogió las manos de la princesa.

—Lo sé y te doy las gracias. —Miró hacia la puerta—. Fue Alduvar Snowbrand —añadió.

Alusair frunció el entrecejo, confundida.

—¿Alduvar?

—Quien desactivó las defensas —le aclaró Galaeron—. Los emisarios ya eran esclavos mentales cuando llegaron, y los phaerimm sabían que eran los últimos de quienes esperarías una traición. Llegó el primero y desactivó las defensas, y el phaerimm llegó oculto entre los otros dos.

Alusair alzó las cejas.

Galaeron hizo un gesto afirmativo, pero no se molestó en dar más explicaciones. Todo lo relativo a los phaerimm lo sabía así, sin más. Era un pequeño don que le había otorgado un shadovar al que había conocido una vez.

—Bueno, gracias —dijo Alusair con una sonrisa, después se inclinó hacia él y le dio un beso, un beso intenso, en la boca—. Cuídate mucho. Te voy a echar de menos.

Capítulo 2

10 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

Al otro lado del caparazón de sombra, Takari Moonsnow sólo veía formas oscuras, discos nebulosos y columnas difuminadas que lo mismo podrían ser monstruos que formaciones minerales, lo mismo acechadores u osgos que rocas o fragmentos de piedra.

Daba la impresión de que no se movían, lo cual llevaba a pensar en seres inanimados, pero en cuanto uno apartaba la vista un momento y volvía a mirar, las sombras habían cambiado de lugar, lo cual hacía pensar en algo animado, siniestro, incluso peligroso. Claro que para eso había que contar con que el cambio no fuera un mero fruto de su imaginación que le jugaba una mala pasada. Observar a través del caparazón de sombra era como espiar por una ventana de obsidiana. Uno podía ver que había algo al otro lado, pero saber lo que era quedaba librado al terreno de la adivinación.

Takari maldijo e inició el camino de regreso al campamento, sintiendo que la piel le ardía en el tórrido Anauroch a medida que se iba alejando de la oscuridad helada del caparazón. Según las últimas noticias llegadas de dentro de los Sharaedim, varios días antes habían visto a un trío de phaerimm conduciendo a un ejército de esclavos mentales hacia donde se encontraba Takari. Por desgracia, eso era todo lo que se sabía. Espiar a los phaerimm siempre era letal, de modo que cualquier informe llegado desde dentro se pagaba a un precio muy alto.

Tampoco los altos magos enviados por Siempre Unidos podían escudriñar la información. Si bien el muro infranqueable de los phaerimm había caído hacía tiempo víctima del propio caparazón de sombra de los shadovar, éste se mantenía lo suficientemente fuerte como para hacer que cualquier conjuro se volviese sobre sí mismo. Por fortuna, la capacidad de los Elegidos para oír sus nombres cuando eran pronunciados en cualquier punto de Faerun se había restablecido con la caída del muro infranqueable, aparentemente porque los shadovar no habían pensado en urdir la trama de su caparazón de modo que impidiera actuar a las capacidades otorgadas por los dioses a los Elegidos.

Takari llegó al campo donde estaba instalada su compañía de reconocimiento y encontró allí un gran revuelo. Los elfos de los bosques estaban vistiendo sus armaduras, colocando cuerdas en los arcos y corriendo al círculo de reunión. Su segundo, un varón de ojos almendrados de cuerpo elástico y sonrisa ancha, corrió hacia ella portando el yelmo y los trajes de batalla de ambos.

—¿Qué sucede, Meneo? —preguntó Takari cogiendo el capote que le traía y echándoselo sobre los hombros—. ¿Los shadovar?

El aludido, cuyo auténtico nombre era Wizzle Bendriver, aunque todos lo llamaban Meneo porque siempre movía la cabeza cuando sonreía, fruncía el entrecejo o hablaba, negó con la cabeza.

—Lord Ramealaerub ha dado la voz de alarma. —Apuntó con un yelmo por encima del hombro de Takari en dirección al caparazón de sombra—. Cree que se está desplomando —dijo.

Takari se abrochó el capote al cuello y al volverse se encontró con que el negro caparazón de sombra se había vuelto gris azulado. Incluso a cien pasos de distancia, la barrera era increíblemente inmensa, un muro oscuro que se extendía más allá del horizonte en ambas direcciones, quedando fuera de la vista la curva de su cúpula al perderse en lo alto, más allá del alcance de cualquiera. Ante sus ojos, el caparazón gris azulado pasó a ser apenas gris. Empezó a ver las crestas aterrazadas de las colinas de la Frontera Sur del Desierto y, más allá, los riscos inconfundibles de los Altos Sharaedim.

Al otro lado del caparazón que se desvanecía se elevaba una ancha cadena montañosa que salía del desierto, abriéndose camino sinuosamente hacia el interior de las colinas antes de ascender a una elevada meseta que serviría como primer punto de acampada del ejército elfo dentro del Sharaedim. Takari sintió un gran alivio al ver que el pie de las estribaciones estaba justo enfrente del campamento de la compañía. A la hora de sugerir lugares de acampada a lord Ramealaerub, se había visto obligada a recordar de memoria el terreno que quedaba dentro del caparazón de sombra y conjeturar cuáles serían los puntos más adecuados para acampar a cada sección de la avanzadilla elfa. El hecho de que su propia compañía estuviese en la posición adecuada significaba que las demás también lo estarían.

Takari cogió su yelmo de combate de manos de Meneo y se lo puso con un suspiro. Era una de esas piezas de armadura llamativas, ornamentadas dirían algunos, fabricadas por los elfos dorados. Hecho de plata con baño de oro y con incrustaciones de este metal, era tan pesado como una roca y resultaba tan cómodo como llevar una piedra sobre la cabeza. Un círculo de altos magos de Siempre Unidos le había incorporado varios encantamientos útiles, incluida su magia más poderosa de protección de la mente y la capacidad para permanecer en contacto permanente con su comandante.

Meneo se burló de ella.

—Pareces un pájaro ladrón, sólo que más ruidoso y más feo.

—Esto no está tan mal. Tal vez ahora dejarás de pedirme que participe contigo en juegos nocturnos.

—¿Vas a llevar esa cosa horripilante por la noche?

—Y tú también. —Takari señaló el yelmo de Meneo y a continuación su cabeza—. Los phaerimm hacen esclavos mentales de día y de noche.

Meneo frunció el entrecejo. Negó con la cabeza y después hizo una mueca de desagrado mirando los ornamentados dibujos cincelados en el metal.

—Barcos —farfulló—. Siempre ponen barcos y velas. ¿Qué tienen de malo los árboles?

—¿Quién sabe? —Takari estaba tan sorprendida como su segundo—. A lo mejor es que no tienen árboles en Siempre Unidos.

—¿Crees que será eso?

Los ojos de Meneo se agrandaron ante tan inquietante idea mientras Takari se encogía de hombros.

El caparazón de sombra, antes gris, se había vuelto de un color ciruela traslúcido y resultaba más difícil ver la huidiza barrera que el terreno que había al otro lado. Takari no vio más que piedras y salpicados por las laderas de las colinas, espinosos árboles de humo y las atrofiadas siluetas de unos cuantos árboles del jabón. Sería necesario vigilar a los árboles del jabón. En las dos décadas que había pasado patrullando la Frontera Sur del Desierto con Galaeron Nihmedu y sus Guardianes de Tumbas, jamás había visto uno tan cerca del Anauroch.

Al ver que no se divisaba ninguna otra cosa interesante, Takari volvió a su pensamiento interior y activó la magia de envío de su yelmo imaginando el rostro severo de lord Ramealaerub.

—Lord comandante supremo —dijo.

La imagen formada en su mente se volvió más sustancial, transformándose en el rostro ceñudo y de facciones angulosas de un elfo dorado. Tenía la nariz tan afilada como una daga y unas cejas tan arqueadas como la quilla de un barco.

Moonsnow. —Las palabras del dorado elfo resonaron en la mente de Takari—. *Estaba empezando a pensar que te habría pasado algo.*

—Me encontraba en el caparazón de sombra. —Takari miró a Meneo y puso los ojos en blanco. Ramealaerub era un típico dorado, pagado de sí mismo y con una idea muy estricta de cómo debían hacerse las cosas—. Buscaba a esos esclavos mentales de los que nos advirtió Khelben.

La expresión de Ramealaerub reflejó su impaciencia.

—No pude ver nada, señor. —Molesta por su actitud, Takari no estaba dispuesta a ponerle las cosas fáciles—. Fue antes de que cayera el caparazón de sombra y todo estaba demasiado oscuro.

Ahora el caparazón no está oscuro —dijo Ramealaerub.

—Pero ahora estoy de regreso con mi compañía. —El tono de Takari era de absoluta inocencia—. ¿Acaso no nos llamaste a las armas?

Una sombra cubrió el rostro de Ramealaerub. Irritado, dijo algo a alguien que estaba con él. Después se recompuso y se volvió hacia Takari.

Moonsnow, la señora del bosque y yo acordamos que los elfos del bosque

servirían como compañía de reconocimiento del ejército. —Aunque daba la impresión de que los ojos de Ramealaerub estuvieran a punto de saltar de sus órbitas, hablaba en un tono deliberadamente paciente, como para hacer ver que no se daba cuenta de que Takari estaba jugando con él—. *¿Te importaría llevar a tus elfos a ver si hay alguna señal del enemigo?*

—Claro que no, bastaba con que me lo pidieras. —A Takari empezaba a preocuparle la idea de que Ramealaerub realmente no entendiera que estaba jugando con él. Eso no sería propio del ejército elfo—. Lo que sí puedo decir es que ya saben que estamos aquí.

¿Puedes verlos?

Sonaba preocupado.

—No exactamente —dijo Takari—. Son los árboles.

¿Los árboles?

—Hay unos cuantos que no deberían estar ahí, tan cerca de la arena —explicó Takari.

Al menos Ramealaerub tenía de elfo lo suficiente como para comprender lo que eso quería decir.

Adoptó una actitud pensativa.

¿Cuáles? —preguntó por fin.

—Los árboles del jabón —dijo Takari—. Son los...

Ya sé lo que es un árbol de jabón, Moonsnow.

Apartó la vista y se dirigió a otra persona, después volvió a prestarle atención.

Aquí tenemos unos cuantos, pero no suficientes como para frenar nuestra marcha. Tal vez sean sólo centinelas.

—Tal vez —dijo Takari—, pero con los phaerimm nunca se puede...

Por eso es preciso que protegáis nuestro flanco —le ordenó—, vamos a entrar a buena marcha, pero una vez que caiga el caparazón de sombra no hay forma de saber cuánto tardarán los phaerimm en recuperar su poder. Debéis ir por delante de nosotros y hacernos saber en qué momento tropezáis con problemas.

—Ah, ¿es ésa la misión de una compañía de reconocimiento?

Estoy hablando en serio, Moonsnow —la reconvino Ramealaerub—. Puedes jugar conmigo si quieres, pero no con tu misión. Sabes mejor que nadie la rapidez que esto puede transformarse en un desastre.

Tal vez este comandante supremo tuviera al fin y al cabo más sentido común que los anteriores generales de Siempre Unidos.

Takari le dedicó una sonrisa seductora.

—Lord Ramealaerub —dijo—, no logro imaginar por qué piensas que estoy jugando contigo. —Se volvió a mirar el caparazón de sombra y, al ver que se había reducido a una reverberación traslúcida, añadió—: Lo atravesaremos en cuanto

podamos. Si no tienes noticias mías cada cuarto de hora..., considéralo una alarma.

Muy sensato —respondió Ramealaerub—. *Ah, Moonsnow, evita por todos los medios que te maten. Eres la única entre los exploradores que conoce realmente esta parte de los Sharaedim.*

La imagen de Ramealaerub desapareció de su mente y, al volverse, Takari encontró a su compañía esperando en el círculo de encuentro. Aunque todos los exploradores se habían puesto sus avíos de guerra y habían preparado los arcos, ninguno de ellos llevaba el pesado casco enviado por Siempre Unidos. La mayor parte de los yelmos yacían dispersos por el suelo, y algunos los usaban como asiento o para apoyar los pies.

Takari dio un golpecito en el suyo.

—Ponéoslos —dijo.

—Pero son horribles —se quejó Jysela Whitebark.

—Y pesados —añadió Grimble Oakorn.

—Vosotros mismos —dijo Takari con un encogimiento de hombros—, pero decidme ahora qué queréis que hagamos con vosotros cuando los phaerimm os conviertan en sus esclavos mentales. ¿Preferís que os matemos o que ellos os infesten con sus huevos?

Todos se apresuraron a coger su yelmo. Takari esperó a que hubieran terminado y a continuación les explicó cuál era su misión, y abrió la marcha por una senda muy transitada hacia lo que había sido el caparazón de sombra. No quedaba el menor vestigio de la barrera. El sendero se acababa así, sin más, y unos cuantos pasos más adelante, la pendiente rocosa que llevaba a la cresta de la montaña surgía de la arena y empezaba a ascender entre una acumulación de piedras atravesando un terreno yermo hacia los distantes picos del Alto Sharaedim.

Takari cavó en la arena hasta encontrar un guijarro. Esperando casi que se desvaneciese en un estallido de oscuridad como había sucedido con los otros que había arrojado a través del caparazón de sombra, lo lanzó con todas sus fuerzas.

El guijarro cayó sobre el terreno, treinta pasos pendiente arriba.

Estuvo contemplándolo un momento, casi sin poder creer que realmente hubiera aterrizado en los Sharaedim. Después se volvió hacia la compañía. Estaban todos apiñados, parecían nerviosos y un poco asustados.

—Después de tan larga espera, supongo que en cierto modo esperaba algo más.

—La verdad es que me alegro de que no se haya derretido o algo por el estilo —dijo Meneo.

Tras las palabras de Meneo, Takari empezó a hablar por señas, dando con las manos silenciosas instrucciones que merecieron mucha más atención que las divagaciones de su segundo.

—Por lo que has dicho sobre estos shadovar —continuó Meneo—, no pensaba

que se limitaría a desaparecer. Estaba seguro de que iba a explotar o algo así y nos mataría a todos.

—Entonces doy gracias a Rillifane Rallathil de que te equivocaras —dijo Takari. Sus dedos seguían entretejiendo órdenes, advirtiendo a sus guerreros de que tuvieran cuidado con otras cosas además de los árboles del jabón—. Tal como están las cosas, este trabajo ya es realmente más duro de lo que había previsto.

¡Ahora! —indicó con un gesto.

Lanzando flechas mientras se movía, la compañía se abrió y se dispersó. Los proyectiles pasaban por encima de la cabeza de Takari con un sordo silbido, y la ladera que quedaba a su espalda se llenó de aullidos de dolor y extraños gorgoteos. Se volvió.

Donde hacía apenas un instante se erguían los árboles del jabón encontró media docena de illitas caídos en el suelo con los cuerpos acribillados por las flechas y agitando los tentáculos bucales con desesperación.

En el resto de la pendiente todo estaba tan silencioso como antes.

Colocando una flecha en su propio arco, Takari se puso en cuclillas y emprendió una carrera hacia adelante. Refugiándose tras la primera roca que encontró, rascó la superficie con la punta de su flecha para asegurarse de que era realmente una roca y a continuación miró a derecha e izquierda y después hacia el pie de la cadena montañosa. Camuflados como iban por la magia de sus capotes de batalla, le llevó algunos instantes encontrar a los miembros más próximos de su compañía ocultos tras pedruscos similares al suyo. No intentó contarlos. Estando como estaban dispersos por toda la ladera, le habría resultado difícil encontrarlos a todos aunque se hubieran puesto en puntillas y le hubieran hecho señas con los brazos.

Visualizó la imagen de su compañía esperando en el círculo de reunión unos momentos antes.

—Compañía de reconocimiento —susurró—, ¿algo que informar?

Cuando llegó la respuesta dio un suspiro de alivio y a continuación informó de su progreso a lord Ramealaerub, que la felicitó por su éxito y le informó que los elfos de la luna que, protegían en otro flanco, también estaban avanzando. Le recordó que el grueso del ejército iniciaría su avance dentro de cinco minutos y la instó a seguir avanzando. Takari se mordió la lengua para no responderle en mal tono y dio orden de empezar el ascenso de la ladera en dos grupos que se cubrirían mutuamente a medida que avanzaran.

Grimble Oakorn, su compañero en esta táctica, surgió de detrás de una roca unos treinta pasos a su derecha y corrió otros treinta pasos hacia adelante antes de encontrar otro escondite. Takari abandonó rápidamente su propio refugio y avanzó en zigzag para no convertirse en un blanco fácil hasta dejarse caer de rodillas detrás del enorme tronco de un gran árbol de humo caído. Era un trabajo duro, sobre todo con el

ardiente sol del Anauroch incidiendo sobre el pesado yelmo que llevaba. Gruesas gotas de sudor empezaron a cubrirle la frente.

Hubo una pausa de tres segundos antes de que Grimble y los demás integrantes del primer grupo volvieran a emerger de sus escondites. Sólo los tontos dejaban un refugio por el mismo punto por el que habían entrado en él, y los exploradores elfos no eran tontos. Corrieron otros sesenta pasos antes de volver a ocultarse. Takari y la segunda tanda se deslizaron en cuclillas hasta los nuevos puntos de partida y corrieron pendiente arriba.

Las depredaciones de esta extraña guerra habían reducido estas maravillosas tierras desérticas a una sombra de lo que habían sido, dejando cientos de árboles de humo derribados por toda la ladera, con los troncos cercenados por la base o con las raíces en forma de abanico arrancadas del suelo rocoso. Los árboles que quedaban en pie estaban totalmente desnudos y sus hojas afiladas parecían dagas esparcidas en torno a sus bases a modo de faldas grises y marchitas. Incluso las resistentes y espinosas zarzas, que parecían preferir los terrenos donde había más roca que tierra y sólo florecían en medio de las sequías más espantosas, estaban marchitas y desmayadas, y sus hojas se habían vuelto quebradizas y habían perdido su verde natural.

Aquella visión llenó a Takari de ira, y no sólo porque le doliera ver los Sharaedim estragados por la guerra. Las dos décadas que había pasado patrullando la zona con Galaeron Nihmedu habían sido los más felices de su vida, aun cuando él se había empeñado en negar el vínculo espiritual que los unía, y al ver ahora la tierra devastada se daba cuenta de que sus recuerdos también empezaban a desvanecerse, de que llegaría un momento en que debería enfrentarse al hecho puro y duro de que en una época había pertenecido a los Guardianes de Tumbas y había estado enamorada de su jefe. Pero el amor, aquella alegría elemental de estar siempre cerca de él, el revoloteo que sentía en el corazón cada vez que él le sonreía, eso se habría ido para siempre, arrastrado por la guerra y tan perdido para ella como el propio Galaeron.

Takari perdió la cuenta de las veces que ella y Grimble se turnaron para avanzar ladera arriba, pero su respiración empezó a hacerse dificultosa y tenía el pelo tan empapado por el sudor que le chorreaba debajo del yelmo. Se dejó caer de rodillas detrás de un peñasco partido y se enjugó los ojos en el hombro del capote antes de fijar la vista en la ladera ascendente mientras Grimble pasaba corriendo y se refugiaba detrás de un árbol de humo caído. Su capote de batalla tomó el mismo tono gris perlado de la corteza y un par de líneas por encima de los hombros se fundieron con unas hendiduras del tronco. Casi deseando haber escogido un compañero más lento, Takari avanzó a gatas sobre el terreno agrietado y apareció detrás de una roca cuadrada antes de iniciar su nueva escapada.

Takari no había dado más de tres pasos antes de que su mirada se viera atraída otra vez hacia el escondite de Grimble. Su capote se había vuelto oscuro y moteado, lo mismo que el pelo, las orejas y las suelas de las botas, es decir todo lo que podía ver desde atrás. Al acercarse más reparó en que tanto él como su capote parecían extrañamente rígidos y estaban cubiertos de diminutas motas negras y rojas.

Takari se agachó tras una piedra que le llegaba hasta la rodilla unos diez pasos por debajo de Grimble y utilizó el yelmo para ordenar un alto a la compañía. Sin asomarse fuera del lugar donde se había refugiado evocó el atractivo rostro de Grimble.

—Grimble —llamó en un susurro.

No obtuvo respuesta.

Sintió el latido de la sangre en los oídos, precisamente cuando lo que realmente necesitaba era oír. Cerró los ojos, dejó las armas a un lado y respiró hondo unas cuantas veces para tranquilizarse. Cuando el ruido se desvaneció finalmente, levantó una piedra de buen tamaño y poniéndose de pie tras la roca la arrojó contra la espalda de Grimble.

El ruido que hizo fue como si hubiera dado con otra piedra.

Takari volvió a ocultarse y activó la magia de envío de su yelmo.

—Compañía de reconocimiento, tened cuidado. Nos están atacando. Algo ha transformado a Grimble en una estatua.

Y también a Wyeka —susurró Meneo—. No he visto lo que pasó.

—Ni yo —respondió Takari—. ¿Alguien ha visto algo?

Nadie respondió. A Takari eso no la sorprendía demasiado. Los phaerimm formulaban sus conjuros mentalmente, no necesitaban gestos ni palabras para ello, y la magia ocular de sus sirvientes acechadores era igualmente silenciosa.

—Necesitamos averiguar de dónde proviene esto —dijo Takari levantando un poco la cabeza para espiar desde detrás de la roca—. Estoy justo por debajo de Grimble y puedo ver media docena de buenos lugares donde esconderse, empezando por un bosquecillo a la izquierda y terminando por una pila de tres pedruscos a la derecha.

Yo estoy al mismo nivel que Wyeka. —Le llegó la voz de Meneo a través de su yelmo—. *No puedo ver el bosquecillo de la izquierda, sólo las raíces del árbol de humo caído.*

—Entonces es algo que está entre las raíces y la pila de piedras —dijo Takari—. Que todos los que no puedan ver eso sigan avanzando y describan un círculo a...

Espera. —La imagen del rostro de nariz enrojecida de Alaya Thistledew le llegó a Takari junto con su voz—. *Oigo una especie de zumbido. Tal vez no sea nada, pero echaré...*

Su imagen se desvaneció de la mente de Takari.

—¿Alaya?

Convertida en roca —dijo el compañero de Alaya, Rosl Harp.

Aunque los dos eran amantes, Rosl no parecía demasiado conmocionado. Con cien magos de batalla y tres círculos de altos magos en el ejército elfo, a cualquiera podían sucederle cosas peores que ser transformado en piedra.

La alcanzó cuando miró por un lado de la roca —continuó—. *No es posible que haya visto ninguno de los escondites de los que hablaste.*

Entonces se está moviendo por ahí —dijo Meneo.

Quieres decir caminando por ahí —le corrigió Rosl cuya voz llegaba a la mente de Takari como un susurro casi imperceptible.

—¿Estás seguro? —preguntó Takari—. Los phaerimm flotan, y los acechadores también.

Lo oigo —dijo Rosl—. *Se aleja.*

—¿Muchos pies? —inquirió Takari. Estaba empezando a pensar que sabía a qué se enfrentaban—. ¿Podría ser el ruido de una cola al arrastrarse?

Eso parece —respondió Rosl—, *pero no consigo ver nada.*

Takari hizo un gesto de impaciencia.

—Puede que tengas que arriesgarte a mirar, Rosl.

Estoy mirando —contestó Rosl con rabia—. *No veo nada más que rocas y...*

—¡Es invisible! —Takari y Rosl llegaron a esa conclusión al mismo tiempo, entonces Takari preguntó—: ¿Estás seguro de que estás detrás de él?

Estoy seguro —dijo Rosl—. *¿Qué te crees? ¿Que soy un humano? Aprestaos todos a buscar refugio. Voy a hacer un conjuro-y-carrera.*

La voz de Rosl se desvaneció mientras preparaba su conjuro. Takari miró a su derecha. A cincuenta pasos, Meneo estaba volviéndose hacia Rosl, con el arco colgado a la espalda a fin de tener las manos libres para usar su propia magia. Aunque Takari no podía ver a ninguno de los otros exploradores, sabía que todos los que se encontraban dentro de un radio de doscientos pasos de la posición de Rosl estarían haciendo lo mismo.

Empezaba a preguntarse qué era lo que tardaba tanto cuando una chispa plateada bajó crepitando por la ladera desde algún punto en lo alto y se desvaneció. Un instante después, un retumbo sordo recorrió las montañas.

—¿Rosl? —llamó Takari.

Ha sido abatido —respondió Jysela Whitebark apareciendo en la mente de Takari. Tenía los ojos de color cobre muy abiertos por la conmoción y el horror—. *Creo que fue un rayo, pero no era demasiado poderoso. Todavía está humeando y tiene vida suficiente como para debatirse.*

—¿Has visto de dónde provenía? —preguntó Takari.

Jysela negó con la cabeza. Aunque evidentemente era la más próxima a Rosl, no

se ofreció a acudir en su ayuda, ni Takari se lo sugirió tampoco. Eso era lo que estaba esperando el atacante invisible, y Jysela correría la misma suerte que Rosl.

¿*Moonsnow*? —Las facciones aguzadas de lord Ramealaerub aparecieron en la mente de Takari—. *Hemos oído una detonación.*

—Tenemos problemas —informó Takari—. Creo que se trata de un basilisco invisible y de algo que lo protege.

¿*Un solo protector*?

—Tal vez.

Es probable. Gwynanael Tahtrely sus exploradores están teniendo problemas con un phaerimm en el otro flanco. No hace más que replegarse mientras combate para demorar el avance. Creemos que están tratando de ganar tiempo para recuperar su magia. No podéis permitirlo.

—Eso es fácil de decir, señor —replicó Takari—, pero no tan fácil de hacer. Ni siquiera sabemos dónde está.

Averígualo —ordenó Ramealaerub—. *Ahora estamos adentrándonos en el valle y necesitamos que vayáis por delante de nosotros.*

—Estamos sufriendo bajas...

¿*Y las seguiréis teniendo hasta que eliminéis el problema!* —La voz de Ramealaerub se suavizó un tanto cuando añadió—: *Sois una compañía de reconocimiento, Moonsnow. Se supone que tenéis que tener bajas. Moveos.*

El rostro del comandante supremo se desvaneció y los juramentos de Takari sólo los oyó ella misma. Miró furtivamente por encima de la roca y estudió el terreno ladera arriba sin encontrar ningún indicio de dónde podía estar su atacante. De ser ella quien estuviera allí arriba, se ocultaría en las oscuras cavidades que quedaban entre las rocas apiladas, pero no era ella. Ni siquiera era alguien de su misma raza. Ella era elfa y ellos... No tenía la menor idea sobre la naturaleza de aquello a lo que se enfrentaban. Era extraño que los acechadores usaran rayos, pero existía la posibilidad de que el atacante fuera un esclavo mental proveniente del ejército de Evereska o de las fuerzas de relevo de Learal Mano de Plata. Aunque también podía ser un phaerimm como el que habían encontrado en su camino Gwynanael y sus elfos de la luna.

Takari no encontró nada revelador en la ladera.

—Jysela —dijo evocando mentalmente el rostro de la elfa—, ¿puedes...?

Cuando el recuerdo del rostro no se transformó en una imagen estable Takari se dio cuenta de que allí no había nadie y dejó la frase sin terminar. Sintió que la bilis le afloraba a la garganta y tragó para contenerla. Tras respirar dos veces lo consiguió.

Esperando que su voz no sonara demasiado conmocionada, hizo que todos los miembros de la compañía se identificaran por su nombre. Sólo faltaba Jysela, pero mientras pasaba lista, el basilisco, o lo que fuera, convirtió en piedra a otro

explorador. Ramealaerub tenía razón al menos en una cosa: esconderse entre las rocas no iba a ahorrarles bajas.

—Me temo que tendremos que hacer esto a la manera de los elfos dorados — anunció Takari.

¿Te refieres a una carga? —preguntó Meneo.

Más habituados a la caza que al combate, los elfos del bosque preferían el sigilo y la emboscada a la velocidad y la ferocidad, especialmente cuando esto último significaba cargar de lleno contra las defensas del enemigo.

—Avanzad en dos tandas —aclaró Takari—, y mantened una estricta vigilancia de esa pendiente. Esto no tiene mucho sentido si no vemos dónde se oculta el enemigo. Primera línea, ¡adelante!

El primer grupo apenas había abandonado sus escondites cuando otro rayo bajó crepitando ladera abajo. Éste fue un poco más fuerte que el primero, tanto que Takari realmente lo sintió restallar en la boca del estómago. Se descargó a unos cien pasos de ella, lo bastante cerca como para que viera cómo derribaba a uno de sus exploradores. La compañera del elfo herido salió de su escondite para ayudarlo y fue alcanzada instantáneamente por una andanada de doradas descargas de magia.

Ambos ataques provinieron de algún punto en el extremo derecho de la cadena. Takari centró su atención en aquella dirección, pero no se molestó en acercar su arco a la mejilla. Aunque consiguiera un buen ángulo, cosa muy poco probable, sólo tenía una vaga idea de adonde debía apuntar.

El resto del grupo consiguió avanzar apenas diez pasos antes de que el enemigo volviera a atacar, esta vez con un rayo relampagueante lo suficientemente poderoso como para que la punta penetrase en el cuerpo de la víctima y saliese por el otro lado. Takari tuvo la sensación de que el destello había partido de la cresta dentada en el extremo derecho, pero todavía no tenía una idea exacta del punto de donde había salido.

Los elfos consiguieron adelantar otros doce pasos antes de que Takari viera aparecer por fin en el centro de la silueta dentada de un acantilado una bola de fuego rojo que recorrió la cresta de los montes y fue a dar en un blanco un poco más allá. Empezó a transmitir su ubicación a través del yelmo, pero vio que una espesa andanada de flechas salía volando hacía el acantilado y se dio cuenta de que habían identificado el blanco.

Eso tampoco les sirvió de mucho. Para cuando el primer grupo culminó su parte del avance y empezó a buscar refugio, un elfo del segundo grupo había sido transformado en piedra por el basilisco, y el atacante oculto había herido a otro más del primero.

Daba la impresión de que cada ataque era un poco más potente que el anterior, y Takari no creía que fuera sólo porque las víctimas estuvieran cada vez más cerca. El

rayo relampagueante crepitaba con más fuerza, los proyectiles mágicos eran más numerosos, las bolas de fuego eran más grandes y más brillantes. El Tejido se estaba reparando en los Sharaedim, y en ese caso el enemigo se hacía más fuerte.

Su atacante tenía que ser un phaerimm.

Le llegó a Takari el turno de avanzar. Anduvo a gatas unos cuantos pasos y después salió ladera arriba a la carrera. Tal como había sucedido con el primer grupo, un rayo relampagueante restalló ladera abajo en cuanto se levantaron y redujo a Yaveen Greeneedle, el amigo más íntimo de Rheitheillaethor que tenía Takari, a un montón de restos calcinados. Takari dio un grito, no sólo por Yaveen, sino también por todos los elfos que había perdido la compañía. No eran sólo exploradores a los que ella había entrenado para combatir a los phaerimm, eran amigos de la infancia, había bailado con ellos y podían haber sido sus amantes, hijos e hijas de padres que le habían rogado que los devolviera a casa sanos y salvos. Cada vez que uno moría, también moría algo de sí misma, pero nada podía hacerse como no fuera matar al phaerimm y perder a más amigos en el intento.

Cuando Takari consiguió encontrar refugio, había perdido a otros tres amigos. También se había acercado a su atacante lo suficiente como para ver que estaba escondido en una grieta en la superficie del acantilado. Las flechas de su compañía rebotaban a la entrada del escondite una tras otra, sin duda porque el ocupante había cerrado la grieta con una protección antiproyectiles y un escudo anticonjuros a fin de poder proteger a su mascota invisible. Una línea quebrada de estatuas de elfos formaba un ángulo ladera arriba hacia el lado izquierdo de la cadena montañosa, donde la perspectiva del atacante quedaría pronto bloqueada por el saliente de su propio escondite.

El phaerimm enviaba al basilisco a proteger su flanco. Al igual que a Ramealaerub, le preocupaba lo que no podía ver.

Una vez más, el primer grupo de elfos se puso de pie para reanudar su carga, y una vez más el phaerimm eliminó a uno de ellos en el instante mismo en que surgió de su escondite, enviando una bola de fuego humeante y bisbiseante contra un árbol de humo. La joven Haría Elmworn salió tambaleándose del centro de la deflagración, envuelta en llamas y dando gritos de dolor.

Los conjuros eran ahora más rápidos, señal inequívoca de que el enemigo recuperaba fuerzas con demasiada rapidez.

Takari se dio cuenta además de que el ataque a Haría era una señal de que el camuflaje de su compañía servía de muy poco contra este enemigo. Los phaerimm podían ver la magia, y teniendo en cuenta toda la magia que llevaban encima sus exploradores, era evidente que eran tan visibles para el enemigo como una linterna en la Antípoda Oscura.

Takari activó la magia de envío de su yelmo.

—¡Alto, compañía! —dijo—. Buscad buena cobertura y refugiaos. Esto es lo que quiero que hagáis...

Mientras explicaba su plan, Takari empezó a soltarse el capote y a quitarse las botas, se despojó de sus anillos y brazaletes y de todo lo que tuviese el menor atisbo de magia. Para cuando hubo terminado se había quedado con su armadura de cuero y casi nada más.

—Trataré de actuar con rapidez —dijo para acabar—. Lo único que tenéis que hacer es mantener la atención del enemigo fija sobre vosotros hasta que me veáis en la parte alta del acantilado, y por el Señor de las Hojas, no se os ocurra mirar si oís a ese basilisco merodeando a vuestras espaldas. Limitaos a lanzar un rayo mágico hacia el origen del ruido y corred en sentido opuesto. Estoy segura de que nuestro buen comandante supremo tiene mejores destinos para sus magos de batalla que volver a transformarnos a todos en personas.

Lo último que se quitó Takari fue el yelmo. Hizo un atado con él y los demás objetos mágicos. Meneo y una docena más de elfos empezaron a lanzar un diluvio de rayos contra el escondite del phaerimm, y el resto de la compañía empezó a reptar silenciosamente y con mucho cuidado hacia la grieta.

El phaerimm contraatacó lanzando sus propios conjuros contra los que avanzaban hacia su escondite. Aunque los exploradores ponían mucho cuidado en mantenerse todo lo posible bajo cobertura sólida, su enemigo era letal y demasiados de sus conjuros dieron en el blanco.

Cuando Takari pensó que el asalto era lo bastante intenso, se puso de pie y corrió descalza colina arriba, sin nada mágico encima y llevando poco más que sus armas. Veinte pasos más adelante, un elfo de los bosques de expresión solemne sobresaltó a Takari apareciendo de repente a su lado. Era uno o dos siglos mayor que Takari, y al igual que ella sólo llevaba encima la armadura y las armas.

Takari lo miró inquisitiva.

—Ésta es tarea para uno solo, Yurne. Dos no hacen más que duplicar el riesgo de ser detectados.

—¿Me has oído acercarme?

—No —admitió Takari.

—¿Entonces?

Yurne tomó la delantera y así quedó zanjada la cuestión. Era uno de los elfos eremitas que vivían solos en lo más profundo del Bosque Alto, y se había acercado a Rheitheillaethor cuando la compañía de reconocimiento acabó su entrenamiento anunciando que se uniría a ellos. Lord Ramealaerub había cometido el error de sugerir que era demasiado tarde y se había encontrado sujeto a un árbol por la manga mediante una de las dagas arrojadas de Yurne. El eremita se había acercado mucho a él y había empezado a recitar las lecciones impartidas por el oficial palabra por

palabra y por último había preguntado al indignado elfo dorado qué hacía mandando una compañía de exploradores elfos del bosque si ni siquiera era capaz de saber cuándo estaba entrenando a uno de ellos.

Después de eso, nadie se atrevía a decirle a Yurne lo que podía o no hacer, y un coro persistente de risitas de los elfos verdes había hecho volver al ofendido elfo dorado al ejército principal, que era donde pertenecía. Lord Ramealaerub había delegado en Takari el mando de la compañía ya que ella, al haber formado parte de la patrulla de Guardianes de Tumbas de Galaeron Nihmedu, era la única del grupo con cierta experiencia militar.

La batalla en el exterior del escondite del phaerimm continuó con no pocas bajas para la compañía mientras Takari y Yurne subían la cuesta. En cuanto estuvieron más altos que la guarida del phaerimm, Takari se echó cuerpo a tierra y, decidida a poner fin a la costosa batalla de conjuros lo más pronto posible, empezó a reptar hacia el pequeño acantilado.

Yurne siguió ladera arriba y Takari le envió orden de que la siguiera, pero al parecer él no entendía su lenguaje de señas u optó por hacer caso omiso y seguir como si tal cosa. Takari maldijo la cabezonería del eremita y continuó su avance hasta que recordó la facilidad con que había espiado a la compañía de reconocimiento durante su entrenamiento.

Takari maldijo de nuevo, esta vez por su reticencia, y lo siguió ladera arriba.

Varios minutos después, se echaron cuerpo a tierra y se deslizaron por la pendiente hasta un árbol de humo caído situado unos veinte pasos más arriba en el acantilado. Allí permanecieron algunos instantes estudiando la grieta desde arriba, aunque lo único que pudo ver Takari en sus profundidades era el estallido constante de la magia de batalla.

Yurne cerró los ojos y empezó a olisquear el aire, y Takari finalmente comprendió por qué el eremita había insistido en acercarse desde arriba. Casi no había brisa, pero la poca que llegaba subía desde las arenas ardientes del Anauroch.

El único olor que percibía Takari era el hedor a azufre y a carne chamuscada, pero el olfato de Yurne era más fino. Con los ojos muy abiertos, se ocultó tras el árbol de humo y empezó a hablar por señas con los gestos torpes de alguien poco acostumbrado a usar ese lenguaje.

¡Guardia desolla mentes!

¿Desollador de mentes? —preguntó Takari—. ¿Un illita?

¡Sí! —El gesto fue tajante—. ¡Eso hije!

¿Dónde?

¿Cómo caberlo? Lo cielo, no lo veo.

Takari asomó los ojos por encima del tronco y sólo vio roca y zarzas quemadas, pero eso no significaba nada. El illita podía estar escondido o ser sólo invisible, y

usar un conjuro para encontrarlo sería como delatarse a voces ante el phaerimm. Por otra parte, la batalla de conjuros seguía en su apogeo y tenía ocupados tanto al centinela como al amo. Takari volvió a ocultarse tras el tronco.

¿Algo más ahí abajo que no podamos ver?, preguntó por señas.

Una liebre paralizada por el miedo —respondió Yurne—. *Ada más.*

¿De verdad? —Takari enarcó una ceja—. *Vaya nariz la tuya.*

¿Por qué creer que vivo solo?

Viniéndosele a la cabeza el olor de cien elfos del bosque después de tres días de beber y bailar, Takari frunció la nariz e hizo un gesto de comprensión, después volvió al asunto que tenían entre manos.

No creo que el illita haya reparado en nosotros. Tenemos que seguir así o el phaerimm se teleportará colina arriba y seguirá atacando.

¿Tienes un planta?

Takari asintió y explicó su idea.

Parece bien —dijo Yurne—. *Pero el capitán no debe ir delante.*

Dicho esto se deslizó por encima del tronco del árbol de humo y avanzó ladera abajo, moviéndose con tanta rapidez y soltura que Takari apenas tuvo tiempo de preparar su arco y él ya estaba sobre la grieta. Allí se dejó caer cuerpo a tierra y espió por el borde superior de la abertura, simulando de forma convincente que no sabía que hubiera un illita oculto por los alrededores. Al ver que no pasaba nada, se apoyó sobre una rodilla y descolgó el arco que llevaba al hombro.

Oculto todavía tras el tronco, Takari colocó dos flechas en el arco y empezó a lamentar no haber intentado un plan más directo. Si se hubiera limitado a correr hasta la grieta, a estas alturas ya estarían atacando. Era posible incluso que el phaerimm ya estuviera muerto. Al parecer, la atención del illita seguía fija en la batalla y no se daba cuenta...

Yurne emitió un gemido de dolor, dejó caer el arco y se llevó las manos a la cabeza. Takari no movió ni un pelo y se limitó a explorar silenciosamente para encontrar la fuente del ataque. No encontró nada. El illita seguía tan invisible como antes. No había huellas de pies ni movimiento de ramas que lo delataran. Los ojos de Yurne se volvieron vidriosos y empezó a ir a gatas de un lado para otro, apretándose las sienes con las manos y farfullando incoherencias.

Hubo una pausa al dejar el phaerimm de formular conjuros para consultar con su sirviente telepáticamente, pero después el combate se reanudó con más fiereza aún. Takari se mordió el labio y trató de no pensar en los muchos amigos que estarían muriendo mientras ella estaba allí escondida. Si el phaerimm estaba lo bastante preocupado por su propia seguridad como para usar una magia de invisibilidad tan poderosa que podía mantener oculto a un atacante, seguramente lo estaría también como para escoger a un guardia que no fuera a cometer errores.

Después de lo que pareció toda una eternidad, Yurne bajó las manos y empezó a sacudir la cabeza para despejarla. El illita seguía escondido, al menos hasta que el eremita llegó a tumbos hasta el arco que había dejado caer. Olvidado al parecer de que tenía un carcaj lleno colgado del hombro, empezó a tantear el terreno en busca de una flecha que no había sacado. Una ramita se movió diez pasos por detrás de él y la cabeza de Yurne fue impulsada hacia atrás por una mano invisible que lo había cogido por el pelo y lo arrastraba.

Ése era todo el blanco que necesitaba Takari. Poniéndose de rodillas en un solo movimiento lleno de gracilidad apuntó justo detrás de la cabeza de Yurne y disparó.

Las flechas estaban todavía en el aire cuando saltó por encima del tronco del árbol de humo y cargó colina abajo. Las flechas se detuvieron detrás de Yurne, donde aparentemente no había más que aire. Un torrente de sangre oscura brotó en torno a las puntas de las flechas y se derramó sobre el explorador, que gritó y se apartó mientras Takari saltaba por encima de él después de haber dejado su arco y esgrimiendo ya la espada y la daga.

Una enorme boca llena de colmillos y rodeada de cuatro brazos finos empezaba a asomar de la grieta para dirigirse hacia el illita caído.

Takari sabía que no cabían vacilaciones. Se limitó a bajar la cabeza y a lanzarse entre los colmillos cercenando y cortando mientras la boca oscura de la criatura se abría en torno a ella. Su espada cortaba algo correoso mientras su daga se hundía en un montón de limo del tamaño de su cabeza. Las mandíbulas empezaban a cerrarse, y consiguió doblar justo a tiempo las piernas para evitar que se las cortaran de una dentellada.

Un líquido de olor acre llegó borboteando de las profundidades y le cubrió la cara con un limo caliente y cáustico. Entre arcadas, Takari se resistió a ser empujada hacia los dientes, impulsándose espada en ristre hacia lo más hondo de las fauces del monstruo y arrastrando consigo su daga con la que acuchillaba y cortaba todo lo que se le ponía por delante.

El carnosos conducto, ahora resbaladizo y caliente por la sangre y demás fluidos vitales se cerró y empezó a empujarla hacia atrás, hacia la boca. Consciente de que estaba a punto de ser regurgitada, Takari abrió las rodillas para afirmarse en su posición, hundió la daga hasta la empuñadura y esperó.

Los músculos empezaron a sufrir convulsiones y la apretaban tanto que pensó que la iban a triturar. Takari hundió la espada hasta donde pudo, retorciendo la hoja a un lado y otro y describiendo giros con la punta que a veces no encontraban nada y otras atravesaban tejidos carnosos que podía ser órganos.

Cuando su espada cortó un tejido blando y espumoso, el phaerimm cesó en sus intentos de echarla fuera. Una corriente de sangre caliente llenó el oscuro pasaje y todo quedó inerte. Takari sintió que el estómago se le subía a la garganta y tuvo la

sensación de que estaban cayendo, una sensación interminable, una eternidad intemporal, y un extraño escalofrío que le quemaba la carne. Tosió y sintió carne caliente alrededor. No la oprimía, simplemente se mantenía en contacto con ella y la sostenía. Entonces recordó dónde se encontraba, o más bien dónde estaba cuando el phaerimm se había teleportado a lugar seguro.

Con el corazón palpitante, Takari se impulsó hacia arriba por el oscuro pasaje. En torno a ella, la carne estaba inmóvil, pero era pesada y sofocante. Se sorprendió de que al tratar de no respirar lo conseguía, y sin embargo no podía dejar de toser. La bilis hedionda del phaerimm le entraba por la garganta, ahogándola, y eso le daba ganas de vomitar, aunque la sola idea de que eso le haría tragar más bilis la ayudaba a no hacerlo. Llegó hasta los dientes de la criatura, y al encontrarlos cerrados aplicó toda la fuerza de su espalda al paladar.

Los dientes se abrieron. Un brillante rayo de sol llegó desde fuera trayendo consigo una bienvenida bocanada de aire de montaña. Respirando a través de los dedos para no tragar más sangre o bilis, Takari se llenó los pulmones, expulsó una flema de mucosidad roja que podía ser suya o del phaerimm, y volvió a inhalar. Sólo cuando hubo recuperado el control de sus reflejos se volvió y trató de ver algo entre los labios resecaos de la criatura.

A sus pies había una vasta escalera de viñedos secos y arrasados que bajaba hacia las castigadas murallas de Evereska en una serie de terrazas cubiertas de humo. No había más criatura viva a la vista que las formas cónicas de cincuenta phaerimm que flotaban en el aire.

Capítulo 3

12 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

La ladera este del monte Untrivvin se erguía a mil quinientos metros, una superficie amenazante de roca y hielo oculta tras una cortina de vapor blanco y lechoso cuya forma apenas se entreveía como una cuña gris plomiza contra un brillante cielo del mismo color. Frente a la montaña podía verse un borroso cendal de oscuridad que flotaba como un perezoso óvalo a un tercio de la altura de la misma. Cuando el borrón llegó al final de su recorrido y giró para cambiar de dirección adoptó la forma aproximada de una cruz con un cuerpo largo y estrecho y las alas plagadas hacia atrás. Incluso sin el conjuro de visión clara que había formulado, Arr habría reconocido la figura como una de las cabalgaduras de los shadovar, un gusano-murciélago o veserab.

De modo que nos están viendo —silbó Tuuh junto a ella. Estaban de pie sobre el Hielo Alto, mirando al centinela a través de la vasta depresión de una manta de sombra shadovar—. *No tendremos que esperar mucho.*

Arr se volvió hacia Tuuh. Con aquella frente ancha, la barba negra y los ojos oscuros, era un doble exacto del famoso y ciertamente conflictivo Khelben Arunsun.

—Usa la boca y habla en común —le indicó Arr—. Es posible que el explorador tenga orejas y ojos.

De ser así, es más probable que nos traiciones tú con tus palabras —replicó Tuuh insistiendo en su habla de vientos que consistía en remover el aire helado con el lenguaje sibilante de los phaerimm—. *En caso de que esté escuchando, los humanos tienen problemas para reconocer nuestras voces.*

—Los shadovar no son humanos.

No están lejos de serlo.

—Es posible, pero éste es mi plan, un plan aceptado por toda la Coalición de Guerra. Si fracasa, ¿de verdad quieres darles una excusa para echarle la culpa?

La Coalición de Guerra no me da miedo. —A pesar de la bravuconada, Tuuh empezó a hablar en común.

—Y si algo sale mal tú serás la única culpable. Yo me ocuparé de ello.

Tuuh se volvió, y acordándose de usar las piernas a la manera de los humanos, salió como un torbellino a través del hielo. Aunque ardía en deseos de exigir un presente de contrición, o al menos de recordarle que la Coalición de Guerra la había puesto al mando, Arr no tenía más elección que dejarlo ir. Ésta era la gran desventaja de los phaerimm, su incapacidad para trabajar por una causa común.

Todos lo sabían, por supuesto. ¿Acaso no eran todos genios, la raza más sabia que jamás hubiera habitado Toril? Pero esto no quería decir que pudieran superar su único

punto débil. Los seres de tan preclara inteligencia eran demasiado impacientes con la tontería de los demás y se aburrían con harta facilidad en compañía de los suyos. Tarde o temprano, cualquier reunión de phaerimm estaba destinada a desintegrarse en una tempestad de vientos y dura magia enfrentados. Ésa era la naturaleza de su pueblo, y sólo el temor y el odio que les inspiraban los shadovar los había movido a trabajar juntos durante los oscuros meses de su confinamiento en los Sharaedim.

Pero si el plan de Arr funcionaba, si podía conseguir con sus malas artes que los shadovar y los otros reinos de dos piernas guerreasen entre sí, entonces tal vez, sólo tal vez, consiguiera mantener a su pueblo unido el tiempo suficiente para apoderarse de Evereska. Una vez que se hubieran apoderado del Mythal, con su magia nutricia, y que los phaerimm vieran que podían actuar juntos, ¿quién sabe lo que podría durar su paciencia? Tal vez Arr pudiera encontrar objetivos aún más grandiosos para unirlos. Si lo planificaba todo con cuidado y conseguía mantener el señuelo ante los ojos de sus congéneres, no la sorprendería que un día pudieran ocupar el lugar que les correspondía como amos del mundo, y ella sería el ama entre los amos. ¿Por qué no? ¿Acaso no era la más sabia y la más astuta de todos los phaerimm?

—¡Arr! —El que habló esta vez fue Beze, que había adoptado el aspecto de la amante de pelo plateado de Khelben Arunsun, Learal Mano de Plata, reproduciendo incluso el pequeño muñón que era todo lo que quedaba del brazo que Learal había perdido en los Sharaedim—. ¡Los pies!

Al mirar hacia abajo, Arr descubrió que llevaba los pies colgando sin tocar casi el glaciar. Sintió que algo ardiente cubría las mejillas de su rostro humano, después se bajó en un acto consciente de voluntad y empezó a caminar hacia el lugar que le correspondía en la fila.

—Ten cuidado con el tono, hermana —dijo Arr. Salvo por el hecho de que era un poco más alta que Beze y tenía el pelo plateado un poco más largo, su aspecto era muy parecido. Ella y Beze habían adoptado la forma de las hermanas Mano de Plata, Storm y Learal—. Recuerda quién está al frente de esta misión.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Beze señaló con la cabeza en ambas direcciones siguiendo el empinado barranco que llevaba hasta la capa de sombra—. Tus humildes seguidores aguardan.

Arr clavó en ella los ojos el tiempo suficiente como para dejar claro que el sarcasmo no sería olvidado, a continuación miró en las dos direcciones que Beze había señalado. La manta de sombra había abierto una profunda oquedad en el hielo, y el resto de los suyos se dispersaban cuidadosamente a lo largo del borde, dejando entre uno y otro unos treinta metros.

Al igual que Tuuh, Beze y la propia Arr, los otros dos phaerimm habían adoptado el aspecto de otros tantos Elegidos de Mystra: Alustriel Mano de Plata y Dove Mano de Halcón. A Arr le hubiera gustado contar con fuerzas más numerosas, pero dado

que Syluné era un fantasma que nunca abandonaba el Valle de las Sombras, que Qilué Veladorn casi nunca se inmiscuía en los asuntos de los humanos y Elminster todavía estaba perdido con La Simbul, cinco era el mayor número de Elegidos a los que podían suplantar con visos de credibilidad.

Arr esperó hasta que Beze y Ryry indicaron que todos estaban en su puesto, ya que la niebla le impedía ver a Tuuh y a Xayn, que ocupaban los extremos, y entonces alzó los brazos e inició el encantamiento. Los demás se sumaron a ella en seguida, gesticulando y entonando sílabas de extraño sonido en una imitación minuciosamente coreografiada de un conjuro humano. Por supuesto, el proceso era de una lentitud y un primitivismo absurdos, en nada comparable con la forma en que los phaerimm hacían magia, pero parecía un paso necesario para los humanos. Arr y sus compañeros se pasaron casi un minuto con esta tontería, después bajaron los brazos y simplemente pensaron el conjuro.

Apareció ante ellos una larga espada de luz mágica en forma de medialuna cuyo extremo inferior se apoyaba en el borde de la empinada pendiente que había a sus pies. Arr echó una mirada a través del banco de vapor y vio la oscura silueta del centinela que todavía se mantenía en su puesto frente al monte Untrivvin. Arr alzó el brazo y señaló hacia adelante, y, todos a una, los cinco «Elegidos» hicieron avanzar su creación por encima del banco.

El enrollador de mantas se deslizó quince metros hacia la parte inferior de la cuenca, donde su extremo inferior se introdujo debajo del borde de la manta de sombra y rápidamente la enrolló un metro hacia atrás.

Eso era todo lo que necesitaba ver el centinela. Cuando Arr volvió a mirar, el veserab desaparecía en dirección sur en medio del vapor. Arr se permitió un momento para saborear la genialidad de su plan y después hizo señas a los demás y se deslizó hacia abajo por el terreno helado hacia la manta de sombra.

En la parte inferior del pozo, se encontraron de pie en medio de quince centímetros de agua helada. Los phaerimm no estaban habituados a pasar incomodidades, pero era algo sencillo de solucionar con un poco de magia de resistencia. Pronto empezaron a empujar y el enrollador hizo su trabajo tal como Arr lo había planeado, separando la manta del hielo y plegándola sobre sí misma. Cuanto más material había, tanto más apretada la enrollaba. El único problema surgió cuando encontraron piedras ocultas bajo el hielo, un hecho sorprendentemente frecuente ya que solían caer rocas de la montaña y a continuación eran transportadas por el glaciar y enterradas por posteriores nevadas. A pesar de todo, los phaerimm no tardaron en aprender a sacar esos obstáculos del camino mediante simple magia de telequinesis. Dos horas más tarde habían progresado tanto que el monte Untrivvin bloqueaba totalmente su visión del horizonte occidental y podían oír el débil tintineo al que debía su nombre el pico, ya que en la lengua del lugar, *untrivvin* significaba «roca

cantora».

Arr estaba empezando a temer que su plan hubiera fracasado cuando vio una línea serrada de sombras en la niebla que se cernía frente a ellos. Siguió avanzando hasta que la línea se convirtió en una hilera de guerreros shadovar, todos con armaduras y portando sus mortíferas espadas negras. Los compañeros de Arr se situaron inmediatamente tras ella, llegando por magia de teleportación en cuanto el enemigo inició el avance.

En lugar de cargar contra ellos, tal como Arr había previsto, la hilera de shadovar se detuvo a treinta pasos de la manta de sombra enrollada. Un enorme guerrero con el pelo peinado en trenzas y brillantes ojos cobrizos dio un paso adelante y levantó su espada oscura a modo de saludo. Era el conocido como Escanor.

—Con los phaerimm otra vez libres por el mundo, pensé que los Elegidos de Mystra tendrían mejores cosas que hacer que robar el agua al Enclave de Refugio.

—Si Refugio se guardara su agua para sí, no lo haríamos —replicó Arr.

No figuraba entre sus expectativas que los shadovar estuvieran más interesados en hablar que en combatir, pero tenía que responder del mismo modo. Aunque los phaerimm nunca vacilaban a la hora de emplear la fuerza, ella y sus acompañantes debían comportarse tal como lo hubieran hecho los Elegidos, y éstos eran reacios a empezar una lucha a menos que no tuvieran otra elección.

—Vuestras mantas de sombra están inundando medio Faerun —prosiguió— y se apoderan del resto de la lluvia. Puesto que os negáis a quitarlas, lo haremos nosotros.

Escanor dio un paso hacia adelante.

—El sufrimiento de Faerun es el precio por devolver a Refugio los derechos que le son propios.

—Entonces que sea Refugio quien pague el precio —dijo Arr, tratando de ponerse en el lugar de Storm—. Vuestros derechos no son algo que concierna a Faerun.

—Lo son. Vosotros nos relegasteis al Plano de la Sombra durante diecisiete siglos. No os podéis imaginar lo que sufrimos.

—Nosotros no relegamos a nadie. —Arr se preguntaba si había hablado ya lo suficiente como para parecer uno de los Elegidos, y pensó que probablemente no fuera así. Los Elegidos hablaban mucho—. Si os marchasteis fue por vuestra propia elección.

—¿Elección? —dijo Escanor con sorna—. Fue una cuestión de vida o muerte.

—Entonces es una pena que Refugio no hubiera elegido lo segundo —repuso. La locuacidad de los shadovar no dejaba de asombrar a Arr. Seguramente sabrían tan bien como ella que iba a haber un enfrentamiento. Entonces, ¿por qué demorarlo? Les hubiera ahorrado a todos un montón de problemas.

—Eso es una grosería y una ingratitud. —Escanor pasó la vista de Arr a Ryry—.

Tienes fama de ser la hermana más razonable, lady Alustriel. Sin duda os dais cuenta de que un enfrentamiento con nosotros sólo hará que haya más Tilvertons. ¿No sería mejor que dedicarais vuestras energías a ayudar a la gente de Faerun a adaptarse al nuevo clima que añadir a sus problemas uno más iniciando una guerra que no tenéis esperanzas de ganar?

—Nadie gana jamás una guerra, príncipe Escanor —replicó Ryry, sonando idéntica a Alustriel tanto por la voz como por el sentido de lo que decía—. Sólo se pierde menos que el enemigo. Teniendo en cuenta que Refugio perdió en Tilverton, suponía que lo entenderías.

—Nuestra ciudad todavía está aquí.

—Lo mismo que un centenar de las nuestras —replicó Arr—. ¿Quién crees que tiene más que perder?

Los ojos de Escanor lanzaron destellos de color anaranjado.

—La cuestión no es cuántas ciudades podéis perder, Lady Storm. —Su voz era insidiosa y sibilante, pero parecía tan feliz como al principio por estar allí hablando en vez de combatir—. La cuestión es cuántas podéis destruir. Nosotros ya hemos demostrado lo que podemos hacer.

—Y si perdéis un ejército con cada ciudad, no tendremos la menor necesidad de destruir la vuestra —dijo Arr. Mientras hablaba, recorría con la mirada la línea de los shadovar buscando a los demás príncipes—. Al llegar a la tercera o cuarta ciudad, será nuestra sin discusión.

—Hemos aprendido de nuestro error. —Escanor echó una mirada a la manta de sombra enrollada entre ellos—. Aparentemente vosotros no. Quitaréis vuestra herramienta y nos permitiréis reponer la manta de sombra. No voy a volver a pedirlo.

—¿Y si nos negamos?

—La batalla no se librará aquí —dijo Escanor—. Las que pagarán serán las ciudades de Faerun...

—Embustero.

Nada habría hecho más feliz a Arr que pensar que lo que el príncipe decía era la verdad, pero los shadovar eran demasiado astutos como para anunciar su plan por anticipado. Alzó el brazo y con un pensamiento desató el conjuro que había estado desarrollando durante la mayor parte del tiempo que había pasado confinada en los Sharaedim. Un flujo sostenido de fuego plateado-blancuzco brotó de sus dedos en dirección al príncipe, cuya protección contra conjuros lanzó un brillo negro al contacto con el fuego. La magia de sombras de su defensa desencadenó un conjuro secundario, enviando un disparo de rayo antimagia desde la cabecera del flujo de fuego.

Un agujero enorme se abrió en la protección contra conjuros de Escanor, permitiendo la entrada de la blanca corriente. El efecto fue una imitación creíble del

fuego plateado de los Elegidos, y Escanor cayó gritando y envuelto en llamas.

Arr empezó a silbar una orden a sus compañeros, pero se contuvo.

—¡Vigilad a vuestras espaldas! —gritó—. Los demás príncipes...

Fue interrumpida por el estallido sibilante de un proyectil oscuro que fue a dar detrás de ella. Beze avanzó dando tumbos por encima de la manta de sombra enrollada y cayó a doce metros. De un enorme agujero abierto en su pecho salían volutas de sombra. Empezó a debatirse y a silbar de dolor, después se levantó en el aire, demasiado débil como para mantenerse pegada al suelo.

—¡Learal, no! —gritó Arr—. Baja y estate...

La palabra «quieta» se perdió entre un rugido horrible cuando la magia de batalla, tanto phaerimm como shadovar, empezó a restallar y crepitar a su espalda. La compañía de Escanor respondió con un trepidante grito de guerra antes de alzar los brazos y empezar a gesticular. Arr contraatacó levantando una pared de color reverberante ante ellos, pues los shadovar odiaban la magia prismática. Entonces se dio cuenta de que había pasado por alto los gestos y los cánticos. Intentó arreglarlo levantando el brazo y pronunciando con voz tonante una docena de sílabas de tonterías místicas antes de hacer que el muro se desplomase sobre el enemigo.

Una cacofonía de magia restallante y de gritos angustiados llenaron la hondonada durante un instante para ser repetidos a continuación por el eco en la superficie de piedra del Untrivvin y perderse luego en un murmullo sordo. Era un sonido que a Arr le encantaba, el sonido de los atónitos supervivientes tratando de recuperar el sentido y de reorganizarse.

Miró hacia atrás para comprobar que sus compañeros seguían cubiertos por sus protecciones anticonjuros lanzando magia sobre media docena de príncipes en retirada. Los barrotes de una jaula de sombra a medio terminar yacían a sus pies, fundiéndose lentamente en el agua cenagosa al dispersarse su energía no controlada.

El sonido de órdenes tajantes atrajo la atención de Arr al frente donde los supervivientes shadovar ya se habían reagrupado. Media docena de ellos estaban reunidos en torno a su príncipe presa del fuego, tratando de sofocar las llamas de plata de Arr con sus propios cuerpos. El resto, tal vez dos docenas en total, seguían a un alto guerrero en su avance, con las espadas en ristre y los ojos como gemas preciosas ardientes de rabia.

Sin olvidar esta vez formular el conjuro como lo haría un humano, Arr hizo surgir un muro de fuego.

Para cuando hubo terminado los gestos y cánticos necesarios, los shadovar casi habían llegado a la altura de donde se encontraba la forma retorcida de Beze. Normalmente, Arr no habría dudado en sacrificar a uno de los suyos en el combate, pero era evidente que las defensas de Beze habían sido sobrepasadas por el ataque del enemigo. Si las llamas la mataban volvería a su forma auténtica y revelaría la verdad

sobre la naturaleza del enemigo al que se enfrentaban los shadovar.

Arr levantó el muro a espaldas de los guerreros atacantes, después echó la mano hacia atrás y cogió a Tuuh por la ropa.

—Ven conmigo, Khelben —dijo.

Pasó por encima de la manta de sombra enrollada arrastrando a Tuuh tras de sí, medio tambaleándose, medio flotando. Cuando se volvió y vio a dos docenas de furiosos shadovar a apenas diez pasos de ellos, también él se olvidó y levantó una barrera de lacerantes espadas sin recordar que debía hacer los gestos correspondientes.

¡*Allak thur doog!* —improvisó Arr.

El encantamiento se perdió en medio del ruido sordo de las hojas de la barrera que atravesaban las armaduras de los shadovar.

Todavía arrastrando a Tuuh tras él, Arr empezó a rodear el extremo más lejano gritando:

—¡No te olvides de quién eres, Khelben!

—Una pequeña advertencia podría resultar útil la próxima vez —respondió Tuuh—. ¿Adónde vamos?

—A ayudar a Bez... eh, a Learal.

—¿A ayudarla? —Tuuh se detuvo—. ¿Para qué?

—¡Porque se supone que es tu compañera! —dijo Arr furioso—. Y porque mi plan se irá al traste si muere y ven en qué se transforma.

Llegaron al final de la barrera. Arr echó una mirada y vio a Beze que estaba inconsciente y ahora flotaba en el aire, con los brazos estirados por encima de la cabeza y las piernas entrelazadas en lo que se parecía definitivamente a una cola. Los ocho shadovar, todos los que habían escapado al conjuro de Tuuh, permanecían atrapados entre la barrera de espadas y el muro de fuego de Arr.

El shadovar alto la vio asomarse y alzó la mano para formular un conjuro. Arr se retiró a tiempo para evitar el proyectil negro que llegó abriéndose camino desde el otro lado de la barrera, después se dejó caer sobre una rodilla y envió un rayo relampagueante contra su atacante. Lo alcanzó en el pecho y lo derribó, disipándose a continuación sin causar daño contra su protección anticonjuros. El guerrero señaló a Beze e indicó a sus seguidores que corrieran en su dirección.

Una corriente de llamas plateado-blancuzca surcó el aire por encima de la cabeza de Arr, atravesó la protección anticonjuros del shadovar y lo envolvió en llamas. Al verlo, a Arr se le revolvió algo por dentro. Ese conjuro era uno de los mejores que había creado, y aunque lo había compartido de buen grado para el buen fin de su plan, no le hacía ninguna gracia ver a otros phaerimm utilizándolo.

Arr miró la barbuda cara de Tuuh, que estaba detrás de ella.

—Espero que sea la primera vez que hayas usado mi conjuro aquí —dijo. Como

los Elegidos sólo podían utilizar el fuego de plata real una vez por hora, había dado instrucciones a sus compañeros de usarlo sólo una vez—. Mi plan no funcionará si se dan cuenta...

—Es la primera vez que estos shadovar me han visto utilizarlo —dijo Tuuh—, y eso es lo que cuenta.

Levantó una mano y, pronunciando una sola sílaba, movió los dedos. Beze se elevó por encima de las cabezas de los shadovar y empezó a flotar hacia ellos. Varios guerreros echaron mano de sus espadas. Alzando las manos y pronunciando algo que se parecía vagamente a un conjuro, Arr hizo que un enjambre de feroces estrellas cobraran vida y las envió hacia el otro lado de la manta de sombra.

Se estrellaron rugientes contra los shadovar antes de que éstos pudieran volverse para ver qué era lo que producía ese ruido. Los que no tenía protección anticonjuros simplemente se desvanecieron en una erupción de humo y llamas. Los otros fueron arrastrados por la manta de sombras y atravesaron el muro de fuego que Arr había levantado antes. A juzgar por los gritos y el humo grasiento que venía del otro lado, no parecía probable que su magia protectora hubiera soportado la prueba.

—Un poco rápido para un humano, ¿no te parece? —Tuuh atrajo a Beze hacia ellos—. Pero has salvado a Beze.

—Bueno, envíala a alguna parte —ordenó Arr—, antes de que se muera y estropee mi plan.

Detrás de ellos se oyó a Ryry hablando en eólico.

El destino de tu plan ya ha sido decidido. Los shadovar se han retirado.

Arr se volvió y vio a Ryry y a Yao detrás de la manta enrollada, contemplando la hondonada vacía del deshielo. En el frío gélido del Hielo Alto, la nube de vapor se había transformado ya en hielo depositándose otra vez en el suelo, y el agua cenagosa por la cual habían estado chapoteando unos minutos antes se había helado transformándose en una irregular planicie azul. El único vestigio de los príncipes shadovar que habían intentado sorprenderlos por la espalda eran los pozos manchados de hollín en los lugares en que habían sido empotrados en las paredes de la hondonada por los conjuros de los phaerimm.

—Soy un genio —dijo Arr—. Cuando trabajamos juntos, nadie puede con nosotros.

—Eso será un gran consuelo para el fantasma de Beze —dijo Tuuh.

Arr se volvió y vio a Beze, que había recuperado su forma verdadera, precipitándose a tierra con la cola y los cuatro brazos colgando inertes y derramando sangre por la boca.

—Tuuh, ¿no te ordené que la mandarás a alguna parte? —preguntó Arr—. Todavía puede haber espías.

Tuuh tocó a Beze, y en el aire se abrió una pequeña hendidura que succionó el

cuerpo sacándolo de la vista. A juzgar por el zumbido de los insectos y por el hedor a despojos que quedó en el aire, Arr dedujo que había enviado el cuerpo al segundo o tercero de los Nueve Infiernos.

En cuanto el portal se cerró, Arr anuló los muros mágicos que había levantado y quedó complacida al ver la manta de sombra sembrada de cadáveres shadovar. No había el menor rastro de Escanor, o de quienes lo habían protegido con sus propios cuerpos para evitar que las llamas lo consumieran.

—No veo ningún herido. —La voz de Ryry mostraba decepción—. ¿Dónde están los heridos?

—A estas alturas, en Refugio —respondió Arr—. Estoy segura de que los shadovar se los llevaron.

—¿De veras? —Ryry miró a Arr como si ella hubiera escondido a los heridos y se los estuviera guardando para sí—. ¿Por qué?

—¿Qué importa? —preguntó Tuuh encogiéndose de hombros—. Muchos bípedos lo hacen cuando pueden.

Ryry se lo quedó mirando con aire pensativo hasta que finalmente pareció aceptar la evidencia.

—Si tú lo dices. —Se volvió hacia Arr y preguntó—: ¿Y ahora qué?

—Ahora, a acabar el trabajo —dijo Arr volviendo hacia la manta enrollada y pasando por encima—. Eso es lo que harían los Elegidos.

Capítulo 4

15 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

Galaeron y los demás llevaban esperando toda la mañana cuando el chasquido sordo de un conjuro translocacional sonó en el centro del patio y su huésped apareció en medio de una arremolinada cabellera plateada y trayendo en pos de sí un leve hedor a despojos y a azufre. Era alta, incluso para los estándares humanos, y especialmente para una mujer, y tenía una figura esbelta y llamativa. Aunque de facciones un poco rudas para los cánones de belleza de los elfos, su rostro era de una belleza sorprendente, con ojos chispeantes, pómulos prominentes y labios carnosos.

Ruha sirvió una copa de vino de Cormyr, el mejor de los que tenían, aunque eso no quería decir mucho después de los estragos de la Guerra de los Goblins, y salió a su encuentro. Ante lo incierto del saludo que iba a recibir, Galaeron permaneció un poco rezagado. Aris se quedó oculto en su arcada dormitorio para no asustarla antes de que se recuperase del aturdimiento que siempre acompaña a la teleportación.

Ruha se detuvo junto a la mujer.

—Bienvenida a Arabel, Storm —dijo poniendo la copa en la mano de la mujer—. Gracias por haber venido.

El sonido de una voz familiar pareció sacar a Storm de su aturdimiento. Bebió unos sorbos de vino e hizo una mueca de disgusto.

—Es el brebaje más amargo que he bebido en años —dijo devolviendo la copa a Ruha—, pero tomaré otra copa. Me he pasado toda la mañana intercambiando conjuros con espinardos y acechadores y tengo tanta sed que podría beberme todo el Mar de la Luna.

—A lo mejor prefieres sentarte —sugirió Galaeron, señalando la mesa que habían dispuesto a la sombra de la casa que habían comprado con lo obtenido por la venta de una de las estatuas de Aris—. Podemos traer algo de comer si tienes hambre.

Storm lo miró con desconfianza, pero lo siguió hasta la mesa.

—Lo de sentarme está bien, pero no voy a comer nada. La batalla aún no ha terminado y no conviene luchar con el estómago lleno.

Mientras se sentaban, Aris salió de detrás de la arcada y se unió a ellos. Su cara tenía un aspecto aún más sombrío que de costumbre. Cuando se sentó junto a los demás, dejó caer el cuerpo tan pesadamente que los jarros se sacudieron sobre la mesa.

Storm giró la cabeza para mirar los ojos grises del gigante.

—Me alegro de verte, Aris. Tienes mejor aspecto que la última vez que nos encontramos.

Aris esbozó una sonrisa.

—Llevo todo este tiempo esperando una ocasión para darte las gracias por haberme salvado la vida, señora.

El gigante buscó en el interior de su capote y sacó una escultura de casi un metro que representaba a Storm de rodillas en el suelo. El parecido era perfecto, por supuesto, y tenía una expresión angélica a la par que fieramente protectora. A Galaeron lo impresionó que se pareciera tanto a una versión humana de Angharradh.

—Te ruego que lo aceptes como una pequeña muestra de mi gratitud.

Storm cogió la pieza y dio un respingo.

—Es... es... Aris, es muy hermosa. —La colocó sobre la mesa y a continuación se puso de pie para estudiarla desde todos los ángulos—. Demasiado hermosa como para que la representada sea yo... o cualquier mujer mortal.

—En absoluto. Así es como te ven todos aquellos a los que ayudas. —Aris miró a Ruha y añadió—: Ruha me ayudó a encontrar a unos cuantos de ellos, de modo que lo sé.

Storm apartó unos ojos velados por las lágrimas y se acercó a él. Incluso sentado en el suelo, el gigante la superaba en estatura, de modo que ella acabó abrazando uno de sus brazos.

—La guardaré siempre como un tesoro, Aris. —Echó la cabeza hacia atrás y le envió con la punta de los dedos un beso que flotó visiblemente hasta el rostro del gigante y se estampó sobre su mejilla como un tatuaje de plata—. Gracias.

A Galaeron lo satisfizo que Storm apreciara tanto el regalo de Aris —en realidad, nunca había esperado otra cosa, ya que el arte del gigante nunca dejaba de conmover a quienes lo veían—, pero eso arrojó una sombra sobre su propio espíritu. El gigante no aprobaba lo que Galaeron estaba a punto de sugerir, y teniendo en cuenta que Storm lo consideraba responsable de gran parte de los males de Faerun, a su idea sólo le faltaba tener en contra la opinión de Aris.

Dejando a Aris con una sonrisa tonta en los labios, Storm volvió a su asiento y se dirigió a Ruha.

—¿Qué tal si vamos al grano? —dijo. Aunque sus maneras eran bruscas, su talante se había suavizado mucho con el regalo de Aris y la preocupación que subyacía en sus palabras parecía tener más que ver con el tiempo que con la contrariedad—. No creo que me hayáis convocado haciéndome abandonar la batalla en los Sharaedim para que Aris pudiera darme su regalo.

Galaeron hizo una mueca. Nadie convoca a un Elegido de Mystra, y el hecho de que hubiera utilizado esa palabra para describir su petición de audiencia no era buena señal.

Si Ruha se percató de la elección de la palabra, no se reflejó en sus ojos.

—Galaeron tiene una idea que creo que podría funcionar. —Ruha se volvió hacia la cara grisácea de Aris y añadió—: aunque Aris no piensa lo mismo.

—¿Y me habéis hecho venir aquí para que dirima la cuestión?

Al notar el sarcasmo en la voz de Storm, Galaeron se apresuró a hablar.

—Quiero traer a tierra la ciudad de Refugio.

Storm enarcó una ceja.

—¿Traerla a tierra?

—Como las antiguas ciudades de Netheril —explicó Galaeron—. Hacer que se estrelle en el desierto.

—Si lo que pides es permiso, siéntete libre de hacerlo.

—En realidad, no puedo hacerlo yo solo. —Por el momento todo iba bien, al menos le gustaba la idea—. A decir verdad, necesito que tú y los demás Elegidos lo hagáis por mí.

Storm puso los ojos en blanco, como si ya se estuviera esperando algo así.

—Por el momento ya estamos bastante ocupados tratando de salvar los Sharaedim. Creía que ya te habrías enterado.

—¡Y te estoy diciendo cómo podéis hacerlo! —le espetó Galaeron.

Captó el destello de preocupación en los ojos de Aris e hizo una pausa para apaciguar su acceso de ira.

—¿Estáis ganando? —preguntó por fin.

Storm desvió la mirada.

—No, el avance de lord Ramealaerub se ha detenido en los Túmulos de Vyshaen.

—¿Los Túmulos de Vyshaen? —Galaeron se quedó boquiabierto—. ¿Y qué está haciendo ahí?

—¿No es una buena posición?

—Lo parece desde abajo —dijo Galaeron negando con la cabeza—, pero no puede llegar a Evereska desde allí. Si los phaerimm suben por el Cañón de Cobre, se encontrará atrapado contra el Alto Sharaedim.

Storm enarcó las cejas.

—Transmitiré tu parecer. Por desgracia, está avanzando a ciegas.

Dejó sus palabras flotando en el aire a la espera de que Galaeron dijera si quería saber los detalles. No lo hizo, pero era preciso que lo supiera.

—¿A ciegas? —repitió—. Pensé que Takari Moonsnow estaba con él.

—Se perdió el día que cayó el caparazón de sombra —dijo Storm en tono más suave, y por primera vez desde que la conocía, Galaeron vio en su expresión algo de la bondad retratada en la escultura de Aris—. Eliminó a un phaerimm que estaba frenando el avance de lord Ramealaerub.

Galaeron se hundió en la butaca. Le dolía el corazón como si alguien le hubiera dado un golpe. No había visto a Takari desde poco después de su incursión en Karse, cuando la había llevado de regreso, maltrecha y ensangrentada, a Rheitheillaethor y la había dejado allí para que se recuperara. Nunca habían sido amantes, pero finalmente

había llegado a aceptar, aunque demasiado tarde, que eran compañeros del alma, vinculados por algo más profundo que el amor. Su decisión de irse con Vala, otra mujer a la que las circunstancias lo habían obligado a abandonar a un cruel destino, había sido suya, pero le había resultado infinitamente más fácil por la dureza de Takari cuando le dijo que esperaba no volver a verlo. La idea de que esas palabras tuvieran que ser las últimas que oiría de ella lo llenaron de amargura y angustia, y con una furia sorda supo que no era sólo su propia sombra la que le hacía pensar que Storm estaba mintiendo y lo impulsaba a atacarla.

Galaeron se limitó a agachar la cabeza y a musitar una plegaria rogando que Takari perdonara su estupidez y que el Señor de la Hojas velara por su espíritu.

Storm apoyó una mano en el brazo de Galaeron y la retiró al momento al ver que su sombra la rechazaba y le provocaba un escalofrío.

—Ya sabes, Galaeron, que podrías ser muy útil a lord Ramealaerub —dijo—. Dudo de que en el ejército elfo haya nadie lo bastante tonto como para rechazar tu ayuda.

Pero Galaeron pensó que siempre había una duda, aunque tal vez fuera su sombra la que lo pensaba. En primer lugar, había sido él quien había abierto la Muralla de los Sharn. A continuación había llamado a los shadovar al mundo para deshacer el daño resultante. Él era la causa de todos estos problemas, y aunque tuvieran la prudencia necesaria para no decírselo a la cara, sabía que los demás elfos murmurarían entre ellos en cuanto les volviera la espalda.

—Ése sí que es un plan que tiene sentido —dijo Aris—. ¿Por qué no volver a los Sharaedim donde podemos combatir realmente a los phaerimm?

Galaeron alzó la cabeza.

—Porque no podemos ganar la guerra combatiendo a los phaerimm. De esa manera tampoco podremos salvar Evereska.

—Ésa es la parte que no tiene sentido —dijo Aris—. Los phaerimm quieren eliminar a los shadovar, y los shadovar quieren eliminar a los phaerimm. La destrucción de Refugio, aun cuando fuera posible, no ayudará a Evereska.

—Sí que lo haría, Aris —repuso Storm—. Los elfos tienen pocas esperanzas, hasta diría que ninguna, de vencer a los phaerimm sin ayuda. El resto de Faerun ha quedado demasiado debilitado por el deshielo como para enviar ayuda, y las escasas tropas que tenemos deben quedarse en casa para la defensa contra los shadovar. Los shadovar están en la misma situación: no se atreven a enfrentarse a los phaerimm por temor a que el resto del mundo los ataque y haga cesar el deshielo.

Galaeron sintió un gran alivio al ver que era Storm quien lo explicaba en estos términos. A lo mejor uno de los Elegidos era capaz de hacer cambiar de idea al tozudo gigante.

Aris hizo que se desvaneciera su sueño con una firme negación de cabeza.

—No funcionará.

—Puede que no de inmediato —dijo Ruha—, pero cuando los reinos se recuperen podrán enviar tropas en apoyo de los elfos. Ni siquiera los phaerimm pueden soportar el poder combinado de todo Faerun.

Aris se cruzó de brazos.

Galaeron vio con sorpresa que Storm hacía caso omiso del gigante y se volvía hacia él y hacia Ruha.

—Tu plan sólo funcionaría si la destrucción de Refugio fuera rápida —dijo.

—Sin su Mythallar, la ciudad caerá —dijo Galaeron—. Su destrucción será instantánea.

Storm asintió.

—Ya me parecía que eso era lo que habían planeado para nosotros. Pero ¿cómo vamos a entrar en la ciudad? La magia de Refugio tiene poder incluso contra nosotros.

Galaeron sonrió y le dijo qué era lo que tenía pensado.

Cuando hubo terminado, Storm se sirvió más vino, se recostó en su asiento y se quedó pensando. Sólo pasaron unos instantes hasta que terminó de beber el contenido de su copa y asintió.

—Podría funcionar.

—¡Magnífico! —Galaeron sirvió vino para él y para Ruha—. Podemos estar listos...

—Dije podría. —Storm alzó una mano para detenerlo y a continuación miró a Aris—. Antes de tomar una decisión me gustaría oír los argumentos de Aris.

El gigante dirigió a Galaeron una mirada de culpabilidad antes de hablar.

—Lo que yo digo es que Galaeron no puede hacerlo.

Storm frunció el entrecejo.

—¿Qué es lo que tiene que hacer? Sólo fingir obcecación y desinterés. —Le dirigió una mirada—. Eso no es nada ajeno a su carácter —añadió.

—Después —aclaró el gigante—. Una vez que esté en la ciudad su sombra se fortalecerá. Lo perderemos... y me temo que esta vez será para siempre.

—Es un riesgo —admitió Ruha—. No está lo bastante fuerte como para luchar contra Telamont.

Galaeron se encogió de hombros.

—Todo plan tiene un coste. Puedo resistir el tiempo suficiente para hacer que éste funcione. Después de eso..., bueno, no creo que los Elegidos tengan dificultades para eliminar el problema antes de que se nos escape de las manos.

Storm se lo quedó mirando un buen rato.

—¿Harías ese sacrificio? —preguntó.

En la respuesta de Galaeron no hubo ni sombra de vacilación.

—Es más lo que he perdido hasta ahora.

—Y ése es otro error. —Aris plantó uno de sus dedazos en el centro de la mesa y a punto estuvo de derribarla—. Cuando no habla de Evereska y de lo que está sufriendo, habla de Vala y de lo que está soportando. Yo digo que si hace esto es para salvarla a ella.

Storm alzó una mirada fría hacia los ojos del gigante.

—¿Y por qué habría de ser eso un error?

Aris adoptó una expresión ceñuda y durante un momento trató de encontrar un argumento, hasta que por fin se dio por vencido y apartó la vista sin responder.

Storm volvió a mirar a Galaeron y también guardó silencio.

Por fin, el elfo no pudo aguantar más su mirada escrutadora.

—¿Lo haréis entonces? —preguntó.

En lugar de responder a la pregunta, Storm le planteó otra.

—Quiero ser clara al respecto. Si tu sombra se apodera de ti, ¿esperas que te mate?

Galaeron hizo un gesto afirmativo.

—No, Galaeron —dijo Storm negando con la cabeza—. Quiero oírtelo decir. Debes decirlo.

—Cuando... —A Galaeron se le secó la garganta y tuvo que hacer una pausa y empezar de nuevo—. Cuando, no si, porque ya estoy perdiendo la batalla aquí, pero cuando mi sombra se apodere de mí, quiero que me mates. Más aún, quiero que me prometas ahora que lo harás. Ya he causado bastante mal a este mundo por estupidez y por accidente. No quiero causarlo ahora directamente.

—Si eso es lo que quieres, lo prometo —respondió Storm. Se puso de pie y se volvió hacia Aris—. ¿Y qué hay de ti, mi enorme amigo? ¿Irás con Galaeron?

—¿Él? —dijo Galaeron poniéndose de pie—. Esto no tiene nada que ver con Aris. No es necesario que él regrese a Refugio.

—Aris va a todas partes contigo, Galaeron —dijo Storm sin apartar la vista del gigante—, y ha jurado tomar venganza por lo de Mil Caras. Si de repente se queda atrás cuando te pongas en marcha para luchar contra los phaerimm, ¿qué pensarán los shadovar?

—Tiene razón —dijo Ruha—. Empezarían a sospechar y eso daría al traste con tu plan. Esto debe hacerse bien..., o no hacerse.

Galaeron bajó la cabeza. Ya había estado a punto de matar a Aris en una ocasión, durante su huida de Refugio, cuando había sucumbido a su ser sombra y había usado al gigante como señuelo para atraer a un dragón azul hacia una emboscada. De no haber respondido Storm a la llamada de auxilio de Ruha, Aris habría muerto, y esta vez no habría nadie a quien pedir ayuda. Si las cosas se torcían, e incluso aunque salieran bien, podrían significar la muerte para ambos.

Galaeron negó con la cabeza.

—Entonces no lo haremos. —Alzó la vista y miró a Aris a los ojos—. Jamás te pediría una cosa así. Ya has hecho más de lo que es razonable esperar incluso de un amigo elfo. No quiero ver cómo te matan.

—¿Piensas que ése es el motivo por el cual no me gusta tu plan? ¿Por qué temo por mi vida? Ése es un insulto peor que cualquiera de los que te ha inspirado jamás tu sombra.

Aris partió la mesa con su enorme puño, haciéndola trizas y dispersando astillas y trozos de cristal en todas direcciones.

—Tú salvaste mi vida en Mil Caras —continuó el gigante—. Puedes hacer con ella lo que quieras.

Un tenso silencio se cernió sobre el patio. Galaeron estaba tan conmocionado por la demostración de enfado tan impropia del gigante que ni siquiera se atrevió a disculparse con la mirada.

Por fin, Storm se puso de pie.

—Supongo que con esto queda zanjado —dijo. Se limpió con las manos el vino que había salpicado su armadura de cuero—. Nos encontraremos con vosotros mañana, después del amanecer.

Capítulo 5

15 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

Malik comprobó, atónito, que Escanor todavía resplandecía cuando se atrevió a presentarse ante el Supremo. El príncipe se veía a cincuenta pasos de distancia, primero como una bola tenue, perlada, flotando por debajo del destello cobrizo característico de sus ojos y a continuación como una jaula luminosa de costillas que rodeaba un núcleo de luz palpitante. Una oleada de sorprendidos murmullos lo siguió a través de la sala del trono y, mientras se acercaba, Malik pudo ver que en realidad Escanor se tambaleaba. El manto de sombra que habitualmente le servía como cuerpo se iba deshaciendo en volutas, dándole un aspecto etéreo y reptiliano.

Escanor se detuvo al pie del estrado, iluminando con su luz a media docena de príncipes más jóvenes que lo seguían. Aunque ninguno de ellos estaba en un estado tan lastimoso como Escanor, habían ido con él a atacar a los Elegidos en el Hielo Alto, y tres sangraban sombra por sus heridas menores.

Escanor hizo una reverencia, y se hubiera caído de no haber desafiado uno de sus hermanos a la luz fantasmagórica para echarle una mano.

—Pido disculpas por presentarme ante el Supremo en este estado —dijo.

—Más te vale —afirmó Hadrhune—. Es un insulto.

—Sí, lo es —coincidió Malik, de pie en su lugar habitual, sólo un poco por encima de Hadrhune. Cansado de los celos del senescal por su posición como asesor de mayor confianza de Telamont, y también de los constantes intentos de asesinato, Malik había decidido cambiar a una estrategia de alianza para aplacar al hombre—. Si el Supremo quisiera que viéramos su cara, él mismo nos la mostraría..., aunque debo admitir que yo mismo siento curiosidad por verla.

Ni siquiera pestañeó al hacer esta última declaración. Una de las principales razones por las cuales el Supremo valoraba tanto los consejos de Malik era la maldición por la cual esa zorra de Mystra lo obligaba a decir siempre la verdad. Telamont Tanthul casi nunca lo regañaba por los embarazosos deslices a que esto lo obligaba, y, de hecho, en ocasiones parecía que incluso lo divertía.

Pero hoy no. Unas garras heladas se hundieron en su hombro y una voz fría le susurró algo al oído.

—Tu curiosidad sobre eso podría matarte, mi astado amigo, y si vuelves a hacer un desaire como éste a uno de mis príncipes, esto se cumplirá.

Malik sintió que la boca se le secaba como si se le hubiera llenado de polvo.

—No pretendía ofender, Supremo... —Trató por todos los medios de no seguir adelante, pero la verdad lo desbordó y salió de su boca sin que pudiera hacer nada—. Al menos a ti, porque siempre me he sentido seguro bajo tu protección y totalmente

libre de insultar a quien me diera la gana.

El Supremo retiró sus heladas garras y palmeó el hombro de Malik.

—Cosa que ahora no te sucede —dijo.

Telamont se deslizó a su lado y bajó la escalera hacia su hijo. Consciente de que sería un suicidio permanecer por encima del Supremo, Malik lo siguió escalera abajo. El Supremo se detuvo en el último escalón permitiendo que Malik, Hadrhune y el resto de los presentes en el salón del trono buscaran afanosamente un lugar en el suelo. A la luz de las heridas de Escanor, los sicofantes tenían un aspecto macabro y arrugado, con las mejillas descarnadas y los rojos ojos hundidos. Sólo el propio Telamont parecía inmune a la luz y seguía oculto entre las sombras debajo de su capucha.

Malik, que siempre trataba de sacar el máximo partido a las circunstancias, aprovechó la luz para examinarse subrepticamente las heridas. Aunque todavía sentía el mordaz contacto de las garras de Telamont en su hombro, no tenía horadada la carne ni había vestigios de sangre en su traje.

—¿Te has enfrentado a los Elegidos, hijo mío? —preguntó Telamont—. ¿Fueron ellos quienes te hicieron esto?

Manteniendo la cabeza baja, Escanor asintió.

—Así fue, Supremo.

Los ojos de platino de Telamont brillaron más en la oscuridad de su cara.

—Bien. —Levantó una manga tenebrosa indicando a Escanor que se pusiera de pie y continuó—: Ponte de pie y dime a cuántos mataste.

Las sombras de Escanor parecieron hacerse aún más tenues cuando se levantó.

—Me temo que debo responder que a ninguno, Supremo —dijo manteniendo la cobriza mirada fija en el suelo—. Fuimos derrotados.

—¿Derrotados? —fue Hadrhune el que hizo la pregunta—. ¿Siete príncipes de Refugio?

Los ojos de Escanor se desplazaron hacia el senescal.

—Los Elegidos son enemigos formidables.

—Precisamente por eso aconsejé al Supremo que mandara a siete de vosotros —replicó Hadrhune—. Y a toda una compañía de la Guardia de la Puerta.

Aunque el esfuerzo que representaba su defensa agotaba a Escanor, ninguno de sus hermanos parecía dispuesto a salir en su ayuda.

—Tu plan no tuvo en cuenta... la rapidez de los Elegidos. Estos lanzan magia con la misma facilidad con que tú haces aspersiones.

Hadrhune respondió con una sonrisa, la sonrisa depredadora de un cazador que persigue a una presa herida.

—No son más que humanos —dijo—. ¿Cómo podrían ser más hábiles que un señor de sombra formulando conjuros?

—Es un misterio para mí —replicó Escanor, en cuyas palabras había más sinceridad que sarcasmo—. La próxima vez quizá deberías comandar tú el asalto y decírnoslo.

—No habrá una próxima vez —dijo Telamont con ese tono profundo e inexpresivo que Malik había aprendido a asociar con la rabia despiadada—. No nos lo podemos permitir.

—Por desgracia, no creo que esté en tus manos elegir —repuso Malik. Hacía tiempo que había aprendido que en los momentos como éste era cuando estaba en situación más ventajosa ante el Supremo, ya que todos los demás se encontraban demasiado ocupados tratando de pasar desapercibidos—. Ahora que los Elegidos han visto que estáis impotentes ante ellos, sin duda volverán a enrollar las mantas de sombra más rápido de lo que vosotros podéis tenderlas.

Telamont se volvió veloz hacia Malik, con los ojos platino tan brillantes que lo iluminaban todo.

—No estamos impotentes.

—N-n-no, por supuesto que n-n-no —tartamudeó Malik—, pero después de las bajas sufridas por Refugio en Tilverton, lo estaréis si perdéis una compañía de guerreros cada vez que tratéis de impedir que los Elegidos roben una de vuestras mantas de sombra.

Una de las mangas llenas de tinieblas de Telamont apuntó hacia el hombrecillo y un zarcillo de sombra se enrolló en la ropa de Malik y lo cogió por las solapas.

—¿Por qué tenéis que tener siempre razón, hombrecillo?

Malik se encogió de hombros y pensó que sería más prudente no decir nada, pero eso jamás era posible cuando Telamont Tanthul deseaba una respuesta. Sólo respiró una vez más antes de que el Supremo lo obligara a hablar.

—Es mi maldición, Supremo —dijo. Pero, por supuesto, ahí no terminó todo—. Mi intención es decirte siempre lo que quieres oír, pero como esto casi nunca coincide con la verdad, antes de darme cuenta estoy farfullando tontamente las cosas que tus otros asesores son demasiado prudentes para decir.

—¿Demasiado prudentes? —inquirió Escanor mirando con toda la intención a Hadrhune—. ¿O demasiado cobardes?

La mirada de Telamont se clavó en el príncipe.

—Atención, hijo mío. Tú eres uno de esos a los que se refiere Malik.

Volvió a depositar a Malik en el suelo y a continuación introdujo una mano tenebrosa entre las costillas de Escanor y cogió el corazón todavía resplandeciente del príncipe.

—Interesante. Cuéntame qué conjuro hizo esto.

La mirada de Escanor se fijó en la mano en el interior de su pecho.

—Fue el fuego plateado —respondió con voz insegura—. Quemó mi protección

anticonjuros...

—No. —Telamont retiró la mano y en el extremo de su manga apareció una palma resplandeciente.

—El fuego de plata es magia pura del Tejido. Si fuera eso, en este momento estaríamos dando vueltas en un torbellino dimensional.

—¿De verdad? —preguntó Malik con un respingo.

Había observado suficientes combates como para saber que cuando la magia pura del Tejido entraba en contacto con la magia del Tejido de Sombra se producía un desgarró en la trama de la realidad. Precisamente había sido un accidente de ese tipo el que se había producido cuando los proyectiles mágicos de la patrulla de los Guardianes de Tumbas de Galaeron Nihmedu habían chocado con los proyectiles de sombra de Melegaunt Tanthul abriendo una brecha en la Muralla de los Sharn y liberando a los phaerimm.

—¡Entonces tú debes de ser... —demasiado tarde se dio cuenta Malik del riesgo que corría al dar a entender que había reconocido la verdadera naturaleza de Telamont. Trató de morderse la lengua, pero la maldición lo obligaba a terminar lo que había iniciado—... magia de sombra viviente!

La capucha llena de tinieblas del Supremo se volvió hacia Malik.

—No precisamente viviente. —Una leve medialuna purpúrea apareció en el lugar donde hubiera estado una sonrisa humana—. No tienes por qué lamentar el haberlo expresado. De todos modos jamás ibas a marcharte de aquí.

—¿Supremo? —Malik miró en derredor como si buscara una puerta, pero, por supuesto, no se podía salir a nada que no fueran sombras—. ¡Eso no es necesario! Yo puedo guardar un secreto como...

—Del enclave, gusano —dijo Hadrhune—. Quiere decir que jamás saldrás del Enclave de Refugio.

—Eso —confirmó Telamont—. Tus consejos me son demasiado... necesarios... como para dejar que te marches.

—¿Eso es todo? —Malik dio un suspiro de alivio—. Entonces estamos de acuerdo. ¿Por qué habría de querer marcharme de Refugio? Aquí tengo todo lo que deseo: Villa Dusari, la atención del Supremo, un establo para mi amada yegua y forraje en abundancia para alimentarla. ¡Sería un tonto si dejara todo esto!

Por una vez, su maldición no lo obligó a decir nada más.

—Eso nos complace sobremanera —dijo Hadrhune pasando la uña del pulgar por la palma de su mano—. Estoy seguro de que los príncipes están tan satisfechos como yo.

—La única satisfacción que cuenta es la mía —replicó Telamont—. Y yo lo estaré cuando alguien me explique qué es esto.

Levantó su mano resplandeciente.

—Evidentemente, una forma de falsa aura mágica —afirmó Hadrhune—. Se usa mucho en los bazares y ferias para hacer que las armas comunes parezcan encantadas.

Telamont guardó silencio, y al ver que Hadrhune no añadía nada más, se volvió hacia Malik. Decidido a no volver a poner en peligro su posición ese día siendo portador de malas noticias, Malik también trató de permanecer en silencio.

Sin embargo, en seguida se encontró hablando.

—Tenemos un dicho en Narjon, donde en un tiempo fui un mercader estimado: «Si alguien llena tu recipiente de aceite con arena, no es porque desee darte arena». —Telamont y los príncipes permanecieron en silencio sin quitar los ojos de él—. ¿No tenéis timos en Refugio? —preguntó Malik, exasperado—. Significa que alguien está tratando de engañaros. Quienquiera que haya creado esta aura falsa quiere haceros creer que su conjuro es fuego de plata...

—¡Los phaerimm! —Telamont y Escanor pronunciaron la palabra al mismo tiempo.

—Eso explicaría la rapidez con que hacían sus conjuros —dijo Hadrhune volviéndose hacia Escanor—. Me sorprende que no te hayas dado cuenta en el campo.

—Si alguna vez hubieras estado realmente en el campo, tal vez sabrías...

—Ya basta —ordenó Telamont usando otra vez ese tono frío y peligroso—. Los dos tenéis culpa.

Levantó un brazo y con un movimiento de su manga lanzó a Hadrhune contra Escanor. Ambos salieron dando tumbos por el suelo de la sala del trono enredados en un doloroso abrazo. Telamont esperó hasta que desaparecieron en las sombras antes de volverse hacia el resto de los príncipes.

—Que esto os sirva de lección —dijo—. En todas las cosas triunfáis o fracasáis juntos. Si uno me falla, me falláis todos.

El miedo restó brillo a los ojos de los príncipes y a continuación todos hablaron al unísono, sin un solo error.

—Lo entendemos, Supremo.

Telamont los miró con furia un instante y luego señaló con una manga hacia donde habían salido a tumbos Escanor y Hadrhune.

—Atended las heridas de vuestro hermano y las propias. Esta guerra es demasiado inminente como para perder a otro príncipe.

Los príncipes inclinaron la cabeza y se retiraron hacia las sombras dejando a Malik y a los demás asistentes con Telamont. El Supremo rodeó con una manga los hombros de Malik, lo hizo girar hacia el estrado y empezó a subir hacia su trono.

—Me complace que seas feliz aquí, Malik.

—Muy feliz —dijo Malik—. Salvo, tal vez, por los frecuentes atentados contra mi vida.

—Ah, sí —suspiró Telamont—. Hadrhune.

Malik esperaba que el Supremo dijera que no tendría que preocuparse nunca más o que se ocuparía de ello, pero siguieron subiendo en silencio hasta que llegaron al escalón en el Malik solía detenerse.

Telamont le mantuvo el brazo sobre los hombros, guiándolo hasta la propia plataforma del trono. Esto hizo surgir un murmullo de sorpresa entre los asistentes, pero el sonido cesó cuando el Supremo ocupó su asiento y miró a Malik a los ojos.

—Hadrhune no era muy diferente de ti en otra época..., si me permites que te Compare con un elfo.

Esta revelación dejó a Malik con la boca abierta, ya que nunca había visto lo suficiente del rostro envuelto en sombras de Hadrhune como para reparar en unas cejas arqueadas o en unas orejas puntiagudas.

—Hubo una época en que me servía tan bien como lo haces tú ahora —continuó Telamont—. Te cuento esto para que sepas que yo retribuyo a quienes me ayudan con lealtad eterna, incluso una vez que han dejado de ser útiles y se convierten en una carga.

Malik inclinó la cabeza.

—Me honraría que me trataras así.

—Podría hacerlo —en la voz de Telamont volvió a aparecer esa frialdad peligrosa —, si este desastre no fuera culpa tuya.

—¿Culpa mía? —Malik sintió que un sudor frío le corría por la espalda—. ¿Cómo podría yo haber causado esto, Supremo?

—Esto sucedió porque no nos anticipamos al plan de los phaerimm, y si no nos anticipamos a su plan es porque no tenemos el conocimiento que mi hijo Melegaunt le transmitió a Galaeron, y no tenemos a Galaeron porque todavía está en Arabel.

Telamont se reclinó en el trono antes de proseguir.

—¿No me dijiste que, si condenábamos a Vala a ser esclava de cama de Escanor, Galaeron volvería a Refugio y trataría de rescatarla?

—Es posible que lo haya dicho, eh, uh... —Obligado por la maldición de Mystra a decir la verdad exacta, Malik tartamudeó hasta hacer una pausa y después se vio obligado a continuar—: Es cierto que dije que era la forma más segura de hacerlo volver velozmente. No tengo du..., bueno, estoy razonablemente convencido de que mi plan todavía puede funcionar... en algún momento.

La mirada de Telamont se volvió fría como el hielo.

—En algún momento, mi paciencia se acabará. Casi podría decirse que ya se está acabando.

Malik sintió en la garganta un nudo del tamaño de un puño, pero a pesar de todo se las ingenió para hablar.

—¿De verdad?

Telamont guardó silencio.

Malik sintió que tenía otra pregunta, una pregunta que no quería responder por nada del mundo pero cuya respuesta ya pugnaba por salirle de la boca, del mismo modo que se le revolvía el estómago después de haber cenado pescado en mal estado. Cerró la boca con fuerza y se juró no volver a abrirla; prefería tragarse las palabras antes de permitir que salieran al exterior.

Sin embargo, su voluntad nada podía contra la del Supremo, y éste no tardó en oír la pregunta que salía de su boca.

—¿Y qué sucederá cuando se agote tu paciencia?

—Entonces Vala pagará por su traición al ayudar a escapar a Galaeron —dijo Telamont.

—Eso sería sin duda un gran desperdicio de carne de mujer. —Por mucho que fuera su cariño por Vala, Malik estaba menos preocupado por ella que por la mención de su propio nombre—. Pero un desperdicio que a mí me importa poco, ya que estoy seguro de que lo único que podría encontrar en su cama es una muerte rápida.

—Tal vez eso fuera mejor.

Una vez más, Malik planteó involuntariamente una pregunta cuya respuesta no quería oír.

—¿Mejor, Supremo? ¿Mejor que qué?

—Que ocupar su lugar.

—¿Ocupar su lugar? —exclamó Malik—. Pero si yo soy un hombre.

—Y si quieres seguir siéndolo, te sugiero que hagas que tu plan funcione.

Malik sintió que la sangre no le llegaba a la cabeza y que estaba a punto de desmayarse, lo cual sin duda no contribuiría a que el Supremo confiara en él. Sabedor por su larga experiencia como mercader y espía de que la manera más efectiva de ocultar una debilidad es tirarse un farol, se obligó a aguantar la mirada de Telamont.

—Debes saber que durante mi servicio a Cyric he sufrido cien agravios peores que ése. —Ésta era una de las mayores verdades que había dicho jamás—. Si quieres inspirarme, tendrás que mejorar eso.

Las tinieblas que habitaban en la capucha de Telamont se aquietaron con la sorpresa.

—¿Te atreves a plantearme un ordago?

—Cuando los riesgos son grandes, las recompensas deben ser aún mayores —dijo Malik—. Ésa fue la primera regla de los negocios que me enseñó mi sabio padre.

Telamont se quedó inmóvil unos instantes, mirando a Malik sin poder creérselo. Finalmente, una sonrisa que parecía una medialuna purpúrea apareció debajo de sus ojos.

—Como quieras, entonces —dijo—. Si me traes a Galaeron Nihmedu, tú pondrás el precio, si fracasas, yo diré cuál es el mío.

Capítulo 6

16 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

Aunque en la caravana no hubiera quedado una distancia del tamaño de un gigante entre Galaeron y Ruha, el grupo de acaudalados ciudadanos que acudieron a despedirlos a las puertas de la ciudad prácticamente anunciaba que Aris de Mil Caras se marchaba. Los habitantes de Arabel se habían puesto sus mejores galas y muchos se sentaban en carretas cubiertas de seda junto a sus últimas adquisiciones: obras maestras de granito y de mármol adquiridas el día anterior a precio de saldo. Todos los ojos estaban fijados en la larga hilera de jinetes y animales de carga que venían calle abajo, y tan pronto como los curiosos veían el lugar que ocupaba el gigante invisible, elevaban burbujeantes copas de vino espumoso a modo de silencioso homenaje.

—Se diría que tu idea ha funcionado, Ruha —dijo Galaeron en voz baja—. Si hubiéramos contratado un pregonero para que recorriera las calles durante toda la noche, no podríamos haber difundido mejor nuestro «secreto».

—Sí, siempre he llegado a la conclusión de que la forma más segura de proclamar algo es decir que no debe repetirse —dijo Ruha—. Sólo espero que Aris no haya sufrido mucho al tener que deshacerse de tantas obras a tan bajo precio.

—¿Y por qué habría de sufrir? —susurró Aris—. Sus propietarios disfrutarán de ellas mucho más y yo no tengo que cargar con tanto oro.

—Hay muchos arabelanos que se hubieran prestado gustosos a llevar la carga por ti —dijo Galaeron—. Tal como atesoran ese metal se diría que lo comen.

Cuando la primera línea de la caravana llegó a las puertas de la ciudad, el jefe de la expedición abandonó su puesto para pagar el impuesto. El tesorero adoptó una pose muy digna y contó de forma ostensiva cada animal de carga que atravesaba la puerta. Sus guardias vigilaban atentamente, con la mirada fija al otro lado de la arcada y las alabardas listas para atacar. Aunque los funcionarios de Cormyr tenían fama de ser honestos, al menos para lo que suelen serlo los humanos, no eran más proclives a la diligencia permanente que otros hombres, y Galaeron se dio cuenta de que los que despedían con buenos deseos a Aris no eran los únicos que habían acudido a despedirlos.

Cuando les llegó el turno de pasar por debajo de la arcada para ser contados, Galaeron echó una mirada a la tronera situada detrás de los guardias y descubrió una cascada de pelo dorado que le resultaba familiar y que relucía en las profundidades de la caseta de guardia. Hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. El pelo dorado se acercó y el rostro familiar de la princesa Alusair apareció al otro lado de la tronera. Tenía los ojos rojos y vidriosos, aunque resultaba imposible decir si por el llanto o por el agotamiento.

—Gracias —dijo Galaeron con un movimiento mudo de los labios—. Tu bondad ha iluminado mi corazón.

—Y tu coraje el mío —respondió Alusair del mismo modo—. Agua dulce y risas ligeras, amigo mío.

—Hasta siempre. —Galaeron no respondió con el tradicional «Volveré pronto» porque ambos sabían que no volvería a Cormyr—. Que tu reino perdure y tu pueblo conozca la paz.

Galaeron no tenía forma de saber con certeza si Alusair había visto lo suficiente de su último deseo como para entenderlo, ya que desapareció tras el borde de la tronera en cuanto la caravana reanudó la marcha. Pasaron bajo las picas del rastrillo de hierro y atravesaron ruidosamente el puente levadizo hasta desembocar en el comienzo del Camino Real.

Una vez fuera de las murallas de la ciudad, un pequeño ejército de mendigos, formado por granjeros y artesanos despojados por los saqueos de la Guerra de los Goblins, salió de las tiendas y destartaladas chozas de la Ciudad de los Miserables para pedir limosna. Aris entregó subrepticamente unas bolsas de oro a Galaeron y a Ruha, que trataron de disimular la generosidad de su amigo diciendo «aquí tienes un cobre» y cerrando la mano del mendigo cada vez que depositaban en ella una de las piezas de oro.

La estrategia resultó menos eficaz aún que su «esfuerzo» por abandonar sigilosamente la ciudad. Cuando los atónitos mendigos, en especial los niños, abrían la mano y veían lo que les habían dado, no podían evitar un grito de alegría. Galaeron y Ruha no tardaron en quedar rodeados por una marea humana, muchos de cuyos integrantes repararon en el vacío del tamaño del gigante que había entre ellos y adivinaron la verdadera identidad de su benefactor.

Llegaron al pequeño puente que separaba los campos de clasificación de la Ciudad de los Miserables, y la presión de los mendigos hizo que la caravana prácticamente no pudiera moverse. Las protestas de los que venían detrás de Galaeron y Ruha empezaron a subir de tono, pero quedaron casi ahogadas por un coro incesante de gritos de «Que Ilmater bendiga al generoso gigante» o «Gracias al gigante».

En medio de semejante barahúnda, una mano fina que llevaba dos anillos de plata se alzó pidiendo una moneda. Ciñendo la muñeca que seguía a la mano, oculto casi a la vista en el puño de una manga color púrpura, se entreveía un brazalete también de plata que lucía el símbolo de la calavera y el estallido de estrellas de Cyric, Príncipe de las Mentiras. Galaeron siguió con la vista la manga hacia arriba hasta llegar a un cuello bordeado de plata y se encontró mirando los ojos hundidos de una mujer de mejillas flácidas y estropajoso pelo rubio.

—He tenido una visión —susurró—. Alguien a quien amas...

Galaeron le puso una moneda en la mano.

—Aquí tienes tu cobre. Cógelo y vete.

Ella dejó caer al suelo la moneda y a punto estuvo de hacer caer también el caballo de Galaeron cuando un grupo de mendigos se lanzó debajo de sus cascos para recuperarla.

—¡Escúchame, elfo! —Cogió con la mano las riendas e hizo que se detuviera—. Debes volver a Refugio. He visto al serafín en un sueño...

—No sé de qué estás hablando —dijo Galaeron. Sacó el pie del estribo y se lo plantó en medio del pecho—. Esta caravana va a Iriaebor.

Empezó a empujarla y notó la punta de un estilete que se deslizaba bajo la protección que le cubría la pantorrilla. La sensación del acero frío lacerándole la pierna hizo brotar una oleada de furia oscura en su interior. Dejando que se deslizase de su montura y se derramara en el suelo la bolsa de oro medio vacía, llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Refugio —repitió la mujer—. Ve, o ella morirá.

A Galaeron empezó a latirle el corazón como un tambor de guerra de Vyshaan. Aunque deseaba desesperadamente interrogar a la mujer sobre su visión, se mordió la lengua y sacó a medias la espada de la vaina. Aun cuando hubiera pensado que podía confiar en un seguidor de Cyric, jamás habría puesto en peligro su plan diciéndole que precisamente era a Refugio a donde se dirigía.

—Me has confundido con otro, mujer —dijo Galaeron—. Ahora apártate o perderás la cabeza.

Los ojos de la mujer se volvieron oscuros y tomaron una forma parecida a la de un sol, con rayos de oscuridad que se expandían a su alrededor.

—Créeme.

Le hundió el estilete menos de un centímetro en la pantorrilla y la espada de Galaeron salió casi totalmente de su vaina como por voluntad propia. La mujer alzó la barbilla y esperó con una calma extraña mientras el acero describía un arco hacia su cuello.

—¡Créeme!

El ataque de Galaeron se frenó repentinamente al chocar el antebrazo con una mano enorme e invisible.

—No. —La voz de Aris retumbó desde arriba.

—Déjala, amigo. —La voz de Ruha le llegó desde el otro lado—. No se puede culpar a los locos de su locura.

—Ni tampoco matar al mensajero —añadió la mujer. Su voz sonaba grave y multiplicada, como si cien personas hablaran al mismo tiempo—. Ve.

Los soles negros desaparecieron de sus ojos. Dejó el estilete colgando de la pantorrilla de Galaeron y cayó hacia atrás en medio del tumulto de mendigos que se

disputaban las monedas que el elfo había dejado caer. Aris soltó el brazo de Galaeron y éste bajó la espada. Le temblaba tanto la mano que a duras penas consiguió meter la punta en la vaina.

—Amigo mío, ¿qué te pasa? —preguntó Ruha—. ¿Por qué estás tan asustado?

—Más inquieto que asustado —dijo Galaeron. Se agachó y se arrancó de la pantorrilla el estilete de la mujer mostrando a continuación la punta tinta en sangre—. Un mensaje de nuestro amigo el cornudo. Quiere vernos.

Ruha enarcó las negras cejas y Galaeron arrojó el estilete por encima de los mendigos hasta un trozo de terreno vacío. Cuando se volvió para espolear a su caballo, vio que era inútil. Por delante de ellos, el camino estaba bloqueado por no menos de un centenar de pobres, todos ellos con la mano tendida y alabando la generosidad de Aris, y el pequeño puente estaba ocupado por dos docenas de guardias de la caravana que volvían de los campos de clasificación.

En cuanto hubieron salido del puente, los guardias empezaron a gritar a los mendigos que despejaran el camino usando los escudos y sus enormes caballos de guerra para hacer que obedecieran sus órdenes. Galaeron procuró por todos los medios no perder la paciencia. Tanto si el mensaje venía o no de Malik, sólo había servido para acrecentar su preocupación por Vala. Sus sentimientos hacia ella no eran tan espirituales como el amor por Takari que se había empeñado en negar durante todos aquellos años en la linde meridional del desierto, pero sólo porque una humana y un elfo jamás podrían unirse como lo harían dos elfos.

No obstante, Galaeron amaba a Vala, aunque no tan profundamente como a Takari, sí con igual intensidad, y todo el tiempo que había permanecido cómodamente instalado en Arabel lo había atormentado la idea de que ella estaba sirviendo a Escanor como esclava sexual. Ni un solo día había pasado sin que soñara con liberarla. Ojalá aguantara hasta que él fuese capturado.

Cuando los guardias empezaron a impacientarse y a repartir entre los pobres golpes de plano con las espadas, Aris encontró una solución útil y empezó a arrojar puñados de monedas de oro lejos del camino. Al segundo puñado, los menesterosos se dieron cuenta de lo que estaba haciendo y salieron corriendo, sin dejar de cantar las loas a Aris y rogándole que lanzara monedas en su dirección.

Una vez despejado el camino, los guardias se apresuraron a proteger la caravana, pasando atronadores a uno y otro lado y dando órdenes de que se pusiera en marcha. Cinco de ellos se apartaron del grupo y aparecieron junto a Galaeron y Ruha, colocándose de tal modo que si los mendigos volvían a por más monedas tuvieran que enfrentarse primero con ellos.

La figura más corpulenta era la de una mujer de cara angulosa tocada con un yelmo y vestida con una polvorienta armadura de cuero. Pasó junto a Galaeron y le hizo señas desde el puente. Su voz era tan familiar como mordaz.

—Bien hecho, elfo. No creo que haya un solo hombre sordo ni una sola mujer ciega en una legua a la redonda que no sepa ya que estás saliendo subrepticamente de Arabel.

Galaeron la miró más detenidamente. Las facciones demacradas se suavizaron transformándose en el rostro de Storm Mano de Plata, el pelo que asomaba por debajo del casco se volvió plateado y sedoso y los labios finos se tornaron carnosos y bien formados.

—Esto no formaba parte del plan. —Temeroso de traicionar la identidad de sus guardias, Galaeron tuvo mucho cuidado de evitar las expresiones honoríficas que habitualmente se usaban para dirigirse a los Elegidos—. La gratitud de los pobres nos tomó por sorpresa.

—Vaya, eso sí que está bien —gruñó una voz detrás de ella—. Es reconfortante saber que fue sólo que las cosas se os escaparon de control.

Empezaron a cruzar el puente. Galaeron miró por encima del hombro y se encontró con que el rostro caballuno de un guardia se transformaba en el de alguien de larga barba negra y expresión ceñuda que sólo podía ser el reconocido amigo de los elfos, Khelben Arunsun.

Galaeron decidió no mencionar el mensaje de Malik. Los Elegidos ya parecían bastante desencantados y no quería darles una excusa más para cambiar de opinión.

—Pido perdón por el error —dijo—. Debería haberme dado cuenta de cuáles serían las consecuencias del darles oro...

—No fue culpa de Galaeron —lo excusó Aris, cuya voz parecía bajar tonante desde el cielo—. Fui yo el que quiso darles el oro.

—¿Queréis estar callados de una vez? —se impuso Khelben—. Al menos haced como si quisierais salir de aquí sin llamar la atención.

—Lo siento —repitió Aris con una voz que hizo que se estremeciera la tablazón del puente bajo los cascos de los caballos—, pero no debéis culpar a Galaeron...

—No hay necesidad de culpar a nadie —señaló una tercera figura que cabalgaba al otro lado de Galaeron y que sólo tenía un brazo y una voz parecida a la de Storm—. Nadie merece ser condenado por compartir lo suyo con los hambrientos.

Mientras hablaba, Galaeron empezó a ver a través de la ilusión que protegía su identidad y se dio cuenta de que ésta debía de ser la consorte de Khelben, Learal Mano de Plata. Un pequeño brazo empezaba a crecer en el muñón del que había perdido en los Sharaedim, pero ni siquiera esto mermaba en nada su belleza. Si cabe, era todavía más hermosa que su hermana, ya que tenía una calidez y un encanto que en nada se parecían a los modales bruscos de Storm..., o tal vez así lo percibía Galaeron, porque Storm jamás se molestaba en ocultar la antipatía que sentía por él.

Khelben guardó silencio un momento.

—Tienes razón —dijo a continuación, y con un profundo suspiro añadió—: Una

vez más.

El comentario arrancó una carcajada a los dos guardias que cerraban la marcha, y Galaeron reconoció en su risa el mismo tono argentado de las voces de Learal y Storm. Arriesgó una mirada hacia ellos y, atravesando la ilusión, reconoció en sus ojos chispeantes y sus plateadas cabelleras a otras dos hermanas de Storm. La más esbelta de las dos, y de porte y modales más femeninos, sólo podía ser la celebrada Señora de Luna de Plata, Alustriel Mano de Plata. La otra, una figura más imponente y de complexión tan fuerte como la de un hombre, tenía que ser la poderosa Dove Mano de Halcón, Arpista, Dama de Myth Drannor y amiga de los elfos.

Los Elegidos no sólo habían respondido a la petición de ayuda de Galaeron, sino que lo habían hecho masivamente. Que Khelben pareciera tenso era lógico. Con Elminster todavía desaparecido con La Simbul y la espectral Syluné más o menos confinada en su granja del Valle de las Sombras, la única Elegida a quien no habían traído consigo era la Hermana Oscura, Qilué. Teniendo en cuenta su limitada experiencia con los drows durante su época de los Guardianes de Tumbas, Galaeron se alegraba de que así hubiera sido.

Abandonaron el puente y corrieron para dar alcance a la cabeza de la caravana, que estaba detenida en el campo de clasificación mientras el capitán de los guardias seleccionaba a los animales de tiro por su velocidad y su peso y asignaba personal a su vigilancia. Puso a Galaeron y a Ruha con un grupo de jinetes que llevaban poca carga y, respondiendo a la sugerencia impulsada por medios mágicos, asignó a los cinco Elegidos a su protección.

Una vez que el capitán hubo pasado, los Elegidos formaron un estrecho círculo en torno a Galaeron, Ruha y Aris, que seguía siendo invisible.

—He aquí mi plan, Galaeron —dijo Khelben—. Vamos a hacer unos cuantos...

—Querido —lo interrumpió Learal—, no te habrás olvidado de quién concibió el plan ¿verdad?

Khelben frunció el entrecejo.

—Está bien —dijo volviéndose hacia Galaeron—. Tu plan es sólido, pero vamos a...

—Perdona —intervino Alustriel—, pero yo preferiría que la planificación la hiciera alguien que realmente haya estado dentro de la ciudad.

—Está bien —se resignó Khelben poniendo los ojos en blanco. Se volvió hacia Galaeron—. A todos nos gustan tus ideas.

—Muy impresionante —dijo Dove.

Khelben asintió no de muy buena gana antes de continuar.

—Pero hay algunas cosas sobre las que nos gustaría llamarte la atención.

Hizo un alto para ver si contaba con la aprobación de las demás.

Storm le indicó con la mano que prosiguiera mientras echaba una mirada hacia la

retaguardia de la caravana que empezaba a cruzar ya el pequeño puente.

—Primero —continuó Khelben con acento irritado—, no podréis comer hasta que estemos dentro de la ciudad.

Galaeron enarcó una ceja.

—No había pensado en eso —dijo.

—No creímos que lo hubieras pensado —le confirmó Alustriel—, pero seguramente lo entenderás. El viaje ya es de por sí bastante desagradable.

—De todos modos, no creo que pueda cabalgar más de unos días sin comer —repuso Galaeron—. Lo postergaremos todo lo que podamos.

—Eso es exactamente lo que yo pensaba —concedió Khelben—. Segundo, tal vez os hayáis dado cuenta de que nosotros somos cinco.

—Eso lo compenso yo —afirmó Aris—, que soy más grande.

—En realidad, estamos pensando en dividir al grupo en dos —dijo Learal—, como medida de seguridad.

Aunque Galaeron estaba poco dispuesto a pedir a Aris que asumiese más riesgos de los que ya había asumido, sabía que no debía discutir. El gigante había dejado muy claro lo que pensaba al respecto cuando rompió la mesa del patio.

—Dividirnos es una buena idea si Aris está dispuesto —señaló Galaeron.

Khelben sonrió.

—Bien —aceptó—, entonces estamos todos de acuerdo.

—No del todo. —Galaeron alzó una mano y evitó la mirada de Ruha—. Ruha no puede venir con nosotros.

—Esa decisión no te corresponde —replicó Ruha. Su tono era de enfado, pero no parecía sorprendida. Se habían pasado casi toda la noche discutiendo eso hasta que por fin habían dejado la cuestión cuando llegó el momento de unirse a la caravana—. Esto no tiene nada que ver con Evereska.

Galaeron hizo como si no la oyera y fijó la mirada en Storm.

—Los shadovar me necesitan —dijo—, y aprecian a Aris, pero para ellos Ruha sólo representa un problema. Si viene con nosotros, lo más probable es que la maten.

—Ése es mi riesgo, no el vuestro —replicó la bruja mirando uno tras otro a todos los Elegidos—. Está tratando de proteger a Malik porque él le salvó la vida y el muy tonto piensa que son amigos.

—Eso es cierto —dijo Aris—, pero también es cierto que Hadrhune cree que desobedeciste su orden y trataste de matar a Malik. Si vuelves será como dice Galaeron.

Los cinco Elegidos miraron a Ruha con expectación.

Al ver que la bruja se limitaba a desviar la mirada, Dove Mano de Halcón fue quien habló:

—Creo que deberías quedarte atrás, Ruha. Tu presencia puede poner en peligro la

misión.

—O salvarla —protestó Ruha—. Todavía no podéis saberlo... Y ¿qué pasará con Malik? Llevo mucho tiempo persiguiendo a ese perro como para permitir ahora que viva como un jeque en sus palacios.

—Si conseguimos nuestro objetivo, tal vez ya no haya un Malik de quien tengas que preocuparte —dijo Storm—. Si fracasamos, saldrá tarde o temprano. Cyric es demasiado cruel como para dejar que viva cómodamente durante mucho tiempo.

Ruha no dijo nada más, pero la mirada de enfado que le echó a Galaeron dejó pocas dudas acerca de la vida que ella pensaba que acababa de salvar. Una voz oscura en su interior le susurró al elfo que ella era una zorra desagradecida merecedora de la muerte que hubiera encontrado en Refugio, pero Galaeron cerró su mente a esos sombríos pensamientos y recordó que la Arpista tenía buenos motivos para odiar al hombrecillo. Malik era un asesino irredento que sin ayuda había salvado a la Iglesia de Cyric y había reinstaurado en el poder al dios loco, e indudablemente estaba trabajando para difundir la influencia de su dios por toda la ciudad de Refugio. El hecho de que hubiera salvado la vida a Galaeron y a Aris repetidas veces mientras viajaban juntos no tenía la menor importancia. Ésa había sido una alianza de conveniencia, y Galaeron sabía tan bien como Ruha que no vacilaría en traicionarlos en nombre de su dios.

Galaeron pensó otra vez si debía o no contarles a los Elegidos lo del mensaje que había recibido de Malik, pero la furia que vio en los ojos de Ruha lo disuadió. Teniendo en cuenta el número de Elegidos que había acudido y la cortesía de que le habían dado muestras en la sesión de estrategia, estaba seguro de que tenían intención de seguir adelante con el plan pasara lo que pasase. Sin embargo, Ruha aprovecharía cualquier cosa que hiciera pensar en una traición por parte de Malik como excusa para acompañarlos a la ciudad. Galaeron no tenía la menor duda de lo que le sucedería si llegaba a caer en manos de Hadrhune, y por su propio bien era mejor que él guardara aquello en secreto.

O al menos eso pensaba Galaeron.

Capítulo 7

16 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

En cuanto el capitán hubo dispuesto la caravana a su gusto, dio la orden de partir. Semejante a un gigantesco ciempiés, la hilera cobró vida y empezó a serpentear hacia el oeste por el Camino Real. Galaeron y Ruha cabalgaban en silencio, uno a cada lado de su amigo invisible. Galaeron esforzándose por hacer caso omiso de los oscuros pensamientos que continuamente afloraban a su mente, y la bruja lanzándole miradas furiosas por encima del velo.

Aris, aquejado de la sinceridad fatal que era la maldición de su raza, trató varias veces de razonar con ella, de hacerle ver que estaban tratando de protegerla tanto a ella como a Malik. Ruha sólo atendió a lo referente a la protección de Malik y regañó al gigante por servir a un dios del mal. Con eso se acabó la conversación del día. Comieron el almuerzo en medio de un silencio helado mientras Khelben instaba a Galaeron y a Aris a atiborrarse para almacenar toda la grasa que pudieran. Hicieron lo que el archimago les sugería, y aunque la presencia del gigante era un secreto a voces en la caravana, Storm renovó el conjuro de invisibilidad sobre él. Pasaron el resto del día aletargados e incómodos hasta que el jefe de la caravana por fin ordenó hacer un alto. Ya estaba muy avanzada la tarde y el sol se ponía sobre los Picos de las Tormentas. Ante ellos, el camino se difuminaba en un resplandor dorado.

Eso explicaba que nada hubiera hecho sonar la alarma hasta que los dragones estuvieron sobre ellos. Las criaturas parecieron salir directamente del sol, y el dragón grande que iba en el centro pasó por encima de la caravana sembrando el pánico entre cabalgaduras y hombres. Los guardias se lanzaban a los lados y los caballos chocaban de frente con los árboles del bosque que había al sur del camino. La gran bestia no lanzaba fuego ni nada por el estilo, tampoco devoraba a los caballos ni cogía a los jinetes vociferantes en sus garras. Se limitó prácticamente a balancear el largo cuello de un lado a otro del camino, pasando lentamente la enorme cabeza sobre los grupos de acobardados jinetes.

Cegado como estaba por el disco brillante del sol poniente, Galaeron tardó en darse cuenta de que el dragón no tenía carne ni piel. Era puro hueso, la vacía caja torácica tenía tamaño suficiente para albergar en su interior a Aris, y en las profundidades de los ojos huecos ardían unas estrellas azules.

—¡Malygris! —gritó Galaeron con incredulidad—. ¡Vienen a por nosotros, ahora!

—¡A los bosques! —ordenó Khelben mientras dirigía su caballo hacia Galaeron obligándolo a adentrarse en el bosque—. ¡Aris, agáchate y corre!

El gigante invisible fue dando tumbos hacia el bosque, aplastando con sus enormes pies el suelo mientras corría. Ruha y los demás lo seguían, y pronto

galopaban apartándose del camino en un círculo difuso.

No habían recorrido más de treinta pasos cuando el sonido de unas alas al batir sonó sobre sus cabezas y un muro de escamas azules bajó del cielo para bloquearles el camino. Era un dragón viejo que medía unos sesenta metros del hocico a la cola, y con unas garras capaces de coger a un caballo de guerra por la cruz. Balanceó la cabeza en su dirección y abrió las fauces para mostrar la bola de luz relampagueante que había en el fondo de su garganta, pero no hizo nada.

Ésa fue la parte aterradora, al menos para Galaeron. La criatura sabía quiénes eran o de lo contrario ya estarían muertos.

—¡Atrás! —ordenó Khelben.

Como un solo hombre, todos hicieron dar la vuelta a sus cabalgaduras y se dirigieron nuevamente hacia el camino, pero tuvieron que parar un instante después cuando el tercer dragón aterrizó frente a ellos. Aunque era tan largo como el que habían dejado atrás, tal vez pesaba una o dos toneladas menos y tenía un cuerpo largo y sinuoso y una escarpada línea de pinchos a lo largo del lomo.

Al igual que el otro, abrió la boca para mostrar la bola crepitante que llevaba en su interior.

Rodeados como estaban por los Elegidos de Mystra, algo dentro de Galaeron le decía que no estaban en peligro. Cualquiera de sus compañeros por sí solo podría haber matado a ambos dragones con poco más de una palabra o con un golpe de muñeca, pero era difícil recordar eso cuando uno tenía delante una boca llena de colmillos del tamaño de un elfo. El hecho de saber que tenían otro dragón a sus espaldas hacía imposible mantener la calma.

Sacando la espada, Galaeron se volvió hacia aquel de los Elegidos que tenía más cerca y que resultó ser Storm.

—¡Haz algo, inútil! —gritó.

—¿Y qué se supone que debo hacer, mi señor? —preguntó Storm, que ya había desenfundado. Clavó su espada en el aire repetidas veces—. Yo no estoy aquí para luchar contra los dragones.

Aguijoneó a su caballo y salió a galope tendido. En seguida, el resto de los Elegidos siguió su ejemplo, comportándose más o menos como lo haría cualquier guardia. Galaeron salió detrás de Khelben, y el dragón le cortó el paso por delante. Hizo que su caballo girara en redondo y a punto estuvo de caer al suelo al tropezar con la pierna invisible de Aris mientras trataba de seguir a Alustriel.

El otro dragón aterrizó sobre sus cuartos traseros, treinta metros más adelante, extendiendo una garra hacia Galaeron. El elfo se vio invadido por un miedo oscuro. Sintió que el Tejido de Sombra fluía hacia él y se encontró de golpe soltando las riendas para poder formular un conjuro. Era tal su terror que a punto estuvo de no poder reprimirse.

Sin embargo, la bestia sólo pretendía capturarlo, y el miedo que sentía no era más que su aura natural de pánico. Si sucumbía, su plan fracasaría. Evereska caería. Vala moriría. Galaeron se obligó a bajar la mano y buscó las riendas, pero ya estaba haciendo girar al caballo con la presión de la rodilla sobre el flanco del animal.

Ruha pasó junto a él.

—Sigue adelante —le gritó.

La bruja lanzó arena al aire y gritó algo en lengua bedine. Una espesa nube de polvo se arremolinó en torno a la cabeza del dragón, cuyas garras se cerraron sobre el aire. Galaeron sujetó las riendas y lanzó al asustado caballo hacia la montaña de escamas azules que tenían delante.

El dragón dejó escapar un bramido crepitante y, moviendo el largo cuello a un lado y a otro en grandes arcos serpenteantes, trató de sacudirse el remolino de polvo, pero la nube lo seguía a dondequiera que moviera la cabeza.

Ruha pasó al galope por debajo del ondulado cuello y se dirigió a los bosques. La bestia rugió, frustrada, envió un rayo azul relampagueante hacia lo alto y en un movimiento pendular volvió donde estaba Galaeron.

El eco repitió un tremendo retumbo por toda la planicie, y Aris apareció junto a la cabeza envuelta en polvo del dragón con su martillo de escultor de mayor tamaño cogido con ambas manos. Volvió a asestar con la herramienta un golpe que dejó aturrida a la bestia y repercutió en todo su largo cuello.

Galaeron esquivó el ataque salvaje de una garra y vio que el gigante levantaba los brazos para asestar otro golpe.

—¡Ya basta! —le gritó—. ¡Corre!

Aris descargó su maza de todos modos y esta vez se oyó un crujido sordo al partir el cráneo del dragón. Galaeron se agachó para evitar el cuello ondulado y descontrolado, y a punto estuvo de ser derribado de su montura por el canto de un ala. Al mirar hacia atrás vio a Aris saltando por encima del lomo de la atontada bestia. El gigante esquivó el golpe de un ala y salió corriendo tras Galaeron.

La cabeza envuelta en polvo del dragón oscilaba a un lado y otro con movimientos inciertos, y Galaeron oyó un zumbido elocuente que surgía del fondo de la garganta del dragón.

—Cuidado con...

Un rayo cegador salió de la nube de polvo, pero Aris ya se había puesto a cubierto bajo el ala de la criatura. El rayo descargó a media docena de pasos por detrás de él haciendo saltar tierra y hierba quemada por todos lados. Aris salió de debajo del ala hacia el otro lado y se puso de pie con una voltereta, tras lo cual salió corriendo hacia el bosque a grandes y resonantes zancadas.

Galaeron volvió a mirar hacia adelante y vio el bosque al frente. Ruha y dos de las Siete Hermanas ya habían desmontado y se refugiaban entre las hojas

amarilleadas por la sequía. Corrigió el rumbo dirigiéndose hacia ellas. La bruja se puso de pie y señaló el cielo a su espalda. Sin esperar a ver si estaba formulando un conjuro o gritando una advertencia, se desvió tomando la dirección contraria. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago cuando unas enormes alas batieron el aire detrás de él.

Un par de gigantescas garras traseras se clavó en el suelo junto a él, y el segundo dragón apoyó sus patas delanteras antes de salir en su persecución. Galaeron oyó el crepitar de los rayos mágicos de Ruha y la vibración de un par de cuerdas de arco, pero sabía que los ataques no disuadirían a la bestia. Desenganchó los pies de los estribos y abandonó la montura, desviando su espada hacia un lado y dando una voltereta hacia adelante.

A esa velocidad el impacto fue tal que tuvo la impresión de que iba a romperle todos los huesos hasta los tobillos, pero Galaeron cayó de pie y se las arregló para correr dos pasos más antes de caer como consecuencia del impulso y salir dando tumbos por el prado. El vientre escamoso del dragón pasó dos veces por encima de su cabeza y después ya no vio más que cielo oscuro y suelo polvoriento.

Galaeron quedó por fin tendido de espaldas y tratando de recuperar el resuello mientras contemplaba un muro de escamas azules. Oyó el relincho de su caballo y lo vio girando por el aire a su derecha antes de sentir un dolor lacerante en todo el cuerpo al ser arrastrado por el suelo. Al levantar el mentón vio a Dove y Storm que lo arrastraban por los tobillos.

—Bien hecho, elfo —dijo Storm—. Ese «¡Haz algo, inútil!» me pareció un toque realmente brillante.

Galaeron estaba demasiado dolorido para saber si estaba burlándose de él o realmente creía que había estado actuando para el dragón. Llegaron al bosque, donde la maleza vino a sumarse a la humillación de Galaeron al golpearle hojas y ramas la cara. Las hermanas lo siguieron arrastrando treinta metros más hasta donde esperaba Ruha. Por fin, se detuvieron y lo pusieron de pie, a lo que él respondió con una serie de gruñidos sordos mientras trataba de recobrar el aliento.

Khelben Arunsun irrumpió entre los árboles a caballo, desmontó y despidió al animal con una palmada en las ancas.

Echó una mirada al panorama.

—¿Puedes correr, elfo? —preguntó.

Galaeron se volvió a mirar. El segundo dragón, el que no había podido derribarlo de su caballo, parecía desorientado, sin saber por dónde se le había escapado. Daba vueltas en un reducido círculo, arrancando matas de hierba y haciendo saltar pequeñas piedras mientras buscaba su posible escondite. El otro, todavía envuelto en el torbellino de polvo de Ruha, estaba rabioso. Avanzaba a tientas por el camino sobre las cuatro patas, aplastando a cuanto ser viviente se ponía en su camino. Estaba

lleno de sangre y se acercaba rápidamente a un grupo de caballos y porteadores que chillaban asustados.

Al ver la situación, Galaeron hizo a Khelben un gesto afirmativo.

—Tal vez no muy rápido —dijo con voz entrecortada—. ... pero puedo correr.

—Ya veo que sí —se burló Storm—. Ni siquiera puedes hablar.

Cogiéndolo por el brazo opuesto se inclinó y se lo cargó a hombros. Khelben dio su aprobación con un gesto y abrió el camino hacia la espesura del bosque.

—¡Espera! —dijo Galaeron en un suspiro.

El archimago ni siquiera aminoró el paso.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Aunque el dolor empezaba a remitir, el hecho de estar atravesado sobre los hombros de Storm en nada lo ayudaba a volver a respirar normalmente.

—La... caravana —dijo—. La están... la están haciendo trizas.

—Sí, es culpa nuestra —dijo Khelben—. Es una lástima.

—Creo que Galaeron se pregunta si podríais hacer algo —dijo Ruha.

Dove se volvió a mirar a Galaeron.

—Supongo que no te estarás preguntando si podríamos acabar con esos pequeños lagartos, ¿no?

—No es momento para preguntas ridículas —añadió Storm—. ¿No te has dado cuenta de que nos han pillado por sorpresa?

—Ya me he dado cuenta —replicó Galaeron, que o bien estaba recobrando el resuello, o el enfado le daba fuerzas renovadas—, pero no podemos dejar que mueran.

Khelben se detuvo.

—Creía que querías destruir Refugio. —Su voz estaba cargada de impaciencia, pero su expresión parecía indicar que entendía lo que le pedía Galaeron... y por qué—. Creía que querías salvar Evereska.

—Y así es —respondió Galaeron—, pero también puedes salvar a esas personas.

Al ver que por fin podía respirar normalmente, Storm lo dejó de pie en el suelo. Khelben se acercó y le echó una mirada llena de furia.

—Los Elegidos no pueden salvar a nadie en Toril. —Su tono estaba cargado de angustia y de resentimiento, como si le doliera confirmar este hecho tan obvio. Apuntó con una mano en la dirección de donde llegaban los alaridos de los integrantes de la caravana antes de continuar—. Tú eliges, elfo, o esos pocos o los miles de habitantes de Evereska y las docenas de miles del resto de Faerun que perecerán si nos ponemos en descubierto y tu plan fracasa.

—Pero es culpa nuestra —dijo Galaeron, que estaba empezando a sentirse insignificante e ingenuo—. Tiene que haber una manera sin poneros en evidencia.

—De haberla, ¿no crees que ya lo habríamos hecho? —intervino Storm—. Me

insultas, elfo, y en tu lugar yo no volvería a hacerlo.

Se volvió y reemprendió la marcha a través del bosque, más o menos hacia el último lugar donde Galaeron había visto a Aris.

Khelben se tomó el tiempo suficiente para darle una explicación.

—El mero hecho nos delataría. ¿A cuántos guardias de caravana conoces que sean capaces de derrotar a Malygris y a dos azules adultos?

—A ninguno.

—He ahí el problema —dijo Khelben—. Supongo que estás eligiendo Evereska.

Con los gritos distantes de la caravana resonando en sus oídos, Galaeron a duras penas pudo asentir, pero lo hizo.

—Eso me parecía.

Khelben echó una última mirada hacia el camino antes de volverse y marchar en pos de Storm. Dove le indicó a Ruha que lo siguiera y después cogió a Galaeron de la mano y se incorporó a la marcha.

—Es una lección dura —le dijo Dove—, pero debes aprenderla si quieres vivir con el poder del que eres portador. —Aunque iban casi a la carrera y ponían mucho cuidado en no pisar hojas ni ramas secas, las palabras de Dove salían con tanta facilidad como si estuvieran paseando por los jardines de su casa en Siempre Unidos—. Los niños llegan a este mundo tan inocentes como la lluvia, pero tienen sangre en las manos antes de cumplir el primer año. Nos pasa a todos.

—Un pensamiento... reconfortante —respondió con sorna Galaeron. Aunque estaba tan habituado como cualquiera a correr largas distancias, tenía que concentrarse en no hacer ruido ni al respirar ni al andar—. ¿Estás tratando de hacer que me conforme con no tener hijos?

—Estoy tratando de ayudarte. Aunque sólo comas fruta y jamás poses un pie en el suelo, no puedes vivir sin matar. Algo muere para que puedas vivir, aunque sólo sea el gusano que habita en la manzana que te comes.

—Entiendo las leyes de la naturaleza —dijo Galaeron—. Todavía conservo esa parte de elfo.

—Pero te falta prudencia —replicó Dove—, y es algo que tienes que adquirir para no sumir a Faerun en la desgracia por tus buenas intenciones.

No podría haber sorprendido más a Galaeron a menos que le hubiera clavado una daga en el pecho. Se le enganchó el pie en una raíz y cayó ruidosamente al suelo haciendo que todo el grupo se detuviera y se volviera a mirar. Khelben enarcó las cejas, Storm frunció el entrecejo y Galaeron no pudo ver la expresión de Ruha detrás del velo.

—Os pido disculpas —se excusó Galaeron poniéndose de pie. Los demás siguieron corriendo y él cogió a Dove de la mano para retenerla—. Te estoy escuchando —dijo.

La expresión de Dove fue casi de lástima.

—Y sin embargo no oyes —replicó apretándole la mano hasta que algo estalló dentro. El dolor le subió por todo el brazo—. Tienes mucha sangre en las manos, Galaeron. Los poderosos siempre la tienen.

Galaeron levantó la mano dolorida. Aunque ni siquiera había visto a Dove formular un conjuro ni había percibido que emplease la magia, se había vuelto del color de una herida abierta. Estaba tan sorprendido que apenas reparó en el hueso roto que sobresalía debajo de la piel por detrás del dedo índice.

—Yo... —Galaeron no sabía muy bien qué decir. Todavía estaba demasiado confundido para estar enfadado, y hasta su sombra parecía demasiado atónita como para responder—. No lo entiendo.

—¿No? —Dove se encogió de hombros y partió en pos de los demás—. Cuando lo entiendas se te curará la mano.

Galaeron se tomó un momento para asimilar aquello y luego, todavía dolorido, la siguió.

La herida resultó una distracción útil. Mientras se iba acostumbrando al dolor, empezó a acumular ira y con ella apareció su sombra. Apenas doce pasos después estaba tan concentrado luchando con su oscuridad interior que ya no oía los gritos que llegaban desde el camino. Se le ocurrió pensar que ésa había sido la intención de Dove, aunque dudaba de que el dolor de un simple hueso roto pudiera hacerle olvidar la angustia de aquellos a los que habían abandonado.

Unos cientos de pasos más adelante llegaron a un pequeño riachuelo donde los esperaba Aris acompañado de Alustriel y Learal. Las dos hermanas habían llenado cinco pequeños recipientes de agua y los habían colocado sobre una piedra plana al lado del río. Cuatro de los recipientes ya resplandecían con una argentada aura mágica, y Alustriel estaba formulando un conjuro sobre el último. Khelben y el resto de los Elegidos se dirigieron a la piedra y esperaron a que Alustriel terminara.

Aris reparó en cómo se sujetaba la mano su amigo y se acercó a él con gesto preocupado.

—Te has herido. Tal vez yo pueda...

—¡Shhh! Vienen los dragones —dijo Dove.

Aris alzó la vista hacia el dosel de hojas que empezaba a oscurecerse.

—No veo... —dijo.

Ruha se llevó un dedo al velo.

—Escucha —susurró.

Aris guardó silencio. Galaeron escuchó y sólo oyó el murmullo distante de los gritos de pánico de la caravana que se abría camino por los sombríos bosques. Tardó un momento en comprender que Dove se refería a lo que no *podían* oír. No oían ni el canto de los grillos, ni el ulular de las lechuzas y hasta dejaron de oírse gritos desde el

camino. Notó un leve roce sobre las copas de los árboles que primero pensó que era la brisa y pronto se transformó en el silbido característico del aire sobre las escamas. Una sombra con forma de dragón apareció por el norte y avanzó a través de los bosques hacia ellos. Galaeron y todos los demás buscaron donde esconderse. Todos menos Alustriel, que se quedó atrás para completar su conjuro, y Aris, que se arrodilló bajo las ramas de un gran roble. El silbido cobró mayor intensidad y la oscuridad se aproximó, describiendo movimientos serpenteantes hacia adelante y hacia atrás, tan enorme como un lago y engullendo todo lo que encontraba a su paso.

Alustriel culminó su conjuro en un susurro, después cogió el último recipiente y se ocultó entre las sombras que había a lo largo de la orilla del riachuelo. Galaeron siguió con la vista fija en las alturas, pero el dosel de hojas era tan espeso que lo único que podía ver era una diminuta mancha de cielo y un puñado de las primeras estrellas nocturnas. El silbido se transformó en una ráfaga fuerte hasta que el borde de un ala tapó el pequeño retazo de cielo.

Quedaron sumidos en la oscuridad y Galaeron esperó en medio de un silencio helado, olvidado ya el dolor de su mano rota. Contó uno, dos, una docena de segundos y después dos docenas. Por último, la ráfaga volvió a transformarse en leve silbido y la oscuridad se desplazó hacia el sur. Empezó a respirar de nuevo sin darse cuenta siquiera de que había dejado de hacerlo, y un grillo solitario empezó a cantar en algún lugar al otro lado del riachuelo.

Khelben fue el primero en aparecer y se dirigió directamente hacia la piedra para coger una poción. Cuando los demás llegaron, ya había quitado la tapa y se la llevaba a los labios.

Antes de que pudiera beber, Alustriel lo sujetó por la muñeca.

—Espera —dijo. Cogió el frasco que tenía en la mano y se lo pasó a Learal—. Tal vez no te importe que la poción que bebas sea de hombre o de mujer, pero a nosotras sí.

Khelben enarcó una ceja.

—¿Hay alguna diferencia?

—Un par de pechos lucirían tan extraños en ti como una barba en mi cara.

Eligió otro recipiente que parecía exactamente igual y se lo dio. Una vez que Alustriel hubo distribuido el resto, Khelben alzó la mano como para hacer un brindis y los Elegidos bebieron la poción mágica.

El efecto fue rápido, pero no instantáneo. Cuando acabaron de beber, los Elegidos se habían reducido al tamaño de un elfo. Siguieron encogiéndose ante la mirada de Galaeron. Sus dedos se volvieron tan pequeños que tuvieron que sujetar los frascos con las dos manos. Alustriel sacó dos píldoras verdes de algún bolsillo recóndito. Aunque no podían ser mucho más grandes que guisantes, en sus dedos parecían más bien del tamaño de los leones de oro de los que atesoraban en sus bolsas los

habitantes de Cormyr.

—Tragáoslas cuando estéis listos para libraros de nosotros —les dijo—. No hay prisa, salvo la que pueda imponeros vuestro apetito..., pero ¡por la Señora, no comáis! Hay algunos caminos por los que nunca quisiera pasar.

Galaeron se agachó para coger las píldoras.

—No temas nada —dijo—. Dudo de que Aris y yo tengamos ocasión de asistir a ningún banquete.

Galaeron se volvió para pasarle una píldora a su compañero y vio que el gigante tenía la vista fija en la espesura del bosque y el entrecejo fruncido.

—¿Aris?

—El dragón... está volviendo —susurró el gigante—. Diez segundos, tal vez veinte.

Galaeron le dio a Aris la píldora tras tirarle de la guerrera para llamar su atención. Después se volvió hacia los Elegidos, que aún le llegaban por la cintura.

Un débil silbido rozó las copas de los árboles y una oscuridad familiar lo cubrió todo.

—No lo vamos a conseguir —musitó Galaeron.

Khelben miró a Ruha. La bruja palideció —al menos lo poco de su cara que dejaba al descubierto el velo—, pero asintió y empezó a frotarse las manos. Galaeron se disponía a protestar, pero el dolor que volvió a sentir en la mano le recordó lo difícil de las decisiones que ya habían tenido que tomar.

Cuando se volvió para despedirse, Ruha ya se alejaba de ellos a toda carrera. Murmuró una palabra mágica y el sonido de sus sigilosos pies empezó a resonar por todo el bosque. Un suave impulso se dejó oír transmitido por las hojas cuando el dragón agitó las enormes alas y una enorme sombra negra se volvió abruptamente y partió en persecución de la bruja que huía.

—Que te vaya bien, mi valiente amiga —susurró Galaeron.

—No te librarás de ella tan fácilmente —dijo Storm. Ahora le llegaba a la rodilla y su voz era como un susurro—. Ruha se ha pasado toda la infancia esquivando a los dragones azules. Estará esperando cuando caiga Refugio.

—Confío en que así sea —musitó Aris. Miró hacia abajo, después se arrodilló y extendió una mano—. Creo que ya puedo hacerlo, si estáis preparados.

—No creo que jamás estemos preparados para algo como esto —dijo Khelben subiéndose a la palma de la mano del gigante—, pero si ahora puedes hacerlo, cuando antes mejor.

Aris echó la cabeza hacia atrás y después sostuvo a Khelben por encima de la boca abierta.

—¡Y acuérdate de no masticar! —le ordenó Khelben.

Aris lo dejó caer cabeza abajo por la garganta y puso cara rara al esforzarse por

tragar sin cerrar la boca. Hubo un momento en que Galaeron creyó que su amigo se iba a atragantar y lanzar a Khelben por los aires, pero las botas negras del archimago desaparecieron dentro de la boca abierta del gigante.

Aris tragó ruidosamente y volvió a bajar la mano.

Learal y Storm intercambiaron miradas de inquietud y la segunda hizo a su hermana un gesto incitador.

—Tú primero —dijo.

—Tanta amabilidad me abruma —respondió Learal con una mueca antes de trepar a la mano de Aris.

Se había empequeñecido lo suficiente como para que el gigante se la pudiera tragar sin hacer esfuerzos, y Storm pasó todavía con más facilidad. Eso dejaba sólo a Alustriel y a Dove que, reducidas a la altura del tobillo, todavía eran demasiado grandes como para que se las tragara Galaeron.

Mientras esperaban, Dove se volvió hacia Alustriel.

—¿Estás segura de que no nos ahogaremos?

—Para eso sirve la magia de respirar en el agua. —Miró hacia arriba, a Galaeron, y añadió—: No debes olvidarte de beber mucha agua.

Tomando esto como una orden, Galaeron se limitó a asentir.

—¿Y no seremos digeridas? —insistió Dove.

—Somos Elegidas —respondió Alustriel—. Un poco de ácido gástrico no va a hacernos daño. Además yo sí tengo protección...

El fogonazo de un relámpago en la distancia iluminó el bosque, seguido casi de inmediato por un crepitar amortiguado. Galaeron miró hacia el origen del ruido y vio el resplandor distante de un árbol en llamas.

—¿Y ahora qué? —preguntó. Con un tamaño aproximado del doble de su pulgar, Alustriel y Dove seguían siendo demasiado grandes como para que él se las tragara, al menos sin masticar—. Debe de venir para aquí.

—Sólo se puede hacer una cosa. —Alustriel movió un brazo diminuto y los cinco frascos se deshicieron en polvo chisporroteante—. Si esperas aquí, el dragón se dará cuenta de que quieres ser atrapado.

Del árbol en llamas se oía el batir de alas en el aire, que se acercaba cada vez más mientras la sombra del dragón navegaba por el cielo hacia ellos. Galaeron cogió a las dos Elegidas con la mano sana.

—¡Corre, Aris! —gritó.

El gigante giró en redondo y partió en dirección oeste. Tratando de no perder a las diminutas Elegidas y de no sofocarlas ni aplastarlas —en su pánico por escapar del dragón no le chocó lo absurdo de esa preocupación—, Galaeron se dirigió al sur corriendo por la orilla del riachuelo. Estaba haciendo más difícil la tarea de capturarlos a ambos, pero tenía que tratar de escapar. Un dragón tan viejo se daría

cuenta si le ponía las cosas fáciles.

La sombra del dragón llegó con un terrible agitar de hojas mientras los árboles se doblaban bajo el movimiento de sus alas. Galaeron se detuvo, movido más por el terror que por voluntad consciente, y cayó detrás de un tronco derribado. La bestia lo sobrevoló tan cerca que hasta él llegó el olor del reciente relámpago que todavía traía pegado a las escamas y oyó el roce de las ramas altas en el vientre del monstruo. Por un momento pensó que lo cogería antes de que pudiera tragarse a las Elegidas, pero continuó hacia el oeste en pos de las ruidosas pisadas de Aris.

Galaeron abrió la boca y se dio cuenta de que jadeaba de cansancio. El dragón se lanzó hacia el bosque con un horrible ruido de ramas rotas y árboles aplastado y Aris bramó de asombro. El grito se transformó en otro de dolor y miedo y luego subió por los aires.

Y eso fue todo. El gigante desapareció. Así de rápido.

Galaeron se quedó paralizado, esperando casi oír el ruido del cuerpo de Aris precipitándose a tierra entre los árboles cuando el dragón se diera cuenta de que todavía no lo tenía. Cuando los gritos del gigante se oyeron más distantes, se puso de pie y miró a Alustriel y a Dove. Ahora tenían aproximadamente la mitad del tamaño de su pulgar, lo bastante pequeñas como para que incluso un elfo pudiera tragarlas.

—Aris fue apresado —informó—, pero creo que perdíó...

Las hojas se removieron repentinamente cuando algo cayó sobre las copas de los árboles, que empezaron a crujir bajo algo muy pesado. Galaeron fue presa de un aura de terror tan frío que su sombra creció en su interior e hizo que la mente le girara como un negro torbellino. Lentamente, alzó la vista y por encima del dosel de hojas vio lo que parecían unos miembros negros, desnudos, tendidos entre los pocos retazos visibles de cielo estrellado.

Galaeron se quedó allí, paralizado de terror y lleno de confusión, tratando de comprender qué era lo que estaba viendo. Una sucesión enorme y negra de vértebras descarnadas a través de un retazo de cielo abierto, unos doce pasos a su derecha, que permitía ver un cráneo con cuernos del tamaño de un rote.

El cráneo giró lentamente hasta que Galaeron se encontró mirando fijamente la llameante estrella azul de un enorme ojo sin vida.

¡Galaeron! —La voz de Alustriel sonó en el interior de su cabeza, abriéndose camino entre la negra niebla del terror que nublaba su mente—. *¡Ahora!*

Incluso sumido en el pánico inspirado por el dragón —que era el peor que hubiera experimentado jamás—, Galaeron no cayó en el error de despertar la curiosidad de Malygris tragándose a las Elegidas delante de él. En lugar de ello, dejándose llevar tanto por el instinto como por el plan, giró sobre sus talones y salió corriendo, llevándose la mano a la boca mientras corría y metiéndose a la pequeña pareja en la boca.

Una garra enorme apareció encima de él, arrastrando un torrente de hojas y ramas partidas y atrapándolo en una jaula de garras huesudas.

—No tan rápido, elfo —dijo Malygris—. Eres el que andaba buscando.

Galaeron tragó y sintió que las Elegidas se deslizaban por su garganta. Por suerte recordó que no tenía que masticar.

Capítulo 8

16 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

Keya Nihmedu estaba en primera fila de la Compañía de la Mano Fría, temblando entre el fragor y los fogonazos del ataque, con la cabeza echada hacia atrás mientras observaba cómo una andanada tras otra de descargas mágicas de color carmesí castigaban al debilitado Mythal de Evereska.

Los arqueros de la ciudad respondían oscureciendo el cielo con sus flechas, y los magos de batalla elfos, distribuidos a lo largo de la Muralla de la Vega, barrían las arrasadas terrazas del Valle de los Viñedos con crepitantes rayos y arcos de llamas acres.

A pesar de todo, a excepción del muro de osgos tras el cual se amparaban los phaerimm, no se producían bajas. Los propios espinardos flotaban justo al límite del alcance de los conjuros, defendidos de los asaltos de Evereska por protecciones antiproyectiles y escudos anticonjuros, y ponían todavía más cuidado en mantener a su mermado ejército de acechadores e illitas disperso en lo alto del valle donde no podían alcanzarlos las flechas ni dañarlos los conjuros. Los elfos estaban igualmente a salvo detrás de su Mythal. Mientras se mantuviera en pie, ningún ataque, ni mágico ni de otra índole, podría cruzar la Muralla de la Vega para herir a nadie que estuviera en su interior.

Quizá por milésima vez en los dos últimos días, lord Duirsar avanzó a grandes zancadas hasta el frente de la Compañía de la Mano Fría, con las manos cruzadas a la espalda y la mirada fija en la hilera distante de phaerimm. Los acontecimientos de los últimos meses le habían provocado un envejecimiento impropio de los elfos, haciendo que su largo cabello pareciera más gris que plateado y encorvando sus hombros bajo el peso de las preocupaciones.

—Veo lo que están haciendo, lord comandante —dijo Duirsar a un alto elfo de la luna, el aclamado Kiinyon Colbathin, que caminaba a su lado—. Va a funcionar.

—El Mythal ha resistido todos estos meses, lord Duirsar, incluso cuando quedó desconectado del Tejido. —Ataviado con la vapuleada y otrora elegante armadura de un miembro de la alta nobleza evereskana, Kiinyon parecía tan agotado y abrumado por las preocupaciones como el propio alto lord—. Resistirá hasta la llegada del lord comandante Ramealaerub.

Duirsar se volvió enfrentándose a Kiinyon y apuntando un dedo amenazador ante su cara.

—Eso será si Ramealaerub llega, lord comandante... si llega —dijo—. Y aun cuando llegue, tal vez no sea a tiempo.

Kiinyon no discutió al respecto. Según los últimos partes, el ejército de

Ramealaerub estaba todavía acampado en los Túmulos de Vyshaen esperando a los guías enviados por Evereska. Por desgracia, era imposible enviar guías a pie, y los que trataban de teleportar no pasaban de los límites del valle y allí caían a tierra pulverizados, interceptados, sin duda, por los mismos phaerimm mágicos que evitaban la llegada a Evereska de suministros y refuerzos a través de las puertas translocacionales.

Duirsar se volvió y estudió a los phaerimm.

—Nos están desgastando, lord comandante, están agotando nuestras defensas.

—Lo están intentando, señor, y no es lo mismo.

Kiinyon echó una mirada a la larga hilera de jóvenes corredores que traían carcajs llenos de flechas nuevas de la ciudad.

—Tendría que pasar una década para agotar la provisión de madera para flechas de Evereska, y con el Tejido nuevamente disponible, no hay por qué preocuparse por nuestra magia.

—Ya sabes qué es lo que me preocupa, lord comandante, y no son ni las flechas ni los rayos relampagueantes —replicó Duirsar mirando al parpadeante Mythal—. Creo que ha llegado el momento de que el león abandone su guarida.

Kiinyon se volvió hacia donde estaba Keya con expresión ceñuda, y ella se encontró asintiendo calladamente. Le sostuvo la mirada hasta que el deber lo obligó a dirigir nuevamente su atención a lord Duirsar.

—Milord, eso es lo que quiere el enemigo —dijo Kiinyon—. Están tratando de hacernos salir hasta donde seamos vulnerables a su ataque.

—O de aprovecharse de nuestra temeridad para agotar el Mythal. —Duirsar seguía examinando las andanadas de magia que se estrellaban contra la superficie del Mythal—. En todos mis siglos de vida, jamás lo he visto sacudirse como ahora. El Mythal necesita nuestra ayuda, Kiinyon.

El lord comandante miró hacia lo alto, protegiéndose los ojos contra los destellos mágicos.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —dijo—. Al menos nuestros arqueros y nuestros magos de batalla los están manteniendo a distancia. Imagina el daño que podrían hacer los espinardos si pudieran situarse junto al propio Mythal.

Keya tuvo que morderse la lengua para mantener el silencio que se espera de un soldado subordinado. Kiinyon Colbathin era uno de los mayores espadas que Evereska había conocido jamás, casi equiparable a su propio padre, que había muerto por salvar la vida de Khelben Arunsun, pero era un general inseguro y poco audaz. Hubiera sido un error culparlo de la incapacidad de Evereska para romper el sitio, aunque la verdad es que él no había dudado en culpar a su hermano Galaeron de propiciarlo, pero no era exagerado decir que su única estrategia clara parecía ser resistir hasta que llegara alguien de fuera para salvarlos.

Lord Duirsar guardó silencio largo rato después de las palabras de Kiinyon. Keya pensó que tal vez estuviera tratando de imaginar cuál sería la diferencia si los phaerimm realmente estuvieran situados al lado del Mythal.

Cuando bajó la mirada, Keya vio en ella más enfado que incertidumbre, y supo que estaba empezando a sentirse tan decepcionado como ella y el resto de Evereska por su lord comandante. Duirsar clavó los ojos en el suelo tratando aparentemente de llegar a alguna conclusión. Después alzó los ojos y la miró directamente a ella.

—¿Tú que opinas, Keya? —preguntó.

Keya sabía que no debía mostrar su sorpresa ni dudar por temor a ofender a Kiinyon. Khelben Arunsun había sido su huésped durante gran parte del asedio, y durante ese tiempo ella había pasado suficiente tiempo en compañía de ambos elfos como para saber que lord Duirsar esperaba una respuesta cuando hacía una pregunta, y que Kiinyon sólo tomaría represalias contra ella en caso de juzgar que no era totalmente sincera. Por más que el lord comandante fuera excesivamente cauteloso en su estrategia, era fiel a su deber y leal a su ciudad, y si eso significaba ponerse en una posición comprometida ante el alto lord, estaba dispuesto a ello.

Keya se tomó todo el tiempo que consideró prudente para considerar su respuesta. Pensar rápidamente no era una tarea fácil con el fragor de la batalla sobre su cabeza. Cuando tomó una decisión, inclinó la cabeza con deferencia.

—Si el ejército de Evereska atraviesa la Muralla de la Vega para enfrentarse conjuro a conjuro a los phaerimm, no volverá —dijo—. Milord Colbathin tiene razón al respecto. Nuestras bajas ya fueron bastante numerosas cuando teníamos a un ejército de shadovar y a dos Elegidos luchando a nuestro lado. Sin ellos, nos habrían aniquilado.

Aunque lo bastante acostumbrado a las cuestiones de estado como para ocultar sus sentimientos tras una máscara de indiferencia, lord Duirsar estaba demasiado agotado y nervioso para disimular su sorpresa. Estudió a Keya como podría haberlo hecho con un lobo al acecho, entrecerrando los ojos y enarcando las cejas.

Pero fue el propio Kiinyon el que planteó la siguiente pregunta.

—¿Y en qué estoy equivocado, señora de la espada?

Keya dirigió la mirada hacia el lord comandante.

—En combatir para no perder, milord. No podemos romper el cerco protegiendo a nuestras fuerzas. Debemos tomar nuestra decisión y luchar para ganar.

Viendo la expresión de aprensión que se reflejó en los ojos del lord comandante, Keya se volvió hacia Duirsar, cuya sonrisa irónica revelaba que había entendido perfectamente lo que estaba diciendo Keya.

—Continúa, lady Nihmedu.

Keya se estremeció secretamente al verse llamada por su título hereditario. Habiendo superado apenas los ochenta años, todavía tenía una década menos que lo

que correspondía para asumir formalmente el título, y recibir ese trato del alto lord de Evereska era una muestra de su respeto por ella.

Se atrevió entonces a levantar la cabeza y a hablar con tono más enérgico.

—Llevamos demasiado tiempo confiando en que los demás hagan lo que debemos hacer nosotros mismos. Nadie más que nosotros puede romper el cerco.

—Entonces estamos condenados —dijo Kiinyon—. Sin ayuda, no somos adversario...

—Lord comandante —lo interrumpió Keya—, ¿cuándo vas a entender que no hay ayuda posible?

—Cuida ese tono —le ordenó Kiinyon—. Lord Duirsar te pidió tu opinión, no te dio autorización para...

—Te he oído llamar a Khelben y a los demás —continuó Keya, aumentando su osadía—. ¿Han acudido? ¿Ha venido alguno de los Elegidos?

Su osadía hizo que Kiinyon la mirara con gesto torvo.

—Vendrán.

—¿Antes de que caiga el Mythal? —preguntó Duirsar—. Yo también he estado llamando a los Elegidos. Sólo Syluné responde, y sólo para decir que los demás no pueden venir.

La desesperación que se reflejó en el rostro de Kiinyon casi hizo que también Keya se sumiera en el abatimiento.

—Nuestra situación no es desesperada —dijo, tanto para convencer a Kiinyon como a sí misma—. Tenemos recursos. Sólo tenemos que usarlos.

—¿Cómo? —preguntó lord Duirsar—. Mientras no me respondas a eso, no me habrás respondido a nada. Si no nos atrevemos a cruzar la Muralla de la Vega para hacerles frente y no podemos ganar permaneciendo detrás de ella, ¿qué debemos hacer?

—Hacerles pagar —dijo Keya—. Si quieren atacar el Mythal debemos hacerles pagar por ello.

—Vuelvo a preguntarte cómo.

—Con éstas —dijo Kuhl, uno de los dos humanos que flanqueaban a Keya en primera línea de su compañía. Era corpulento y de barba negra, casi tan grande como un rote y más peludo que un thkaerth. Tenía la cara morena y redonda y unas manos del tamaño de un plato. Dio un paso adelante con su vítrea espada oscura en la mano—. Salimos ahí fuera sigilosamente y empezamos a aniquilarlos, uno por uno.

—Y no paramos hasta que se vayan o estén todos muertos —añadió Burlen, el humano que estaba al otro lado de Keya—. O hasta que ya no quede ninguno de nosotros capaz de regresar.

—Así es como hacemos las cosas en Vaasa —afirmó Kuhl.

Keya sonrió a sus amigos de las montañas, y después hizo un gesto afirmativo a

lord Duirsar antes de tomar la palabra.

—Nos teleportamos hasta allí en pequeños grupos de asalto, los golpeamos duro y regresamos.

—Y ya vemos lo decididos que están, lo cual ya supone un cambio —asintió Duirsar con una sonrisa.

—¿Arriesgar a los espadaoscuras? —dijo Kiinyon dubitativo, meneando la cabeza—. Cada uno que perdamos es uno menos que tendremos en Evereska, si ellos...

El lord comandante se vio interrumpido primero por el rugido crepitante de una bola de fuego y a continuación por un coro de gritos angustiados. Keya y los demás se volvieron como movidos por un resorte hacia donde se había oído el estruendo y quedaron atónitos al ver a un mago de batalla y a sus escoltas rodando por el suelo en llamas y por encima de ellos un anillo de humo del tamaño de una carreta que rápidamente se contraía en torno a una brecha abierta en el Mythal.

Antes de que el agujero pudiera cerrarse, una esfera color carmesí llegó atravesando la Muralla de la Vega en su dirección. Lord Duirsar alzó la mano, elevando una protección anticonjuros con tal velocidad que Keya quedó convencida de que los rumores según los cuales él era uno de los altos magos secretos de Evereska tenían una base sólida.

Duirsar se quedó mirando sólo el tiempo suficiente como para asegurarse de que el Mythal había vuelto a sellarse antes de volverse hacia Kiinyon.

—Yo diría que esto decide la cuestión, ¿no te parece? —Sin aguardar una respuesta se volvió hacia Burlen y Kuhl—. ¿Equipos de seis? ¿Cuatro guerreros y dos magos de batalla?

Descontenta al ver que la dejaban al margen de la planificación y casi segura de que ella era la única que entendía el motivo por el cual el alto lord sugería esas cifras particulares, Keya intervino:

—Es un buen número, milord: un mago para la teleportación y uno para formular un señuelo.

—¿Un señuelo? —inquirió Burlen.

—Para que tengáis tiempo de atacar —dijo Duirsar, con un gesto de aprobación a Keya—. De lo contrario, tendréis a los phaerimm encima antes de que podáis recuperaros del aturdimiento.

—¿Recuperarnos? —Kuhl hizo un gesto despectivo—. No vamos a estar allí tanto tiempo. Sólo necesitamos magos que puedan sacarnos de allí con la misma rapidez con que nos lleven... Y los equipos serán de tres guerreros, no de cuatro.

—¿Sólo tres? —preguntó Duirsar—. No lo comprendo.

—Yo sí —dijo Kiinyon.

Le dedicó una sonrisa a Keya que ella supo que sería lo más parecido a una

disculpa que jamás obtendría del gran héroe, y a continuación se puso a organizar la Compañía de la Mano Fría en grupos de tres. Aunque la compañía no llegaba a veinte espadaoscuras recuperadas de los vaasan que habían caído cuando los phaerimm escaparon de su prisión, Kiinyon tenía cerca de cien de los mejores espadas de Evereska para elegir. Las espadaoscuras habían sido forjadas por el archimago Melegaunt Tanthul hacía más de cien años y habían pasado sólo de padres a hijos a lo largo de cuatro generaciones, ya que podían congelar la mano de cualquiera ajeno a la familia que osara blandirlas. Para solucionar el problema, por cada espada la Compañía de la Mano Fría tenía cinco guerreros que se pasaban la espada de mano en mano cuando se les entumecían los dedos y ya no podían sostenerla.

En el caso de estos ataques, sólo habría un guerrero por espada, de modo que Kiinyon podía elegir entre los espadas más experimentados y poderosos. Cuando llegó a Keya y a los dos vaasan, los únicos tres miembros de la compañía que podían sostener las espadaoscuras todo el tiempo que quisieran, el lord comandante asignó primero a Burlen y a Kuhl a grupos diferentes. Cuando Keya insistió en ser asignada también a un grupo, ellos insistieron en formar grupo con ella.

—Dex ya está furioso como un dragón ante la idea de que ella utilice su espadaoscura —explicó Burlen.

Como amante de Dexon, o, para ser más precisos, como madre de su hijo aún no nacido, Keya se había convertido en miembro de su familia y podía sostener su espadaoscura sin que se le congelara la mano. Puesto que Dexon todavía luchaba por recuperarse de la herida que había recibido en la última gran batalla, ella había cogido su espada y había corrido a enfrentarse con los phaerimm cuando éstos empezaron a atacar. Dexon la había perseguido desde Copa del Árbol hasta la mitad del Campo Lunar gritándole que se la devolviera y se quedara donde él pudiera defenderla. Keya casi temía verlo aparecer cojeando en cualquier momento, arrastrando su pierna maltrecha por un conjuro y sin dejar de gritar que tenían que protegerla. Los humanos tenían esas cosas, creían que podían atesorar a sus seres queridos como si fueran oro y mantenerlos a salvo guardados en sus bodegas.

Lord Duirsar volvió con siete de los magos de batalla más poderosos de Evereska, casi todos instructores de la Academia de Magia, en los tiempos en que ésta existía todavía. Kiinyon explicó el plan y después dispuso a cinco de los grupos en un triángulo, con el mago en el centro y los tres guerreros rodeándolo. El sexto equipo, el de Keya, lo dispuso en forma de cuadrado, ocupando él mismo el cuarto lado.

—¿Estáis seguros de que esto va a funcionar? —preguntó Kiinyon.

—Como aceite sobre el hielo —respondió Kuhl—. Cuando lleguemos allí, manteneos sujetos a mi cinturón con la mano libre y trabajad con la mano de la espada.

—Muy bien.

Kiinyon blandió su espada oscura prestada y dio la señal de ataque. Keya oyó al mago de batalla iniciar su conjuro y a continuación sobrevino una oscura eternidad de caída. El estómago se le subió a la boca y se sintió débil, aturdida y fría. Un silencio letal le llenó los oídos y llegó a no sentir nada más que el corazón latiéndole fuertemente dentro del pecho... Después se encontró en otra parte, el terreno retumbaba bajo sus pies y los ojos y la nariz le ardían por el infernal hedor a azufre.

—¡Balanceo! —gritó una voz ronca y familiar.

Recordando que tenía la espada en la mano, Keya empezó a lanzar estocadas a diestro y siniestro mientras su mente luchaba por encontrar sentido al entorno humeante y devastado en que se encontraba. Sus ataques eran al aire, pero oyó a sus espaldas el sonido cortante de una espada que atravesaba carne e instintivamente se volvió hacia el origen del ruido, describiendo con su arma un arco amplio y fiero de revés.

Esta vez dio contra algo y sintió que la hoja se hundía a fondo. Una sangre caliente y de olor acre la salpicó en la mandíbula y la garganta. Un torbellino aullante llenó el aire de tierra y cenizas, después, rayos de magia dorada surgieron de la nada y empezaron a rebotar en sus defensas anticonjuros. Algunos rebotaron hasta detrás de su cabeza, desviados por las defensas idénticas que protegían a todos los guerreros de la Compañía de la Mano Fría.

Keya vislumbró un trozo de escamas espinosas y por fin recordó dónde estaba y lo que había ido a hacer allí. Invirtió la dirección de su espada y cruzó con ella el cuerpo del phaerimm, deteniéndose al final del recorrido para clavar la punta a fondo.

La criatura volvió a gritar en su idioma eólico. La cola estuvo a punto de alcanzarla en la cara, con la aguda punta segregando ya su veneno paralizante, pero Kiinyon intervino parando el ataque con su espada oscura y cortando el agujón antes de que pudiera dar el golpe. Keya le dio las gracias abriendo con su espada, todavía hundida en el enemigo, un tajo a lo largo de todo el ahusado cuerpo.

El phaerimm logró zafarse de su hoja flotando unos pasos hacia atrás. Keya pensó que se teleportaría a lugar seguro, hasta que la espada oscura de Burlen completó el trabajo que ella había iniciado abriendo el cuerpo hasta la cola. El phaerimm cayó al suelo esparciendo su sangre y sus entrañas.

Burlen tendió la mano hacia la espada, que salió del despojo y volvió a su mano. A continuación, la enorme mano de Kuhl cogió a Keya por el cinturón y la volvió a su puesto.

—Es hora de marcharnos.

Al darse cuenta de que se había soltado, Keya empezó a buscar el cinturón de Burlen cuando oyó un grito desde arriba.

—¿Keya? —La voz era tan débil y ronca que resultaba casi irreconocible, pero hablaba en elfo—. ¿Es posible que seas tú?

Keya miró valle arriba y vio, dos terrazas por encima de ellos, a una elfa de los bosques exploradora y medio muerta de hambre que espiaba por una brecha abierta en la maltrecha muralla. Sobre los hombros y la cabeza llevaba un improvisado camuflaje de lona alquitranada cubierta de hojas secas de vid, pero Keya pudo ver lo suficiente de su cara como para darse cuenta de que los ojos de la elfa, rodeados de un círculo morado, estaban tan hundidos como los de una banshee y de que tenía los labios resecos y agrietados por la sed. A cien pasos por detrás de ella, una compañía mixta de acechadores e illitas corría ladera abajo para investigar.

—¡Ya es hora! —la urgíó Burlen—. ¡Sujétate!

—¡Espera! —dijo Keya dirigiéndose hacia la elfa—. ¡Necesita ayuda!

—No hay tiempo —dijo Kuhl sin soltar el cinturón por el que la tenía cogida. La alzó y la colocó en el lugar que le correspondía del cuadrado—. Matamos y salimos corriendo.

Keya trató de zafarse, pero la fuerza del vaasan era demasiado para ella.

—¡No puedo dejarla!

—Hacerte matar no es manera de ayudarla —dijo Kiinyon. Mirando al mago de batalla añadió—: Llévanos hasta allí y yo...

El mago de batalla formuló su conjuro y Keya volvió a sentir el vacío en el estómago y la fría eternidad de la caída. Un silencio mortal le tapó los oídos y empezó a sentirse mareada, después se encontró en otro lugar no demasiado diferente. El suelo se sacudía bajo sus pies y otra vez el olor a azufre le irritaba la nariz.

Keya sintió el peso de su espada oscura en la mano, y recordando lo de la teleportación anterior empezó a balancearla.

Su espada no dio contra nada, pero oyó una voz elfa familiar.

—¿Qué estáis haciendo, zoquetes malolientes? ¡Sujetad vuestras espadas!

Los vaasan habían aprendido bastante elfo como para darse cuenta de que se dirigían a ellos, y cuando Keya miró por encima del hombro se encontró con una agotada elfa de los bosques que los miraba furiosa. A pesar de lo ojerosa que estaba, Keya reconoció los ojos pardos y la sonrisa de Cupido de la exploradora favorita de su hermano Galaeron, Takari Moonsnow. Echada en el suelo y cubierta hasta los hombros de hojas secas de vid, daba la impresión de que Takari estaba emergiendo de la tierra, una visión que no hizo más que aumentar la confusión que siempre sobrevenía a la teleportación.

—¿Takari? —dijo Keya con voz entrecortada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Una nube arrolladora de humo negro apareció dos terrazas más allá y empezaron a llover diminutas esferas mágicas. Al tocar el suelo, explotaban en una lluvia crepitante de fuego, relámpagos o niebla verde sibilante. Keya sintió que se le doblaban las rodillas al darse cuenta de lo cerca que había caído el golpe, lo cerca que

ella lo había hecho caer.

—¡Menos mal que os movisteis! —dijo Takari.

Las vides secas se hicieron a un lado y Takari salió de debajo de la lona de camuflaje. Estaba apenas protegida por un traje de cuero tan roto que casi no se lo podía considerar una armadura. Tampoco la cubría ninguna magia protectora ni tenía las botas de paso secreto que se proporcionaban a todos los exploradores que entraban al servicio de Evereska, ni siquiera un par de brazaletes anticonjuro ni uno de los yelmos de protección mental que Siempre Unidos había enviado para equipar al ejército elfo.

Keya indicó a Takari que se uniera al grupo, y en eso, un resplandor rosado cayó sobre ellos. Se volvió para ver el cono rosado de un rayo mágico letal que los iluminaba desde el gran ojo central de un acechador situado en la terraza siguiente. Con el acechador había otra media docena de los suyos y el doble de desolladores de mentes.

—¡Por los colmillos de Lloth! —maldijo Kiinyon—. ¡Por encima de la muralla!

Keya no tuvo ocasión de obedecer. Kuhl ya la estaba levantando por el cinturón, rodeándola con un brazo del tamaño de un thkaerth y saltando con ella por encima de la muralla. Keya a duras penas tuvo tiempo de apartar su espada oscura antes de que cayeran del otro lado. Kuhl cayó como un rote derribado por la magia y Keya aterrizó encima de él, tan ligera como una pluma. Burlen pasó como una exhalación por encima de ambos y cayó en medio de un estrépito de armas.

—Permaneced agachados —gritó Kiinyon desde algún lugar más allá de los pies de Keya—. Prepara los proyectiles mágicos.

—¿Proyectiles mágicos? —dijo el mago de batalla con voz entrecortada—. ¡Lo que tenemos que hacer es irnos... ahora mismo!

—¡Hazlo! —ordenó Kiinyon—. Kuhl, Burlen, cubridnos.

A Keya le dio la impresión de que el lord comandante se estaba preparando para una acción de mantenimiento y no de rápida retirada, pero después de haber estado a punto de ocasionar un desastre hacía apenas un momento, pensó que no era prudente cuestionar una orden. Se apartó de Kuhl justo a tiempo para evitar que la aplastara cuando él se giró poniéndose boca abajo y se arrastró por la terraza.

El destello rosado del rayo mágico letal se desvaneció y el olor irritante a roca pulverizada empezó a difundirse por el aire al barrer los acechadores con sus rayos de desintegración la pared de un lado a otro. Keya preparó sus rayos mágicos y se quedó tendida en el suelo escuchando el ruido crepitante de la piedra que se desintegraba mientras esperaba la orden de Kiinyon.

Pareció que no iba a llegar nunca, aunque es posible que sólo lo pareciera porque ella sabía que el phaerimm que había asaltado su posición anterior sabría donde estaban y se estaría disponiendo a atacar.

Por fin se oyó la voz sorprendentemente tranquila de Kiinyon:

—Sólo acechadores. Tres, dos, ¡ahora!

Calculando su movimiento para levantarse tras el paso del rayo desintegrador, Keya espió por encima de la humeante muralla y lanzó su conjuro contra el segundo acechador de la fila. Tres rayos dorados que le brotaron de las puntas de los dedos fueron a dar contra el ojo central y lo convirtieron en sangre vaporizada. La criatura chilló de dolor y empezó a diseminar los rayos de sus otros ojos al avanzar a lo largo de la muralla.

Poniéndose de pie junto a Keya, Takari disparó cinco proyectiles sobre el primer acechador en línea y lo dejó seco. Kiinyon y el mago de batalla destruyeron al resto de las criaturas. Mientras el mago repartía sus ataques entre tres de los acechadores y los convertía en un estallido de sangre roja, la magia de Kiinyon partía en dos limpiamente a sus objetivos.

—¡A cubierto! —ordenó el lord comandante.

Keya y Takari se dejaron caer detrás de la muralla una junto a otra y oyeron a sus espaldas el desgarrón paralizante de una tormenta de fuego. Recordando que Takari no tenía protección mágica, Keya se volvió para colocarse delante de ella. Se encontró cara a cara con una feroz lluvia de diminutas esferas rojas. Un puñado de esferas relumbrantes, que lo mismo podrían haber sido tres que trece, llegaron hasta ella describiendo un arco, y al encontrarse con la magia de sus protecciones anticonjuros rebotaron en una humeante red de fuego.

Keya aterrizó blandamente de lado y supo instantáneamente, por el olor a cuero quemado y a carne chamuscada, que no había podido evitar totalmente el ataque de las letales bolas. De un salto se puso de pie dando la cara al origen del fuego y, guiándose por el olfato y la intuición, trató de colocarse delante de la elfa del bosque.

—¿Cómo estás ahí atrás?

En la terraza de abajo vio a un par de phaerimm que se movían por detrás de la muralla medio derribada, justo frente a ella. Se apartaban el uno del otro levitando y sólo tenían al descubierto los brazos y las dentadas bocas. No había ni rastro de Kuhl ni de Burlen, aunque Keya sabía que eso no debía preocuparla. Los vaasan tenían una habilidad innegable para mantenerse ocultos, incluso en el terreno más desnudo, hasta el momento de atacar. Keya pensaba que tenía algo que ver con las espadaoscuras, pero si así era, se trataba de una habilidad que Dexon todavía no le había enseñado.

Al ver que Takari no respondía, Keya repitió la pregunta.

—¿Sigues viva?

—¿Te sueno como si estuviera muerta? —La voz de Takari llegaba debilitada por el dolor—. ¿Cómo haces eso?

—¿Qué cosa?

Una oleada de cenizas y polvo empezó a barrer la terraza en dirección a ellas.

Keya sabía que fuera lo que fuese no podría proteger a Takari simplemente poniéndose delante de ella.

—Súbete a mí... —empezó a decir Keya.

Antes de que pudiera terminar, Takari saltó a la espalda de Keya y se sujetó a ella pasándole un brazo alrededor del cuello. Keya sentía el otro brazo de Takari colgando inerte contra su espalda.

—La espadaoscura —dijo Takari—. ¿Cómo es que no te congela la mano?

Keya echó una mirada al arma que tenía en la mano, pero la libró de tener que explicar nada la llegada de la oleada con un retumbo sordo y apenas audible.

—¡Salta! —le gritó Kiinyon.

Keya dio tres pasos para tomar impulso y saltó.

Aunque Takari era pequeña para lo que son los elfos de los bosques y los músculos de Keya estaban endurecidos por medio año de servicio militar, todavía no bastaban para alzarlas a ambas por encima de algo que casi les llegaba a la altura del pecho. En el último minuto se dio cuenta de que su única posibilidad era pasarlo por debajo.

La onda alcanzó a Takari justo debajo de la cadera. Aunque sus brazaletes la protegían de la magia, la fuerza del impacto le dejó las piernas entumecidas y la lanzó por los aires. El brazo de Takari se soltó y la elfa verde salió dando tumbos. El mundo pasó ante sus ojos como un caleidoscopio giratorio donde se alternaban el cielo azul, el suelo ennegrecido, la pared grisácea de la terraza y los destellos anaranjados del Mythal. Keya sintió que la espadaoscura volaba de su mano, y al caer de espaldas contra el suelo sus pulmones se vaciaron de aire en un único alarido de dolor.

Se oyó un estruendo ensordecedor que provenía de algún punto por encima de su cabeza. Keya giró el cuello y vio saltar por los aires el muro que acababa de abandonar. Observó aturdida y fascinada cómo se disgregaban las piedras del tamaño de la cabeza de un elfo volando en todas direcciones.

Cuando las piedras llegaron al punto culminante de sus trayectorias se le ocurrió pensar que lo que sube también suele bajar, y que las grises formas que se agrandaban cada vez más en el aire se le iban a caer encima. Keya se apartó de una voltereta y, tras protegerse la cabeza con los brazos, contó uno, dos, tres impactos cercanos antes de que la primera piedra le cayera sobre la armadura.

El hombro se le convirtió en un estallido de agonía, y gracias a que tenía los dedos unidos tras la nuca evitó que se le cayera el casco y le quedara desprotegida la cabeza. Una piedra la golpeó en el muslo dejándoselo dolorido e inutilizado. Otra la alcanzó de refilón en la espalda y un relámpago de dolor la recorrió de pies a cabeza. Trató, sin conseguirlo, de no gritar, y se dijo que el dolor era algo bueno, que mientras pudiera sentir podría caminar, o correr, teniendo en cuenta el lugar donde se encontraban.

Keya recibió otros dos golpes, uno en la rabadilla y otro en las costillas, antes de que dejaran de caer piedras. Su padre había conseguido infundirle el suficiente sentido táctico como para saber que los phaerimm no habrían lanzado un ataque por sorpresa si no tuvieran intenciones de hacer a continuación un rápido avance, de modo que se permitió recobrar el resuello, lo cual resultó tan infructuoso como su intento de saltar la onda expansiva, antes de apoyarse sobre manos y rodillas y lanzarse contra sus atacantes.

Los encontró a mitad de la terraza, con las colas puntiagudas rezumando veneno y mostrando los dientes serrados en lo que parecía una sonrisa que remataba aquellos cuerpos de babosa. La espadaoscura de Dexon había desaparecido, pero Takari yacía doce pasos más abajo de donde ella se encontraba, aturdida y retorciéndose de dolor, con la pierna plegada en un ángulo imposible y una de las clavículas asomando a través de una herida en el hombro que le había producido el primer ataque de los phaerimm.

Keya vio con asombro que la maltrecha elfa de los bosques se las ingeniaba para sacar la espada y ponerse de rodillas. De todos modos, los phaerimm no prestaban la menor atención a Takari, pero la visión inspiró a Keya para extender la mano y llamar a su espadaoscura tal como Dexon le había enseñado, evocando la sensación de la empuñadura en la mano.

Un instante después, la espadaoscura llegó hasta la mano de Keya desde algún punto situado por detrás de ella. Sólo seis pasos más allá de Takari, los phaerimm se detuvieron y empezaron a intercambiar sibilantes comentarios en su extraña lengua eólica.

—Takari, estoy justo detrás de ti —le gritó Keya. No avanzó hacia ella por temor a precipitar el ataque de los phaerimm—. Si puedes, arrástrate hasta mí.

—Sí..., eso puedo hacerlo.

La voz de Takari se había vuelto extrañamente distante, y Keya maldijo para sus adentros al darse cuenta de que uno de los espinardos había asumido el control mental de la elfa verde. ¿Dónde estaban los vaasan? Se suponía que debían proteger la retaguardia... ¿Y qué estaban haciendo Kiinyon y el mago de batalla?

Al menos la última pregunta fue respondida por un encadenamiento de sílabas místicas y por el sonido lúgubre que siempre acompañaba a la invocación de una gran cantidad de hierro. Al volverse, Keya vio lo que parecía una nube cuadrada y herrumbrosa que flotaba sobre la terraza de más arriba. Ni siquiera reparó en la carga de los illitas hasta que éstos vieron la sombra y empezaron a chillar aterrorizados. La nube cayó sobre ellos un instante después, tan cerca, que Keya sintió el soplo del aire desplazado y oyó el crujido de los cráneos de los illitas aplastados.

Un puñado de los más rápidos logró evitar el aplastamiento y se volvieron contra el mago de batalla, agitando los tentáculos en su dirección en un intento de alcanzarlo

con sus ráfagas mentales. Los ataques tuvieron tan poca eficacia contra la protección mental mágica de su yelmo como lo hubiera tenido el intento de un phaerimm de convertirlo en esclavo mental. Mientras el mago extendía las manos hacia ellos, Keya echó una mirada hacia atrás y vio que Takari estaba a media docena de pasos de ella, espada en mano, y seguía arrastrándose por la terraza. Detrás de ella, los phaerimm seguían flotando, conformándose con dejar que la elfa de los bosques hiciera el trabajo por ellos.

Inquieta al ver su impasibilidad, Keya echó una mirada en la dirección de Kiinyon y lo encontró rodeado de cadáveres de lemures seguramente invocados por los phaerimm para impedir que pudiera formular su magia de evasión. Ante sus ojos vio aparecer otros tres pequeños demonios. Con la espada oscura a buen recaudo en la vaina, Kiinyon derribó a dos de una patada y les clavó la daga, pero el tercero escapó y describió un círculo para atacarlo por la espalda.

Keya no tenía la menor duda de que el renombrado espada sería capaz de abatir a aquel ser tan rápido como a los demás, pero la estrategia de los phaerimm empezaba a dar sus frutos. La magia translocacional era demasiado complicada, incluso para alguien de su pericia, como para invocarla mientras combatía mano a mano, y los espinardos tenían más acechadores e illitas que acudían de todas partes. Era preciso hacer algo, y pronto.

Keya avanzó con una mano extendida, como si fuera a ayudar a Takari a ponerse de pie. La mirada de la elfa de los bosques seguía siendo inexpresiva cuando tendió la mano para coger la de Keya, pero mantenía la espada pegada al costado, lista para atacar.

Keya sintió la mano de Takari fría y húmeda al cerrarse sobre la suya. Algo parecido a una alarma brilló en el fondo de sus ojos pardos antes de que la mano la aferrara con fuerza. Con vigor sorprendente para alguien tan maltrecho, Takari arrastró a Keya hacia abajo. La espada de la elfa del bosque describió un fluido arco que, de no haber encontrado en su camino la espada oscura de Dexon, habría dado de lleno en el cuello de Keya.

Lo cierto es que la espada oscura cortó la hoja de Takari con la misma facilidad con que penetraba en las escamas de los phaerimm. El arma cayó a un lado sin producir ningún daño, saltando como una trucha en un torrente del bosque. Keya plantó un pie en el pecho de Takari y la empujó contra el suelo, después dio un paso hacia adelante y lanzó su espada oscura hacia el phaerimm más próximo.

Un trío de lemures chillones apareció delante del phaerimm y fueron cortados en dos por la espada errante, pero sirvieron a su propósito al absorber energía suficiente como para hacer caer la espada oscura al suelo. Ambos phaerimm se lanzaron a por la espada, y en ese preciso momento Burlen y Kuhl aparecieron detrás de ellos, avanzando sigilosamente desde el fondo de la terraza como ladrones que salen de un

oscuro callejón.

Clavaron sus espadas al unísono, tomando tan por sorpresa a los atónitos phaerimm que Keya dudaba de que las criaturas se hubieran dado cuenta siquiera de qué había sido lo que las había matado. Los espinardos simplemente se precipitaron al suelo a apenas doce metros del acero de Keya y quedaron allí tirados, con las armas de los vaasan clavadas en el lomo.

—Ya iba siendo hora —dijo Keya—. ¿Qué fue lo que os entretuvo?

—Una discusión —respondió Burlen—. Kuhl piensa que no deberíamos usarte como señuelo.

Mediante una invocación recuperó su espadaoscura y Kiinyon finalmente les ordenó que acudieran corriendo. Al volverse, Keya vio el rectángulo negro de una puerta dimensional parpadeando en el aire junto a él. Llamó a la espada de Dexon y después retiró cautelosamente el pie del pecho de Takari, que la miraba con expresión absolutamente aturdida.

—¿Estás bien? —le preguntó Keya—. ¿Lista para ir a casa?

Takari asintió, aunque parecía incapaz de apartar los ojos de la espadaoscura de Dexon.

—Tienes que decirme cómo puedes hacer eso.

Capítulo 9

17 de Flamerule, Año de la Magia Desatada

Incluso para los dragones, el trayecto hasta Refugio representaba un largo viaje. Galaeron estuvo suspendido en las garras de Malygris durante la noche y todo el día siguiente. Al atardecer divisó finalmente la ciudad, un diamante distante de tinieblas liminares flotando bajo sobre el espejo púrpura del lago Sombra. Como siempre, estaba envuelta en volutas de niebla oscura que le daban el aspecto de una solitaria nube tormentosa o de un espejismo. Un centenar aproximado de buitres volaba por debajo de ella, al acecho permanente de la basura que llovía de los pozos de eliminación. También había unas sombras más grandes, que tenían la forma de cruces y describían círculos en torno a la ciudad en estrechas formaciones de patrullas veserab.

Malygris levantó la cabeza, y a Galaeron de repente se le erizó la piel y sintió que se le ponían los pelos de punta. Un profundo chisporroteo surgió algunos metros por encima de su espalda, y en el aire empezaron a revolotear destellos plateados. Al girar la cabeza vio una bola enorme de luz azul relampagueante que resplandecía dentro de la jaula vacía de las costillas del dracolich. Malygris abrió las mandíbulas y el relámpago le salió de la garganta en un blanco crepitar de energía cegadora que Galaeron tuvo que hacer desaparecer de sus ojos mediante un constante parpadeo.

Al anunciar Malygris su regreso triunfal a Refugio, una sensación terrible de miedo y de soledad se cernió sobre Galaeron. Su plan era sólido, de otro modo los Elegidos nunca se hubieran arriesgado con él, pero también demandaba más energía de la que él estaba seguro de tener y sacrificios que no lo atañían sólo a él. La última vez que había vislumbrado a Aris, el gigante iba colgado de los hombros, con el mentón caído sobre el pecho y las garras de su captor clavadas profundamente en la carne. Teniendo en cuenta el calor que hacía en el Anauroch y la negativa del dragón a detenerse para beber, tenía razones fundadas para creer que Aris estaría sufriendo un golpe de calor además de las heridas que pudiera haber recibido en el momento de la captura.

No era la primera vez que Galaeron se maldecía por haber escuchado a Storm. Estaba empezando a preguntarse hasta qué punto la ausencia de Aris habría despertado sospechas en los shadovar. Después de haber visto la forma tan despiadada en que los Elegidos disponían de la vida de los mortales, no era difícil creer que pudieran haber arriesgado la vida de su amigo con escasos beneficios. Si Aris llegase a morir en aras de su plan, la resolución de Galaeron se vería tan mermada por la culpa que seguramente sucumbiría a su ser sombra.

De hecho, estaba empezando a pensar que eso era exactamente lo que querían,

que tenían algún otro plan secreto para salvar Faerun que no pasaba por la salvación de Evereska. ¿No sería eso muy propio de los Elegidos? Tal vez tuvieran algún acuerdo secreto con los phaerimm para eliminar las defensas de la ciudad desde dentro de modo que los espinardos pudieran atacar desde fuera y destruir a su común enemigo. Eso justificaba que Galaeron hubiera guardado silencio sobre el mensaje de Malik. Todavía existía la posibilidad de que el hombrecillo le resultara útil.

Mientras cruzaban el lago Sombra, Refugio pasó de ser un diminuto diamante de tinieblas a transformarse en una forma más nebulosa que se parecía a un incipiente relámpago a punto de estallar, o una voluta de cenizas proveniente de algún cercano volcán y suspendida en el aire. Una patrulla de jinetes montados en veserab salieron y ocuparon posiciones a uno y otro lado mientras sus monturas silbaban y echaban espumarajos negros movidos por el miedo al dragón que sentían. Sin prestar la menor atención a su escolta, Malygris siguió adelante hasta que la niebla negra llenó totalmente el cielo por delante de ellos. Se zambulló entonces hasta el fondo de la nube y entró en la oscuridad tenebrosa.

Una vez dentro de la nube, el propio enclave se hizo visible, una enorme montaña invertida surcada por pasadizos de servicio y pozos de ventilación. Malygris empezó a describir círculos sobre las grietas de la montaña invertida en una espiral cada vez más amplia. Su aura de miedo mantenía a las colonias cada vez más numerosas de murciélagos y pájaros a prudente distancia. Hasta los centinelas de ojos de gema que vigilaban constantemente desde sus recónditas grietas se ocultaban en lo más profundo de las mismas al paso del dragón.

Aunque se podía salir de la ciudad de cualquiera de las formas habituales — volando, por magia translocacional, incluso de un salto—, para entrar no había otra forma que realizar la aproximación en círculos desde la parte más baja. Cualquier otro método llevaría al infortunado viajero a través del plano de las sombras a cualquiera de los mil planos con los que comunicaba. Galaeron sabía que era una defensa que los shadovar consideraban infranqueable para cualquier ejército que atacara Faerun, y que los hacía sentir invulnerables para tratar al resto del mundo como cualquier señor que se preciara trataba a sus perros.

Por fin llegaron a la cima de la montaña donde encontraron abierta la gran Puerta de la Cueva, cuya boca parecía una oquedad de ébano que daba a un muro todavía más oscuro de piedra negra. Malygris pareció disfrutar al abrir las alas y golpear ambos lados del portal con los extremos de hueso amarillento. Un murmullo de respetuoso asombro se propagó por las profundidades de la caverna cuando descendió hasta detenerse en el fondo de la enorme Plaza de Armas y se posó en el suelo con Galaeron sujeto bajo sus enormes garras.

Un par de golpes similares desde un lugar más próximo a la boca de la cueva confirmó que los compañeros del dracolich habían aterrizado tras él.

Agarrando a Galaeron con tanta fuerza que la cara del elfo rozaba el suelo, Malygris lo empujó hacia adelante.

—Traigo presentes dignos de mi esplendor —dijo Malygris con tono sorprendentemente deferente, al menos para un dracolich—. He aquí a los sangre caliente que estabais buscando.

—Ya veo. —La voz era sibilante y penetrante, como un susurro que se propagase hasta la caverna desde algún pasadizo lejano—. No me sorprendería que los dragones hubieran triunfado donde mis propios príncipes han fracasado. Debo felicitarte, Malygris. Esto es excelente.

Quien hablaba era Telamont Tanthul, Supremo de Refugio y padre de los trece príncipes, pero aunque el señor de sombra no hubiera hablado, Galaeron había percibido su presencia en la quietud helada del aire y en el frío miedo que se respiraba en la caverna. Incluso Malygris, que como Soberano Azul del Anauroch no tenía necesidad de inclinarse ante nadie, bajó la cabeza en señal de respeto.

Sin que nadie lo animara audiblemente a hacerlo, el dracolich volvió a hablar.

—Por supuesto, las cosas salieron según yo esperaba. Los bípedos se acobardaron al ver mi sombra, y los que buscábamos corrieron a refugiarse en el bosque. —El dracolich cogió a Galaeron con la punta de la garra y dijo—: Aunque estos mamíferos pensaron que ocultarían a su gigante con su penosa magia, fueron tontos. Su magia no es nada comparada con la mía, y el mero intento nos hizo ver a los que estábamos buscando.

Galaeron sintió que se le revolvía el estómago, menos por los Elegidos a los que transportaba dentro que de puro miedo. Si la fuerza de voluntad de Telamont podía dominar incluso a un dracolich, ¿qué esperanzas podía albergar Galaeron de ocultar su traición? Cuando la atención del Supremo se volviera hacia él, la verdad se convertiría en una respiración contenida durante demasiado tiempo, y cuanto más tratara de mantenerla oculta, tanto más desesperado estaría por soltarla. Sólo cabía confesarlo todo y afirmar que el plan había sido idea de Storm, que los Elegidos lo habían obligado... No.

Era su sombra la que hablaba. La idea se había deslizado en su cerebro tan insidiosamente que le había parecido de lo más natural y casi la había aceptado como propia. Pero si traicionaba a los Elegidos también traicionaría a su leal amigo Aris, y ese pensamiento sirvió como línea vital para hacerlo volver a su auténtico ser.

El Supremo permaneció en silencio y salieron más palabras de boca del dracolich.

—Mis fieles tienen espías en todas las ciudades de Faerun —continuó Malygris—. Cuando informaron a mis sacerdotes de que el gigante estaba vendiendo todas sus chucherías de piedra supe que los que tú buscabas no tardarían en abandonar la ciudad.

—Y nosotros —respondió Telamont. Su voz tenía un tono frío y tranquilo—. Sin

embargo, tú actuaste mientras mis hijos se perdían en planes y elucubraciones. Refugio está en deuda contigo.

—Así es —dijo una voz aterciopelada que Galaeron reconoció como la de Yder Tanthul, sexto príncipe de Refugio—, pero nos sorprende lo fácilmente que se descubrió este «secreto». Nuestros agentes estaban vigilando cuando salieron de Arabel. Iniciar un tumulto de mendigos no parece la forma más adecuada de dejar una ciudad en secreto.

—¿Me estás desafiando, sombra?

Hubo un quiebro alarmante en la voz de Malygris, y Galaeron estuvo a punto de ser aplastado cuando el dracolich desplazó hacia adelante el peso de su cuerpo.

—Como cortesía a tu señor —prosiguió el dracolich—, pasaré por alto tu insulto por esta vez, pero tu hedor me ofende. Márchate.

—¿Marcharme? —Yder ardía de indignación.

Galaeron hubiera querido alcanzar la pequeña píldora que le había dado Alustriel. Ni siquiera un dracolich podía hablar así a un príncipe de Refugio, y pensó que el choque que se produciría a continuación podría darle la oportunidad que necesitaba para echar fuera a los Elegidos y escapar hacia el interior de la ciudad.

Sin embargo, Yder se calló, y tras un momento de mirar al suelo a través de las garras del dragón, Galaeron se dio cuenta de que el príncipe se había marchado.

—Yder no pretendía ofenderte, poderoso —dijo Telamont en un tono bajo e hipnóticamente apaciguador—. Tiene pocos siglos y todavía no es capaz de apreciar plenamente la profundidad de la astucia de un dragón. Tu magnificencia lo abruma.

—Entonces me complace perdonarle la vida —replicó Malygris—. Considéralo como un regalo.

—Me honras en demasía, amigo mío. ¿Hay algún presente que desees a cambio?

El aire se tornó tan frío e inerte como el hielo. El ruedo de la túnica oscura de Telamont, que era todo lo que Galaeron podía ver del señor de sombra, se desplazó hacia adelante.

—Nada —dijo Malygris—. Me basta con el honor de tu amistad.

—Con eso puedes contar.

Un silencio expectante se infiltró entre los dos, y finalmente fue Malygris quien lo rompió.

—Techora me está planteando demandas.

—¿Y quién es Techora?

—La nueva enviada del Culto del Dragón —explicó Malygris—. Sólo la menciono porque sus peticiones a menudo son una interferencia para nuestra amistad.

—Ésta es la séptima en poco más de una semana —replicó el Supremo. Era verdad—. Podría pensarse que simplemente tratas de escapar del acuerdo al que llegaste con el Culto del Dragón.

—No es culpa mía que los sacerdotes que envían sean todos groseros y tontos —farfulló Malygris. Apretó las garras hasta que Galaeron emitió un quejido involuntario—. ¿Debo tolerar la ineptitud entre mis servidores?

—No más que yo. —El tono de Telamont expresaba casi resignación—. Yder se ocupará de ella. Ése será su presente expiatorio. ¿Con qué defensas cuenta?

—Sólo los amuletos de protección habituales —dijo Malygris mientras alzaba su garra liberando a Galaeron—, y el mamífero ni siquiera es tan poderoso como los demás. El culto está empezando a quedarse sin sacerdotes.

—Eso estaría bien —dijo Telamont—. No es que jamás haya estado descontento con el esplendor de tus presentes, Malygris.

El dracolich giró en redondo con gran entrecocar de huesos y a punto estuvo de aplastar a Galaeron con una pata trasera situada descuidadamente y arrastrando a doce guardaespaldas de Telamont con su larga cola.

—¿Cómo podrías? Proviene de un dragón.

Malygris se elevó en el aire y abandonó la Plaza de Armas por encima de las cabezas de sus dos asistentes. Telamont indicó al príncipe Clariburnus que vigilara a Galaeron y a continuación intercambió regalos con los otros dos dragones, prometiendo derribar las murallas de un molesto castillo al que había capturado a Aris y cambiar el rumbo de una caravana para acercarla a la guarida del otro.

Cuando se hubieron cerrado los acuerdos, Galaeron tuvo ocasión de ver que si bien Aris no había sufrido más heridas que las producidas en su hombro por las garras, el calor y la sed habían hecho estragos en él. El gigante yacía en el suelo semiinconsciente, con los ojos vidriosos, la cara abotargada y los miembros tan blancos como la leche. Le temblaban las manos y su respiración era entrecortada y superficial.

—Aris necesita agua —dijo Galaeron. Se sorprendió al notar que también él tenía la garganta hinchada y áspera por la sed—. No hemos bebido nada desde la noche pasada, y el desierto...

—Puede esperar —dijo Clariburnus—. Después de todos los problemas que nos habéis causado, espero que se ahogue con su propia lengua.

—Seguro que eso haría muy feliz al Supremo —dijo una voz meliflua y familiar—, especialmente después de haber esperado todo este tiempo a que vosotros lo volvierais a capturar.

La forma regordeta de Malik el Sami y Nasser surgió entre Clariburnus y Brennus, a quienes les llegaba a la cintura, vestida con una túnica gris y un tabardo de sombra negra en la parte superior. Parecía una parodia involuntaria de las formas imponentes de los dos príncipes, especialmente con sus ojos cansados, inyectados en sangre, y los pequeños cuernos que lucía orgulloso en la parte superior de la cabeza.

Malik se volvió entre los dos príncipes y ordenó:

—Traed unos cuantos barriles de agua, y rápido. Si el gigante sufre algún daño, me ocuparé de que el Supremo os despoje de vuestras cabezas.

Galaeron vio con estupor que la mitad de los soldados se apresuraba a obedecerle. Cualquier duda que tuviera Galaeron de que Malik había pretendido atraerte a una trampa con su mensaje se desvaneció de inmediato.

—Veo que has prosperado en la ciudad —dijo Galaeron.

—No fue gracias a ti.

El hombrecillo se acercó y, haciendo a un lado la negra pica de Clariburnus que pretendía impedir que se aproximara demasiado, se detuvo junto a Galaeron.

—¿Cómo pudiste dejar que Vala sufriera tanto tiempo? ¡Tu crueldad estuvo a punto de acabar con mi vida!

Galaeron dejó de lado por el momento la conexión que podía existir entre una cosa y otra.

—Entonces, ¿vive todavía? Tu mensaje decía...

Clariburnus se valió de la pica para apartar a Malik.

—No le corresponde a este lagarto hablar de la esclava de un príncipe.

Malik se encogió de hombros y extendió las manos.

—Tiene razón —dijo—. Tal vez si complaces al Supremo éste se digne intervenir para que veas con tus propios ojos todas las cosas terribles a las que Escanor la sometió noche tras noche.

Galaeron habría sonreído ante la astucia de Malik si su respuesta no le hubiera llenado la cabeza de imágenes terribles. Los huesos rotos de la mano empezaron a dolerle y pensó en la tela color púrpura que Dove le había puesto encima y en cómo se lo explicaría a Telamont Tanthul.

El agua llegó, y sin dejar nada para Galaeron, Malik condujo a los soldados que la transportaban a donde estaba su amigo Aris. Clariburnus pareció disfrutar al ver cómo el elfo se pasaba la lengua por los labios mientras observaba cómo la vertía el hombrecillo por la garganta del gigante. Por fin, Telamont Tanthul volvió de su entrega de regalos, y al ver la atención con que Galaeron miraba la escena le indicó que se acercara a él.

—Ven, tú también debes de tener sed, y debes de sentir curiosidad por el estado de tu amigo.

Esperó a que Galaeron se levantara, y pasando una manga helada por los hombros del elfo se dirigió a donde estaba el gigante.

—Lamento que el viaje haya sido difícil —dijo Telamont—. Mi intención hubiera sido traeros aquí de una manera más cómoda, pero ya conocéis a los dragones... Me temo que Malygris y sus ayudantes puedan haber sido un poco más rudos de lo necesario. Aquel joven azul al que mataste en el Saiyaddar...

Galaeron asintió. Casi no podía creer que el Supremo le estuviera hablando como

si acabara de volver de un viaje por las afueras del enclave.

—Era uno de los suyos —continuó el Supremo en el momento en que llegaban hasta donde estaban Malik y los toneles de agua—. A decir verdad, tienes suerte de haber llegado. Ellos no hacían más que entregarnos acechadores y asabis y pedirnos que les ayudáramos a apresar a los asesinos.

A Galaeron se le secó todavía más la garganta. Los dragones azules no tenían un apego especial a la familia, pero él había hablado con muchos de ellos durante su servicio en la frontera sur del desierto como para saber que ofendía a su sentido de la magnificencia el hecho de que un sangre caliente matara a un wyrm de su propia raza.

—Entonces yo diría que tuvimos mucha suerte —dijo.

—Hicimos algunos preparativos —dijo el Supremo. Alzó una manga vacía y sacó un cuenco de ébano de las sombras que a continuación llenó de agua para Galaeron—. La verdad es que no son capaces de distinguir entre un elfo de la luna y otro, y sólo fue cuestión de introducirnos una noche en un campamento.

Galaeron sintió que el agua se le iba por donde no debía y al ver que se ahogaba, la expulsó en un cono de gotitas plateadas.

—¡No lo habréis hecho!

—¿Qué otra opción me dejabas? —dijo Telamont. Su voz había adquirido ese tono frío y tajante que adoptaba cuando trataba de contener la ira—. Seguían trayendo regalos y no yo podía decirles que habías sido tú.

Galaeron miró el cuenco vacío y dudó si atreverse o no a llenarlo otra vez. Después de haber probado el agua, apenas podía pensar en nada que no fuera saciar la sed, pero había visto a Telamont en casos parecidos y sabía lo arriesgado que era mostrarse atrevido en su presencia.

Por otra parte, ¿qué era lo peor que podía hacer el Supremo? Sin duda no iba a matarlo, y contrariarlo podría hacer que para Galaeron resultase más fácil resistirse a su voluntad. Volvió a llenar el cuenco y bebió.

Telamont lo observó, con los ojos de platino encendidos de furia pero manteniendo las mangas vacías plegadas tranquilamente frente a él.

—¿Está buena? —preguntó cuando el elfo hubo terminado.

Galaeron sostuvo la mirada del señor de las sombras y se relamió.

—Toma otro. —Telamont cogió el cuenco y lo volvió a llenar—. Insisto —dijo entregándoselo al elfo.

Galaeron volvió a vaciar el cuenco como un borracho que rompe una larga abstinencia. Una vez vacío, Telamont lo cogió y lo volvió a llenar.

—Abandonaste Arabel en una caravana con rumbo a Iriaebor, ¿no es cierto?

—Así es, pero en realidad íbamos a Evereska. —Galaeron dijo la mentira rápidamente, tratando de soltarla antes de que la voluntad de Telamont empezara a

presionarlo y lo obligara a decir la verdad—. Para unirnos a la lucha contra los phaerimm.

Telamont le volvió a pasar el cuenco y el elfo volvió a beber con avidez, como si temiera que se fuera a evaporar antes de acabarla.

—Eso fue lo que sugirieron nuestros agentes, aunque Yder me planteó sus dudas. ¿Qué fue lo que dijo?

Antes de que Galaeron pudiera responder, un par de ojos amarillos apareció en la oscuridad por detrás de Telamont.

—Que iniciar una revuelta de mendigos no parece la mejor forma de salir de una ciudad sin hacerse notar.

La silueta de Yder tomó forma en torno a sus ojos dorados y a continuación el príncipe surgió de las sombras y se colocó al lado de su padre.

—También me pareció extraño —añadió Yder—, que anunciaran su partida vendiendo todas las obras del gigante.

Yder dirigió una mirada a Aris, que yacía de espaldas, ajeno a cuanto lo rodeaba. Malik, arrodillado a su lado, vertía agua en pequeñas dosis entre sus labios agrietados.

Telamont rellenó el cuenco vacío de Galaeron y éste empezó a beber otra vez. Ya no tenía sed —podía sentir a Alustriel y a Dove bamboleándose de un lado para otro y chocando contra las paredes de su estómago—, pero no podía dejar de beber de ese cuenco como había hecho con los anteriores.

—Si hubieran necesitado el dinero para el viaje —continuó Yder—, lo habría atribuido a la necesidad.

—Pero si necesitaban el dinero, ¿por qué dárselo todo a los mendigos? —inquirió Clariburnus—. Aquí hay algo que huele como los pozos sulfurosos de Carceri.

Telamont volvió a llenar el cuenco. Aunque Galaeron ya tenía el estómago tan hinchado que le dolía, no pudo resistirse a cogerlo.

—Parece extraño, ¿no es cierto? —El Supremo retiró la mano—. ¿Tal vez querrías explicarlo?

También en esta ocasión se apresuró a soltar una mentira antes de que la voluntad de Telamont pudiera obligarlo a decir la verdad.

—Obtuvimos por las estatuas más de lo que esperábamos.

Sus dedos tocaron el asa del cuenco, pero Telamont no dejó que lo cogiera.

—¿Realmente fue así? —preguntó Telamont.

Soltó el cuenco y Galaeron siguió llenando su hinchado estómago. Ya le dolía, pero su mente seguía insistiendo en que estaba tan sediento como antes. Ni se le ocurría dejar de beber.

Telamont esperó a que el elfo hubiera acabado, después rellenó el cuenco y lo sostuvo delante de sus narices. Aunque Galaeron se sentía a punto de vomitar en

cualquier momento lo que ya había bebido y expulsar con ello a Alustriel y a Dove a los pies del Supremo, deseaba el agua. Sentía tanta avidez por ella como por tocar el Tejido de Sombra, del mismo modo que un hombre que se ahoga ansia el aire.

—Era demasiado —dijo Galaeron—. No lo podíamos transportar.

Telamont seguía manteniendo el cuenco a distancia, pero guardaba silencio. Galaeron sólo podía pensar en la sed que había pasado durante la travesía del desierto y en lo mucho que deseaba el agua, en que le dolía mucho el estómago y en lo bien que se sentiría cuando bebiera ese último cuenco y por fin estuviera tan lleno que tuviera que echar todo lo que había tragado.

—Además, el príncipe Yder tiene razón. —Oyó su voz como si no fuera suya—. Queríamos que nos capturaran.

Esto hizo que Yder sonriera y que surgiera un destello de interés en el Supremo. Telamont permitió que Galaeron cogiera el cuenco y observó con la sombra púrpura de una sonrisa mientras el contenido desaparecía en la garganta del elfo. Galaeron sintió cómo el agua se deslizaba por su garganta y empezaron a dolerle las mandíbulas.

Telamont cogió el cuenco y lo rellenó, y el elfo volvió a estirar la mano para cogerlo. Telamont lo mantenía a distancia y permanecía en silencio. El peso de su voluntad era aplastante, y Galaeron no podía pensar en nada que no fuera el dolor de mandíbulas, la hinchazón del estómago y la sed avasalladora.

—Hemos venido a rescatar a Vala —dijo.

—¿Lo ves? —dijo Malik bajándose del pecho de Aris y desparramando agua en todas las direcciones mientras hacía gestos con su cuenco—. ¡Mi excelente plan funcionó!

Telamont no dijo nada y siguió sosteniendo el cuenco fuera del alcance del elfo. Galaeron sintió que la voluntad del señor de las sombras se le imponía, tratando de hacerle soltar toda la verdad. Apretó las mandíbulas y pensó únicamente en Evereska y en su leal amigo Aris, en que el gigante y los Elegidos se estaban arriesgando mucho por ayudar y también en su error. Una voz oscura surgió en su interior, recordándole la sangre que manchaba las manos de los Elegidos, diciéndole que no se podía confiar en ellos, hablándole de los intercambios y negociaciones secretas que sin duda habrían hecho con los phaerimm.

La boca de Galaeron empezó a abrirse y tuvo la sensación de que pertenecía a otro, al ser oscuro que había en su interior...

Y Malik estaba al lado del Supremo.

—Todo lo que quisiera —decía—. Ése fue nuestro acuerdo.

—Eso si eras tú quien traía a Galaeron Nihmedu —replicó Telamont—. Por lo que recuerdo, fue Malygris quien lo hizo.

El peso de su voluntad aflojó y la boca de Galaeron volvió a pertenecerle.

—Fue mi mensaje el que lo atrajo —protestó Malik—. Si no le hubiera hecho llegar un mensaje diciéndole que viniera y que salvara a Vala, todavía estaría oculto a tu magia en su refugio de Arabel.

—Cuidado con quién discutes, hombrecillo.

Telamont se distrajo lo suficiente como para dejar que el cuenco se acercara a Galaeron. Éste, poseído todavía por su sed insaciable, se apoderó de él y empezó a beber..., pero se dio cuenta de que su estómago había llegado al límite. Cuando decidió dejar de beber empezó a sentir arcadas.

—Esto no es el callejón de algún mercadillo —continuó Telamont sin prestar atención al malestar del elfo—. Y yo no negocio con baratijas.

—Ni yo soy un dragón idiota al que se puede comprar con tus promesas incumplidas —replicó Malik.

Esto ya era demasiado para el Supremo. La manga de Telamont se disparó en dirección a Malik y el hombrecillo cayó en las sombras. Instantes después, un fuerte golpe resonó desde las tinieblas en lo alto del techo abovedado. Un largo suspiro llegó poco después, y un golpe más blando desde un rincón oscuro.

Galaeron apuró las últimas gotas del cuenco y sintió que el contenido del estómago se le venía a la boca. Al darse cuenta de que no había forma de contener su propio reflejo, lanzó a un lado el cuenco y se tapó la boca con ambas manos buscando frenéticamente un lugar al que pudiera lanzar a las Elegidas sin que las vieran el Supremo y sus príncipes.

El golpe que Telamont le había dado a Malik habría sido suficiente para matar a cualquier hombre, por no hablar del subsiguiente impacto contra la pared o de la larga caída que había sobrevenido. Sin embargo, mientras Galaeron empujaba a Clariburnus para pasar tapándose la boca con las dos manos, Malik salía cojeando de la oscuridad, con un brazo retorcido, hacia donde estaba Galaeron.

—Pregúntale —dijo Malik—. Pregúntale si no recibió un mensaje mío diciéndole que la vida de Vala corría serio peligro, y si no se dejó capturar para poder salvarla.

Sobrevino un instante de silencio, roto después por Telamont.

—Como quieras..., pero te advierto, mi paciencia se está agotando.

Galaeron sintió que un peso familiar se cernía sobre él, pero esta vez el Supremo tendría que tener paciencia. Para entonces, Galaeron estaba inclinado sobre la pierna de Aris, lanzando un torrente de agua entre las rodillas del gigante. Vio un par de destellos plateados que salían disparados y desaparecían entre las sombras bajo los enormes muslos de Aris. Siguió vomitando una bilis maloliente y el peso de la voluntad de Telamont se desvaneció.

—Creo que la pregunta quedará sin responder por ahora, Malik. —El Supremo también parecía un poco revuelto—. El regreso de Galaeron tiene más importancia que averiguar quién fue el artífice. Pon tu precio, pero no te extralimites.

—¿Yo? ¿Extralimitarme yo?

La satisfacción de Malik era tan evidente que Galaeron la percibió a pesar del mal rato que estaba pasando.

El hombrecillo se lo pensó un momento.

—No soy de los que piden en demasía, es decir, mucho más de lo que piensan que pueden obtener. Sólo quiero a mi amigo Aris.

—¿El gigante? —preguntó Telamont—. ¿Quieres que le perdone la vida?

—Sí, eso es lo que quiero —dijo Malik—, y tenerlo como esclavo, ya que estoy seguro de que no querrás verlo circular libremente por tu ciudad otra vez..., y porque sus estatuas me darán más beneficios si no tengo necesidad de compartirlas.

—Ya veo. —Telamont lanzó una risita—. Puedes quedarte con el gigante..., y con la responsabilidad de que tu esclavo no haga ningún daño a Refugio.

Galaeron finalmente dejó de vomitar. Se limpió la boca y al volverse vio al maltrecho Malik a algunos pasos de él, examinando al gigante de pies a cabeza.

Una mano fría se posó en el hombro de Galaeron, y al volverse se encontró a Telamont de pie a su lado.

—Vamos, Galaeron, volvamos al palacio del Supremo —dijo Telamont mientras guiaba al elfo hacia la tenebrosa salida del Patio de Armas—. Después de un viaje tan difícil seguramente estarás hambriento.

Capítulo 10

1 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Jamás a Aris le había resultado tan pesado un martillo, ni jamás una piedra le había parecido tan dura... ni un trabajo tan forzado. Estaba de pie en el Portal Negro, en el interior de la nueva iglesia de su amo —el templo de Malik al Único y el Todo— tallando un relieve en tres niveles del sigilo con el sol y la calavera de Cyric por encima de la entrada. Era una obra por encargo, sin alma, y con sólo mirar la corona en forma de huevo que rodeaba la calavera, se daba cuenta uno de que estaba llena de fallos. Se dijo para sus adentros que ése era el fruto del trabajo de un esclavo, la consecuencia de obligar a un artista a ejecutar la visión de otro, pero no era sólo eso. La verdad era que le fallaban las fuerzas. Al no haber tenido la menor oportunidad desde su llegada a Refugio de expulsar a Khelben, Learal y Storm de su estómago, se había negado a comer, y el largo ayuno hacía que se encontrase mareado, débil y con la vista demasiado borrosa como para hacer un buen trabajo.

Los guardias de Aris, tres de una docena de guerreros shadovar contratados por Malik para vigilarlo permanentemente, lanzaban exclamaciones de admiración desde abajo. Como la mayor parte de sus colegas, estos tres hacían más bien las veces de ayudantes, no de guardianes: le pasaban las herramientas y corrían a traer odres de agua antes incluso de que llegara a tener sed. También alababan todo lo que él hacía, incluso los esbozos que precedían al comienzo de una nueva obra. Aris no sabía si eran sinceros o si obedecía a las instrucciones que les había dado Malik con la esperanza de que se sintiera feliz y fuera productivo. En cualquier caso, la adoración había alcanzado tintes tan absurdos que sus bocetos de forma habían empezado a desaparecer incluso antes de que hubiera tenido tiempo de terminarlos. Había empezado a romper los ensayos antes de desecharlos para que los guardias, o Malik con más probabilidad, los vendiesen como originales de Aris. Hasta los esclavos tienen sus normas.

Finalmente, retrocedió hacia el interior del nártex para estudiar su obra y se dio un golpe en la cabeza con una arista de la bóveda. La cabeza empezó a darle vueltas y tuvo que sujetarse a una columna. Su martillo, que ni siquiera tenía conciencia de haber dejado caer, chocó contra el suelo y arrancó una esquirla de mármol del tamaño de un buitre que salió dando tumbos a través de la arcada.

Un guardia se asomó desde detrás de la columna que le había servido de protección. Los ojos de zafiro del shadovar le brillaban como estrellas azules en la cara cetrina.

—¿Aris? —Aquella voz aguda podía pertenecer a Amarl o a Gelthez, ya que Aris era incapaz de distinguir entre un shadovar y otro—. ¿Estás bien?

Aris asintió, pero siguió apoyado contra la columna.

—¿Estás seguro? —El guardia tuvo el atrevimiento suficiente para colocarse junto a la rodilla de Aris—. ¿Necesitas un odre de agua?

—No, estoy bien —señaló con una mano en dirección al relieve del sol y la calavera—, aunque no se diría a la vista de eso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el primer guardia—. No es precisamente hermoso, pero sí conmovedor, profundamente conmovedor. Y esos ojos vacíos... —Se estremeció—. Casi puedo ver los soles oscuros ardiendo en su interior.

Aris se separó de la columna y se inclinó para estudiar las cuencas vacías.

—¿No te parece que el ojo izquierdo tiene casi la forma de una pera? —preguntó el gigante.

El guardia echó atrás la cabeza para estudiar el sigilo oscuro.

—Tal vez un poquito.

—¿O que el otro es demasiado grande? —preguntó Aris.

—Más grande que el otro —afirmó el tercer guardia—, pero eso sólo contribuye a aumentar el efecto... y lo sitúa firmemente en el período.

—¿En el período? —Aris lo miró con incredulidad—. ¿Qué período?

—El Período de la Esclavitud —respondió el primer guardia—. Si bien tu cuidado de los detalles ha descendido un poco por la presión de Malik, es del dominio público que durante tu cautiverio tu obra ha adquirido una hondura lúgubre que raya en lo sublime.

—Hay un debate abierto entre los príncipes sobre si ésta es tu mejor o tu peor obra —dijo el segundo guardia—. El Supremo todavía no ha dictaminado.

—¿A ti qué te parece? —preguntó el tercero—. Sería interesante oír la opinión del artista.

—Mi opinión es que vuestros príncipes no entienden nada de arte —gruñó Aris. Se dispuso a recuperar su martillo y en ese momento entendió la razón por la cual sus guardianes se comportaban más bien como si fueran sus ayudantes. Tratando de reprimir una sonrisa se puso las manos sobre las rodillas y se inclinó para poder hablar en voz baja—. Sin embargo, me halaga que tengáis tan alto concepto de mi obra.

—De verdad —dijo el primero—, de no ser por esta oportunidad de verte trabajar, ¿crees que trabajaríamos por lo que Malik está dispuesto a pagar?

Fue entonces cuando Aris sonrió abiertamente.

—¿Es por eso que os guardáis mis bocetos?

—No exactamente. —Los guardias intercambiaron miradas nerviosas, y entonces continuó el segundo—. Nos guardamos algunos para nosotros, ya que es la única manera de que alguien que no sea un señor pueda tener tu obra, pero Malik reclamó para sí la mayor parte.

—Los ofrecía como regalo a cualquiera que se incorporara a su iglesia —dijo el tercer guardia.

—¿Por qué será que no me sorprende? —gruñó Aris—. ¡Después de todo lo que le he enseñado sabe demasiado como para exponer un boceto!

Los shadovar intercambiaron sonrisas.

—Sin duda sabía que no te gustaría lo que estaba haciendo —dijo el primero—. Deberías haberle visto la cara cuando le dijimos que estabas empezando a destruirlos.

—Pensé que los ojos se le iban a salir de las órbitas —dijo el segundo riendo entre dientes—. De hecho se tiró al suelo dando golpes.

—Sí, me habría gustado verlo.

De todas las traiciones que Malik le había infligido, el hecho de que estuviera regalando sus estudios de formas era para Aris la peor de todas. Sin embargo, tenía problemas más inmediatos de los que ocuparse, y no era el menor encontrar algún momento de privacidad para poder tragar la píldora que le había dado Storm y desembarazarse de los Elegidos antes de llegar a morir de hambre. Arrodillándose en el suelo para poder hablar en voz aún más baja, fijó la mirada en el guardia que parecía ser más o menos el jefe del grupo.

—Gelthez, no es justo que Malik se lucre tanto con mi trabajo mientras a vosotros os da una paga de miseria.

—Me llamo Amararl —lo corrigió el guardia mientras se encogía de hombros—. En este mundo hay muchas cosas que no son justas.

Aris se estremeció y se obligó a seguir hablando de una manera informal.

—Así es, pero también es cierto que los amigos deben hacer todo lo que puedan para hacerse la vida más grata. Creo que haré una pieza para cada uno de vosotros, si eso os place.

Los tres se quedaron con la boca abierta.

—¡Nada me complacería más! —balbució Amararl.

—Es cierto lo que dicen las gentes de Arabel —añadió el segundo guardia—. Tu corazón es tan grande como tu cuerpo.

El tercer guardia no mostró tanto entusiasmo.

—¿Qué dirá Malik?

—Malik puede ser mi dueño, pero mi obra es mía y se la doy a quien quiero.

—Estoy seguro de que él no estará de acuerdo con eso —aseguró el tercer guardia—, y el Supremo pensará igual que él. Todo lo que hace un esclavo pertenece a su amo. Ésa es una ley tan antigua como Refugio.

—Qué desgracia. —Aris acompañó sus palabras con un profundo suspiro—. Es una ley extraña. Ningún gigante la respetaría.

Aris dejó esa afirmación flotando en el aire y volvió a coger su martillo, pero siguió de rodillas en el suelo, como si estuviera estudiando su obra. Mientras le había

enseñado a Malik los rudimentos de la escultura, también había aprendido de él los principios de la negociación. Si su plan funcionaba, sabía que los propios guardias le sugerirían cuál sería el paso ilícito adecuado.

Apenas un instante después, el primer guardia, Amarl, se volvió hacia el tercero.

—Malik no tendría por qué saberlo, Karbe.

—Por supuesto que tendría que saberlo —protestó Karbe mientras el enfado brillaba en sus ojos de ámbar—. ¡Es el serafín de mi señor Cyric, el Único y el Todo! No podríamos engañarlo del mismo modo que no podemos engañar al Supr...

La objeción se le atragantó cuando la punta de una daga que pertenecía al segundo guardia, Gelthez, asomó por el pecho de Karbe. Aris gritó sorprendido, pero Amarl reaccionó tapándole la boca al moribundo shadovar y empujándolo hacia el arma del atacante. Gelthez ultimó el asesinato con un rápido movimiento de la daga hacia adelante y hacia atrás, después retiró el arma y dejó que la víctima cayera al suelo.

—Ya estaba harto de oír tanta palabrería sobre «el Único» —dijo Gelthez—. Estaba a punto de volverme tan loco como su dios.

Amarl le propinó un puntapié al cadáver para asegurarse de que estaba muerto, después asintió y alzó la vista hacia Aris.

—Creo que podremos encontrar una manera.

Aris no podía apartar la vista del cadáver. Aunque había visto muchas muertes en la guerra, era la primera vez que presenciaba un asesinato... y que se veía implicado en el mismo.

—¡Lo has matado! —exclamó con un respingo.

—No te preocupes por él, Aris. —Gelthez se arrodilló junto al cuerpo y limpió la daga en las ropas del muerto—. Se había convertido y se lo merecía.

—¿Convertido? —inquirió Aris—. ¿Convertido a qué?

—Esto carece de importancia. Veamos: ¿qué es lo que quieres? —preguntó Amarl—. Tal vez no tengamos...

Fueron interrumpidos por la voz amortiguada de alguien que se aproximaba al Portal Negro.

—Tal como puedes ver, príncipe —decía Malik—, toda la parte escultórica fue hecha por mi esclavo Aris..., en el tiempo que le dejan libre sus estatuas, por supuesto.

Amarl y Gelthez se miraron con una luz de alarma en los ojos de gema.

—¿Príncipe? —farfulló Gelthez.

Los dos miraron el cadáver que tenían a los pies y Amarl profirió un juramento que Aris no entendió.

—Y en caso de que decidieras convertirte en miembro del Templo del Único y el

Todo —continuó Malik—, te beneficiarías de un descuento de una cuarta parte del precio en la compra de cualquiera de las obras de Aris que compraras.

Hasta el interior del templo llegó el sonido de los pies de Malik subiendo por la escalera que daba acceso al portal. Aris echó una mirada al exterior, pero sólo vio las oscuras fachadas de los edificios del otro lado de la plaza.

—¿Un descuento? —inquirió la voz fina del príncipe Yder—. Eso no me parece un presente proporcional al prestigio que te daría mi conversión.

Gelthez cogió a Karbe por los brazos y empezó a arrastrarlo, pero el charco de sangre cada vez más grande hacía vana cualquier esperanza de ocultar el cadáver. Aris volvió a colocar el cadáver en el suelo e hizo señas a los dos shadovar de que se apartasen.

—Por supuesto que el descuento sólo se aplicaría sobre las compras que hicieras una vez que te hubieras convertido en fiel del Único. —La voz de Malik sonó distinta al acercarse a lo alto de la escalera—. Una vez que hayas anunciado tu conversión tendré el placer de regalarte cualquier obra que desees.

—Tu gentileza me abruma. —Yder habló en un tono aún más sibilante y frío que de costumbre—. Esperaré ansioso la hora de hacer un recorrido por el estudio de Aris.

Al otro lado del portal asomaba ya la corona del príncipe. Aris se puso de pie y dejó caer su martillo sobre Karbe. Cayó con gran estrépito, borrando toda evidencia del asesinato y salpicando sangre y astillas de hueso por todas partes.

Afuera, la conversación se interrumpió.

Aris cayó sentado con un ruido mucho más fuerte que el que había hecho su martillo y se llevó las manos a la cabeza. No le fue necesario simular que estaba mareado. La cabeza ya le daba vueltas debido al esfuerzo de ponerse de pie y agacharse demasiado rápido.

Malik atravesó a toda prisa el Portal Negro seguido de cerca por el príncipe Yder y una docena de guardias de armaduras doradas. Todos se fijaron de inmediato en el hombre muerto bajo el martillo de Aris.

—¿Qué es lo que veo? —balbució Malik.

Gelthez respondió sin la menor vacilación.

—¡Fue Aris!

Aris miró hacia ellos y vio a los shadovar temblorosos por el miedo que les inspiraba Yder, que ya desenfundaba la espada.

—Sí, eso fue lo que sucedió. —Amararl apareció al otro lado de Aris—. Se mareó y dejó caer el martillo encima de Karbe.

—¿Es eso cierto?

Malik miró con detenimiento al hombre triturado y el charco de sangre que manchaba el suelo oscuro. Cuando vio la esquirra que Aris había arrancado

anteriormente, recorrió el nártex con los ojos muy abiertos y manoteando.

—¡Mira lo que le has hecho a mi suelo, gigante torpe! —Dejó de pasearse y se detuvo en medio del portal—. ¡Si comieras como te he ordenado, tendrías fuerzas para sostener tus herramientas!

—¿Es que Aris no come? —preguntó el príncipe.

Malik lamentó su indiscreción y a continuación se volvió a mirar al príncipe.

—No es nada que deba preocuparte. —Trató de dejar las cosas así, pero su rostro adquirió la expresión contrariada que aparecía cada vez que la maldición de Mystra lo obligaba a aclarar una mentira por omisión—. Sin duda se morirá si no come pronto, lo cual no hará más que aumentar el valor de las obras que me compren antes de que se muera.

Yder pasó junto a Malik y se dirigió a donde estaba Aris. Su estatura, aventajada incluso para un príncipe de Refugio, le permitió mirar a Aris a los ojos con sólo echar la cabeza un poco hacia atrás.

—Aris, ¿por qué te estás dejando morir de hambre?

Temeroso de que el príncipe pudiera obligarlo a decir la verdad con la misma magia que usaba Telamont, Aris apartó la mirada y dijo lo primero que se le vino a la cabeza... Bueno, lo segundo, ya que lo que menos quería era admitir la verdad.

—No me gusta la comida.

—¿Qué? —exclamó Malik—. ¿No me he ofrecido acaso a prepararte cualquier cosa que te apeteciera? ¿Acaso no te he traído jabalíes enteros de tu país en los Picos Grises y los he asado ante tus propias narices? Y todo para tener que tirarlo por los pozos de basura porque no te habías dignado ni siquiera a probarlo.

A Aris se le hizo la boca agua de sólo pensar en el olor.

—Nunca me ha gustado el cochino. —La tripa del gigante rugió protestando ante la mentira—. Me gusta más el yaddleskwee.

—Por milésima vez —exigió Malik—. ¿Cómo te voy a servir yaddleskwee si ni siquiera sé lo que es?

Esto hizo que Yder sonriera mostrando los colmillos.

—Ya veo —dijo—. Creo que sé lo que es este yaddleskwee.

Aris tragó saliva esperando sinceramente que el príncipe no lo supiera. Esa comida, favorita de los gigantes de fuego, era una de las cosas que más odiaba en el mundo. No sabía por qué, pero jamás le habían gustado los sesos de acechador en vinagre.

—¿De verdad? —preguntó Malik.

Yder asintió.

—No es difícil de imaginar. —Levantó la vista hacia Aris otra vez—. Te niegas a comer porque no eres feliz teniendo a Malik como amo.

Aris lanzó un suspiro de alivio y asintió.

—En otra época fue mi amigo...

—¡Y todavía lo soy! De no haber pedido al Supremo que te hiciera mi esclavo, quién sabe lo que habría sido de ti. —Malik hizo una pausa, luchando una vez más contra su maldición, para luego continuar—: Aunque dudo de que tu destino pudiera haber sido mucho peor, ya que Refugio valora demasiado tu arte como para dejarte morir.

Aris pasó por alto la protesta.

—Pero ahora me traiciona a la menor oportunidad. —Aris miró a Malik con rabia y dejó que la amargura de su tono reflejara su enfado real—. Y traiciona mi arte.

—¿Traicionar tu arte? Gigante desagradecido. ¿Cuántas veces tengo que salvarte la vida para que muestres gratitud?

Malik sostuvo la mirada de Aris con una fiereza nacida de sus propios sentimientos heridos, después pareció acordarse del príncipe al que trataba de impresionar e hizo una mueca, mortificado sin duda por el mal cariz que iban tomando las cosas. Respiró hondo y recomponiéndose miró a Yder.

—No prestes atención a las quejas de un artista temperamental, príncipe Yder. Más tarde me ocuparé de mi esclavo, y te aseguro que esta vez sí que comerá. —Malik le lanzó al gigante una mirada que era puro veneno y después se atrevió a tocar el codo del príncipe y de señalarle la nave—. Por ahora, sin embargo, permíteme que te enseñe el resto del templo.

Yder no se movió de donde estaba.

—Creo que no —dijo mirando con ira la mano posada en su brazo hasta que Malik la retiró. Después volvió a mirar a Aris—. Me complace oír que te sientes infeliz al servicio de Malik.

Los ojos de Malik se abrieron alarmados.

—Si crees que puedes robarme mi esclavo... —protestó.

—Silencio. —La mano de Yder rodeó la garganta de Malik y apretó tan fuerte que los ojos del hombrecillo estuvieron a punto de saltarse de las órbitas—. Cuando quiera volver a oír tu molesta voz romperé algo para que grites.

Teniendo en cuenta el color púrpura de la cara de Malik, Aris dudaba de que el serafín pudiera protestar incluso en el caso de atreverse.

—¿Por qué habrían de interesar los sentimientos de un esclavo a un príncipe de Refugio? —preguntó Aris.

En los ojos amarillos de Yder apareció un brillo divertido.

—Porque habría sido un desperdicio eliminarte —dijo—, y ahora sé que tú no...

La frase terminó en un chillido cuando Malik sacó la daga que llevaba oculta debajo de la ropa y aplicó la punta a la muñeca de Yder.

La mano del príncipe se abrió y Malik no perdió el tiempo tratando de recuperar el juicio o de recobrar el aliento. Atravesó corriendo la nave y desapareció en la

oscuridad entre dos columnas.

Yder apuntó con el brazo hacia adelante y, aparentemente sin preocuparse por la mano que colgaba en el extremo de su sangrante muñeca, gritó:

—¡A por él!

La escolta de Yder pasó corriendo en un oscuro revuelo, dejando a Aris a solas con sus dos guardias y el príncipe. Apenas un instante después, el templo se llenó de órdenes y del entrecuchar de las espadas que buscaban debajo de los negros bancos. Aunque Aris no sabía con certeza si se alegraba de que Malik escapara, no estaba preocupado por lo que le sucediera al hombrecillo cuando lo capturaran. El serafín tenía una habilidad increíble, que según Ruha le había dado su dios, para desvanecerse en el instante mismo en que se perdía de vista.

Seguía tratando de imaginar el motivo por el cual Yder perseguía a Malik.

—¿No has venido a convertirme? —preguntó.

—No exactamente.

Prestando por fin atención a su herida, Yder se cogió la mano y la recolocó presionándola contra la muñeca. Inmediatamente dejó de salir sangre y unas sombras negras se arremolinaron encima de la herida.

—Ya fue bastante malo que el gusano convenciera al Supremo, pero esto —paseó la vista por el techo abovedado del templo—, esto es insufrible. Sería mejor que tú no formaras parte de ello.

Aris echó una mirada al relieve en el que había estado trabajando y se preguntó hasta qué punto el príncipe estaría realmente enterado de lo que había estado haciendo.

—Quiero decir que no eres cyricista —dijo Yder—. Tu desaparición habría sido difícil de explicar.

—¿Y no lo será la de Malik? —inquirió Aris.

—Nadie lo echará en falta. Tú acabarás su templo, pero Malik se convertirá en un prisionero a quien nadie volverá a ver salvo sus sirvientes personales, unos sirvientes personales que son leales a la Oculta.

Aris no tuvo necesidad de preguntar quién era la Oculta. Aunque Shar no tenía templos en Refugio, al menos ninguno que él hubiera visto, la Señora de la Noche era lo bastante popular en la ciudad como para que Aris, que tenía el oído fino de la mayoría de los gigantes, casi no pasaba una hora sin oír una plegaria susurrada a la diosa.

Finalmente, uno de los miembros de la escolta de Yder surgió de la nave e hincó la rodilla en tierra.

—Alteza, el blasfemo se ha desvanecido.

—¿Que se ha desvanecido?

Yder echó una mirada a los guardias de Aris que, temblando de miedo por el

destino que les estaría reservado, se limitaron a encogerse de hombros y negar con la cabeza. Los ojos dorados del príncipe adquirieron tintes tormentosos y volvió a mirar a su escolta.

—¿Habéis usado el don de la Oculta?

—Por supuesto, pero ni aún así lo hemos podido encontrar —dijo el soldado—. Debe de haber escapado.

—¿Escapado? —La voz de Yder era fría y cortante—. ¿Cómo pudisteis permitirlo?

El guardia mantuvo los ojos fijos en el suelo.

—Es un misterio. —Ésa era la frase favorita de los adoradores de Shar—. Las salidas siguen cerradas y hemos rastreado toda la sacristía y la capilla.

Yder maldijo para sus adentros y Aris se dio cuenta del riesgo que corría el príncipe. Malik había alardeado muchas veces de su relación con Telamont y de cómo su estrategia para hacer volver a Galaeron le había valido la imperecedera gratitud del Supremo. Si sólo la mitad de lo que decía el serafín era verdad, y Aris sabía que la maldición de Mystra le impedía decir mentiras, entonces todo lo que Malik tenía que hacer para salvarse era llegar al palacio del Supremo e informar de lo sucedido. Si Yder sobrevivía a la ira de Telamont, su base política se vería muy mermada.

Tras haber aprendido por la brava cómo se las gastaba Malik, Aris pensó que por fin la situación parecía volcarse a su favor. No podía mostrar demasiada disposición a dar información. Malik le había enseñado que la forma más segura de manipular a alguien era hablarle de su problema y a continuación hacerle ver que uno conocía una forma de resolverlo.

—Tal vez yo sepa adonde fue —dijo Aris.

Yder giró sobre sus talones.

—¿Y te lo callas?

—No se me ocurrió que te pudiera interesar la opinión de un esclavo.

—Tú eres esclavo porque así lo decretó el Supremo —dijo Yder—. No hay nada que pueda hacer al respecto.

Aris se encogió de hombros.

—También decretó que Malik fuera mi...

En un movimiento tan fluido como el deslizar de una sombra, Yder saltó al regazo de Aris y aplicó la punta de una espada negra a la garganta del gigante.

—Si tengo que sufrir una vez por desafiar al Supremo, también puedo sufrir dos veces.

—Hay una trampilla debajo del altar. —Aris empezaba a preguntarse si había ido demasiado lejos en su juego—. Gelthez te la puede mostrar.

Yder volvió sus ojos amarillos hacia el guardia.

Gelthez se quedó boquiabierto.

—¿Trampilla? —Vaciló un momento hasta que finalmente pareció entender lo que Aris le estaba haciendo—. ¡Está mintiendo!

—Ve y mira. Se abre presionando la esquina izquierda de la base de piedra.

Aris no tenía la menor idea de si Malik había escapado por allí, pero habiendo construido él mismo la puerta secreta lo que sí sabía era que Yder encontraría el pasadizo.

—Si Gelthez se niega a abrirtela —añadió el gigante—, tal vez sea porque es un converso.

—¿Converso? —balbució Gelthez. Echó mano a su espada—. ¡Embustero! —le espetó.

El escolta de Yder cogió el brazo del guardia antes de pudiera llegar a desenvainar, después se le colocó detrás y le apoyó una daga en la espalda.

Gelthez se volvió hacia Yder con gesto desesperado.

—No podéis escucharlo, mi príncipe. ¡Es un asesino! Él fue quien mató a Karbe. Yder bajó del regazo de Aris.

—Creía que había sido un accidente.

—No, fue...

—No estaba hablando contigo —dijo Yder.

Cuando se volvió hacia Amarl, Aris a duras penas pudo reprimir una sonrisa. Amarl no podía por menos que apoyar a Aris, lo contrario equivaldría a admitir que había mentido antes.

—El martillo se cayó, mi príncipe —dijo—. A mí no me pareció intencionado.

Eso le bastó a Yder, que hizo un gesto afirmativo al escolta.

—Ve con él. Si te muestra cómo se abre la puerta, perdónale la vida.

El escolta asintió y sin apartar la daga de la espalda del hombre se dispuso a obedecer la orden.

—Envía una compañía a la cámara del tesoro del templo —dijo Yder—. Me reuniré allí contigo después de ocuparme del gigante.

—¿La cámara del tesoro, mi príncipe? —preguntó el escolta.

—¿A qué otra parte podría conducir un túnel secreto de Malik? —replicó Yder.

A Aris se le cayó el alma a los pies. Tenía a Amarl en su poder tal como Malik le había enseñado, pero eso no le serviría de nada con un príncipe de Refugio a su lado.

Yder miró a Amarl.

—¿Por qué no me hablaste de esa trampilla, guardia? ¿También eres adorador de Cyric?

—Jamás, mi príncipe. —Amarl escupió en el suelo—. Eso es lo que tengo para el Loco.

Yder se mantuvo en silencio, esperando la respuesta.

—Yo-yo no sabía nada de esa puerta —dijo Amaraarl—. No estaba vigilando al gigante cuando construyó el altar.

El príncipe miró a Aris, que confirmó sus palabras con una inclinación de cabeza.

—Gelthez estaba con un grupo diferente ese día —mintió Aris. Estaba empezando a pensar que había pasado demasiado tiempo en el templo de Malik, ya que mentir le estaba resultando tan fácil como respirar—. Fue entonces cuando Malik los convirtió.

—Tendrás que darme esos nombres, gigante.

Aris se encogió de hombros con aire indiferente y finalmente empezó a ver cómo iba a conseguir lo que quería.

—Como gustes, pero no te servirán de nada si no llegas a tiempo para capturar a Malik en la cámara del tesoro.

La alarma se encendió en los ojos de Yder.

—¿Cuenta con magia de evasión allí?

—No la necesita —dijo Aris—. Tiene una bendición de su dios que le ayuda a ocultarse. Es así como...

Aris no tuvo necesidad de terminar. Yder ya corría nave adelante mientras encargaba a Amaraarl de la vigilancia del esclavo.

En cuanto el príncipe se hubo perdido de vista Amaraarl se abrazó a una columna negra y se dejó caer al suelo con las manos temblorosas y la frente perlada de sudor.

—Bien hecho, gigante —dijo—. ¿Qué es lo que deseas?

—Nada que pueda ocasionarte problemas —respondió el gigante. Sintiendo un alivio casi comparable al del guardia, Aris se dirigió a un rincón oscuro—. Sólo unos minutos de soledad.

Capítulo 11

1 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Malik se irguió dentro del falso artesonado de la cámara del tesoro y permaneció allí de rodillas en medio de la embarazosa oscuridad. Su respiración era agitada y sentía la garganta seca y dolorida en el punto en el que Yder había estado a punto de aplastarla. Ruidos alarmantes llegaban desde atrás al avanzar sus perseguidores por el túnel, e incluso con los dones del sigilo y la resistencia que el Único le había otorgado tendría que darse prisa si quería mantener su ventaja. No sería fácil, no cuando cada bocanada de aire alimentaba la angustia que ardía dentro de su maltrecha garganta, pero tenía que llegar al palacio antes que Yder e informar al Supremo de la traición del príncipe. En circunstancias como éstas, las conclusiones de un gobernante siempre estaban determinadas por el que llegaba primero.

Se empezó a oír murmullo de voces por el túnel, y Malik sabía que le convendría reunir las bolsas donde guardaba las valiosas gemas antes de que entraran en la cámara a por él.

—¡Maldito gigante! —bisbiseó. Sólo Aris conocía la existencia del túnel secreto, ya que Malik se lo había hecho construir secretamente por la noche, cuando se suponía que todos dormían—. ¿Por qué soy castigado con amigos que sólo piensan en sí mismos?

Jurando que el gigante pagaría caro su egoísmo, Malik abrió los pestillos que mantenían cerrado el falso artesonado y haciendo presión con la espalda se puso a gatas. La cámara estaba oscura, silenciosa, y era enorme. Salvo por unas dos docenas de cajas de monedas y bolsas de piedras preciosas, también estaba vacía. Construir un templo resultaba caro, incluso cuando los conversos acaudalados donaban gran parte de los materiales a cambio de estatuas de Aris, pero Malik no tenía la menor duda de que la inversión fuera a resultar ventajosa. Una vez que estuviera terminado el friso interior, tenía pensado empezar a cobrar una entrada importante por entrar y permanecer en el nártex. Todo el que quisiera ver el trabajo sublime del resto del templo tendría que convertirse, proceso que requeriría una aportación sustancial como prueba de la sinceridad del novicio.

Un yelmo shadovar golpeó en la parte baja del dintel donde el túnel atravesaba los cimientos de la cámara del tesoro. Recordando lo apurado de su situación, Malik se deslizó fuera del artesonado y bajó la tapa lo más silenciosamente que pudo. Los cerrojos se cerraron con un leve clic y él empezó a buscar a ciegas la lámpara mágica que tenía en el suelo, en la esquina del cofre.

En lugar de la suave voluta de una lámpara de mano, Malik se encontró con algo rugoso que se parecía a la puntera de una bota de piel de veserab. Malik sintió

inmediatamente la boca tan áspera como la arena y echó mano a la daga curva que llevaba oculta entre la ropa. Una mano vigorosa lo cogió por un cuerno y lo levantó por los aires. Una segunda mano, todavía temblorosa por los tendones que Malik le había cortado pero lo bastante fuerte como para inmovilizarlo, lo sujetó por la muñeca.

—Esta vez no, mi astado amigo —dijo la voz sibilante de Yder—. Ni siquiera tú puedes sorprenderme dos veces.

El príncipe le retorció el brazo a la espalda hasta que Malik, con un grito, dejó caer la daga.

—¡El Único no tolerará esto! —le advirtió Malik. Por un momento pensó que la maldición de Mystra pasaría por alto esta amenaza, pero pronto oyó otras palabras saliendo de su boca—. Sin duda me castigará terriblemente por haberte permitido interferir en la terminación de su...

El príncipe soltó la muñeca de Malik y le dio un puñetazo. El golpe hizo que Malik apretara mucho las mandíbulas y sintió un crujido de dientes rotos. Antes de sumirse en las tinieblas apenas tuvo tiempo de pensar lo que le habría sucedido si Yder le hubiera dado el golpe con su mano buena.

* * *

Mojados, pálidos y diminutos, los Elegidos parecían un trío de cachorros recién nacidos, más bien un trío de cachorros nacidos muertos por lo inmóviles y silenciosos que estaban. Ante el temor de que la caída contra el suelo de la sacristía hubiera sido demasiado violenta para criaturas tan pequeñas —incluso a cuatro patas como estaba, la distancia era de más de dos metros—, Aris bajó la mano y dio golpecitos a Khelben con la uña de su índice.

No sucedió nada, salvo que Khelben se tumbó de espaldas.

Aris le puso un dedo en el pecho y no notó nada. Claro que, dadas las diferencias de tamaño, buscar el latido del corazón era como si un humano tratara de encontrarle el pulso a una langosta.

—Despierta —susurró—. ¡Seguro que eres más fuerte de lo que pareces, para eso eres un Elegido!

Al ver que Khelben seguía sin moverse, Aris suspiró y giró primero a Storm y luego a Learal para ponerlas de espaldas sobre el suelo. Como ninguna de las dos se movía, las colocó una junto a la otra y buscó señales de vida tal como había hecho con Khelben.

—¡Eh, mira donde pones los dedos! —le advirtió una leve voz femenina.

Alzando una ceja sorprendido, Aris retiró las manos y bajó la cabeza hasta una altura de un metro del suelo y entrecerró los ojos procurando enfocar a los Elegidos a

tan escasa distancia.

—Mil perdones —susurró—, sólo quería encontrar...

—Ya sabemos lo que querías encontrar —dijo riendo una segunda mujer diminuta—. ¡Pensaba que los artistas erais diferentes!

Aris movió la cabeza tratando de obtener una perspectiva más clara de las tres figuras tendidas en el suelo. Ninguna daba la impresión de estar hablando o moviéndose, pero teniendo en cuenta que se trataba de Elegidos, eso no significaba gran cosa.

—Aquí arriba, grandullón —dijo la primera voz—. A tu lado.

Aris se volvió hacia donde había sonado la voz y se encontró con un par de imágenes diminutas, marfileñas y borrosas. Alejó la cabeza y los borrones se transformaron poco a poco en los hermosos rostros de Alustriel Mano de Plata y Dove Mano de Halcón. Aunque todavía eran como la mitad de su pulgar, las dos Elegidas llevaban unas túnicas negras y vaporosas que les daban el aspecto de espectros.

—¿De dónde habéis salido? —preguntó Aris, sorprendido.

—Te hemos estado vigilando —dijo Dove riendo por lo bajo al ver su sorpresa.

—No es momento para juegos —se quejó Aris. Echó una mirada al pasillo para asegurarse de que su guardia, Amararl, seguía todavía en la nave tal como le había prometido, y además se ocupaba de que ningún shadowar se acercara a la sacristía—. Yder está aquí con un pequeño ejército.

—Yo lo llamaría más bien un grupo de asalto —dijo Alustriel—. Cuando comprendimos adonde se dirigía pensamos que más valía que viniéramos a ver qué pasaba.

—Menos mal que lo hicimos —añadió Dove—. Ésta es la primera vez que te hemos encontrado solo.

—Es la primera vez que estoy solo, como podéis ver. —Aris señaló con una mano a los Elegidos, que seguían inmóviles en el suelo—. ¿Pasó demasiado tiempo? No comí nada, pero no creo que nadie supusiera que esto fuera a durar tanto.

Alustriel habló con tono tranquilizador.

—Estarán bien en cuanto los despierte.

Voló hasta el suelo y poniéndose de rodillas junto a Khelben empezó a palmearle la cara y a llamarlo al oído por su nombre.

—Entraron en una hibernación mágica —explicó Dove flotando cerca de la cabeza de Aris y vigilando el pasillo con él—. Después del tercer o cuarto día sin alimento, incluso antes si se negaron a beber agua que tú hubieras bebido, sus cuerpos deberían haber empezado a recurrir al Tejido para mantenerse. Ni siquiera un gigante habría podido soportar tanta magia fluyendo a través de él durante tanto tiempo, de modo que usaron un conjuro para suspender temporalmente toda

actividad.

—Como los osos cuando llega la nieve.

—Algo parecido. Salvo que todavía hay un poco de magia fluyendo por tu cuerpo. Te dio fuerzas para trabajar en el templo de Malik, pero también produjo algún daño, afectando a tu coordinación y tu percepción y haciendo que las cosas más sencillas resultaran difíciles de hacer. —Dove señaló una imagen de Cyric de la pared—. En cuanto quemes ese resto de energía vas a caer dormido durante mucho tiempo. Antes de que eso suceda, debes comer, comer todo lo que puedas almacenar.

—¿Todo lo que pueda almacenar? —A Aris se le empezó a hacer la boca agua ante la perspectiva—. ¿Cuándo puedo empezar?

—Pronto —rió Dove—, pero primero sigue vigilando mientras yo le recuerdo a Bastón Negro dónde se encuentra.

Señaló el suelo, donde Khelben empezaba a parpadear y su pecho subía y bajaba ya a intervalos regulares. Alustriel se estaba dedicando a Learal.

Khelben abrió los ojos. Lo primero que vio fue una de las imágenes de locura que decoraban la sacristía e hizo un gesto de alarma.

—Será mejor que te des prisa —dijo Aris—. Una mirada a estas paredes y puede llegar a creer que ha ido a parar a los Nueve Infiernos.

Dove ya se había colocado a su lado. Se echó atrás la capucha y dejó suelta la plateada cabellera. A continuación cogió a Khelben por el brazo.

—No empieces a formular conjuros a diestro y siniestro —dijo—. No hay nada de qué preocuparse.

—Claro que hay de qué preocuparse. —Khelben consiguió sentarse—. ¿No ves lo que ha estado tallando Aris?

En la nave, Amara vigilaba el pasillo con expresión preocupada.

Aris miró a los cinco Elegidos y señaló hacia la nave.

—La paciencia de mi guardia está a punto de agotarse.

—Arriesguemos unos segundos más por si tenemos necesidad de tus conocimientos —dijo Khelben. Se volvió hacia Dove y Alustriel—. ¿Qué progresos habéis hecho? Teniendo en cuenta que la ciudad sigue flotando, entiendo que aún no habéis destruido el Mythallar.

—No lo hemos encontrado —confirmó Dove—. Preguntarle a Galaeron es imposible. Ha estado encerrado en el palacio del Supremo desde nuestra llegada, y no podemos entrar allí.

—No nos atrevemos a entrar —la corrigió Alustriel—. Parece tener una vinculación con el Tejido de Sombra. Cuanto más nos acercamos más se debilita nuestra conexión con el Tejido. Si llegáramos a entrar...

—No es cuestión de que os dejéis matar —dijo Khelben.

—Pero hemos hecho esto —le informó Dove sacando algo de debajo de su túnica.

Era tan diminuto que Aris tardó un momento en darse cuenta de que era una hoja de pergamino doblada—. Aquí aparece la mayor parte de la ciudad, salvo lo que queda dentro de las murallas del palacio del Supremo.

Khelben cogió el pergamino y empezó a desplegarlo.

—Tal vez Aris pueda ayudarnos —dijo.

—Me temo que no. Jamás he estado en el Mythallar. —Aris echó una mirada a la nave y vio que Amaraarl se dirigía hacia el pasillo que daba a la sacristía—. Debería irme antes de que...

—He dicho ayudarnos. —Khelben extendió el pergamino en el suelo y continuó—. Aunque no sepas dónde está tienes más idea que nosotros de dónde debes buscar.

Aris miró el pergamino con aire dubitativo. Aunque abierto medía lo mismo que un brazo de Khelben, era poco mayor que la uña de uno de sus pulgares.

—¿Cómo voy a leer un mapa que apenas puedo ver? —se quejó.

—Inténtalo —dijo Dove.

Aris echó otra mirada y vio a Amaraarl que venía por la nave lateral hacia la sacristía. Suspiró y se inclinó dispuesto a obedecer. En cuanto sus ojos se posaron sobre el pergamino, la imagen salió de él flotando y se expandió tanto que a duras penas podía abarcarla toda.

Sorprendido, Aris estudió el mapa con diligencia, recorriendo sistemáticamente cada calle y cada pasadizo. No tardó mucho en darse cuenta de que la imagen se ajustaba a su escrutinio, deslizándose bajo su mirada para mantener centrado el objeto de su atención, ampliándose o reduciéndose según el tiempo que sus ojos se mantuvieran fijos en determinada área.

La voz de Amaraarl sonó en el pasillo.

—¿Aris? —Parecía más preocupado que exigente—. ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Qué es esa luz?

—¡Habíamos llegado a un acuerdo de privacidad!

Aunque esas palabras sonaron como la potente voz de Aris, habían salido de la diminuta boca de Alustriel.

—Nuestro acuerdo fue de unos minutos de privacidad —dijo Amaraarl—. Ya han pasado diez..., y me pareció oír voces.

—Ecos —replicó Alustriel—. El templo está lleno de hombres de Yder.

Amaraarl se quedó pensando un momento.

—Guerreros que no tardarán en volver. Si no estás aquí les diré que has escapado.

—Y yo que tú me has dejado escapar —dijo Alustriel—. De modo que te sugiero que vuelvas a tu puesto y me digas si oyes venir a alguien.

—¡Soy tu guardián, no tu sirviente!

—En este momento no hay ninguna diferencia —replicó Alustriel—, a menos que quieras acabar como Gelthez o Karbe.

La Elegida alzó su diminuta mano y chasqueó los dedos haciendo un conjuro. A continuación habló con su propia voz.

—No temas, Aris. Ahora podemos oír si da la alarma, pero él no puede oír ni ver nada de lo que sucede en esta estancia.

Aris estuvo estudiando el mapa otros cinco minutos y luego miró a los Elegidos a través de la imagen traslúcida.

—Realmente no lo sé —dijo—. Si fuera cuestión de adivinar diría que está dentro del palacio del Supremo.

—Ésa fue nuestra primera idea —dijo Dove—, pero durante la batalla que describió Galaeron, los phaerimm utilizaron magia, y a menos que hayan aprendido a usar el Tejido de Sombra...

—No hemos visto ninguna muestra de ello —dijo Learal que estaba de pie con su hermana Storm al lado de Khelben—, pero eso no significa que no haya que atravesar el palacio para llegar a él.

—Sí que significa eso —dijo Storm—. Los phaerimm pudieron llegar.

—Con la ayuda de un malaugrym —puntualizó Dove—. Tal vez haya podido introducirlos en el palacio de tapadillo.

—¿Confiarías tu vida a un malaugrym? —preguntó Storm sin esperar respuesta—. Si los phaerimm pueden acceder, nosotros también.

—Si conseguimos encontrarlo —dijo Learal—. Si Galaeron no puede ayudarnos...

—Tendremos que pedirselo a Vala —concluyó Khelben.

—A ella puedo ayudaros a encontrarla —dijo el gigante.

Aris desplazó su escrutinio a la gran plaza de esculturas sombrías que rodeaba el palacio del Supremo, después fue bajando lentamente la vista por el borde hasta llegar a una enorme mansión con muchas torres, una sucesión de contrafuertes voladizos y un largo túnel abovedado.

—La encontraréis ahí, en algún lugar dentro del palacio de Escanor.

Los Elegidos estudiaron el mapa desde abajo un instante.

—Eso estaría bien si alguno de nosotros la conociera —dijo Khelben—. Es evidente que los shadovar estaban tratando de hacer volver a Galaeron con todos esos rumores acerca de que Vala era la esclava de Escanor. ¿Y si sólo fueran eso: rumores?

—Bien pensado —reconoció Storm—. Vala y sus hombres estaban al servicio de Melegaunt, y yo sé de buena fuente que ella mató a tres phaerimm para ellos en Myth Drannor.

—Vala y sus hombres sirvieron a Melegaunt para mantener un juramento que habían hecho sus antepasados —replicó Aris—. Ese deber se consideró cumplido con el regreso de Refugio.

—Pero eso no significa que sea esclava de Escanor —insistió Storm—. Ruha dijo

que ella misma había elegido quedarse con el príncipe.

—Para que Galaeron pudiera escapar antes de que su sombra se adueñara de él —dijo Aris. Las insinuaciones de Storm estaban empezando a irritarlo y no trató de disimularlo—. Ama a Galaeron como una grulla ama a su pareja. Si ahora está con Escanor no es porque así lo prefiera.

Storm enarcó una ceja al notar su tono, pero se encogió levemente de hombros.

—Si tú lo dices, Aris.

—Sí, lo digo —insistió—. Si queréis su ayuda no tenéis más que decirle que sois amigos de Galaeron.

—Bien —dijo Khelben. Empezó a plegar el pergamino y el mapa se oscureció—. Eso es lo que haremos. Gracias por tu ayuda, Aris. Trataremos de volver a por ti antes de que caiga la ciudad, pero eso puede ser...

—Estamos arriesgando mucho —interrumpió Aris—, pero el único sacrificio real es el de Galaeron. Si le dais algún valor a eso, salvad primero a Vala. Los demás estamos aquí por elección propia.

—Si eso es lo que deseas, amigo mío. —Khelben lo miró a los ojos y le hizo una inclinación de cabeza—. Se hará lo que se pueda.

Malik se despertó con un silbido de serpientes en ambos oídos. A juzgar por cómo se sentía, debían de haberlo mordido doce, un centenar de veces. Tenía la cabeza embotada y le dolía la espalda. Veía destellos luminosos y por sus venas corrían torrentes de fuego, y tenía la vejiga como si contuviera dos galones de vino en un espacio pensado para uno. Las serpientes estaban a punto de romperlo en pedazos. Lo tenían asido por las muñecas y los tobillos y tiraban en direcciones opuestas. Sus brazos estaban a punto de separarse de los hombros y sus piernas amenazaban con dividir lo que ningún hombre quería ver dividido.

Cuando se le empezó a despejar la cabeza, el silbido bajó de tono y pareció más distante, entonces se dio cuenta de que no tenía serpientes silbando en los oídos. Eran voces, las voces susurrantes que llenaban el salón del trono de Telamont Tanthul.

Si estaba en presencia del Supremo y tan dolorido, sólo había una explicación posible.

Yder lo había llevado a golpes hasta el palacio.

—No es cierto —gritó Malik—. ¡Sea lo que sea lo que haya dicho el príncipe, es todo una ignominiosa mentira!

Por una vez, su maldición no lo obligó a decir nada más, y los susurros cesaron. Un extraño ruido de agua sonó junto a él. Malik abrió los ojos y su cerebro se llenó de fuego blanco. Los volvió a cerrar y el fuego desapareció.

—¿Por qué me atormentáis así?

Trató de volverse hacia el lugar donde se oía caer agua y se encontró con que tenía la cabeza sujeta por encima de los ojos con una cinta.

—¡No he hecho nada malo!

—Sí que lo has hecho, serafín —bisbiseó una voz fría, una voz fría y familiar—. Le has robado a la Oculta.

—¿Robado? —gritó Malik—. ¿Qué he robado..., como no sean unas cuantas monedas de los bolsillos de los fieles que acuden a mi templo?

—Los propios fieles —dijo la voz—. Has robado fieles a la Señora.

Malik sintió un gran alivio al reconocer la voz del príncipe Yder. Si era Yder quien hablaba, entonces seguramente no estaban en el palacio del Supremo, y no podía ser Telamont Tanthul quien hubiera ordenado aquel terrible castigo.

Un par de dedos helados abrieron los párpados de Malik. El fuego deslumbrante volvió, pero esta vez era sólo una luz plateada tan cegadora como el sol, y en el centro había una oscuridad abismal..., con dos ojos llameantes y un corazón de brasas apagadas.

—La Señora está furiosa, Malik.

Mientras Yder hablaba, los ojos de Malik se fueron acostumbrando al dolor y pudo distinguir un par de enormes cuernos coronando la cabeza de la oscura figura que se cernía sobre él.

—A de-ci-r ve-r-dad —tartamudeó Malik—, yo mismo puedo verlo... Aunque debo decir que no tiene un aspecto muy digno de una señora.

Eso hizo surgir un extraño murmullo de risas ahogadas detrás de Yder.

Le siguió un instante de silencio y Malik tuvo la sensación de que su captor se había vuelto para mirar a sus seguidores.

—Búrlate de tu propio dios si lo deseas, hombrecillo —dijo Yder—, pero cuando te ríes de la Oculta es la propia Señora la que ríe.

Los dedos del príncipe ejercieron tal presión que Malik pensó que iban a estallarle los globos oculares.

—¿Quién se estaba burlando? —gritó.

El murmullo que siguió fue todavía más fuerte que el primero. Yder apartó la mano de la cabeza de Malik.

—¡Silencio!

La orden llegó amortiguada, como si el príncipe se hubiera vuelto de espaldas al hablar. Malik parpadeó para eliminar los puntos de sus ojos y se encontró mirando otra vez a la oscura figura que tenía encima. Era un demonio horrible, tan grande como Aris y tan negro como la mismísima noche, con largas garras curvas que remataban sus brazos abiertos.

Yder volvió a prestar atención a Malik.

—Si te vuelves a burlar de la Oculta haré que se te salgan los sesos por los cuernos.

El príncipe cogió a Malik por uno de los cuernos y una mano oscura apareció en

el cuerno arqueado de la figura que se cernía sobre él.

Malik se mordió el carrillo para no gritar y dar al príncipe una excusa para cumplir su amenaza. Era indudable que el monstruo que veía era su propia sombra, pero eso no le ofrecía consuelo alguno. Melegaunt Tanthul había invocado en una ocasión a aquel ser miserable para que le sirviera como guardia, y la maldita cosa había dejado bien claro que nada podría satisfacerla más que estrangular a Malik con sus propias manos.

—Ya vas aprendiendo, serafín —dijo Yder—. Tal vez esto no resulte tan difícil como yo pensaba.

—Sería bueno que no resultara difícil —coincidió Malik—. ¿Estoy cautivo en el templo de Shar el Ni...?

Yder le propinó un golpe que volvió a adormecer sus pensamientos.

—¡No oses pronunciar el nombre de la Oculta!

—Sólo intento asegurarme —se quejó Malik—. ¿Cómo esperas convertirme si no me dices a quién debo adorar?

Por primera vez vio la cara de Yder. Llevaba puestos el negro solideo y la máscara purpúrea del sumo sacerdote.

—¿Estarías dispuesto a convertirte?

A Malik se le puso el pecho tirante y frío como cuando Fzoul Chembryl le había formulado una pregunta similar en el templo recóndito de Iyachtu Xvim. En aquel momento se encontraba débil por las torturas y sólo tenía asegurada una vida de miseria sirviendo a un dios loco, y nada le hubiera gustado más que encontrar protección en la iglesia de alguna otra deidad. Pero eso había sido antes de que comprendiera lo imposible que le resultaba traicionar al Único, y antes de que hubiera establecido lo que prometía ser, además del altar que daría a Cyric control sobre el Tejido de Sombra, el templo más rico de todo Faerun.

—¿Convertirme?

La tirantez que Malik sentía en el pecho se transformó en un peso aplastante. El corazón que latía desbocado en su pecho no era el suyo, sino una masa pútrida de cuajada que, en un arranque del dios loco, el Único había arrancado de su propio pecho y había cambiado por el corazón mortal, aunque más saludable, de Malik. Desde aquel día, el solo pensamiento de traicionar a Cyric traía aparejada una agonía insoportable. Malik no pudo por menos que seguir hablando.

—Conversión, sin duda haré una conversión. —Se sentía como si tuviera a alguien de pie sobre el pecho—. Os convertiré a ti y a todos tus seguidores a la Iglesia de Cyric, el Único y el Todo.

El peso desapareció.

El puño de Yder surgió de no se sabe dónde alcanzando a Malik en un lado de la boca. Se le cayeron dos dientes que se le quedaron atragantados. Malik empezó a

ahogarse.

—Juega conmigo todo lo que quieras —dijo Yder—. La diosa saborea tu sangre sobre su altar.

Malik tosió por toda respuesta. Se sintió mareado por la falta de aire, y el mundo empezó a cerrarse en torno a él. Para permanecer consciente echó mano de su enfado imaginando su fortuna en manos del príncipe Yder y de sus sucios sharitas.

—¿No tienes nada que decir?

Yder le propinó otro golpe y a Malik se le llenó tanto la boca de sangre que empezó a verterse por los labios y resbaló hasta el altar de Shar.

—Eso está bien, serafín —dijo Yder—. Estás aprendiendo a complacer a la Señora.

Incapaz de hacer otra cosa, Malik se quedó mirando a la monstruosa sombra que se cernía sobre él. Una medialuna purpúrea apareció donde debería haber estado la boca de aquella cosa traidora, una sonrisa. Pensó que iba a morir atragantado.

Malik seguía tosiendo.

—Te convertirás, serafín, ya lo creo que te convertirás —dijo Yder—. Todo lo que puedes decidir es el tiempo que tardarás en hacerlo.

—La Oculta lo gobierna todo —dijo alguien detrás del príncipe.

Un coro de susurros llenó la cámara mientras los adoradores de Shar repetían las alabanzas. De no haber estado tan ocupado tosiendo y ahogándose, Malik se habría reído. Podía morir en el altar de Shar o incluso pudrirse sobre él, pero jamás se convertiría. Eso era lo único que no controlaba en absoluto.

El campo de visión de Malik se redujo a un túnel negro y luego la negrura lo cubrió todo. La voz de Yder le llegaba distante, exigiéndole que prestara atención y no insultara a la Oculta cerrando los ojos ante ella. Los dedos fríos del príncipe se apoyaron en sus párpados y se los abrieron, y eso fue lo último que sintió Malik antes de hundirse en un blando lecho de inconsciencia.

Lo siguiente fue la palma de una gran mano que lo golpeaba entre los omóplatos y los dedos fríos de otra que lo sostenía por el tobillo boca abajo.

—¡Respira, cobarde y pequeño reptil!

La mano volvió a golpearlo. Los dientes que le atascaban la garganta salieron volando de la boca junto con una bocanada de sangre y el sabor amargo de la bilis. Empezó a jadear y a toser al mismo tiempo, dos acciones contrarias que lo dejaron hipando indefenso mientras trataba de recuperar el aliento.

—¿Realmente pensaste que podrías escaparte tan fácilmente? —inquirió Yder—. La Oculta no será privada de su disfrute.

Malik abrió los ojos y quedó cegado por el mismo brillo doloroso que lo había recibido la vez anterior cuando había recuperado la conciencia.

—Y estoy por ello sumamente agradecido —dijo Malik—, aunque sé que puede

costarme un mes de terrible agonía.

Sabedor de que Yder interpretaría su gratitud como el inicio de una conversión, Malik hubiera querido pararse ahí y disfrutar la recompensa que cualquier buen torturador le concedería como incentivo para seguir avanzando..., pero la maldición de Mystra no podía permitirlo.

—Ahora puedo terminar lo que había empezado convirtiéndoos a ti y a tus seguidores a la Iglesia de Cyric. —Malik trató de cubrirse la boca con las manos, pero se encontró con que las tenía atadas a la espalda; las palabras seguían saliendo de su boca—, para poder librar a mi alma del peligro de tener que presentarse en el Castillo Destrozado sin haber podido controlar el Tejido de Sombra para el Único según sus instrucciones.

Yder lo sacudió con tal ira que las cadenas que sujetaban las muñecas de Malik empezaron a tintinear. Malik se encogió y trató de calcular si perdería menos dientes cerrando fuertemente la boca o dejándola abierta, pero el golpe no llegó. En lugar de eso, el príncipe guardó silencio y siguió sosteniéndolo cabeza abajo, dándole a Malik unos instantes preciosos para estudiar el entorno.

Tal como Malik había supuesto desde el altar, se encontraban en un templo a Shar, aunque era muy distinto de cómo él lo había imaginado. Si bien las paredes estaban cubiertas con las imágenes de mujeres misteriosas y discos oscuros enmarcados en llamas color púrpura, la propia cámara tenía un brillo cegador, tanto que las sombras que danzaban en las paredes parecían más reales que los fieles que permanecían inmóviles en largas filas de bancos. Había fácilmente un millar de shadovar allí, todos ellos sumergidos hasta las rodillas en un estanque brillante de líquido que parecía un espejo. El líquido, espeso y viscoso como el mercurio, se vertía lentamente hacia los extremos de la estancia, donde se estancaba en las paredes y desaparecía por los desagües en lentos remolinos.

Malik reconoció aquel líquido de inmediato. Era el mismo que él y sus amigos habían encontrado en el interior del Promontorio Rojo de Karsus, derramándose desde la Piedra de Karse que Galaeron había utilizado para hacer que Refugio volviera al mundo.

El príncipe alzó a Malik por la cadena que le unía las muñecas, forzándole los brazos hacia arriba y hacia atrás hasta que creyó que se le romperían los hombros.

—En mis siglos de vida —dijo Yder—, he aprendido unas cuantas cosas sobre el dolor.

Malik sintió que se le revolvía el estómago. Aunque el Único le había otorgado el don de sufrir hasta límites indecibles y tener todavía fuerzas para desempeñar sus funciones como serafín, eso no quería decir que fuera inmune al dolor. Todo lo contrario. Tenía la impresión de que siempre sentía el dolor con mayor agudeza que cuantos lo rodeaban..., y por lo general mucho más.

Cuando Yder se volvió hacia el altar, a Malik no le sorprendió en absoluto encontrarse ante un peñasco blanco luminoso del tamaño de un caballo. Tenía una fisura en el centro y de ella salía un chorro constante del líquido plateado que había llenado el templo.

Malik sabía por las aventuras vividas anteriormente en el Promontorio Rojo, que aquel líquido era la única magia integral que quedaba en el mundo. Diecisiete siglos antes, un loco archimago netheriliano llamado Karsus había tratado de robar la cabeza de Mystryl, que por entonces era la diosa de la magia. Había sido un terrible error. El Tejido había llenado a Karsus a rebosar y lo había matado en el acto, y se había dividido en Tejido y Tejido de Sombra. El blanco promontorio luminoso era el corazón de Karsus, único resto del archimago loco, y la magia plateada que salía de él era todo lo que quedaba del Tejido original no escindido.

Aunque el corazón rancio de Cyric empezaba a agitarse de tal modo que a duras penas le permitía pensar, se obligó a mantener la calma. La Piedra de Karse, como ellos habían llamado al promontorio, era indudablemente un artefacto de poder indecible, pero le pareció a Malik que para que los adoradores de Shar pudieran aguantar la brillante luz dentro de su templo escondido, tenía que haber algo más, mucho más...

—¡La Piedra de Karse! —musitó Malik como si acabara de caer en la cuenta de lo que tenía ante los ojos, ya que era importante para su plan que Yder no se diera cuenta de hasta qué punto Malik comprendía lo que estaba viendo—. Parece un extraño altar para los seguidores de la Cantora de la Noche.

—La sombra nace de la luz —dijo Yder.

La frase fue repetida por un millar de voces susurrantes mientras Yder izaba a Malik sobre la piedra y lo colocaba boca abajo.

—De todos modos, tanta luz brillante debe de resultar insultante para tu diosa..., a menos, por supuesto, que la Piedra de Karse sea el origen del Tejido de Sombra. —Malik maldijo para sus adentros porque había sido la maldición de Mystra la que lo había obligado a añadir un comentario tan poco prudente—. O que la que adoráis aquí —añadió rápidamente— no sea realmente Shar, sino alguna otra manifestación de lo Oculto...

La cara de Malik golpeó contra la piedra al conseguir con su táctica enfurecer al príncipe y hacerle olvidar su desliz.

—Te he dicho que nunca llames a la Oculta por su nombre.

—Mis disculpas —dijo Malik. Su voz sonó más bien nasal, ya que se le había roto la nariz y estaba vertiendo sangre sobre la Piedra de Karse—. Sólo pretendía decir que éste es sin duda el último lugar donde al Supremo se le ocurriría buscar su Piedra de Karse robada.

—¿Qué te hace pensar que fue robada? —preguntó Yder sin conseguir del todo

disfrazar la presunción que traicionaba su voz.

Consciente en todo momento de la habilidad de Malik para escapar, el príncipe sujetó el cuello del hombrecillo contra la piedra con una mano mientras quitaba la cadena de los grilletes y la pasaba por un anillo adosado a un poste de hierro que había junto al altar. Malik no sabía si alegrarse de que su plan hubiese funcionado o avergonzarse de haber tardado tanto en descubrir la auténtica naturaleza de las cosas.

Para que los adoradores de Shar tolerasen el brillo de la Piedra de Karse en su templo y, lo que era más importante, que la diosa no acabase con la vida de los que permitían que estuviera allí, no cabía duda de que debía de tener un valor incalculable para la Cantora de la Noche. Malik ya no tenía la menor duda, era la fuente del Tejido de Sombra, tal como la maldición de Mystra lo había obligado a declarar, o algo que ella deseaba mantener oculto a los demás dioses.

Pero lo más terrible era que si Shar consideraba que Refugio era un lugar seguro para esconder semejante cosa, y si Telamont Tanthul realmente le había entregado la Piedra de Karse a Yder para el templo de la Oculta, significaba que la diosa tenía plena seguridad de su control sobre la ciudad. Y si Shar se sentía segura de tener a los shadovar a sus órdenes era porque controlaba el propio Tejido de Sombra.

—¡Detestable ramera! —gritó Malik—. ¡Ha tenido el control permanentemente!

—Puedes maldecirla ahora todo lo que quieras, Malik.

Yder le dio la vuelta, después lo tendió de espaldas y pasó otra cadena por el segundo grillete.

—Antes de que acabemos —añadió el príncipe—, estarás cantando sus alabanzas.

—¡Y tú limpiarás con la lengua la inmundicia de mis botas! —le retrucó Malik—. ¡El Tejido de Sombra pertenece a Cyric por derecho propio! ¿Acaso no fui yo quien salvó la vida a ese necio de Galaeron para que pudiera faltar a la palabra dada a Jhingleshod y robar esta piedra?

En esta ocasión habló compelido por su propia furia y no por la maldición de Mystra, pero supo que había cometido un error en cuanto las palabras salieron de su boca. Los ojos amarillos de Yder se volvieron tan brillantes como el sol. Descubrió sus colmillos ceremoniales y se inclinó tanto que Malik temió que el príncipe le fuera a arrancar la nariz de un mordisco.

—¿Es ése el motivo por el cual viniste aquí? —inquirió—. ¿Para robar la corona de la Oculta?

Malik no dijo nada y apartó la mirada.

—¡Responde! —le ordenó Yder—. Responde o te daré como alimento a tu propia sombra.

El príncipe ladeó la cabeza para que Malik pudiera ver los odiosos ojos de su sombra que lo miraban con ira. Tampoco parecía depender de Malik la forma de aquella cosa monstruosa. Parecía tan espesa y tan sólida como cualquier gigante.

Malik miró hacia otro lado con el pretexto de sostener la mirada furiosa de Yder.

—¿Crees que tengo miedo de mi propia sombra? —le desafió—. Cuento con el favor del Único. He visto mil cosas que eran cien veces peores... aunque nunca a nadie que conociera las cosas terribles que he hecho en mi vida.

—¡Mira! —Yder cogió la dolorida mandíbula de Malik y lo obligó a mirar a los ojos furiosos de su sombra—. Has visto los problemas que le ha traído su sombra a Galaeron. ¿Qué crees que haría la tuya si yo le permitiera que se introdujera dentro de ti?

—¿Por qué debería temer semejante cosa? —replicó Malik con voz ronca—. Si una sombra es todo lo que yo no soy, ésta, sin duda, será tan caritativa como yo egoísta, tan digna de confianza como yo corrupto, tan valiente como yo cobarde. Mi sombra sólo sería todas las cosas que las mujeres desean y los hombres admiran.

—¿Y qué me dices de Cyric? —Era la sombra la que hacía esa pregunta y la acompañaba con una sonrisa de color púrpura—. ¿Qué pensaría sobre un serafín que fuera todas esas cosas?

La sangre se le heló en las venas a Malik, que volvió a mirar a Yder.

—¿Puedes repetirme la pregunta?

Capítulo 12

1 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Con la luz mortecina de la celda, a Vala le resultaba más fácil encontrar el eslabón al tacto a pesar de que tenía la piel insensibilizada por el frío y por las callosidades que el roce le había ido formado. Fue pasando el pie por la cadena hasta dar con el metal desgastado, entonces sujetó el eslabón entre los dedos de los pies y se lo acercó a la boca. A pesar de la gran flexibilidad que había adquirido en los dos últimos meses, no conseguía hacerlo llegar hasta la cara. Una vez que la cadena estuvo tensa, se acercó a él valiéndose de los músculos de la pierna. Dejó que sus dedos se deslizaran por un eslabón y a continuación escupió sobre la superficie desgastada la saliva que había acumulado en la boca.

Vala tenía sus dudas de poder abrirse camino hacia la libertad a fuerza de saliva, pero con las manos atadas a la espalda y sin más herramientas con que trabajar, era lo mejor que podía hacer, y le daba algo en que centrarse cuando no era objeto de los abusos de Escanor o de sus guardias. No podía quedarse allí en la oscuridad sin hacer nada, esperando entre una y otra sesión. Tenía que seguir intentándolo, necesitaba saber que al menos estaba haciendo algo por escapar.

Además, cuando empezó no había irregularidad alguna en la superficie del eslabón. Vala dejó que la cadena se aflojara, después la sujetó con los dedos de los pies y empezó a rotarla contra el gancho que la sujetaba a la pared. Cien veces, después encontrar otra vez el eslabón y escupir. Si insistía con su trabajo, algo cedería. El gancho se aflojaría en la pared o el eslabón se oxidaría y acabaría rompiéndose, o tal vez un guardia pensara que había perdido la razón y se volviera descuidado permitiendo que ella lo matara. Algo sucedería. Tenía que suceder si quería volver a ver a su hijo.

—¿Vala? —sonó una voz.

Vala golpeó el extremo de la cadena y se encontró de pie en el suelo antes de darse cuenta siquiera de que había saltado. Se volvió con las piernas preparadas para lanzar patadas y no encontró allí a nadie.

—Estupendo —pensó—. Algo ha sucedido realmente: oigo voces.

—No vamos a hacerte daño —dijo la voz.

Vala miró con los ojos entrecerrados al punto de donde provenía la voz y no vio nada más que oscuridad, hasta que un hombre diminuto vestido de negro saltó sobre su pie. No sólo oía cosas. El hombre, o mejor dicho la ilusión, tenía una barba negra enortijada y ojos oscuros, pero la cara y los brazos eran demasiado claros para un shadovar.

—No tienes nada que temer, querida —dijo—, somos amigos de...

Vala se sacudió a la figura del pie y la oyó chocar contra la pared. Sí que tenía miedo, miedo a los fantasmas de su propia mente torturada.

—No voy a permitir que suceda esto —se dijo. Vala irguió los hombros y levantó el mentón, pero no bajó la pierna—. ¡Vete! —exclamó.

—¡No grites, muchacha! —Esta vez fue una voz femenina y llegaba de cerca de la puerta—. Cuidado con el guardia.

Otra voz inició desde el otro lado lo que parecía un conjuro. La figura barbuda regresó, flanqueada esta vez por dos figuras femeninas de melena plateada, y Vala se dio cuenta de que, fantasmas o no, la estaban rodeando. Podía haber cientos de ellos allí, en la oscuridad, pululando por el suelo. Miles, tal vez un ejército de pequeños seres feéricos de sombra dispuestos a darse un festín ahora que su carne estaba adecuadamente vapuleada y amoratada. Dio un grito. No pudo evitarlo, el sonido surgió con tanta naturalidad como la respiración.

Los seres feéricos de sombra se replegaron y miraron hacia la puerta, y un instante después Vala estaba callada. Seguía con la boca abierta y su garganta seguía vibrando, pero no emitía el menor sonido.

El varón miró hacia la puerta.

—¿El guardia? —preguntó.

—Todavía se lo está pensando —susurró la voz femenina—. Siente curiosidad, pero no está alarmado.

Vala pudo verla, otra hada de pelo plateado en el suelo, espiando tras la esquina de la entrada.

—Tenlo vigilado —dijo el varón.

Seguido por las dos hembras de pelo plateado, describió un círculo hacia la cabeza de Vala. Se unió a ellos una tercera hembra, que salió flotando desde detrás de Vala y se posó en el suelo junto a ellos. Vala trató de volverse para atacarlos con los pies, pero una de las hembras hizo un movimiento con una varita del tamaño de una astilla y la dejó inmovilizada.

—Lamentamos haberte asustado —dijo el varón—. Es evidente que la prueba a la que te han sometido se cobró un precio mayor del que habíamos imaginado.

De haber podido hablar, Vala les hubiera sugerido que se pusieran en su lugar y vieran lo que representa ser esclava de un shadovar.

—¿Puedes dejar de gritar? —preguntó una de las hembras—. Tenemos que hacerte algunas preguntas.

Vala se dio cuenta de que le dolía la mandíbula y de que tenía la boca abierta de par en par y la garganta seca de tanto gritar. Cerró la boca de golpe y miró con rabia a los seres feéricos de negras vestiduras que tenía a su lado. Sin duda tenían un aspecto muy sólido.

La mujer asintió, hizo un gesto displicente y una especie de áspero lloriqueo llegó

a oídos de Vala. Tardó un momento en identificar su propia garganta como fuente del sonido.

—Bien —dijo el hombre. Extendió la mano e hizo con ella un gesto tranquilizador que a Vala le dieron ganas de darle una patada—. Somos amigos de Galaer...

—¿Galaeron? —Vala completó la palabra por él.

Por fin controló la respiración. Fantasmas o no, no podía dejar que estos seres feéricos fueran a decirle a Galaeron que los había vapuleado cuando se acercaron a ella.

—¿Os envía él? —preguntó.

Las mujeres intercambiaron miradas. Parecían incómodas.

—¿Qué pasa? —preguntó Vala—. ¿Está herido?

—No lo sabemos —respondió el hombre de modales bruscos.

Una de las hembras se colocó delante del hombre.

—Galaeron está en una misión muy importante para todo Faerun.

—Lo mismo que nosotros —afirmó la segunda mujer colocándose también delante del hombre—. Tal vez resultaría útil que nos presentáramos. Yo soy Storm Mano de Plata.

—Yo soy Dove Mano de Halcón —habló a su vez la mujer que vigilaba la puerta.

—Y yo Alustriel Mano de Plata —dijo la que había formulado los conjuros y señalando a la última mujer que seguía de pie junto al hombre de la barba negra añadió—: Ésta es nuestra hermana Learal.

—Y yo, por supuesto, soy Khelben Arunsun. —El hombre feérico se abrió paso entre las dos mujeres que se le habían puesto delante—. Ahora que estás debidamente sorprendida tal vez no te importe responder a una o dos preguntas y ayudarnos a salvar las Tierras Interiores.

Vala miró al hombre con desconfianza, convencida de que había perdido la razón.

Al ver que no decía nada, Khelben puso los ojos en blanco y se volvió a la que se había presentado como Alustriel.

—¿Cómo es posible que no sepa quiénes somos? —se asombró—. ¿Es posible que en Vaasa estén tan atrasados?

—Incluso en Vaasa conocemos a los Elegidos —dijo Vala—. También conocemos la diferencia entre los seres de carne y hueso y los fantasmas. ¿Por qué habríais de presentaros los cinco en mi celda del tamaño de muñecos si yo no estuviera loca?

—Porque necesitamos tu ayuda —dijo Alustriel. Se acercó y colocó una mano en la mandíbula de Vala. El tacto era sólido y cálido—. Debemos encontrar el Mythallar y sin duda tú eres la única que puede ayudarnos.

—¡Atención! —susurró la que estaba vigilando la puerta—. Viene el guardia.

Los seres feéricos se esfumaron tan rápidamente como habían aparecido dejando

a Vala sola en su celda.

—¡Esperad! —Se sintió más asustada que nunca y completamente convencida de que estaba perdiendo la cabeza—. ¡No!

El guardia apareció en la puerta, un enorme señor de sombra con ojos de rubí y dientes afilados. Vala pensó que era Feslath, uno de los favoritos de Escanor.

—¿Que no qué? —preguntó Feslath—. ¿Con quién estás hablando?

Aunque sus ojos shadovar podían ver en la oscuridad con tanta facilidad como los de Vala a la luz del día, no se molestó siquiera en echar un vistazo a la celda. Sabía tan bien como ella que allí no había nadie, que por fin había perdido la razón.

—Te he hecho una pregunta, esclava.

Vela lo miró con furia y se negó a responder. No estaba preocupada por revelar la presencia de sus visitantes, ya que los delirios estaban bien ocultos en el interior de su mente, pero no podía obedecer, ni siquiera en esto. En cuanto empezara a someterse, cada vez sería más y más fácil, y finalmente acabaría perteneciéndoles en espíritu tanto como en cuerpo.

—¿Me desafías?

Con una cruel sonrisa, Feslath cogió el látigo del gancho del que colgaba. Ni siquiera tuvo que mirar para saber dónde estaba.

—Como quieras. Adopta la posición.

Se suponía que Vala tenía que ponerse de espaldas e inclinar la cabeza para protegerse los ojos, pero en lugar de eso lo miró desafiante.

—Ve a que te amamante un veserab.

El látigo alcanzó a Vala en el pecho cuando todavía no había acabado su maldición. Poco dispuesta a darle la satisfacción de un grito, apretó los dientes y recibió el siguiente golpe también en silencio, pero el tercero le dio de lleno en las costillas y le arrancó un respingo involuntario. Feslath dominaba a la perfección la técnica y se complacía en obligar a su cuerpo a emitir los sonidos que su mente trataba de reprimir.

El siguiente latigazo se cruzó con el anterior y Vala empezó a sentirse mareada. El castigo no pararía hasta que perdiera la conciencia. Rogando que siguiera asestando un golpe encima del otro, lo miró a los ojos con odio mientras observaba cómo tomaba impulso echando el brazo hacia atrás.

Una figura oscura surgió detrás de Feslath y le cogió el brazo por la muñeca. Los ojos del verdugo lanzaron un destello rojo, y cuando se volvió como una centella se encontró con el extremo de un gran bastón negro que lo golpeó en la sien. Se le doblaron las rodillas y se desplomó como una prenda de seda vacía de contenido.

Khelben Arunsun, desde sus casi dos metros de estatura, le dio un puntapié en las costillas, con fuerza, para asegurarse de que estaba inconsciente, y luego acudió al lado de Vala.

—Podrías haberle contestado —dijo.

Vala hizo un gesto de incredulidad con la cabeza y, apenas consciente de que tenía la boca abierta, farfulló:

—De verdad eres real.

Khelben asintió, pero no hizo el menor intento de desatarle las manos.

—¿Significa eso que vas a ayudarnos? —preguntó.

Vala sacudió la cadena que la mantenía sujeta a la pared.

—¿Significa eso que vas a sacarme de aquí? —preguntó a su vez.

Khelben la miró con gesto impaciente.

—Volveremos a por ti, pero nuestra misión depende del secreto y la sorpresa. No podemos llevarte ahora sin correr el riesgo de llamar la atención.

Vala se quedó sopesando sus palabras un momento y después señaló con la barbilla la figura caída de Feslath.

—Ya estáis corriendo ese riesgo —dijo—. Y no quiero ofenderte, pero si vais a buscar el Mythallar, no creo que tengáis muchas posibilidades de volver aquí a rescatarme antes de que la roca choque contra el suelo.

—El destino de todo Faerun depende de esto —la voz de Khelben sonaba profunda y digna—, y tú estás dispuesta a regatear para salvar tu vida.

—Tengo un hijo que necesita una madre. —Vala sostuvo la mirada indignada de Khelben—. No soy yo la que está regateando.

—No deja de tener razón, Khelben.

Dove y las otras tres Elegidas aparecieron en el suelo, entre ellos. Todavía tenían la altura de una mano.

—Le hemos prometido a Aris... —continuó.

—Y cumpliremos nuestra promesa —insistió Khelben—, sin poner en peligro nuestra misión.

—¿Estás seguro de que nuestra magia de borrado producirá efecto en un shadovar? —preguntó Alustriel—. No son seres del Tejido.

—Y aunque así sea, quedará por explicar el chichón en la cabeza del guardia —dijo Storm—. Se preguntará cómo se lo hizo y eso nos podría delatar.

—Yo conozco un modo de que no importe —dijo Vala viendo su oportunidad.

Khelben la miró y enarcó una ceja.

Vala explicó su plan, y cuando hubo acabado Khelben la seguía estudiando con los ojos entrecerrados.

—Eso funcionará —dijo Vala—. Al menos tiene más oportunidades que tu magia eliminadora de recuerdos.

—La de Alustriel —la corrigió Khelben—. No es eso lo que me preocupa.

—¿Y qué es entonces? —inquirió Learal.

—Vala —dijo con toda sinceridad—. No es que nos esté ayudando por su buen

corazón. Si Galaeron no nos pudo decir dónde encontrar el Mythallar, ¿cómo sabemos que Vala sí podrá? Podría estar mintiendo para que la ayudáramos a escapar.

—Galaeron volvió al palacio del Supremo llevado por la magia de Telamont —dijo Vala—. Yo regresé por mi propio pie.

Khelben no parecía demasiado convencido.

—¿Y si estuviera mintiendo? —preguntó Vala—. ¿Me dejarías aquí para que cayera con la ciudad?

—Por supuesto que no —dijo Alustriel—. Le prometimos a Aris que no lo haríamos.

—Entonces, ¿por qué habría de mentir?

Finalmente Khelben sonrió.

—Supongo que tienes razón —dijo.

Khelben arrastró al guardia inconsciente hasta donde estaba Vala y lo dejó a sus pies. Mientras ella lo golpeaba con los talones para dar la impresión de que había sido ella quien lo había dejado inconsciente, Khelben le quitó las llaves del cinturón y le soltó las manos. En cuanto se encontró libre, Vala le envolvió la cadena alrededor de la garganta y empezó a apretar hasta asfixiarlo. Ninguno de los Elegidos contempló esta escena. Era evidente que hubieran preferido otro sistema.

No era ése el caso de Vala. Le bastaba recordar las palizas que había recibido de manos de Feslath para que esta pequeña venganza no le pareciera desproporcionada. La idea hizo que le corriera un escalofrío por la espalda, y se preguntó si sólo los usuarios de la magia estaban expuestos a que se les metiera dentro su sombra.

Una vez muerto el guardia, Vala cogió su equipo y se vistió con sus ropas mientras Khelben se encogía para recuperar el tamaño que tenían los demás Elegidos. Vala se metió a los cinco en los bolsillos y, ayudada por conjuros de invisibilidad y silencio, se deslizó por la escalera hasta la base de la torre de las mazmorras. Una vez allí, tuvo que matar a otros dos guardias, el primero cuando giró hacia la puerta de acceso, y el segundo mientras éste trataba de desembarazarse del cuerpo que le había lanzado a los brazos. Tras dejar los cadáveres en el hueco de la escalera, detrás de la puerta de hierro, limpió la sangre del suelo con el capote del segundo, después lo escondió en un arcón y abandonó la zona.

Desde allí habría resultado sencillo bajar por la escalera trasera y desaparecer internándose en la ciudad. En lugar de eso, Vala entró en un pasadizo de servicio y atravesó toda la parte trasera del gran palacio. Aunque se cruzó con un desfile constante de camareras, pajes y mayordomos, era invisible para ellos gracias a que la magia de los Elegidos tenía poder suficiente para mantener su eficacia incluso después de haber entrado en combate.

Un cuarto de hora más tarde, Vala salió del pasadizo de servicio al sombrío vestíbulo del ala privada del príncipe. Las grandes puertas de la antesala estaban

cerradas y vigiladas tal como lo habían estado desde la batalla en el Hielo Alto, y por un momento Vala temió no ser capaz de llevar a cabo su plan. No había ningún otro acceso al ala, al menos ella no lo conocía, y por invisible que fuera no tenía posibilidades de superar a una docena de señores de sombra.

Sin embargo, tal como Vala había supuesto, los deberes del príncipe no podían ser desatendidos aunque él yaciera en su lecho medio muerto. No pasó mucho tiempo antes de que un enviado se acercase a las grandes puertas llevando un recipiente con un mensaje de sombra. Vala se le pegó a los talones tan estrechamente que cuando un guardia le ordenó que se detuviese a tres pasos de la puerta, tuvo que hacerse a un lado para no chocar con él. El guardia cogió la botella, despidió al mensajero y esperó a que hubiera desaparecido corredor abajo antes de volverse y llamar suavemente a la puerta.

Vala esperó al lado del guardia lo que le pareció una eternidad, sin atreverse casi a respirar por miedo a que su aliento le erizara el vello de los brazos. Por fin acudió un mayordomo a abrir las puertas lo justo para asomarse y coger la botella. Tal vez habría sido más prudente esperar a que llegase una doncella de servicio o algún otro sirviente que hiciera necesario abrir más la puerta, pero la decisión no podía postergarse, y Vala sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que descubrieran a los muertos de la torre de las mazmorras. Se puso en cuclillas y, esquivando al guardia, se coló de lado por la estrecha abertura, tan preocupada de no pisarlo que la puerta le cogió el pie al cerrarse.

El guardia le dijo algo al mayordomo, que ya se había apartado un paso, y después empujó con el hombro. A Vala le pareció que el pie se le iba a partir, pero la pesada puerta retrocedió lo suficiente como para permitir que por fin lo sacara.

La puerta se cerró con un chasquido, y Vala se dejó caer sentada lanzando a la vez un suspiro de alivio y un callado grito de dolor. Habría estado bien dejar a un lado las armas que llevaba y comprobar si tenía algún hueso roto, pero ésas eran las cosas que les costaban la vida a los guerreros. Se puso de rodillas y luego de pie delante de la gran antesala de Escanor, donde media docena de sirvientes se ocupaban de los asuntos privados del príncipe.

Vala atravesó la cámara, dirigiéndose hacia el oscuro corredor que conducía a la zona privada del príncipe. Allí se agachó para deslizarse por debajo de las lanzas cruzadas de otros dos guardias.

Una vez que se encontró dentro del tenebroso pasadizo, se incorporó y se apoyó con cuidado sobre el pie. Sintió el dolor sordo y generalizado más propio de un golpe que de una fractura. Dio unos cuantos pasos y, tras haber comprobado que el pie la sostenía, atravesó el estudio privado de Escanor y entró en el vestidor. Pasó por delante de otra pareja de guardias y de un pequeño grupo de sirvientes y por fin entró en el gran y lujoso dormitorio.

Escanor estaba solo en su lecho. Era apenas una sombra con forma de hombre aferrada a una caja de negras costillas. Dentro podía verse cómo latía su corazón que todavía brillaba débilmente a la luz de las llamas del Tejido que habían estado a punto de consumirlo. A un lado de la cama había un sirviente y al otro una sacerdotisa de túnica negra que llevaba la máscara color púrpura de Shar. Dos de los señores de batalla de Escanor estaban a los pies de la cama. La espada oscura de Vala estaba expuesta en una vitrina con puertas acristaladas encima del cabecero de la cama del príncipe.

¡Vala! —La voz de Khelben sonó dentro de la cabeza de Vala—. *En nombre del Tejido ¿qué estás haciendo?*

Vala no contestó. No les había hablado a los Elegidos de esta parte de su plan, pero era tan necesario para llevarlo a buen fin como encontrar el Mythallar. Se dirigió al pie de la cama y de un solo golpe les cortó el cuello a los dos guardias.

Los cuerpos casi no habían tocado el suelo y la sacerdotisa ya estaba alzando las manos y elevando una plegaria a su diosa oculta. Vala la interrumpió con un golpe del látigo que llevaba en la otra mano y que se enrolló en torno al cuello de la mujer haciendo que la plegaria se le atragantara mientras Vala la derribaba. El sirviente se lanzó hacia la puerta con la boca abierta por la sorpresa y balbuciendo sonidos inconexos. Vala salió de detrás de la cama poniéndole una zancadilla con el pie dolorido y haciendo que cayera de bruces. Al caer, el hombre se golpeó en el cráneo con el suelo de piedra produciendo un horrible crujido.

Olvidada ya de su conjuro, la sacerdotisa se lanzó hacia adelante usando una mano para liberarse del látigo que le oprimía el cuello y la otra para lanzar ciegas puñaladas al aire. Vala esquivó el ataque y, dando un paso adelante, asestó un golpe con el canto de la mano en la articulación de las mandíbulas de la mujer. La sacerdotisa quedó conmocionada y la daga se le cayó de la mano.

Vala dejó caer el látigo y se volvió hacia la cama. De las cuencas sombrías de Escanor surgieron llamas cobrizas, débiles y parpadeantes, mientras luchaba por recuperar la conciencia.

Vala, si cuentas con nosotros para que te ayudemos a matar...

—Tranquilo.

Aunque Vala pronunció la palabra en voz alta, sólo la oyó en su mente. Se dirigió hacia la vitrina. Las llamas de los ojos de Escanor cobraron brillo y la mujer supo que estaba recuperando la conciencia. Blandiendo su espada y su daga, Vala saltó sobre la cama.

Un incipiente brazo de sombra salió de entre las sábanas. La espada de Vala salió disparada hacia arriba y rompió una de las puertas de cristal al tiempo que algo tan pesado como uno de los martillos de Aris la golpeaba en el pecho y la lanzaba despedida de la cama. Cayó al suelo boca abajo.

—¡Guardias! —La voz de Escanor era apenas un graznido, pero suficiente para causar un revuelo en el vestidor—. ¡Socorro!

Vala levantó la mano y llamó calladamente a su espada oscura. Oyó el ruido del cristal al romperse y el arma llegó por el aire hasta los pies de la cama. La empuñadura se acopló con la palma de su mano como si fuera la mano de un viejo amigo. La espada iba dejando un rastro de sombra donde tocaba el cuerpo de Escanor.

¡Ya tienes tu espada, es hora de irnos! —dijo Storm—. *Por la terraza.*

Dando una voltereta de lado, Vala cayó de rodillas con el brazo listo para lanzar el arma.

Cuando vio que Escanor, tambaleante, abandonaba la cama por el otro lado, fue eso lo que hizo. La espada lo alcanzó entre los omóplatos, atravesando dos costillas y clavándose en el debilitado corazón.

El príncipe murió sin un grito. Su caja torácica simplemente cayó al suelo partida en dos. Los guardias llegaron corriendo desde el vestidor y encontraron el corazón disolviéndose en una nube de sombra.

—Ahora sí es el momento de marcharse.

Esta vez también oyó las palabras en su mente. Mientras los guardias acudían corriendo junto a su príncipe moribundo, Vala recuperó la espada. Le habría gustado quedarse y buscar el anillo mágico que le había dado Corineus Drannaeken en las catacumbas subterráneas de Myth Drannor, pero una búsqueda de esa magnitud era impensable. Corrió hacia las puertas dobles y dio una voltereta que la lanzó contra dos guardias que entraban apresuradamente.

Vala plantó un pie en el hombro de cada uno de ellos —en realidad había pretendido golpearlos en la garganta, pero su salto no había sido lo bastante alto— y logró abrir una brecha entre los sorprendidos shadovar para introducir el resto del cuerpo. Saltó de lado y su cabeza pasó apenas a la distancia de una espada de uno y otro, entonces hizo pie y con una serie de volteretas hacia adelante atravesó la terraza. Los guardias dieron la voz de alarma y lanzaron estocadas ciegas contra la piedra a apenas unos centímetros por detrás de ella.

Por fin, Vala llegó al extremo de la terraza y se encontró con la balaustrada que le cerraba el paso. Completó una última voltereta, se puso de pie y saltó de cabeza por encima de la balaustrada.

Estaba a escasos palmos de la calle cuando una mano mágica finalmente detuvo su caída.

La próxima vez, jovencita, no te ayudaremos —la advirtió Khelben—, *eso fue sólo una acción vengativa.*

—Claro que lo fue —dijo—. Y si no lo hubiera hecho, nadie habría creído que me había escapado por mis propios medios. Sobre todo después de las cosas que me hizo

ese demonio.

En cuanto sus pies se posaron en la calle, Vala se dirigió a la carrera hacia el laberinto de calles subterráneas.

* * *

Los vaasan estaban sentados a un lado de la mesa riendo, babeando y dándose poderosos golpes los unos a los otros en la espalda mientras comían, bebían y relataban el combate del día a su celoso camarada, Dexon. A juzgar por lo que contaban, luchar contra los phaerimm no era más peligroso que lancear a un rote de los bosques, pero con los phaerimm era mucho más apasionante porque se defendían. Si Takari no hubiera estado allí y no hubiese visto con sus propios ojos la mortífera eficacia de los humanos ese día y muchos otros, habría pensado que el vino les hacía hablar de más.

Todo había sucedido tal como lo habían descrito, y de hecho habían añadido tres colas cada uno a sus cinturones. Armada con la espadaoscura de Dexon, Keya Nihmedu había sumado dos a su propia colección. Takari sólo tenía una hasta ese momento, pero ésa se la había cobrado con su propio acero elfo. De haber blandido una espadaoscura propia, habría matado más phaerimm que nadie.

Takari cogió la jarra y la volvió a llenar con el vino de la barrica que había en la bodega. Al llegar a la puerta se detuvo y miró a los dos saludables vaasan desde atrás. Con sus corpulentos hombros y su negro pelo trenzado, le dio la impresión de que se parecían más a los thkaerths que a los humanos, pero llevaba el tiempo suficiente luchando a su lado como para saber que ningún hombre era tan bruto como aparentaba. Había visto a Burlen arriesgar su vida varias veces para proteger a Keya sin que ella lo notara, y Kuhl había vuelto de una patrulla con una carnada de mapaches que se habían quedado huérfanos escondida bajo su capote.

Después de pensárselo un momento, Takari se decidió por Kuhl y apareció detrás de él con la jarra. Siempre hacían un alto para lavarse la sangre y la mugre en el estanque Gloria del Amanecer antes de volver a Copa de Árbol, de modo que sabía que Kuhl era un poco menos corpulento y menos peludo que Burlen. De todos modos iba a ser como luchar con un oso, pero no veía motivo alguno para hacerlo innecesariamente desagradable.

—¿Más vino, Kuhl?

Sin esperar una respuesta, Takari se pegó a la enorme espalda de Kuhl y se inclinó por encima de su hombro para llenarle la copa.

Iba vestida con una túnica finísima, de modo que sabía que él podía sentir su cuerpo del mismo modo que ella sentía el suyo, pero él se limitó a asentir y a dar las gracias sin mirarla siquiera. Al ver que la copa de Dexon estaba casi vacía, Takari

aprovechó la oportunidad para hacer más patentes sus intenciones pegándose más al hombro de Kuhl para rellenar la copa de su compañero. Demorándose en esa postura más de lo necesario, se volvió y le sonrió.

Kuhl miró para otra parte, con las mejillas rojas como la grana.

Burlen acercó su copa a la jarra.

—Yo tomaré otro trago, si no te importa.

Takari inclinó la jarra y se separó del hombro de Kuhl.

—¿Por qué habría de importarme? Por supuesto que puedes servirte.

Esto arrancó a Dexon una sonora carcajada e hizo aparecer un gesto dolido en la cara de Burlen. Kuhl se puso aún más rojo. Takari se preguntó si todos los humanos eran tan tontos como el que ella había elegido o si había algo en Kuhl que no conseguía entender. Lo había visto lanzarle codiciosas miradas mientras se bañaban.

Takari se colocó al otro lado de Kuhl y vio a Keya Nihmedu que la estudiaba con un gesto preocupado. Después de enterarse de cómo había adquirido Keya la capacidad para sostener la espada oscura de Dexon, dejándose hacer un niño, Takari había cometido el error de preguntarle si los otros vaasan tenían familias en su tierra. Al parecer, Keya había adivinado su plan.

Takari no prestó atención a la censura que se advertía en la mirada de la joven elfa y colocó una silla al lado de su presa.

Pasó un dedo por el antebrazo del hombre, al que se le cubrió la frente de un sudor brillante que olía a humano.

—Me gustaría que me enseñaras cómo te revolcaste hoy encima de ese osgo —dijo.

Un silencio expectante se extendió por toda la estancia, y Dexon y Burlen miraron a Kuhl con sonrisas lobunas.

—Fue una buena actuación —intervino Keya sin dejar de mirar fijamente a Takari—. Tal vez nos lo podrías explicar a todos mañana.

—Yo preferiría que fuera ahora —dijo Takari.

Había pasado más de diez días rogando a la Madre Alada que la preparara, y por el calor de su vientre sabía que éste era el momento. Tenía que ser esta noche. Apoyó los dedos en el brazo carnosos de Kuhl y aplicó una pequeña presión.

—Mañana se lo puedes explicar a los demás —susurró.

Dio la impresión de que Kuhl se derretía bajo su tacto, pero sin embargo parecía un poco ajeno a lo que le estaba pidiendo.

—Puedo demostrártelo ahora mismo. No nos llevará mucho tiempo —dijo, poniéndose de pie y señalando al suelo—. Échate ahí como si fuera yo y yo me pondré encima y seré el osgo.

Dexon hizo un gesto de aversión.

—No creo que tenga ganas de ver esto —dijo.

—Ni yo —coincidió Keya—. Takari, no es justo...

—¿Justo? —la interrumpió Takari—. Galaeron hizo su elección cuando me dejó en Rheitheillaethor y se marchó con Vala. Si ahora yo también decido probar con un humano, no es de su incumbencia..., ni de la tuya.

Keya se quedó con la boca abierta y Takari se dio cuenta por la confusión que reflejaban los ojos de la elfa más joven que había conseguido dar otro cariz a la cuestión. Fuera lo que fuese lo que Keya había supuesto, no podía saber si Takari estaba usando al humano para obtener placer, por venganza o por tener acceso a una espadaoscura.

—Eh, Takari —preguntó Kuhl—. ¿Qué quisiste decir con eso de «probar con un humano»?

—¿Tú qué crees? —Takari puso los ojos en blanco—. He visto la forma en que me miras mientras nos bañamos.

Kuhl la miró con expresión culpable.

—¿De veras?

—No hay que ser un lince —dijo Takari.

—¿No te parece mal? —balbució Kuhl—. Pensé que a las elfas os molestaba que os miráramos.

—A decir verdad, es un poco inquietante —dijo Takari. Al ver la confusión que asomaba a los ojos de Kuhl, decidió que sería mejor hablar claro—. Ahora te doy la ocasión de hacer algo más que mirar, Kuhl. ¿Te interesa o no?

—Me interesa.

—Bien.

Takari lo cogió por la muñeca y se dirigió a la contemplación, pero Keya Nihmedu se puso en medio con mirada de reprobación.

—Kuhl —dijo—. ¿Te das cuenta de que te está utilizando?

Una sonrisa del tamaño de una medialuna se dibujó en el rostro de Kuhl.

—De verdad espero que así sea.

Cogió a Takari en brazos y pasó al lado de Keya con paso decidido. Un momento después, Takari estaba luchando con el oso. La experiencia no fue tan desagradable como había temido, en parte porque todo fue muy rápido.

La segunda vez duró un poco más. Ella se sorprendió de que ya no le inspirara aversión, salvo por los últimos momentos, cuando él realmente empezó a rugir como un oso.

La tercera vez empezaba realmente a disfrutarlo cuando el mensajero de lord Duirsar entró volando por la ventana abierta. Sin importarle lo que estaba sucediendo, el pinzón empezó a revolotear alrededor de sus cabezas, gorjeando y piando como si se estuviera acabando el mundo.

—*Muchosnidos* —balbució Takari—. ¡Oh no, ahora no!

El pájaro se posó en su hombro y le gritó alto al oído. Su disgusto se desvaneció de inmediato y Takari lo amenazó con el dedo.

—Más te vale que esto sea importante —lo amenazó.

Muchosnidos rompió en una serie de gorjeos.

—¿Qué? —preguntó Takari—. ¿Cuándo?

Se desembarazó del abrazo de Kuhl y apoyó los pies en el suelo. El pinzón respondió y después canturreó una pregunta.

—¡Por supuesto! —dijo Takari poniéndose de pie—. Dile que nos reuniremos con ellos en la Puerta de la Librea.

Kuhl se apoyó sobre un codo.

—¿Reunimos con quién?

Takari recogió del suelo el cinto del hombre y se lo pasó sin tocar el mango de la espada oscura. No quería que Kuhl supiera por qué se había ido a la cama con él, no hasta que estuviera segura de que había plantado la semilla.

—Los phaerimm —respondió Takari—. Han abierto una brecha en el Mythal.

* * *

En algún lugar dentro del palacio del Supremo, Galaeron estaba suspendido y envuelto en una tiniebla aterciopelada, inmóvil. Podía respirar y gritar, pero nada más. En las sombras distantes se oía el susurro de voces shadovar. La sombra se le metía por los poros, penetrando en él cada vez que respiraba, y la duda, la sospecha y la rabia iban oscureciendo paulatinamente su corazón. No podía saber cuánto tiempo llevaba allí. Nadie acudía a darle de comer ni de beber ni a curar su mano rota, pero daba la impresión de que no tenía hambre ni sed ni necesidad de atender a las llamadas de la naturaleza. Estaba allí, suspendido en el momento, un momento lleno de un dolor sordo, sin principio ni fin, sin límites de ningún tipo.

Galaeron tenía la impresión de que el Mythallar debería estar ya destruido hacía tiempo, de que los Elegidos deberían haberlo encontrado y destruido y precipitado a Refugio en el desierto. Tal vez ya lo hubieran hecho. ¿Cómo iba él a saberlo atrapado como estaba en un momento singular? ¿Y si después de todo llevara allí sólo un instante? Tal vez todos sus pensamientos desde que Telamont lo había dejado allí suspendido hubiesen pasado por su mente en un solo instante y Khelben y los demás todavía estuvieran esperando una ocasión para infiltrarse en la ciudad.

O tal vez los Elegidos lo habían abandonado en este lugar, fuera el que fuese, satisfechos con la idea de que la sombra que había en su interior nunca quedaría libre para oscurecer Faerun. Eso sería muy propio de ellos: sacrificar a un individuo por el bien de muchos, siempre y cuando ese individuo no fuera uno de los suyos. Galaeron evocó el momento de su captura y recordó la rapidez con que habían abandonado la

caravana, con qué astucia habían dispuesto las cosas para que nadie pudiera exigirles el sacrificio supremo. Aquellos cobardes no vacilarían en dejarlo abandonado para que sufriera por toda la eternidad.

Tuvo que recordarse que eso era exactamente lo que Galaeron, el auténtico Galaeron, quería.

La sombra se había apoderado totalmente de él. Cada pensamiento contenía una duda insidiosa, cada emoción estaba teñida de sospecha. No tardaría mucho en entregarse. Sólo tenía que coger un puñado de materia sombra y usar su magia oscura para formular un conjuro, y sería libre de vengarse de quienes lo habían agraviado. Era lo que Telamont había dicho cuando lo hizo prisionero, había prometido que así acabaría la lucha de Galaeron, que lo único que controlaba Galaeron era el momento en que terminaría.

Galaeron lo había creído. Si el momento era todo lo que podría controlar, sin duda lo haría.

El bisbiseo de las voces distantes se desvaneció transformándose en silencio, y el aire se tornó pesado y frío. A Galaeron se le subió el corazón a la boca y empezó a sondear la oscuridad ante sí buscando los discos ardientes de los ojos de platino de Telamont.

El aire se volvió todavía más frío e inerte.

—Eres más fuerte de lo que pensaba, elfo —le susurró al oído la voz del Supremo—. Estás empezando a ponerme furioso.

Galaeron sonrió. Trató de volverse hacia la voz, pero todo su cuerpo pareció girar con él, y Telamont siguió fuera del campo de su visión periférica.

Galaeron tendría que conformarse con hablar a las sombras.

—Al menos eso es algo —dijo.

—Oh, hay mucho más —continuó Telamont—. Mucho más. Mi hijo Escanor está muerto.

Galaeron se disponía a decir algo hiriente cuando se dio cuenta de que la expresión ofensiva a un padre sufriente, aunque fuera este padre sufriente, sería invitar a entrar a su sombra.

—Lo lamento —dijo.

Una risita sonó junto al oído de Galaeron.

—Las mentiras también pertenecen a la sombra, elfo.

—No era una mentira, sino compasión.

Las ideas giraban a un ritmo vertiginoso en la cabeza de Galaeron. ¿Acaso la ciudad habría caído y Telamont venía para vengarse? ¿Había pensado una manera de usar la muerte de su hijo para lanzar a Galaeron en brazos de su sombra? ¿O estaba allí simplemente para descargar su ira sobre Galaeron?

—Pensara lo que pensase de Escanor —dijo el elfo—, fuera lo que fuese lo que

me hubiera gustado hacerle personalmente, estoy seguro de que tú lo amabas.

Telamont se quedó callado un momento, sin usar su voluntad para forzar una respuesta como era habitual cuando guardaba silencio, sino dando la impresión sincera de que sopesaba las palabras de Galaeron.

—Tal vez así fuera —dijo el Supremo—. Qué pena que Vala no fuera tan caritativa como tú.

A Galaeron se le hizo un nudo en el estómago. La fría presencia de Telamont se le impuso con más fuerza.

—Escapó de su celda —dijo el shadovar—. Lo mató en su lecho de enfermo.

El nudo se apretó todavía más en el estómago de Galaeron.

—¿Y sus guardias...? —Apenas podía pronunciar las palabras—. ¿Está muerta?

—Eso te pondría furioso, ¿no es cierto?

Una figura vestida con un capote apareció en las tinieblas delante de Galaeron. Puesto que el Supremo le estaba susurrando al oído, Galaeron tardó un momento en darse cuenta de que la figura también pertenecía a Telamont.

—Podría decirte que sí y la furia se adueñaría de ti. —Los ojos de Telamont eran ahora brillantes y feroces, pero su voz seguía susurrando al oído de Galaeron—. Y con la rabia llegaría tu sombra y te haría suyo para siempre.

—Entonces no está muerta. —Galaeron llegó también a la conclusión de que tampoco había sido destruido el Mythallar. Si Refugio hubiera caído, Telamont estaría más interesado en matarlo que en ganarlo para su causa—. No sabes dónde está.

—Y de la esperanza nace la fuerza —bisbiseó la voz incorpórea—. La fuerza para desafiarme. ¿Qué debo hacer?

Se calló y en el aire empezó a pesar la tensión.

Temeroso de que una respuesta llevara a otra y a otra más hasta que por fin revelara su plan, Galaeron trató de no responder. Telamont siguió silencioso y su voluntad apremió con más fiereza a Galaeron. En un momento dado, no pudo resistir más y las palabras salieron por voluntad propia.

—Decirme la verdad.

La medialuna purpúrea de una sonrisa apareció en la capucha por debajo de los ojos de Telamont.

—¿La verdad? ¿Qué es realmente la verdad? —La voz de Telamont susurraba al oído del elfo—. La verdad es que lo estará.

El nudo empezó a deshacerse en el estómago de Galaeron. Vala seguía viva.

—Si la cogéis.

—Cuando la cojamos —puntualizó Telamont—. ¿Adónde puede ir? El suelo está trescientos metros más abajo.

Hizo una pausa y Galaeron temió por un momento que Telamont lo obligara a

contestar algo que desvelara el plan para atacar el Mythallar, pero Telamont se proponía otra cosa.

—Será apresada. Mis otros hijos la están persiguiendo ya.

Galaeron procuró no sonreír. Todavía no había dicho nada de los Elegidos, y si los príncipes estaban ocupados buscando a Vala dejarían sin vigilancia el Mythallar. Era posible que ellos mismos la hubieran ayudado a escapar para distraer a los vigilantes. Sería muy propio de esos cobardes sacrificar a una mujer indefensa para no tener que arriesgar sus propias vidas. Se le ocurrió que tal vez pudiera salvar a Vala poniendo a Telamont al corriente de su plan. Era lo que se merecían esos traidores.

—¿No te importa? —preguntó Telamont—. Pensaba que amabas a esa mujer. Creía que ésa era la razón por la que nos habías traicionado.

Telamont se quedó callado y una vez más el peso de su voluntad aplastó la determinación de Galaeron.

—Es cierto, la amo —admitió por fin.

—Qué pena, entonces —dijo Telamont—. Lo que le sucederá cuando la capturemos...

Volvió a guardar silencio dejando que Galaeron imaginara los horrores por los que tendría que pasar. Teniendo en cuenta el castigo que había sufrido sólo por ayudarlo a él a escapar, ni se atrevía a pensar en la muerte que tendría por haber matado a un príncipe de Refugio. Empezó a sentir el peso de la voluntad de Telamont, instándolo a decir lo que estaba pensando. Una y otra vez Galaeron estuvo a punto de revelar su plan, de revelar cómo había engañado a Telamont para traer a Refugio a los Elegidos.

Logró resistir. Muy dentro de sí, una parte de él quería creer que lo había hecho por honor, que había en su interior algo lo suficientemente fuerte como para resistir la voluntad del Supremo, pero la verdad era que había vuelto a caer en poder de su ser sombra y simplemente no se fiaba de Telamont.

Cada vez que Galaeron empezaba a decir que estaba dispuesto a cambiar el destino de Refugio por la vida de Vala, o que podía entregar a cinco Elegidos a cambio de su libertad, su sombra se negaba. Le recordaba que Telamont se había ofrecido en un momento a enseñarle a controlar su sombra, como si eso fuera posible, y lo mal que había salido aquello. Le recordaba lo poderoso que era el Supremo. Bastaría con que le diera algún indicio sobre el ataque al Mythallar para que Telamont empezara a presionarlo obligándolo a darle más respuestas. El shadovar lo sabría todo en cuestión de minutos, Vala sería condenada de todos modos a una muerte lenta y a Galaeron no le quedaría nada para vengarse.

Por una vez, la sombra de Galaeron tenía razón. Telamont no había hecho nada más que traicionarlo. Telamont se merecía lo que iba a sucederle a su ciudad. Todos

los shadovar se lo merecían. ¿Y Vala? Quería salvarla, pero no podía hacerlo sometándose a Telamont.

—El amor no es tan fuerte como imaginaba —dijo por fin Telamont. La presión no aflojó, pero la voz provenía de la forma encapuchada que Galaeron tenía ante los ojos—. ¿No quieres salvar a Vala?

—Haría cualquier cosa por salvarla —afirmó Galaeron—, pero no soy tonto.

—¿No? —La voz de Telamont sonó como el hielo al partirse—. Entonces sabes que no escaparé.

—Y tú sabes que puedo ayudarte.

Una voz oscura surgió de su interior advirtiéndole que contuviese la lengua, que era un tonto si pensaba que podía negociar con Telamont Tanthul.

Galaeron desoyó aquella voz.

—Los phaerimm siguen causándote problemas. Llévame a la ventana al mundo. Cuando vea que está de regreso en Vaasa, te ayudaré otra vez a combatirlos.

Telamont se acercó hasta que Galaeron no pudo ver nada más frente a su cara que dos ojos de platino. Se obligó a sostener la mirada y vio que los ojos eran coronas plateadas ardiendo en torno a dos discos de sombra más oscuros que la noche. La presión de su voluntad se volvió aplastante, pero Galaeron no desvió la mirada. Por fin, en las coronas brillantes destelló una especie de diversión y Telamont retrocedió un poco.

—El amor no es tan fuerte como imaginaba.

Los ojos del Supremo se transformaron nuevamente en discos y su forma oscura empezó a fundirse disolviéndose otra vez en la oscuridad.

—Pero la esperanza —dijo la sombra—, es mucho más fuerte.

El peso aplastante de su voluntad se mantuvo. Galaeron esperó, pensando que en su interior surgiría en cualquier momento alguna pregunta no formulada. Sólo estaba el peso intangible... y una presión diferente que venía de dentro, una sensación de que estaba más cerca del miedo y de la incertidumbre, tal vez de la pena. Por fin, cuando la forma del cuerpo de Telamont desapareció en la oscuridad y sólo quedó la pálida luz de sus ojos, Galaeron rompió su silencio.

—¡Espera! —gritó—. ¿Y qué hay de lo de Vala?

—Acepto. —Los ojos desaparecieron, pero la voz sibilante de Telamont resonó en las tinieblas circundantes—. Si quieres salvarla, sólo tienes que apoderarte de las sombras y liberarte.

Antes de que Galaeron pudiera protestar, se empezaron a oír otra vez voces en la oscuridad distante, y el peso aplastante de la voluntad de Telamont desapareció. Galaeron se debatía entre el orgullo de haber probado sus fuerzas frente al Supremo y el temor que le inspiraba su comentario sobre la esperanza. ¿Qué había querido decir con eso de que la esperanza es mucho más fuerte? Tal vez fuese sólo una añagaza

para hacer que se sometiera a su voluntad, que se rindiese ante su sombra, pero había habido algo en la forma de decirlo que le hacía pensar en otra cosa, una nota de revelación en la voz de Telamont que hacía pensar en un destello de clarividencia. Su tono al aceptar el intercambio de la cooperación de Galaeron por la vida de Vala tenía algo de irónico, como si supiera que la oferta nunca sería aceptada.

Una voz oscura susurró que Telamont se estaba burlando de él. Había sólo una manera de escapar, y Galaeron no estaba dispuesto a aceptarla. La mitad de los shadovar del enclave estarían riéndose de él en ese mismo momento. Galaeron rechazó esta línea de pensamiento recordando lo que sucedió la última vez que había usado el Tejido de Sombra, cómo había abandonado a Vala y casi había provocado la muerte de Aris. Si Telamont le ofrecía una huida fácil era porque no conducía a ninguna parte. Galaeron había jurado no volver a usar jamás la magia de sombra, y era un juramento que estaba decidido a mantener.

Galaeron pasó lo que le pareció la siguiente eternidad del multiverso discutiendo los pros y los contras con la voz oscura que sonaba en su cabeza. Sabía que había una sola forma de escapar y también que si la aceptaba lo llevaría a un destino mucho peor que la muerte. De haber confiado en enterarse cuando los Elegidos destruyeran el Mythallar y la ciudad cayera, tal vez habría tenido la fortaleza necesaria para esperar.

Tal como estaban las cosas, la incertidumbre era más de lo que podía soportar: el temor a que Refugio se hundiera en las arenas del Anauroch y quedara allí sepultada con él todavía encerrado en aquel oscuro momento preguntándose si su plan tendría éxito alguna vez, preguntándose si Vala viviría para volver a ver a su hijo, preguntándose si Takari lo habría perdonado por ese miedo egoísta que lo había llevado a rechazarla. En su mente apareció la imagen de un cuerpo negro, con forma de gota, que se iba agrandando cada vez más. La cosa tenía tres protuberancias en forma de bulbo que, considerando las bocas llenas de colmillos en que terminaban, bien podrían ser cabezas. Tres brazos, con tres manos con un único ojo en la palma cada uno, brotaban del cuerpo en tres lugares insólitos. El fantasma, porque no tenía la menor duda de que era un fantasma, le recordaba vagamente al sharn que había liberado cuando destruyeron al primer lich, Wulgreth.

Te he estado buscando, elfo.

Galaeron se quedó boquiabierto. Por una vez, su ser sombra parecía demasiado atónito para aprovechar la situación y tuvo un momento de silencio interno del que no había disfrutado desde que había permitido que su sombra lo invadiera.

Qué, ¿no hay un «hola, qué tal, amigo»? —preguntó el sharn—. ¿Ni un «bienvenido, Xrxvlaiblea»?

—Va-a-ya. Eh, ¿cómo...?

—Supongo que tendré que conformarme con eso.

El sharn Xrxvlaiblea levitaba en las sombras delante de Galaeron, con su tonelada y media de peso. ¿O habría que decir «los» teniendo en cuenta que tenía tres cabezas? Paseó los ojos de las palmas por Galaeron.

—¿E-e-eres real? —tartamudeó el elfo.

Una de las cabezas se acercó repentinamente a la cara de Galaeron y salpicándolo de saliva, dijo:

—¿Acaso no dije que volvería para pagarte el favor que me hiciste en Karsus?

—Es cierto —reconoció Galaeron con un respingo.

—Y éste es el momento en que más me necesitas, ¿verdad?

Galaeron asintió.

—Por supuesto que lo es —aseveró otra cabeza—, o yo no estaría aquí.

Galaeron hizo un gesto de incredulidad y se preguntó si habría empezado a tener alucinaciones.

—Entonces, ahí tienes —dijo la tercera cabeza—. Ahora estás listo. Favor devuelto.

Dicho esto, el sharn se volvió y empezó a alejarse flotando hacia las sombras. Galaeron trató de mover un brazo y se encontró con que estaba tan sujeto como siempre. Durante un momento dudó sobre la conveniencia o no de hablar con una alucinación. Una voz oscura preguntó qué mal podría hacerle, y él respondió que ninguno.

—¡Espera!

El sharn se detuvo, pero sin volverse.

—¿Listo para qué? —preguntó Galaeron.

—Listo para hacer lo que no estabas listo para hacer entonces —replicó el sharn.

—Pero sigo cautivo —dijo Galaeron frunciendo el entrecejo.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? —preguntó una de las cabezas. Desde atrás era imposible saber cuál—. Será mejor que te sueltes.

—No lo entiendes —dijo el elfo—. No puedo usar el Tejido de Sombra. Hice un juramento.

—¿Un juramento?

El sharn giró en redondo y plantó las palmas de dos de las manos delante de la cara de Galaeron para que pudieran mirarse a los ojos.

—¿Y por qué hiciste una cosa tan descabellada?

—He estado pasando por una crisis de sombra —le explicó Galaeron—. Cuando utilizo el Tejido de Sombra, mi ser sombra me controla. Es posible que la próxima vez sea para siempre, por eso hice votos de no volver a usar la magia de sombra.

—Romper un juramento es mala cosa. —Los ojos de las palmas parpadearon—. Pero no estés enfadado con la Sombra. Eso es lo que él quiere y, de todos modos, no es culpa suya. Has hecho una promesa que no puedes cumplir.

El sharn se dio la vuelta y empezó a alejarse otra vez.

—¿Y eso es todo? —le gritó Galaeron—. ¿Es ése tu gran favor?

Una de las cabezas miró por encima del hombro.

—Mira, no estoy aquí para decirte cómo debes vivir tu vida. Puedes hacerlo ahora o más tarde, cuando ya no importe. Tú eliges. Favor devuelto.

»Una pregunta más —añadió la segunda cabeza— y quedarás en deuda conmigo.

»Seguro que no querrás eso —confirmó la tercera cabeza—, ¿verdad?

—No —dijo Galaeron—. Por supuesto que no. Gracias y adiós.

—Por supuesto que no —concluyó el sharn, y se desvaneció en medio del tenebroso murmullo.

Pasó un buen rato antes de que la voz oscura que llevaba en su interior sugiriese que tal vez deberían olvidarse del sharn, que tal vez había sido una ilusión conjurada por Telamont Tanthul como treta para hacerle usar el Tejido de Sombra. Después de todo, tal vez era mejor que siguieran ahí, suspendidos en las tinieblas, un poco más. Galaeron se dio cuenta de que tal vez su ser sombra estuviera diciendo lo contrario de lo que realmente quería, que tal vez lo que deseaba realmente era sugerir lo contrario porque sabía que él haría precisamente lo contrario de eso...

—Tal vez —dijo Galaeron. Cerró los ojos, cogió un puñado de sombra y cerró el puño—. Y tal vez no.

Capítulo 13

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Para desesperación de Aris, la recuperación de sus fuerzas no había traído consigo la de la elegancia. Desaparecido Malik, el gigante se encontró trabajando secretamente al servicio del príncipe Yder. Estaba sobre el altar mayor del templo de Malik al Único, tallando un relieve de la Luna Negra de Shar en torno a la calavera y el sol que había tallado cuando el templo todavía pertenecía a Malik.

No hubiera podido pedir mejores condiciones de trabajo, ni aunque fuera un gigante libre. No tenía más que pedirlo y todo lo que quería comer o beber era traído de cualquier rincón remoto de Faerun. Una compañía de ayudantes atendía a todas sus necesidades, trabajaba a su antojo y era libre de hacer lo que le viniera en gana el resto del tiempo. Ni siquiera era un cautivo, ya que podía circular con libertad por la ciudad de Refugio, eso sí, si no le importaba ir acompañado de una escolta de varios señores de las sombras armados.

Su control de las herramientas había vuelto a la normalidad tras recuperarse mediante el sueño de los efectos de haber mantenido ocultos a los Elegidos en su cuerpo, y la Luna Oscura había sido tallada con suficiente superficialidad como para no llamar demasiado la atención. A pesar de todo, había algo intrínseco en la naturaleza oculta de la diosa que no era muy convincente. Era suficiente mirar la calavera y el sol de Cyric para ver que flotaba dentro de la Luna Oscura de Shar, y eso no servía. La diosa era más sutil, más misteriosa.

Aris se alejó para tomar perspectiva, sin darse cuenta siquiera de que había provocado que una docena de ayudantes salieran corriendo en busca de refugio, y tomó la decisión de reconsiderarlo todo desde el principio. Guardó el martillo y el cincel en la bolsa de herramientas que llevaba al cinto y se retiró de la zona del presbiterio.

—Id a mi taller —dijo, señalando a los asistentes la puerta del crucero—. Traed una pieza de lona y una barra de carboncillo para hacer bosquejos.

Los ayudantes corrieron a obedecer, dejando de guardia a sólo cuatro señores de sombra que hicieron lo posible por estar callados y pasar desapercibidos. Al parecer, Yder había dado órdenes de no recordarle a Aris que era un cautivo, pero eso no cambiaba nada. Él sabía que siempre lo estaban vigilando. Podía sentirlos allí, escondidos.

Desde la nave central llegó un ronco gemido al abrir alguien el Portal Negro. Aris movió la mano con gesto ausente en la dirección del sonido sin apartar la atención del objeto de su frustración. Un par de guardias salieron corriendo para impedir la entrada del visitante. A esto le siguió el bisbiseo de una conversación en voz baja,

después el ruido de una refriega, unas cuantas sílabas de magia y el estruendo de varios cuerpos cubiertos de armadura al chocar contra el suelo.

—¿Qué les pasa a estos zoquetes? —preguntó Aris, demasiado absorto en cuestiones estéticas como para reparar en nada que lo perturbara—. ¿No veis que estoy tratando de pensar?

Los otros dos guardias ya avanzaban por la nave a grandes zancadas para impedir la entrada del intruso. Esta vez, el encantamiento acabó en un brusco crujido. Un destello relampagueante iluminó el presbiterio y Aris vio por fin la solución a su problema. La totalidad del altar se convertiría en una Luna Oscura cuyo hemisferio superior formaría un panel semicircular de fondo mientras el inferior descendería hasta el coro. El truco consistiría en conseguir el escorzo adecuado en el punto del cambio de nivel, y en encontrar una manera de redondear la escalera hacia la base. Cada vez más excitado, Aris cayó de rodillas y empezó a buscar en su bolsa una barra de carboncillo.

—Resulta difícil determinar aquí quién es el amo y quiénes los guardias. —La voz sonó levemente familiar—. No eras tan exigente allá en Arabel.

—¿Tienes algo con que bosquejar? —Aris extendió la mano sin mirar—. Debo plasmar esto antes de que se me olvide la idea.

—¡Aris! —dijo la voz con tono destemplado—. Déjalo. Aquí ya has terminado.

—¿Terminado?

Con gesto de fastidio por la interrupción, Aris movió la cabeza de un lado a otro y se encontró a Galaeron de pie a su lado. El elfo tenía más o menos el mismo aspecto que cuando se habían separado en la Puerta de la Cueva, aunque ahora su rostro presentaba señales de fatiga y sus ojos aparecían velados por una oscuridad satinada.

—Galaeron...

Mientras hablaba, Aris notaba que se iban escapando los detalles de su idea, pero estaba tan contento de ver vivo a su viejo amigo que no le importaba... demasiado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —retrucó Galaeron—. Me he escapado.

—¿Escapado? ¿Del palacio del Supremo?

Galaeron asintió.

—Tuve que usar el Tejido de Sombra —dijo, volviéndose a mirar el pasillo central de la nave, donde los cuatro guardias de Aris yacían muertos por diferentes métodos—. Lo siento.

Aris sintió lástima por su amigo.

—No le has fallado a nadie. —Apoyó dos dedos sobre el hombro del elfo—. Estoy orgulloso de que no te hayas rendido antes de esto.

—No me rendí —dijo Galaeron—. Elegí. Telamont está buscando a Vala.

Aris sintió un gran vacío.

—Entonces, ¿lo sabe? —preguntó.

—¿Saber qué?

—Lo de los Elegidos —dijo Aris—. No podían encontrar el Mythallar y yo les dije que buscaran a Vala.

Una sombra cubrió el rostro de Galaeron.

—Los Elegidos deben de haberla liberado —dijo el elfo mientras le hacía señas a Aris para que se pusiera de pie y se volvía hacia el Portal Negro—. Yo los delaté. Eso era lo que quería decir.

Aris se puso en pie pero no mostró ninguna intención de seguirlo.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Qué dijo?

—El sharn —respondió Galaeron sin detenerse—. Se me apareció en el palacio del Supremo. Dijo que había venido a devolverme el favor que nos debía y que yo tenía que hacer una elección.

—¿Y?

—Y se marchó y yo hice mi elección —respondió el elfo—. No podía soportar la idea de que Telamont volviera a apresar a Vala, pero ahora veo que no sólo se refería a eso, sino a mucho más.

Al ver que Galaeron no pensaba esperar, Aris le dio alcance de un solo paso. Levantó a Galaeron del suelo y lo puso a la altura de su cara.

—¿El sharn de Karse se te apareció en el palacio del Supremo?

—¿No te lo acabo de decir? Déjame en el suelo. Tenemos que encontrar a Vala y a los Elegidos.

Aris no obedeció.

—¿El sharn te dejó allí para que te liberaras por tus propios medios? ¿Te dejó allí y te dijo que usaras el Tejido de Sombra?

Si Galaeron reparó en la alarma que reflejaban las palabras de Aris, no dio muestras de ello.

—El sharn vino a advertirme —dijo el elfo—. Telamont acababa de estar allí tratando de convencerme de que usara el Tejido de Sombra para salvar a Vala. Cuando me negué, adquirió un aspecto extraño. Antes de marcharse, Telamont dijo que la esperanza era más fuerte de lo que había imaginado.

—¿Era de eso de lo que quería advertirte el sharn?

Galaeron negó con la cabeza.

—Creo que Telamont sabía que lo estaba desafiando porque esperaba que pronto sucediera algo. Debió de haberse dado cuenta de que Vala había escapado con ayuda, porque se fue precipitadamente. Tenemos que encontrar a los Elegidos y avisarles.

—Todo muy posible —dijo Aris—, pero el sharn te dejó allí sin más escapatoria que el uso del Tejido de Sombra.

Galaeron se encogió de hombros.

—Tuve que aceptar lo inevitable, y eso me hizo salir fortalecido.

Apartó el pulgar de Aris y saltó al suelo, aterrizando con suavidad.

—¿Quién salió fortalecido? —preguntó el gigante, un poco asustado por la facilidad con que Galaeron se había librado de él—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que fue el sharn lo que viste y no algún truco de Telamont?

—Porque lo derrotamos —respondió Galaeron poniéndose otra vez en marcha hacia el Portal—. Mi sombra y yo juntos nos enfrentamos a Telamont Tanthul y lo vencimos.

—Galaeron, mírate —le pidió Aris. Dio un paso adelantándose al elfo y a continuación se volvió en redondo y le bloqueó el paso—. Telamont Tanthul ha estado engañándote para que usaras tu sombra desde el día que llegamos a Refugio, ¿y ahora resulta que lo haces y de repente eres más poderoso que él?

—Sí —dijo Galaeron llanamente—. Los shadovar se valen del engaño y el subterfugio, eso ya lo sé, pero para mí el mayor engaño fue cuando Melegaunt me hizo creer que tenía que luchar contra mi sombra. Me llenó de dudas, y la duda me hizo débil.

—Y ahora estás seguro —dijo Aris con tono de burla y desconfianza—. Ahora eres fuerte.

—No, ahora estoy entero —le soltó Galaeron—. Eso es lo que me hace fuerte. No tengo tiempo para explicártelo ahora.

Pronunció una palabra mística y apuntó con la mano al pie de Aris, que empezó a deslizarse por el suelo.

—Voy al Mythallar —le informó Galaeron dando un paso hacia el Portal Negro.

—¡Espera! —La desconfianza de Aris iba en aumento—. En Arabel me dijiste que no sabías cómo encontrar el Mythallar.

—No en este plano.

Galaeron apoyó una mano en el Portal Negro y pronunció unas cuantas palabras en netherese antiguo. La puerta se disolvió en una niebla de sombra.

El elfo se volvió hacia Aris.

—Espero que vengas conmigo. No creo que Refugio sea un lugar seguro para ti durante mucho tiempo más.

A Aris le bailaban en la cabeza mil sospechas; la principal, que Telamont estuviese usando a Galaeron para que pusiera al descubierto a Vala y a los Elegidos, pero para eso era necesario que Galaeron no estuviera bajo la influencia del Supremo, porque en ese caso Telamont sólo tendría que preguntar para averiguar lo que quería saber.

—Ya vengo —dijo dirigiéndose al sombrío portal—, pero primero debes prometerme que una vez terminado esto no volverás a tocar nunca más el Tejido de Sombra. Todavía puedes salvarte.

—Era una invitación, Aris, no un ruego —replicó Galaeron con un tono en el que se mezclaban el desdén y la paciencia—. No necesito ser salvado de nada.

Galaeron se volvió y atravesó el Portal Negro, dejando a Aris solo en el templo del Único, solo, furioso y abandonado. No conseguía determinar si el que acababa de salir era Galaeron o su sombra, o alguien a quien Aris ni siquiera conocía. Las últimas palabras de Galaeron lo habían dejado resentido y dolido, y semejante falta de consideración no era propia de su amigo. Al gigante le dieron ganas de volver a refugiarse en su trabajo, pero eso era una tontería, por supuesto. Si el plan de Galaeron funcionaba, todo quedaría en ruinas en un momento, y si fracasaba, lo que menos le apetecía era pasarse unos cuantos siglos ocultando Lunas Oscuras en la sagrada escultura de otras deidades. Además, tanto daba si conocía o no del todo al elfo, Galaeron era su amigo, e independientemente de lo raro que se volviera, uno no abandona a los amigos cuando se aprestan a luchar contra Telamont Tanthul y los príncipes de Refugio... Al menos no es eso lo que hacen los gigantes de piedra.

Aris siguió a Galaeron a través del Portal Negro y se introdujo en la niebla de sombra. El aire se volvió gélido, y el suelo, tan blando como la nieve.

—¿Galaeron? —llamó Aris hacia el interior de la negrura.

Dio otro paso inseguro, haciendo todo lo posible por avanzar en línea recta.

—¿Dónde estás?

Al no recibir respuesta, Aris pensó que había esperado demasiado. Las sombras no eran un lugar adecuado para perderse. Dio la vuelta y volvió atrás lo poco que había avanzado.

Tres pasos después, seguía en medio de la oscuridad.

Tal vez sus primeros dos pasos habían sido más largos de lo que pensaba. Con el brazo extendido por delante del cuerpo, Aris avanzó otro paso.

—Galaeron.

Una pequeña mano se apoyó en su rodilla.

—En voz baja, amigo mío —dijo el elfo.

El suspiro de Aris fue cualquier cosa menos bajo.

—Pensé que me habías dejado atrás.

—Tengo muy pocos amigos como para dejarlos deambulando solos por la Linde —respondió Galaeron. Tiró de la pernera del pantalón de Aris guiándolo hacia adelante—. Debemos ser cautelosos. No sé quién más puede estar observando.

—¿Observando? —susurró Aris.

Galaeron se detuvo y la niebla blanca que tenían por delante se fue haciendo traslúcida. Aris vio que se habían detenido justo dentro de la Linde de Sombra. Ante ellos había un gran cráter recubierto de obsidiana, aparentemente de una sola pieza y de superficie tan tersa como el interior de un cuenco de cristal. De pie cerca del fondo, separados a intervalos iguales a lo largo de la pared interior, estaban Khelben

y las cuatro hermanas. Tenían los brazos extendidos y con los dedos apuntaban hacia los camaradas que tenían a ambos lados, de tal modo que formaban un gran anillo alrededor de la pared interna. Dentro de este círculo había un disco de luz gris opalescente que lentamente acercaban al fondo de la oscuridad.

A Vala no se la veía por ninguna parte, ni tampoco a Telamont y a sus príncipes.

Aris se arrodilló al lado de Galaeron y se inclinó hacia él para decirle algo al oído. —Tal vez no hayan encontrado...

Galaeron hizo un gesto y el resto de la frase de Aris se desvaneció en el silencio.

El Mythallar está por debajo de ese portal dimensional —dijo la voz de Galaeron dentro de la cabeza del gigante—. *Vala está por aquí, en alguna parte, puedes estar seguro.*

Aris estaba a punto de preguntar si Telamont también estaba allí cuando, aproximadamente a un cuarto de la circunferencia de donde ellos estaban, surgieron de la Linde de Sombra las figuras oscuras de los diez príncipes que quedaban. No salieron por el recubrimiento de obsidiana, sino que más bien brotaron de él y empezaron a deslizarse silenciosamente por la pared. Aris metió la mano en la bolsa de sus herramientas buscando algo que arrojar, pero Galaeron le sujetó el brazo.

Seguramente los Elegidos ya lo habrán previsto.

Los príncipes ya estaban casi encima de los Elegidos cuando chocaron con una barrera invisible y se pararon en seco. Diminutos rayos de energía crepitaron hacia afuera en torno a cada punto de impacto. Se pusieron en pie de un salto, gimiendo de dolor y asombro. Treparon unos cuantos pasos por la pared y allí se quedaron, lanzando niebla negra al aire. Tres de ellos volvieron a caer casi de inmediato y se disolvieron en la Linde. Los otros arrojaron hacia el fondo del cráter globos de magia de sombra, que al golpear contra la barrera se transformaron en una intensa lluvia negra de diminutas cuentas de oscuridad que chisporrotearon sobre la superficie invisible como gotas de agua sobre una enorme sartén caliente.

Mientras los demás seguían asaltando la barrera, la figura flaca del príncipe Lamorak conjuró un disco de sombra. El y su hermano Malath se subieron a él y flotaron hacia el centro del cráter, moviendo los dedos como posesos para entrelazar hebras de sedasombra y darles la forma de una pequeña hacha de mano.

Aris cogió uno de sus cinceles, pero antes de que pudiera sacarlo de la bolsa para arrojarlo, un rayo de magia dorada partió del borde opuesto del cráter haciendo trizas el disco de sombra de Lamorak. Malath cayó de cabeza contra la barrera invisible y quedó inerte. Su cuerpo se transformó primero en un charco negro y después en pequeños glomérulos negros y humeantes que flotaban por la superficie. Lamorak cayó de espaldas, dio un grito y consiguió lanzarse al aire. Se desvaneció con un crepitar agudo en un conjuro de teleportación.

Aris miró a través del cráter hacia la fuente del rayo dorado y atisbo un mechón

del pelo dorado de Vala, que en seguida desapareció detrás del borde. Aunque nunca la había visto formular un conjuro, lo lógico era suponer que uno de los Elegidos le habría dejado un anillo o una varita capaces de lanzar rayos mágicos. Por desgracia, Aris no fue el único que la vio. Yder y Aglarel se deslizaron tras ella usando sus miembros como las patas de una araña para subir por la resbaladiza pared.

Aris miró hacia abajo y experimentó un gran alivio al ver que su amigo estaba mirando a Vala y tenía las cejas elfas enarcadas con expresión de honda preocupación. Sin embargo, Galaeron no intentó ir en pos de ella. A Aris le vino a la memoria aquella vez en el Saiyaddar, cuando el elfo estaba bajo la influencia de su ser sombra y a punto había estado de hacer que lo mataran a él para hacer caer a un dragón en una emboscada. Aris sacudió a Galaeron por el hombro y lo instó a ir tras ella.

Galaeron se desasíó de la mano del gigante.

Seguramente ya lo habrán previsto. Debemos esperar aquí, en la Linde, a que surja algo que no hayan previsto.

Aris se dispuso a preguntar airadamente que podría ser ese algo, pero el conjuro de Galaeron le imponía silencio. No podía hacer otra cosa más que esperar y observar mientras los Elegidos, ajenos totalmente a los esfuerzos cada vez más frenéticos de los príncipes de penetrar la barrera mística, seguían recorriendo el portal dimensional hacia el fondo del cuenco. Yder y Aglarel llegaron al borde del cráter y desaparecieron en él. El cuenco empezó a sacudirse y se desmoronó debajo de ellos.

Aris se quedó boquiabierto. Los Elegidos lo habían conseguido, Refugio se estaba desmoronando. Levantó a Galaeron y, dispuesto a no separarse de los demás dijera lo que dijese el elfo, dio un salto hacia el interior del cuenco..., pero aterrizó en el mismo lugar, mientras el cuenco seguía cayendo por debajo de él.

Cuando nos necesiten —susurró Galaeron—. No antes.

* * *

Malik no tenía la menor idea del tiempo que había pasado encadenado en el altar de Shar. Sólo sabía que el hambre lo había debilitado tanto que sus tripas ya ni rugían, que tenía la lengua tan hinchada por la sed que no podría beber aunque alguien le diera agua, que sus oídos estaban tan acostumbrados al constante susurro de los fieles de la Oculta que el repentino silencio lo había dejado sordo y aturdido.

Tuvo la sensación de estar flotando, una sensación que se acentuó cuando su sombra en el techo empezó a encogerse y a volverse aún más oscura, cuando el chorro de magia plateada que salía de la piedra empezó a arremolinarse en torno a él en gotas tan grandes como su cabeza, y especialmente cuando las formas confusas de los adoradores de Shar empezaron a volar por los aires y a rebotar en el techo

salpicado de sombras.

Tan debilitado estaba por la sed y el hambre que por un momento su confusión no le permitió comprender lo que veía. ¿Acaso habría muerto por fin y emprendido el viaje al Castillo Destrozado, o era que esa zorra de Shar repentinamente había concedido a sus fieles el don de volar? ¿O tal vez era una alucinación? Quizá todas las vicisitudes por las que había pasado por su dios Cyric estaban ahora pasándole factura, haciendo que se volviera tan loco, tan desequilibrado, como lo había sido otrora su dios.

Entonces Malik llegó al extremo de las cadenas y sintió que sus manos marchitas casi se escurrían de las ataduras y supo lo que había pasado. El Único había respondido a su plegaria. Por fin Cyric había tenido piedad de su pobre servidor y había alzado un dedo para ayudar en la imposible misión que le había asignado, y pronto los sharitas pagarían por todos los tormentos y torturas a que lo habían sometido mientras estuvo encadenado al altar robado de su diosa.

—¡Os ha llegado la hora! —gritó Malik a través del remolino flotante de cuentas de plata—. Cyric ha venido por fin y se vengará cruelmente de vosotros.

—¡Tonto! —La voz que susurró esto provenía de su propia sombra, aplastada contra el techo a unos doce pasos por encima de él—. No hay nada más alejado de las preocupaciones de Cyric que tu desgracia.

—¡Eso no puedes saberlo! —exclamó Malik, más para tranquilizarse que porque pensase que su sombra necesitaba saberlo—. No eres nada para él. —Quiso detenerse aquí, pero sintió que las palabras se agolpaban respondiendo a la maldición de Mystra que lo obligaba a decir la verdad—. ¡No eres más que otro tormento para mí!

—Ése es el único servicio que me alegro de hacer a tu dios —dijo la sombra con una sonrisa color púrpura—. Pero eso no altera la verdad de lo que está sucediendo. La ciudad está cayendo.

—¿Cayendo? —Malik se estremeció y notó que otras voces estaban empezando a sumarse a la suya—. ¿Conmigo dentro?

—Es una pena, ¿verdad? —inquirió la sombra.

—Más de lo que te imaginas.

En esto Malik era sincero, porque Cyric solía hablarle del destino que le aguardaba si alguna vez fracasaba en una de las misiones que le encomendaba. En un instante desfilaron por su cabeza los mil tormentos prometidos, ya que, en su infinita sabiduría, el Único había hecho que Malik los memorizase tan bien como su propio nombre.

No había forma de evitarlo. La ciudad se iba a estrellar en el desierto y él iba a morir junto con todos los demás, seguramente aplastado bajo la Piedra de Karse, ya que seguía encadenado a ella... Y fue en ese momento cuando Malik vio claramente la vía de su salvación.

En una ocasión anterior, cuando Cyric había enviado a Malik en busca de un libro sagrado al interior de la Torre del Homenaje de Candlekeep, el Único le había dicho que bastaba con que pronunciara tres veces su nombre una vez que hubiera cumplido la misión para que fuera rescatado. Teniendo en cuenta que Yder había dicho que la Piedra de Karse era la corona de su diosa Shar, y teniendo en cuenta que era también la única fuente de la antigua magia integral de todo Faerun, incluso tal vez de todo Toril, parecía razonable suponer que quien controlara la Piedra de Karse también podría controlar el Tejido de Sombra.

Malik se dio cuenta de que la piedra podía ser sólo como una corona. Aunque no era realmente la fuente del poder de Shar sobre el Tejido de Sombra, era al menos su símbolo y en Calimshan había aprendido que el que controlara el símbolo, pronto poseería el poder. Cuando el auténtico califa de la ciudad había sido despojado de su corona por una banda de ladrones, el jefe de éstos había tenido la audacia de colocársela en la cabeza y retar al califa a recuperarla. Por mucho que lo intentó, el anciano nunca lo consiguió, y no pasó mucho tiempo antes de que la ciudad reconociera al ladrón como nuevo califa.

Malik creía que lo mismo sucedería con la Piedra de Karse. No, lo sabía sin ninguna duda. No podía haber ninguna otra razón para que la diosa de las sombras permitiera que un artefacto de tan reluciente luz sirviera como altar mayor en el más sagrado de sus templos.

Al ver que había flotado hasta llegar a casi dos metros del techo, y que su sombra era apenas algo mayor que él pero tan negra como la obsidiana, Malik cerró los ojos. No tenía la menor idea de lo que tardaría la ciudad en estrellarse contra el Anauroch, pero llevaban entre cinco o diez segundos cayendo y el impacto tenía que ser inminente.

—¡Lo tengo, poderoso señor! ¡Tengo el Tejido de Sombra encadenado a mi espalda!

Viendo que la maldición de Mystra no lo obligaba a añadir nada más, ni siquiera a aclarar que se trataba sólo de un símbolo, decidió que su plan iba a funcionar.

—¡Cyric, el Único, el Todo! —gritó.

No sucedió nada. Flotaba tan cerca del techo que no podía ver nada más que la cara burlona de su sombra.

—Eres penoso —le dijo ésta—. Me avergüenza saber que soy una consecuencia de tu imagen. Aun cuando Cyric pudiera oírte ¿crees que respondería?

—¿Aun cuando? —gritó Cyric—. ¿Qué significa aun cuando?

—¿Qué crees que quiero decir? —retrucó la sombra—. Éste es el templo...

La explicación se interrumpió abruptamente al tocar Malik el techo y entrar en contacto con su sombra. Los ojos rojos se cerraron y la sombra adquirió una forma más achaparrada y menos monstruosa. Malik experimentó un acceso de magia fría

cuando se unió a su cuerpo.

—¡Esto es lo que te mereces! —Con la cara pegada al techo de piedra le costaba hablar con claridad—. ¡Estarás conmigo cuando me enfrente a la cólera del Único!

El techo se elevó apartándose de su cara y Malik pensó por un momento que su sombra se había equivocado, que, después de todo, Cyric había venido a rescatarlo. Entonces oyó como un chapoteo y gritos y vio a los shadovar que agitaban los brazos y que las cuentas de magia plateadas adoptaban la forma de lágrimas al caer al suelo del templo.

Malik cerró los ojos.

—¡Cyric, el Único, el Todo! —gritó.

Lo único que sucedió fue que un rugido constante empezó a surgir a su alrededor. Apenas había identificado el sonido como el del torrente constante de magia que caía en el estanque de abajo cuando el rugido estalló en un chapoteo atronador y los pulmones se le vaciaron de aire al golpear su espalda en la Piedra de Karse. Rebotó una vez y sintió que las piernas se liberaban de los grilletes y se le rompían los huesos de una mano al escurrirse ésta de las esposas que la tenían sujeta.

Por un momento, Malik pensó que acabaría ahí, que todo se tornaría negro y se despertaría en el Plano de Fuga, abandonado a la suerte adversa con que castiga a todos los desgraciados sin fe que han perdido el favor de sus señores el dios ladrón de los muertos, Kelemvor.

Pero no iba a ser así. Todavía sujeto a la Piedra de Karse por la mano que no se le había roto, Malik se deslizó hacia el lado de la hendidura y la cara le quedó totalmente expuesta a las salpicaduras de la magia. Antes de que pudiera cerrar la boca y apartarse, tragó tres veces y el líquido entró por el conducto equivocado y le llenó inmediatamente los pulmones.

Malik creyó que iba a ahogarse, pero esto era magia. Le penetró a través de los pulmones al resto del cuerpo llenándolo de renovado vigor. La debilidad debida a la falta de comida y de líquido se desvaneció y la mano que se acababa de romper empezó a curarse, aunque como el hueso fracturado todavía no se había asentado le dolía como si Aris se la hubiese atravesado con un cincel. El hombrecillo plegó las piernas debajo del cuerpo y al volverse vio el templo lleno de maltrechos shadovar. Algunos flotaban boca abajo en la magia plateada y otros trataban de alcanzar los arcos de salida a toda la velocidad que les permitían sus piernas oscuras.

Un par de fanáticos adoradores de Shar lo vieron de pie junto a la Piedra de Karse y se dispusieron a abalanzarse sobre él gritando que aquello era obra del ladrón infiel. En ese preciso momento, las bóvedas del techo cedieron bajo la presión de la repentina parada y empezaron a caer hacia el interior del templo. El más corpulento de los fieles quedó aplastado bajo una sección de nervadura que tenía aproximadamente el tamaño de Aris, y los otros desaparecieron tras una cortina de

escombros.

Sacando buen partido de la habilidad que le había otorgado Cyric para desaparecer, Malik se refugió bajo la superficie del estanque plateado. Un fanático superviviente llegó un instante después y empezó a revolver el agua con su negra espada entre juramentos de que pondrían la cabeza astada de Malik como trofeo sobre la pared. En realidad, habría sido muy sencillo seguir la cadena a la que todavía estaba sujeta su mano para encontrarlo, pero la magia del Único impidió que el adorador de Shar la viera. Malik emergió detrás de él, y apoderándose de la daga que el shadovar llevaba en el cinto, le abrió el vientre con ella.

Un gran paño de pared se derrumbó a espaldas de Malik. Todo el templo se inclinó y Malik se vio arrastrado por la Piedra de Karse mientras la corriente se llevaba todo lo que encontraba a su paso hacia un remolino que se había formado en una esquina. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que estaba a punto de ser engullido por uno de los desagües que había observado al despertarse por primera vez en la cámara.

Por un momento, Malik tuvo la sensación de que la ciudad había empezado a caer otra vez, pero entonces la cadena de las esposas se aflojó, se tensó de nuevo y se volvió a aflojar cuando la Piedra de Karse golpeó contra algo, rebotó y empezó a rodar. Se encontró volando por los aires, a continuación vio cómo le pasaba la piedra por encima de la cabeza, y, por último, arrastrado antes de darse de bruces contra ella y detenerse.

Por comparación con el choque y el rugido de la caída inicial, la cámara pareció sumida en una quietud sobrecogedora. No era silencio precisamente, ya que por todos lados se oían los gemidos y gruñidos de los heridos, la caída incesante de escombros y de personas que se precipitaban en los viscosos charcos de magia, y el gorgoteo constante del torrente mágico que seguía saliendo de la grieta de la Piedra de Karse. Lentamente, Malik se incorporó y, tras descubrir que había salido más o menos intacto, se volvió para ver dónde había aterrizado.

Estaba apoyado contra la pared de una de las cavernas donde los shadovar producían sus mantas de sombra. A su derecha estaba el enorme telar semejante a un peine que usaban para hacer telas de sedasombra, y a su izquierda, la tronera de cien metros por la que entraba la luz necesaria para crear sombra. Sin embargo, lo que más le interesó a Malik fue el recipiente de latón poco profundo que tenía justo frente a él. El recipiente, fuertemente inclinado como consecuencia de la inclinación de la ciudad, tenía fácilmente cien pasos de lado, pero de profundidad tenía apenas el grosor de una uña. Al lado opuesto, varias decenas de metros por encima de la cabeza de Malik, había un extenso canal donde se acumulaba parte de la magia plateada que antes era distribuida uniformemente por el mismo.

Una tremenda sacudida conmovió la caverna del telar que se enderezó

lentamente. La magia argentada de la Piedra de Karse se vertió en el recipiente de latón y empezó a fluir hacia los rincones del taller. La luz del sol atravesó brevemente la abertura de la tronera y después se desvaneció tras el borde superior, proyectando una estrecha cuña de sombra sobre la superficie del recipiente. Allí donde la sombra entraba en contacto con la lámina de magia integral que se iba extendiendo, se concretaba instantáneamente en un triángulo de manta de sombra del grosor de una oblea.

—¡Utilizan magia integral! —exclamó Malik con asombro al comprender de pronto lo que estaba viendo—. Necesitan la Piedra de Karse para hacer sus mantas.

La ciudad siguió inclinándose, esta vez en la dirección opuesta. Malik se dio cuenta de que todo lo que había averiguado no le serviría de nada si no sobrevivía para contárselo a Cyric, y se puso de pie. Empujando unas veces, tirando otras y arrastrado por momentos, empezó a orientar la Piedra de Karse hacia la tronera iluminada por el sol del lado derecho de la estancia.

Contando con su consabida suerte, Malik pensó que tal vez consiguiera empujar la Piedra de Karse hacia el desierto antes de que todo el Enclave de Refugio se desplomara aplastándolos.

* * *

A pesar de lo oscuro que se había vuelto el corazón de Galaeron, a punto había estado de romperse cuando él y Aris vieron a Aglarel y a Yder desaparecer tras el borde del cuenco persiguiendo a Vala. Después de abandonar la caravana en Estrella Vespertina, no se hacía ilusiones sobre la disposición de los Elegidos a arriesgar a cualquier individuo por el bien común. La comprobación de que también él estaba dispuesto a asumir el mismo riesgo, y respecto de alguien a quien amaba, no le pareció ni bien ni mal, sólo necesario. Que los acontecimientos hubieran demostrado que tenía razón no lo hacía sentir ni culpable ni al contrario. Finalmente comprendió lo que Dove y los demás habían estado tratando de decirle aquel día —o eso creyó, ya que su mano finalmente se había curado y había recuperado el color habitual—, es decir, que los Elegidos ya llevaban sus sombras dentro, que no era posible asumir tanta responsabilidad y tanto poder sin ensombrecer el propio espíritu.

—Prepárate, Aris. —Galaeron habló ahora normalmente, pues ya no había posibilidad de que los shadovar los pudieran oír—. Nos necesitan.

A través de la niebla de sombra cada vez más espesa que subía de la batalla que se libraba más abajo, el Supremo era apenas visible, una figura espectral de pie al borde de la barrera defensiva de los Elegidos. Miraba hacia abajo, hacia el fondo del cuenco, donde estaba el Mythallar entre los restos humeantes del portal dimensional que Khelben y los demás habían estado bajando por encima de él, cuando finalmente

se reveló difundiendo una oleada de fuego de sombra a través de la protección que tenían por encima.

La batalla que había sobrevenido había sido tan feroz como salvaje. Las bolas de sombra y los rayos relampagueantes se estrellaban contra los escudos mágicos. Las espadas de plata chocaban contra la negrura, y los pies y los puños volaban a tal velocidad que la vista casi no podía seguirlos. Ante el temor de crear más grietas dimensionales como la que había absorbido a Elminster hacia los Nueve Infiernos, ambas partes evitaban la utilización de la magia pura. A pesar de todo, en media docena de puntos había alarmantes torbellinos de aire lleno de sombra, y dos de ellos parecían atraer conjuros hacia sus vertiginosos núcleos y ampliarse al alimentarse de su magia.

Galaeron señaló la figura de anchos hombros del príncipe Clariburnus, a quien mantenía a raya el frenesí cegador de estocadas y patadas de Dove Mano de Halcón.

—Mira si puedes sorprender a Clariburnus por detrás e inclinar las cosas a nuestro favor —le dijo a Aris.

Aris alzó su martillo gigante.

—Al menos lo distraeré —afirmó—, pero me preocupa que sólo veamos a los príncipes y al Supremo. —El gigante señaló a Telamont, que extendía las manos abiertas hacia el Mythallar dañado, controlando sin duda el flujo del Tejido de Sombra para estabilizar a la ciudad—. ¿Dónde está el ejército? —preguntó.

—Aquí seguro que no —respondió Galaeron.

No era necesario ser muy sagaz para darse cuenta de que los shadovar no querrían correr el riesgo de que uno de sus soldados se enfrentara a una corriente de fuego plateado de los Elegidos con un rayo de sombra. La brecha resultante en la trama del mundo podría muy bien engullir a todo el enclave hacia un plano más infernal que aquel del que acababan de escapar.

—¿Y puedo saber qué es lo que harás tú? —preguntó Aris con un gruñido.

—Mantendré ocupado al Supremo —respondió señalando a Telamont.

Aris abrió muchísimo los ojos.

—¿Es que tu sombra te ha vuelto loco? —preguntó—. No tienes nada que hacer contra él...

—Una mosca chupasangre no es adversario para un rote, pero ¿cuál de los dos es el que pica? —Galaeron le hizo señas a Aris de que se pusiera en marcha—. Aparecerás detrás de Clariburnus.

Aris miró a Galaeron con escepticismo.

—Ten cuidado, amigo mío. Todavía no he dejado de contar contigo.

Galaeron sonrió.

—Entonces debe de ser cierto lo que Sy'Tel'Quessir dijo: no hay ser más tozudo que un gigante de piedra. —Apoyó una mano tras la rodilla de Aris y empujó—. Date

prisa antes de que estos insensatos abran otra boca infernal.

Aris dio un salto hacia adelante, saliendo a tumbos de la Linde. Galaeron se quedó atrás el tiempo suficiente para verlo emerger de la pared de obsidiana del cuenco, unos pasos por detrás de Clariburnus, ya dispuesto a descargar el enorme martillo sobre la cabeza de su objetivo. El príncipe presintió el ataque en el último momento y lo esquivó, pero la distracción era todo lo que le hacía falta a Dove Mano de Halcón para asestar sus certeros golpes. Lanzando magia con una mano y blandiendo el acero con la otra, primero burló la espada del shadovar y a continuación le hundió la espada mágica hasta la empuñadura en el abdomen. Clariburnus se tambaleó y cayó bajo las piernas de Aris emitiendo un ronco aullido que fue audible a pesar del fragor de la batalla. El príncipe se vengó haciéndole un tajo a Aris detrás de la rodilla.

Al gigante se le dobló la pierna, y Galaeron no se atrevió a seguir mirando antes de abandonar la Linde. Apareció directamente detrás de Telamont, apoyándose sobre ambos pies y lanzando un negro rayo relampagueante con una mano mientras blandía una espada robada con la otra.

El Supremo ni siquiera pestañeó. Ni siquiera se volvió a mirar. Se limitó a apartarse de su camino. Mientras Galaeron pasaba a su lado, describió un arco con la espada y lanzó un rayo relampagueante. En cuanto la espada negra tocó las ropas de Telamont, se hizo pedazos. El rayo se descargó a escasos centímetros de su mano y Galaeron se encontró suspendido e inmovilizado delante de su objetivo, mirando al fondo de unos huidizos ojos de platino.

—¡Elfo! —dijo el Supremo con voz ronca. En su furia, Telamont estuvo a punto de cerrar una mano y la ciudad se estremeció al flaquear su control sobre el Mythallar—. ¿Cómo te has liberado?

Galaeron sonrió. Al parecer el Supremo no sabía todo lo que sucedía en su palacio.

—De la forma más inesperada... —Galaeron se abrió al Tejido de Sombra y sintió que su magia fría fluía hacia él desde todas las direcciones—. Seguí tu consejo.

Galaeron giró la palma de la mano hacia afuera y desató un rayo de pura magia de sombra. Al parecer, el ataque cogió a Telamont por sorpresa, aunque sólo fuera porque no estaba preparado para ver a Galaeron recurriendo al Tejido de Sombra. Por desgracia, su efecto fue casi nulo, ya que proyectó sólo una efímera nube sobre la cara del Supremo antes de desvanecerse en la oscuridad interna de su capucha. La ciudad dio la impresión de caer una vez más, pero sólo un instante, antes de que el Supremo la volviera a controlar.

—Ya veo que te has doblegado a tu sombra —dijo Telamont—. No pasará mucho tiempo antes de que estés en condiciones de devolver la información que a Melegaunt le costó tanto reunir.

—Ya puedo recuperarla —le aseguró Galaeron—, pero no creo que debas esperar mis favores. Y «doblegarme» no es la expresión que yo usaría. Me he aliado con mi sombra, pero sigo siendo dueño de mi voluntad.

Los ojos de platino de Telamont relampaguearon y las piernas y los brazos de Galaeron se abrieron. Giró en redondo hasta quedar suspendido boca abajo sobre el campo de batalla. Aris yacía en el fondo del cuenco, sangrando por tres heridas diferentes y retorciéndose de dolor. A los Elegidos no les iba mucho mejor. Aunque tanto Dove como Storm vertían sangre por brechas abiertas en sus armaduras, sólo quedaban tres príncipes en el cuenco. El príncipe Mattick cedía terreno bajo un furioso asalto de acero y conjuros.

Todo lo que Galaeron tenía que hacer era mantener fija en él la atención de Telamont para apartarla del combate. Volvió a tratar de abrirse al Tejido de Sombra, pero esta vez sólo percibió una presencia esponjosa que la magia no podía atravesar.

—¿Pasa algo, elfo? —inquirió Telamont—. A lo mejor, después de todo, tu voluntad no te pertenece tanto.

Abajo, en el cuenco, el príncipe Mattick se había afirmado sobre una rodilla para hacer frente al furioso ataque de magia proveniente de Alustriel y Learal. Dove y Khelben estaban apartando de él a su hermano Mattick, y pronto estarían en condiciones de rematarlo con un golpe desde atrás.

—Mi voluntad me pertenece hasta el punto de jurar que nunca accederás a los conocimientos que me traspasó Melegaunt —lo desafió Galaeron—. Y si dudas de que tenga la fortaleza necesaria para cumplir ese juramento...

—De tu fortaleza no tengo dudas. Te resististe demasiado tiempo a tu sombra. —La voz de Telamont era sombría y fría—. Una pena, realmente. De haberte rendido a ella tal como te aconsejaba, podría haberte salvado del mismo modo que salvé a Hadrhune. Ahora ya no me sirves para nada. Me veré obligado a exprimir el conocimiento de tu mente sin valor... del mismo modo que te he arrancado las tontas esperanzas de derrotar a mis príncipes.

Mientras Telamont pronunciaba estas últimas palabras, los príncipes Aglarel e Yder aparecieron detrás de Alustriel y Learal. El primero sorprendió a Alustriel con un feroz golpe desde arriba que le abrió una brecha en la clavícula antes de que pudiera teleportarse dejando tras de sí un reguero de sangre.

Khelben entrevió a Yder con el rabillo del ojo y apuntando su bastón negro por encima del hombro de Learal le lanzó una lluvia de meteoros que lo hizo retroceder trastabillando hasta la mitad de la pared del cuenco.

Eso dejó a Mattick libre para contraatacar. Se levantó, blandiendo una enorme espada negra en una mano y lanzando una lluvia de arañas negras aladas con la otra. Las arañas formaron una nube oscura y zumbante en torno a la cabeza de Khelben, pero la espada resultó más mortífera ya que cercenó la pierna de Dove a la altura de

la rodilla. La Elegida cayó maldiciendo y se salvó de un segundo y mortífero golpe al soltar una larga cinta de fuego de plata.

Mattick escapó a una muerte segura sólo porque se hizo a un lado y derribó a Khelben al chocar contra sus piernas. Mientras tanto, el fuego plateado de Dove bajaba arrollador atravesando la niebla sombría que se cernía sobre el cuenco, y Galaeron atisbo la extensión de la orilla arenosa de un lago muy abajo y se dio cuenta de por qué era tan difícil encontrar el Mythallar a menos que se hiciese a través de las sombras. El cuenco estaba en lo que antiguamente había sido la cima de la montaña y ahora era la base de la ciudad, colocada cabeza abajo y mirando directamente sobre el desierto que se extendía por debajo.

El agujero de las nubes se cerró tan rápido como se había abierto, y Dove también se teleportó a lugar seguro. Sólo quedaron Khelben, Learal y Storm, y los cinco príncipes shadovar que los cercaban y los empujaban sin cesar hacia el vertiginoso ciclón de aire lleno de sombra. Allí también estaba Aris, retorciéndose todavía en el suelo, deslizándose lentamente hacia el centro del cuenco sobre una lámina de su propia sangre escarlata. Nadie le prestaba la menor atención, y Galaeron pronto volvió a mirar a Telamont, no fuese que el Supremo intuyera la esperanza que crecía en su corazón e hiciera algo para detener al inteligente gigante.

Galaeron llegó a la conclusión de que incluso esa estrategia estaba plagada de peligros. Deslizándose por la pared del cuenco detrás de Telamont estaba Vala, con un puño cerrado para poder apuntar con un anillo en forma de estrella a la espalda del Supremo. En la otra llevaba su espada oscura dispuesta a atacar al primer indicio que mostrara que él sabía que ella estaba allí.

Desesperado por mantener la mente ocupada en otra cosa ante el temor de que Telamont ya hubiese tenido acceso a sus pensamientos, Galaeron volvió la vista hacia los Elegidos.

—¡Usad el fuego de plata! —gritó—. Es el único...

—¡Silencio, necio! —exclamó Telamont—. ¿Prefieres destruir Faerun antes que permitirnos tener un lugar...?

También él guardó silencio cuando, para sorpresa suya, Khelben alzó la mano y lanzó un flujo del reverberante fuego mágico contra Telamont. Con un grito de rabia e incredulidad, Telamont no pudo por menos que alzar ambas manos y levantar un escudo mágico ante sí. Libre de su presa, Galaeron cayó hacia el fondo del cuenco y a duras penas tuvo tiempo de formular un conjuro de caída lenta antes de que el aire estallara en sibilantes chispas blancas y lanzas crepitantes de relámpago negro. Recogió las piernas debajo del cuerpo y aterrizó sobre el mismísimo Mythallar, justo a tiempo de ver cómo Vala bajaba dando tumbos en dirección a la espalda de Telamont.

Lo que sucedió a continuación fue indescriptible. Vio volar los pies de sombra de

Telamont, el arco que describió la espada de Vala y un brazo negro restallando en el aire crepitante. Todos ellos se disolvieron en sombra. El tremendo golpe de un gran martillo sacudió el Mythallar, y Aris lanzó un grito de triunfo. Algo parecido a un volcán hizo erupción bajo los pies de Galaeron y se encontró dando tumbos en un aire tan negro y tan espeso como el alquitrán.

Se dio de bruces contra una pared de obsidiana, y a duras penas había conseguido ponerse de pie cuando otra vez cayó al balancearse el cuenco hacia arriba. Rodó a trompicones hacia el borde y se detuvo de golpe para volver después a cuatro patas hacia el centro. Por tres veces tuvo una visión rápida del Mythallar, arrancando y vertiendo humo de sombra dentro del cuenco, mientras Aris hacía cuña con las piernas por debajo de uno de los lados y seguía golpeando con su martillo de escultor, antes de chocar contra él.

—¡Vaya, Galaeron! —gritó Aris—. Es una piedra durísima, pero no imposible de romper.

—¡Creo... —el cuenco se inclinó abruptamente en el otro sentido y Galaeron apenas pudo evitar salir disparado sujetándose a la bolsa de herramientas del gigante —... que ya has hecho bastante!

Aris dejó de golpear con el martillo el tiempo suficiente para hacer una pregunta.

—¿Qué más hay que hacer?

Galaeron vio pasar a Vala dando tumbos y de camino derribar a Mattick y llevarse la pierna cercenada de un shadovar antes de desvanecerse en la niebla negra y empezar a lanzar el salvaje grito de guerra de los vaasan. Galaeron cogió un puñado de materia sombra del aire cada vez más negro y le dio la forma de un par de arañas. Una de ellas se la pasó a Aris con instrucciones de que se la tragase y él hizo otro tanto con la otra. Después de un rápido encantamiento los dos atravesaban el cuenco a gatas y sus manos y sus pies se adherían a la superficie resbaladiza como si estuviera recubierta de engrudo.

Encontraron a Vala y a los tres últimos Elegidos en situaciones apuradas, ya que no podían mantenerse de pie y estaban atrapados dentro de un círculo formado por los príncipes shadovar. Aglarel arrojó una bola de sombra contra Storm, quien a duras penas tuvo tiempo de balancear las piernas hacia un lado para parar el ataque con el muslo y no con el pecho. La esfera le abrió un boquete del tamaño de un puño en el músculo y el hueso que evidentemente la dejaba incapacitada para luchar, sin embargo no se teleportó como habían hecho las otras Elegidas, que estaban demasiado malheridas para participar en la batalla. Khelben apuntó con su bastón al príncipe que la había herido, pero lo único que salió de su extremo fue una lluvia ridícula de luz amarilla.

Galaeron se apoyó un dedo en la sien, después usó la magia de sombra para hablar con Aris mentalmente.

¡Están indefensos! —explicó—. La materia sombra está agotando su magia.

Aris asintió y después señaló a Aglarel y a Yder y levantó su martillo.

Bien —asintió Galaeron—. Adelante.

Dieron un salto adelante los dos juntos, Aris cogió a los dos príncipes por sorpresa, aplastándoles los yelmos y enviándolos dando tumbos por el fondo del cuenco antes de que se desvanecieran en una niebla negra. Galaeron cogió a Mattick por detrás con un rayo de sombra que lo lanzó de cabeza hacia los Elegidos, donde Learal y Khelben demostraron que todavía no estaban totalmente indefensos al clavarle sus dagas por lo menos dos veces en cada centímetro no protegido por la armadura antes de que el príncipe se batiera en presurosa retirada disolviéndose y volviendo a las sombras.

Sólo quedaron Brennus, Clariburnus y Dethud atacando desde atrás. Un par de proyectiles oscuros alcanzaron a Khelben en los hombros e hicieron que se deslizara a través del cuenco hacia Aris mientras una garra de sombra surgía del antebrazo de Dethud, se cerraba sobre la garganta de Learal y empezaba a arrastrarla hacia las filas de los shadovar. Galaeron saltó hacia adelante para atacar, pero Vala ya había clavado su espada oscura en el pecho del príncipe. El arma se hundió hasta la empuñadura y luego cayó al suelo al replegarse Dethud hacia las sombras.

Vala llamó al arma hacia su mano y empezó a cargar contra Brennus, pero perdió pie cuando el cuenco se balanceó otra vez repentinamente. Casi no había tocado el suelo cuando ya estaba de pie otra vez, avanzando.

Galaeron la cogió por el brazo.

—Ya está —dijo.

—Todavía no —replicó Vala volviéndose y señalando hacia el interior de la niebla que cubría el otro lado del cuenco—. Tengo uno de sus brazos, pero Telamont todavía está ahí arriba.

Un par de discos oscuros atravesaron silbando el cuenco y les habrían cortado la cabeza de no haberlos derribado Aris antes de que llegaran. Galaeron se puso de rodillas y contraatacó con una andanada de flechas de sombra.

Brennus las bloqueó fácilmente y envió las armas oscuras en su dirección. Aris recibió dos en el brazo y Vala una en el hombro; otras tres alcanzaron a Galaeron en un lado del cuello y el brazo.

—Ya está —repitió Galaeron. Eran las palabras más difíciles que había tenido que decir en su vida, y de nada había estado tan seguro jamás. Cogió a Vala por el brazo y la arrastró hacia los tres maltrechos Elegidos—. No vamos a ganar esto.

Aris no estaba dispuesto a retirarse.

—Pero el Mythallar... —dijo.

—Está resquebrajado —lo cortó Galaeron—. Puede que eso sea suficiente para que la ciudad caiga.

Aris se volvió y descargó su martillo otra vez en el centro mismo del Mythallar.

Clariburnus hizo un gesto con la mano y le arrebató el martillo, que salió disparado mientras Brennus enviaba un banco de niebla negra hacia ellos. Galaeron levantó un conjuro de viento que confiaba en que pudiera repeler la niebla empujándola hacia los príncipes, pero Brennus lo desactivó con un gesto. Storm empezó a ahogarse con el humo y Galaeron tomó conciencia de que estaba aprendiendo algo más sobre su poder: que a veces la parte más difícil de utilizarlo era saber cuándo no era suficiente.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido.

Galaeron le indicó al gigante herido que recogiese a Storm y a los demás Elegidos y a continuación cogió a Vala y la empujó hacia los demás.

—Bien dicho, elfo —dijo Khelben, y pasando una mano por detrás de la espalda de Vala palmeó a Galaeron en el hombro—. Ya vas aprendiendo.

Otro proyectil de sombra llegó silbando hacia el grupo y alcanzó a Storm de lleno en la espalda. Learal extendió el brazo para coger a su hermana, entonces el cuenco se inclinó peligrosamente en dirección opuesta. Sólo las extremidades adherentes de Aris evitaron que el grupo se dispersara por todo el cuenco.

—¡Está bien! —gritó Learal—. Galaeron, ¿quieres sacarnos de aquí mientras todavía queda algo de donde salir?

Capítulo 14

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Ruha estaba acurrucada en una grieta protegida en lo alto de la parte oriental de las Agujas de la Cimitarra observando cómo el Enclave de Refugio se precipitaba lentamente hacia las aguas purpúreas del lago Sombra. Enorme como era y envuelto en la tenebrosa materia sombra, el enclave parecía una nube tormentosa que se desplomase desde lo alto, iluminando con sus cortinas de relámpagos plateados los oscuros jirones de niebla y lanzando desde lo más hondo unos rugidos tonantes amortiguados por la distancia. Montados en sus veserabs, los jinetes huían de la ciudad en medio de un remolino de alas, y hordas de caminantes de sombra empezaban a surgir de lugares oscuros por todas las colinas circundantes. Esto le planteaba a Ruha la duda de si debería huir antes de encontrar a sus amigos, y a Malik, pero de todos modos se alegraba de ver que tantos shadovar escapaban con vida. Con todo lo terribles que habían sido las calamidades que habían desatado sobre Faerun con sus mantas de sombra, no tenía sed de venganza. La muerte de una ciudad entera no serviría para hacer volver a todos los que ya habían muerto.

El enclave, o mejor dicho, la negra nube que rodeaba al enclave, descendió abruptamente más de ciento cincuenta metros desperdigando por el aire a los veserabs y quedando casi al mismo nivel que el lugar donde ella se escondía. Aunque resultaba difícil ver algo a través de las rugientes tinieblas, cada tanto entreveía un trozo de piedra que pasaba rozando o un fragmento de negra muralla que salía repentinamente de las sombras para invertir su dirección y volver a desvanecerse en la tenebrosa oscuridad.

Ruha se dio cuenta de que Refugio se sacudía como si alguien estuviera luchando por mantenerlo a flote. Sólo podía hacer conjeturas sobre lo que eso podía implicar para sus amigos, pero no podía ser nada bueno. Sin duda, no eran ellos los que intentaban salvar la ciudad.

—¿Storm? —dijo en voz alta—. ¿Cómo va todo? Estoy aquí.

Consciente de que el Tejido sólo haría llegar unas cuantas palabras a oídos de Storm, Ruha no añadió nada más. Hubo varios trozos más de roca arrancada del acantilado que pasaron volando. La superficie rocosa parecía cada vez un poco más desvaída e indiferenciada, como si Ruha estuviera mirando a través de una niebla que se hacía paulatinamente más densa. A pesar de ello, pronto empezó a reconocer la silueta del acantilado y se dio cuenta de que la ciudad ya no se hundía.

Alguien la estaba salvando.

—¿Storm? —volvió a llamar—. ¿Khelben? ¿Estáis ahí?

Al no obtener respuesta lo volvió a intentar con Learal y con Alustriel hasta que

por fin le llegó una respuesta.

La batalla no nos fue favorable y yo tampoco puedo contactar con ellos. — Aunque la voz de Alustriel llegaba a través del Tejido, sonaba débil y llena de dolor—. Fui herida y me vi obligada a marcharme. ¿Refugio sigue todavía...?

Ha dejado de caer —respondió Ruha usando el conjuro de Alustriel—, *pero no sé qué significa eso.*

Dove también fue herida —la informó Alustriel—. *No me atrevo a preguntar, pero...*

Averiguaré lo que pueda —se ofreció Ruha.

De algún punto interior del enclave llegó el estruendo de un edificio que se derrumbaba, o tal vez de varios. Después, una enorme cascada de escombros salió de la nube y cayó en el lago Sombra.

Aquí la situación es inestable —informó Ruha—. *Es posible que no vuelvas a tener noticias mías durante un buen rato.*

Gracias —dijo Alustriel—. *Ten cuidado. Dove y yo regresaremos en cuanto podamos para echar una mano.*

Ruha se quedó observando hasta que la lluvia de escombros hubo cesado y después escupió un poco de saliva en la mano. No había usado la magia hasta ese momento por temor a alertar a la patrulla shadovar de su presencia, pero la petición de Alustriel hacía que ese miedo resultara irrelevante. La Señora Resplandeciente jamás habría pedido ayuda de no estar preocupada pensando que el plan de Galaeron había salido muy mal. Ruha agitó la mano en el aire ante sí usando al mismo tiempo la magia elemental preferida por las brujas del desierto para formular un conjuro de visión clara.

La niebla de sombra se volvió transparente siempre y cuando mirara hacia adelante en línea recta. Por primera vez vio a Refugio tal como era. La ciudad de grandiosos palacios e imponentes edificios que la había dejado sin habla había desaparecido. En su lugar vio una montaña desordenada de viviendas en ruinas y mansiones derruidas que caían unas sobre otras mientras el enclave se sacudía como un camello en la cubierta de un barco azotado por el temporal. Hasta el pico invertido sobre el que se asentaba era de una piedra inestable que se iba desintegrando por capas y no de sólido granito.

De la superficie de la montaña salía una hebra sorprendente de líquido argentado que más que caer en el lago se extendía por su superficie. Era imposible saber si realmente se depositaba en el fondo o lo atravesaba hacia el corazón de Phaerlin, pero por la forma en que la hebra se sostenía de arriba abajo Ruha supo que no era agua. Siguiendo su brillante trayectoria hacia el origen descubrió que salía de una hendidura en un promontorio rojo con forma de corazón alojado en una fisura horizontal aproximadamente a media altura de la montaña.

Balanceándose más o menos debajo del promontorio, sujeta a él por algo que no podía distinguir a esa distancia, se veía una figura pequeña y regordeta con un par de diminutos cuernos en la cabeza. Ruha no necesitó recurrir a la magia para reconocer lo que estaba viendo. Podía reconocer perfectamente un par de astas de cornudo cuando las tenía delante.

* * *

Tuvo Malik la malhadada fortuna de que los shadovar fueran unos pésimos herreros tanto en ese plano como en cualquier otro. Estaba colgando con el pie sujeto al borde inferior de la ranura por donde entraba el sol, tratando de tirar de la Piedra de Karse que estaba una cabeza por encima de él a través de una abertura que apenas le llegaba al mentón. Uno de los eslabones de sus grilletes se había abierto. La fisura no era grande, pero teniendo en cuenta sus mermadas fuerzas y su penosa condición física, era evidente la mala calidad de la herrería shadovar.

—¡Cyric! —llamó.

Siguió tirando sin dejar de vigilar el eslabón.

—El Único...

La grieta se desplazó hacia arriba llevada por otra de las bruscas oscilaciones de la ciudad. Por centésima vez, Malik fue lanzado dando tumbos hacia la esquina opuesta. No podía pensar en nada que no fuera la debilitada cadena, en qué sería de él si el eslabón cedía y salía despedido hacia las profundidades del lago. La perspectiva de ahogarse no era lo peor. Tenía tanta sed que incluso le resultaba apetecible. Sin embargo, lo que pudiera sucederle a su espíritu si no cumplía con Cyric y moría era algo que ni siquiera se atrevía a plantearse.

El grillete suelto lo golpeó en el cráneo y la cadena lo sacudió de lado en la posición en que se encontraba, cabeza abajo. Se golpeó contra el borde superior de la ranura del sol y después cayó hacia abajo rozando casi la Piedra de Karse justo a tiempo para recibir una buena rociada de magia integral en plena cara. Empezó a toser violentamente y a continuación recibió un golpe del peñasco en el pecho. Sintió cómo le crujían las costillas y expulsó todo el aire que tenía en los pulmones con un grito. La piedra se detuvo justo encima de él.

Malik maldijo, pataleó y agitó los brazos, pero aquello no se movía. Estaba atrapado contra el borde superior de la ranura, lo cual significaba que por fin había conseguido arrastrarlo hacia el interior de la misma.

Estiró el cuello hacia un lado y a través de la cascada de magia argentada que le caía sobre la cara entrevió una muesca serrada en el borde superior de la ranura. El hombrecillo empezó a pensar que realmente conseguiría robar la piedra. El hecho innegable de que moriría en el intento era una consecuencia desagradable, pero al

servicio de Cyric había pasado por cosas mucho peores.

El dolor era insoportable y le resultaba imposible respirar, pero hacía ya tiempo que Malik había aprendido a pasar por alto inconvenientes menores como éstos. Hizo palanca con los talones contra el borde de la hendidura y empujó. La Piedra de Karse se desplazó un poco y el peso sobre su pecho aumentó.

Tal vez eso significara que había más sitio en la parte superior. Malik empujó más fuerte con las piernas. Sintió un chasquido en el pecho. Empujó más y se ayudó incluso con los brazos. No se movió nada, pero empezaba a marearse por la falta de aire. Eso le recordó que tenía la piedra encima, y se dio cuenta de que lo único que podía hacer era salir de debajo para así dejar sitio permitiendo que cayera totalmente de lado y se deslizase hacia el vacío.

Al no disponer de ningún otro medio para apartarse, Malik estiró las piernas y empezó a deslizarse hacia adelante y hacia atrás describiendo un arco cada vez más amplio, tratando primero de liberar sus caderas y después también el resto del cuerpo. Detrás de él, el rugido y el entrecocar de shadovar que gritaban y de piedras que caían aumentaba y disminuía al compás de las descontroladas oscilaciones del enclave. La Piedra de Karse aumentó la presión al deslizarse hacia abajo en la ranura. El campo de visión de Malik se estrechó y empezó a ver estrellas en torno a los bordes del túnel cada vez más oscuro. Sintió que estaba a punto de perder la conciencia cuando la ranura llegó al apogeo de su bamboleo y empezó el arco descendente. Lejos de disminuir, el peso aumentó. Malik impulsó las piernas hacia abajo en la dirección del movimiento y sus caderas consiguieron por fin salir de debajo de la piedra. Se colocó de lado, empujó con todas sus fuerzas y logró liberarse.

La Piedra de Karse se bamboleó hacia él.

—¡Maldita piedra!

Malik se apartó girando sobre sus caderas, consiguiendo salirse de su trayectoria y volver a la cámara del telar. La Piedra de Karse quedó apoyada de lado, se deslizó hacia la derecha, después hacia la izquierda, y asomó por encima del borde.

Las esposas tensaron al máximo el brazo de Malik, que pensó que se le iba a arrancar la mano por la muñeca. En lugar de eso salió volando por la ranura siguiendo a la Piedra de Karse en una caída en picado entre un remolino de jinetes veserabs. A su paso, la piedra golpeó a dos bestias y las mandó lejos entre tumbos y silbidos hasta que finalmente alcanzó a una de lleno entre las alas. El impacto frenó la caída el tiempo suficiente para que apareciera una pequeña holgura en la cadena que mantenía a Malik sujeto a la piedra. El jinete pasó a su lado, ensangrentado y retorcido, mientras la montura, mutilada y chillando, lo hacía por el otro. Entonces pudo ver las aguas purpúreas del lago Sombra a apenas trescientos metros por debajo de él.

Malik sonrió.

—¡Cyric! —gritó—. ¡Óyeme ahora, Cyric, el Único...!

Al lanzar el último grito no salió ningún sonido de su boca. El lago seguía acercándose a él, aunque el viento feroz que le llenaba los ojos de lágrimas le impedía ver nada. Volvió a intentarlo y se encontró tan mudo como una tortuga. Maldijo a Shar creyendo que estaba tratando de proteger a su presa, hasta que atisbo una figura oscura que se disponía a interceptar su camino. Pensando que se trataba sólo de un shadovar, Malik echó mano de su daga robada e instantáneamente se encontró envuelto en una red de pegajosas hebras mágicas.

En una red de pegajosas hebras de magia del Tejido.

Malik dejó de caer y gimió más de frustración que de dolor cuando la Piedra de Karse tensó la cadena de sus esposas y le desencajó el hombro. Pensó que el terrible tirón iba a arrancarle el brazo, pero la piedra dejó de caer y se encontró mirando por una pequeña brecha el eslabón abierto de su cadena. La brecha tenía el ancho de la hoja de una daga e iba aumentando de tamaño.

Malik trató de ver quién lo había capturado, pero la red mágica le sujetaba la cabeza de tal modo que no podía girarla. Importaba poco. Sin mirar sabía quién era. Tenía el don de llegar cuando más necesitaba que estuviera en otro lugar. Se dieron la vuelta y emprendieron el camino a través del lago hacia las montañas de la Cimitarra.

—¿Dónde están tus modales, Malik? —preguntó Ruha—. ¿No vas a darme las gracias por salvarte la vida?

La abertura en el eslabón seguía ampliándose, y en su furia Malik casi no se dio cuenta de que Ruha había anulado la magia que antes le había impuesto silencio.

—¡Bruja arpista entremetida! —gritó Malik—. ¿Acaso no ves que estoy despojando a los shadovar de su mayor poder?

—Y dándoselo a Cyric, sin duda —supuso Ruha, librándolo de la necesidad de decirlo él mismo—. Creo que los demás estaremos mejor con la Piedra de Karse en manos de los Elegidos y contigo ante un tribunal arpista.

—¡Pues para eso mejor que me mates aquí mismo! —Dándose cuenta de que ya podía hablar, Malik lo intentó una vez más—. ¡Cyric, el...!

De nuevo sus palabras empezaron a brotarle sin sonido de la boca. Pasaron por debajo de la sombra de la ciudad, pero Malik se dio cuenta de que la cadena no resistiría hasta que llegaran a la orilla. El eslabón abierto se estaba estirando a ojos vista. Trató de gritar en la esperanza de poder advertir a Ruha para que al menos pudiera salvar la piedra dándole a él ocasión de robarla más tarde, pero lo único que le salió de la boca fue una respiración silenciosa y angustiada.

El eslabón perdió lo que le quedaba de curvatura y la piedra de Karse, liberada, se precipitó. Malik y Ruha salieron disparados hacia el cielo, pero sólo el tiempo suficiente para que Ruha recuperara el control y empezara a bajar otra vez tras la

piedra que caía.

—¡Maldito seas! —le gritó furiosa—. ¿Qué has hecho?

Ni siquiera de haber podido hablar se hubiera molestado Malik en defenderse. Estaba demasiado ocupado tratando de memorizar el lugar donde la piedra caería en el agua. Sacudiendo brazos y piernas detrás de la bruja que bajaba en picado, era un cometido de todo punto imposible. Apenas veía algo más que destellos de aguas oscuras y filas de veserabs en desbandada.

—¡Por el aliento de Kozah! —maldijo Ruha.

Se impulsó hacia arriba de forma violenta y repentina. Mientras Malik se balanceaba debajo de ella, tuvo ocasión de ver agua y nada más. Una gigantesca tromba se elevaba para salir al encuentro de la Piedra de Karse. Siete dedos de agua se extendían para cerrarse en torno a ella. Después de todo, tal vez Cyric hubiera oído sus palabras, o al menos eso esperaba.

Los plateados dedos se cerraron sobre la piedra y tiraron de ella hacia el lago Sombra dejando tras ellos un enorme torbellino negro. Malik rogó que hubiera sido la mano de Cyric la que había cogido la corona del Tejido de Sombra, librándolo así de tener que morar para siempre en el infierno del desagrado de su amo.

Pero no iba a ser así. Cuando la piedra desapareció engullida en las profundidades sombrías del lago, un reluciente ojo purpúreo apareció en el centro mismo del remolino y le hizo un guiño.

Malik sabía muy bien que no había esperanza de que el ojo perteneciera a Cyric. El Único nunca enviaba señales a menos que estuviera enfadado.

* * *

Aturdido, a Galaeron la cabeza le daba vueltas. Llegó cogido a la mano de Vala y rodeando con el otro brazo la rodilla de Aris. Los ojos le dolían por el brillo del sol. En el cielo había estallidos, explosiones y estruendos medio amortiguados mientras en la distancia un estrépito errático de sonoros chapoteos recorría una gran extensión de agua. Por allí había problemas y poco a poco recordó que él y sus compañeros era la causa. Aris gruñó y cayó hacia adelante sobre una rodilla, lanzando al aire un grupo de humanos ensangrentados al apoyar las manos en el suelo.

Un atisbo de barba negra le bastó a Galaeron para recordar dónde estaba y cómo había ido a dar allí. En lugar de volverse para comprobar el estado de los Elegidos heridos, miró hacia atrás y el desaliento de apoderó de él al ver la ciudad envuelta en tinieblas que todavía flotaba a unos trescientos metros sobre el suelo, rodeada por un torbellino de nubes de veserabs y lanzando al lago una lluvia constante de escombros. No había señales evidentes de persecución, aunque cualquiera con poder suficiente como para volver a capturar a Galaeron y a tres de los Elegidos llegaría por la

sombra, no por el aire.

Mientras Galaeron estudiaba el enclave, observó una delgada línea de oscuridad que se extendía entre el lago y la ciudad. Estaba cerca de la orilla y era tan endeble que resultaba casi invisible, pero también se mantenía recta e inflexible. Ante sus ojos, el extremo inferior se desplazó hacia aguas más profundas, cortando en dos las aguas púrpura sin levantar oleaje. La propia ciudad de Refugio permaneció donde estaba. Galaeron se pasó algunos instantes observando, tratando de entender qué era lo que estaba viendo. Los veserabs volaban en círculo en torno a ella y los escombros rebotaban al chocar con ella como si fuera una cuerda sólida, aunque era tan transparente como una pálida sombra. A través de ella podía ver pasar a los shadovar y las piedras que caían, e incluso las montañas en la otra orilla del lago.

Por fin Galaeron renunció a adivinar, y viendo que el enclave no iba a caer más abajo, se volvió hacia sus compañeros. Learal le daba a Aris su tercer frasco de poción curativa, y las heridas que Khelben y Storm habían sufrido ya empezaban a cerrarse. Khelben le alargó a Galaeron una ampolla y le señaló los desgarros del cuello.

—Será mejor que te ocupes de eso antes de que volvamos.

—¿Volver? —preguntó Aris. El frasco que Learal le había dado se le escapó de la mano y se hizo añicos contra el suelo de piedra sin que él diera muestras de haberse dado cuenta—. ¿A Refugio?

—Allí es donde está el Mythallar —respondió Storm poniéndose de pie y tanteando su pierna herida. Aunque la sostenía con dificultad no le impidió asentir con gesto de aprobación—. Necesitaré un cuarto de hora como máximo.

En lo que a él le parecía una vida anterior, Galaeron se habría asombrado de la rápida curación de los Elegidos. Pero visto lo visto, y habiendo comprobado lo rápido que se recuperaban los guerreros shadovar, especialmente los príncipes, sabía que, lamentablemente, sus compañeros tenían quién los superara.

Esta vez fue Aris el que objetó.

—¿Es que ese fuego plateado os ha derretido el cerebro? No podemos volver a Refugio sin la magia de Galaeron, y ya veis cómo está. —Al parecer sin reparar en las dos flechas de sombra que todavía tenía alojadas en el hombro, el gigante señaló con un brazo enorme a Galaeron—. Le va a resultar muy difícil recuperarse y reincorporarse a la vida normal. No podéis pedirle que utilice más magia de sombra.

—Aris, no hay «vida normal» a la que regresar. Ya te lo he dicho —insistió Galaeron, preguntándose cómo podía hacer para que el gigante comprendiera que la sombra y la luz eran meras ilusiones. Una vez que uno aceptaba la verdad de eso, todo se convertía en luz... y todo se convertía en sombra—. No todo era bueno antes, y mi sombra no era totalmente mala.

—¿Crees que puedes engañarme? —refunfuñó Aris—. ¿O acaso has olvidado lo

que sucedió en el Saiyaddar?

—Por supuesto que no, pero lo que sucedió fue por culpa de la lucha, no de mi sombra. Es la negativa a ceder lo que produce la crisis.

—Era la crisis lo que Telamont estaba tratando de explotar —concedió Learal—. Quería hacer que temieras a tu sombra para que siguieras luchando y no recuperaras el equilibrio hasta que él pudiera asumir el control.

—En cierta medida, sí —reconoció Galaeron—, pero la lucha es necesaria. Hay que recuperar fuerzas. La sombra es muy fuerte, y creo que aceptarla demasiado pronto podría resultar abrumador.

—Lo entiendo... mejor de lo que te imaginas —dijo Learal echando una mirada cómplice a Khelben, que volvió a mirar a Galaeron—. Una vez que estás preparado, la aceptación de tu sombra te hace más fuerte y mejor.

—Más fuerte sí, pero ¿mejor...? —inquirió Galaeron—. No lo sé. La fortaleza vence a la debilidad, de modo que los puntos fuertes de mi sombra han superado a las debilidades de mi carácter, y los puntos fuertes de mi carácter han vencido a la mayor parte de las debilidades de mi sombra. Ahora me siento entero, pero eso no hace de mí un paladín. El mundo es un lugar más oscuro que antes para mí, y yo soy más oscuro por verlo así. Yo no diría que es mejor.

En los rostros de los tres Elegidos apareció una expresión de compasión.

—No podemos saber lo que estás pasando, Galaeron —dijo Khelben—, pero estoy seguro de que lo compartimos contigo. Hay momentos en que todos queremos volver a, bueno..., a como éramos antes, pero la puerta sólo se abre en un sentido.

—Y aun cuando fuera posible volver atrás, yo volvería a usar toda la magia necesaria para devolvernos a la ciudad —afirmó Galaeron. Por más que estaba agradecido por la comprensión y la camaradería que los Elegidos le estaban demostrando, también estaba convencido de que era una locura hacer lo que se proponían—. Pero si volvemos ahora, lo único que conseguiremos es que nos maten. Los príncipes se curan con tanta rapidez como los Elegidos y nos superan en número.

—Razón de más para que golpeemos ahora, y pronto —propuso Storm que, sosteniendo la mirada de Galaeron, lo mantenía firme en su sitio como una serpiente cogida en la garra de un águila—. Éste es tu plan. ¿Quieres que llegue a buen fin o no?

—No, si eso significa perder a tres de los Elegidos de Mystra —dijo Galaeron—. Por impotentes que estéis, sois la única esperanza que tiene Faerun y yo no...

—¿Impotentes? —gruñó Khelben. Se acercó y todo rastro de la antigua camaradería se desvaneció. Alzó su famoso bastón negro como si fuera a descargarlo contra Galaeron—. ¡Ya te enseñaré yo mi impotencia!

Galaeron se mantuvo firme, dispuesto a recibir lo que el mago quisiera hacerle si con eso conseguía que él y los demás Elegidos lo escuchasen.

Learal se lo ahorró sujetando a Khelben por el brazo y obligándolo a dar un paso atrás.

—Tiene razón, amor mío. Seguro que Telamont no dejó de observar nuestra indefensión cuando se partió el Mythallar.

—Razón de más para atacar ahora. —La furia de Khelben se desplazó de Galaeron a Learal—. Antes de que espere nuestro regreso. Si somos tan «impotentes» como dice el elfo, la sorpresa puede ser nuestra única posibilidad.

—Y si fracasamos, no tendremos ninguna —objetó Aris.

—¿Nosotros? —inquirió Storm—. No creo que tenga sentido que tú también arriesgues la vida, amigo mío. Tu tamaño no es más que un estorbo y tu fuerza nos servirá de poco.

—¿De poco? —La voz de Aris retumbó de indignación—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que fui yo el que abrió una brecha en el Mythallar? No vais a volver sin mí, de eso puedes estar segura.

Aunque a Galaeron no se le escapó lo sibilinamente que Storm había pasado al «cómo» volverían dejando de lado el «si», hizo oídos sordos al argumento y se volvió hacia Vala. La mujer se había mantenido al margen de la discusión, silenciosa y retraída, observándolo todo el tiempo a la manera callada de los vaasan. Sus ojos verdes eran tan enigmáticos como las esmeraldas a las que se parecían.

Galaeron habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. ¿Lo consideraba débil por haberse sometido a su sombra? ¿O acaso tenía la idea equivocada de que era un sacrificio necesario para salvar a Faerun? Daba por sentado que lo odiaba por haberla abandonado en manos de Escanor. Después de todo lo que había tenido que soportar y que Telamont le había descrito tantas veces mientras estaba prisionero en su palacio, no entendía cómo podía seguir mirándolo a la cara sin desenfundar la espada, pero había sido su elección. Ella había sido la que lo había herido para salvarlo, y si su plan había funcionado había sido enteramente culpa suya.

Galaeron sabía lo que veía en los ojos de Vala: rabia. Había dado mucho por salvarlo. Sólo podía pensar que él había arrojado todo su sacrificio por la borda, que había vuelto a Refugio sin pensar un solo momento en lo que ella había hecho y se había convertido precisamente en lo que ella había tratado desesperadamente de evitar.

Tenía razón. Aunque sin duda había albergado la esperanza de liberar a Vala, había acudido por la salvación de Evereska y de Faerun. De no ser así, los Elegidos jamás de hubieran prestado a ayudarlo, y él sabía que tenían toda la razón del mundo. Vala había sido una decisión tardía, algo que hasta el propio Galaeron no habría vacilado en sacrificar por un leve aumento de sus oportunidades de éxito.

Nada de eso cambiaba el amor que sentía por ella, ni el hecho de que le hubiera gustado hablarle cuando todavía había alguna posibilidad de que lo escuchara.

Galaeron se dio cuenta del pesado silencio y de que los demás lo estaban mirando.

—Tú conoces a los shadovar mejor que nadie —dijo sin apartar los ojos de Vala—. ¿Qué quieres hacer?

—Lo que quiero es acabar y volver a casa. —La mirada de Vala se apartó por fin de la de Galaeron y luego se volvió hacia Khelben Arunsun—. Lo que yo creo...

Vala sacó su espada oscura y girando en redondo se volvió hacia Galaeron con el brazo hacia atrás en actitud de atacar.

Sorprendido al comprobar lo mal que había calculado su furia, Galaeron se abrió al Tejido de Sombra. Hizo un gesto envolvente con la mano y pronunció un sibilante conjuro shadovar. Un sombrío disco de protección se interpuso entre él y Vala.

Vala bajó la mirada e hizo un gesto irónico, y sólo entonces Galaeron se percató de que tenía la mirada fija en un punto situado detrás de su hombro. Khelben se aprovechó de la distracción para deslizarse junto a ella y sujetarla por el brazo.

—No es necesario, querida —dijo—. Es Ruha.

Vela entrecerró los ojos y miró hacia el cielo por encima de la cabeza de Galaeron.

—Es cierto, realmente debería vestirse de otro color.

Galaeron se volvió y vio la figura vestida de negro de Ruha deslizándose desde el cielo con su *aba* y su velo agitándose al viento y una figura familiar atada mediante una cadena a su muñeca.

—¡Ahá! —dijo Aris con voz tonante dirigiéndose a Malik—. ¡Veamos ahora qué te parece la vida de un esclavo!

Ruha fue descendiendo en círculo, después dejó que Malik se diera de bruces contra el suelo rocoso y lo arrastró media docena de pasos antes de posarse ella con toda suavidad.

Inclinó la cabeza saludando a Storm y, sujetando el cuello de Malik contra el suelo con el pie, se llevó dos dedos a la frente.

—Bien hallados, amigos míos. ¿Os habéis comunicado con vuestras hermanas?

Storm intercambió breves miradas con los otros Elegidos.

—No, desde nuestra derrota en Refugio —dijo.

Pensando que nadie le prestaba atención, Malik estiró subrepticamente el brazo libre para coger una piedra, pero al encontrarse con tres dagas arrojadas, la de Galaeron, la de Vala y la de Ruha, plantadas en el suelo en torno a su muñeca, retiró rápidamente el brazo.

Ruha continuó la conversación sin interrumpirse.

—Me alegra deciros que ambas sobrevivieron. Al ver que no podían contactar con vosotros de la manera habitual, Alustriel se preocupó y me pidió que investigara.

—¿Cuánto tardarán en estar listas para volver a atacar el Mythallar? —preguntó

Khelben. Luego se volvió hacia Galaeron—. Su participación cambiaría mucho las cosas, especialmente si están dispuestas a utilizar el fuego plateado.

—¿Luchar? ¿En la madriguera de la ramera de sombra? —gritó Malik—. Antes me cortarían la mano que permitir que me arrastrarais allí otra vez.

—Tu mano está a salvo por el momento. —Galaeron miró a Khelben a los ojos—. No tiene sentido combatirlos en su terreno. Es mejor atacar las mantas de sombra directamente y hacerlos salir como hacían los phaerimm.

—A ti eso no te incumbe, Malik —dijo Ruha poniéndolo de pie de un tirón y apartándole la mano de la daga de Vala justo en el momento en que él rozaba la empuñadura—. Si no soy necesaria aquí, solicito permiso para llevar a Malik ante la justicia del Tribunal del Crepúsculo mientras todavía lo tengo encadenado a mi muñeca.

Los tres Elegidos inclinaron la cabeza con una expresión que hablaba a las claras de su disposición a dirimir la cuestión ellos mismos y en ese preciso lugar.

—Un plan excelente —dijo Storm—. Y creo que aquí tenemos todavía magia suficiente para hacer que recorras el camino con la velocidad adecuada.

—¿Al Tribunal del Crepúsculo? —El miedo de Malik se hizo evidente en el temblor de su voz—. ¡Seré asesinado!

—Sólo una vez que te hayan encontrado culpable de algunos de tus crímenes —dijo Khelben—. Y la palabra es «ejecutado».

—¡Ejecutado o asesinado, tanto da! —Malik dirigió a Aris una mirada implorante—. ¿Te quedarás ahí tan tranquilo dejando que le hagan esto a alguien que te ha salvado la vida tantas veces?

—¡Estaré encantado de contar cómo me salvaste —dijo—, y también cómo me esclavizaste a fin de poder usar mi trabajo para acrecentar las riquezas de tu iglesia!

Por primera vez una mirada de desesperación cruzó la cara redonda de Malik. Por un momento pareció considerar cuáles eran sus opciones y se volvió hacia Khelben con una mirada de terror.

—¡Puedo decirte cómo destruir a Telamont Tanthul de un solo golpe! —Se mantuvo silencioso apenas un momento antes de que la boca empezara a moverse y a verter palabras—. Por supuesto, lo más probable es que destruyas toda la ciudad de Refugio y la mitad del Anauroch junto con ella...

Ni siquiera una perspectiva tan terrible bastó para evitar que Khelben enarcara las cejas.

—Ya sabes que soy incapaz de mentir —le recordó Malik.

—Te escuchamos —dijo Learal.

Los ojos saltones de Malik se posaron en la puntera de la bota de Ruha mientras planificaba el siguiente paso. Después de lo que ya les había dicho sobre los peligros, Galaeron no podía creer que los Elegidos tuvieran el menor interés en escuchar su

sugerencia.

Por fin, Malik miró a Khelben.

—¿De qué me va a servir salvar el mundo si no estoy aquí para verlo?

Ruha le apoyó una rodilla en mitad de la espalda y tirando de uno de sus cuernos le echó la cabeza hacia atrás. Después le enrolló la cadena que ataba sus respectivas esposas alrededor del cuello.

—¿Qué te hace pensar que te dejaría decirles algo que pudiera destruir el Anauroch? —preguntó Ruha—. ¡Antes preferiría verte muerto y presentarme yo misma ante los jueces del Tribunal del Crepúsculo!

Apretó la cadena hasta que el hombrecillo empezó a ahogarse.

—¡Ruha! —le gritó Khelben. Parecía tan sorprendido como Galaeron por el comportamiento de la bruja—. Deja que hable.

—Jamás —respondió ella tirando hasta que los ojos de Malik estuvieron a punto de salirse de las órbitas—. Si queréis saber...

La exclamación de Ruha se interrumpió abruptamente cuando Storm la apartó de la espalda de Malik.

—¡Maldita Arpista! —gritó Malik con voz ronca—. ¡Debería decírselo por puro rencor! —Su rostro se contorsionó otra vez y no pudo por menos que añadir—: Pero después de lo que pasó en el Valle de las Sombras no conozco a ningún Elegido tan loco como para lanzar un proyectil de fuego de plata al interior de un ser de pura esencia de sombra.

Galaeron no se dio cuenta de que la amenaza de Ruha había sido una treta hasta que la vio intercambiar miradas de satisfacción con cada uno de los Elegidos.

—Eso no nos ayuda demasiado, Malik.

—De hecho, ya hemos probado el fuego de plata —dijo Storm. No explicó que el ataque había sido sólo una treta para darle tiempo a Vala—. Telamont lo bloqueó con un conjuro de protección.

—Aunque eso no tiene ningún interés —añadió Khelben—. De todos modos ya no tengo demasiada influencia con las Arpistas.

—¿Arpistas? —chilló Malik—. Sólo me refiero a Ruha.

—¿A cambio de revelarnos que Telamont Tanthul es pura materia sombra? —se burló Galaeron, que estaba empezando a entender el juego que se traían los Elegidos—. Tendrás que esmerarte mucho más si quieres que te libere.

—De nada vale escucharlo, Malik —le advirtió Ruha—, eso no sucederá jamás.

La furia de la mirada de Ruha era convincente y a Galaeron se le ocurrió que tal vez los demás no se habían dado cuenta de que les estaba haciendo el juego.

—Tal vez no mientras tú vivas —la amenazó Galaeron sin modificar el tono de su voz. Bajó la mano a la empuñadura de su espada—. Eso no cambia nada las cosas para mí.

Los ojos de Malik se encendieron como un par de antorchas.

—¿Matarla? —inquirió Malik. Consideró la situación un momento y empezó a albergar dudas—. Eres demasiado cobarde. Nunca harías tal cosa.

—¿Por salvar Evereska? —respondió Galaeron—. ¿Qué crees que no haría por salvar Evereska?

A Galaeron no se le escapaba que Khelben, Vala y todos los demás estaban avanzando hacia él, y tampoco se le escapaba a Malik que consideró la propuesta un instante.

—¡Muy bien, tú ganas! —prorrumpió Malik—. No es necesario destruir el Mythallar ni matar a Telamont. —Se habría quedado en eso de no mediar la maldición de Mystra—. ¡No pueden hacer sus mantas de sombra sin la magia de la Piedra de Karse, y la Piedra de Karse ya no está!

—¿Qué? —Quien habló fue Vala, que al parecer empezaba a mostrar interés por la discusión—. ¿Cómo que ya no está?

—Se ha caído al lago —explicó Ruha—. La llevaba atada a la otra muñeca y se soltó. Una tromba de agua la recogió.

—Era la mano de Shar —explicó Malik con desmayo—. Siempre ha sido ella quien ha tenido el control del Tejido de Sombra.

Esto le bastó a Galaeron para desenfundar la espada y apuntar con ella la garganta de Ruha. Storm y Vala desenfundaron también y se aprestaron a defender a la bruja, y Galaeron ya no tenía demasiado claro si le estaban advirtiendo o le seguían el juego. De hecho, él ni siquiera estaba seguro de estar actuando. Haciendo lo posible por parecer preocupado por la posibilidad de enfrentarse a dos de las mujeres que mejor manejaban la espada en todo Faerun, Galaeron mantuvo la espada apoyada en la garganta de Ruha.

—Antes de que te libere —le dijo a Malik—, dime cómo has sabido todo esto.

Malik relató ansiosamente cómo, mientras permaneció encadenado a la Piedra de Karse en el templo oculto de Shar, llegó a la conclusión de que era el símbolo de su control sobre el Tejido de Sombra. Después contó cómo, cuando la ciudad empezó a caer, la piedra había tirado de él hacia abajo, hasta el interior de los talleres del telar, y lo mucho que se había esforzado por robar la piedra para Cyric a fin de que éste controlara algún día el Tejido de Sombra y tal vez incluso el mismísimo Tejido, pues si había algún dios capaz de aunar a ambas, ése era el Único y el Todo.

Cuando Malik hubo terminado, Galaeron no sólo estaba seguro de que el serafín estaba diciendo la verdad, sino también de que había interpretado correctamente todo lo que había visto. Incluso Khelben parecía convencido.

—Estoy dispuesto a aceptar que fue Shar quien recogió la Piedra de Karse —dijo Khelben—, e incluso que la piedra es el símbolo de su control sobre el Tejido de Sombra, pero si los shadovar la necesitan para crear más mantas de sombra, no veo

nada que le impida devolvérsela.

—Nada —respondió Galaeron—, salvo que Shar es la diosa de los secretos no revelados. Después de que el príncipe Yder permitiera al serafín de un dios rival no sólo descubrir el papel y la localización de la Piedra de Karse, sino también estar tan a punto de robarla, estoy seguro de que la diosa encontrará un lugar más seguro para ocultarla.

—Y de dejar que los shadovar purguen sus pecados —dijo Learal—. Coincido contigo.

Esto hizo que apareciera una ancha sonrisa en el rostro de Malik, que alzó la vista hacia Galaeron.

—Estoy esperando —dijo.

—Haría muchas cosas por Evereska —le aclaró Galaeron—, y una de ellas es mentir.

—¿Mentir? —chilló Malik—. ¡El Único te castigará por esto... Aunque seguramente seré yo el que sufra el castigo en tu lugar! Después de todas las veces que te salvé la vida, ¿cómo puedes hacerme esto?

—Porque es necesario.

Aunque Malik jamás había hecho nada por perjudicar a Galaeron y al elfo le dolía traicionar a un viejo amigo, bajó la espada y dio un paso atrás. Mientras el hombrecillo seguía lanzando invectivas a su espalda, se volvió hacia Storm.

—Parece ser que nuestro plan funcionó para la mayor parte de Faerun, aunque no para Evereska —dijo—. Os doy las gracias por intentarlo.

—Y nosotros a ti —le correspondió Khelben dándole una fuerte palmada en el hombro—. Pero aún no hemos acabado. ¿Acaso no te oí cuando le decías a Telamont que ahora tienes una comprensión total de los phaerimm?

—Así es.

Khelben miró por encima de su hombro al lago Sombra, donde el torrente errático de escombros que caía del enclave envuelto en tinieblas se había convertido finalmente en una lluvia esporádica. En lugar de huir de la ciudad, daba la impresión de que la mayoría de los veserabs trataban de encontrar una vía segura para regresar a ella, y hasta el estruendo de los edificios que se desmoronaban era ahora más intermitente y amortiguado.

—Learal, Storm, ¿qué os parece? —preguntó—. ¿Hemos hecho ya bastante daño aquí?

—Bastante no —respondió Storm—, pero sí todo el que pudimos.

—Sí —añadió Learal—, creo que ya va siendo hora de que volvamos a Evereska.

Extendió los brazos, invitando a Galaeron y a los demás a unir sus manos para un regreso inmediato a los Sharaedim. Aris se puso de rodillas y extendió un dedo en dirección a Vala para que ella lo cogiera, pero la vaasan no hizo la menor intención de

incorporarse al círculo. Galaeron se sorprendió, y sintió tal vez un ligero alivio, al descubrir un sentimiento de desazón en su interior. Si su corazón se estaba rompiendo debía de ser que la pena no podía ser una debilidad a la que su sombra había vencido. Se acercó a Vala.

—Sé que es mucho pedir —comenzó Galaeron—, especialmente después de todo lo que te hice pasar, de modo que no lo haré. Si quieres venir a Evereska con nosotros, tú y tu espada seréis muy bien recibidas.

Vala farfulló algo que lo mismo podría ser una aceptación, una negación o simplemente un reconocimiento de haber entendido la petición.

—Sólo una cosa —dijo por fin—. ¿Estabas mirando cuando Yder y Aglarel me persiguieron fuera del Mythallar?

Galaeron asintió.

—¿Y no viniste a ayudarme?

Galaeron negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque quería destruir el Mythallar y sabía que tendríamos más oportunidades si Aris y yo nos manteníamos escondidos hasta que Telamont mostrara todos sus recursos. —Galaeron tragó saliva—. Y además porque sabía que eras muy capaz de cuidar de ti misma.

—¿Lo sabías, Galaeron? —preguntó ella.

—Al menos lo esperaba.

Vala torció el gesto en una sonrisa levemente desdeñosa.

—Al menos eres sincero —dijo por fin con un encogimiento de hombros y una sonrisa al tiempo que se acercaba al círculo de teleportación de Learal—. Claro que voy. ¿Acaso crees que me atrevería a volver a Vaasa sin mis hombres y sin nuestras espadaoscuras?

Capítulo 15

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Tras la partida de Ruha hacia el Tribunal del Crepúsculo con Malik encadenado a su muñeca, Khelben utilizó un envío mágico para avisar a lord Duirsar de su próxima llegada. El conjuro falló. Tampoco recibió respuesta alguna cuando intentó contactar con Kiinyon Colbathin, y cuando Galaeron intentó ponerse en contacto con Keya, la única respuesta que experimentó fue una pasajera sensación de terror. Los seis desperdiciaron unos minutos más en hacer suposiciones arriesgadas acerca de cómo los phaerimm podrían estar interfiriendo en la magia de comunicación basada en el Tejido de Sombra, así como en el Tejido. Al no ser capaces de imaginar más que escenas funestas, finalmente coincidieron en que no era posible averiguar lo que estaba ocurriendo y se dividieron en dos grupos para el viaje.

Instantes después, Galaeron estaba tendido entre Vala y Khelben sobre una terraza negra como el hollín en el Valle de los Viñedos, mirando hacia abajo en dirección a un terreno yermo que formaba una escalinata y se adentraba en los pastizales sembrados de cráteres que estaban rodeados por la Muralla de la Vega. La hierba, antaño exuberante, había desaparecido, se había quemado, había sido barrida por la magia de batalla o bien se marchitaba bajo el cadáver putrefacto de uno de los miles de guerreros elfos que yacían esparcidos por el campo de batalla. En el centro de la pradera, los acantilados marmóreos de las Tres Hermanas estaban llenos de salpicaduras de hollín o de sangre reseca. En lo alto de las colinas, negras cortinas de humo se elevaban por encima del gran bosque de copas azules, uniéndose en una única y oscura nube que apenas dejaba entrever las menos altas de las majestuosas torres de Evereska.

Mientras Galaeron miraba, una luz plomiza surgió en los bosques, proveniente de la Cueva de los Gemidos, y un crujido ensordecedor retumbó por todo el valle y fue a morir en los amenazadores acantilados de los Altos Sharaedim. Mientras Galaeron pestañeaba cegado por la luz, distinguió un círculo de árboles que caían y salían despedidos hacia afuera, con las copas en dirección opuesta al centro de la explosión. Para cuando la onda expansiva hubo desaparecido, el círculo de destrucción medía casi dos kilómetros.

—Learal y Storm pueden dirigirse hacia aquí con Aris sin peligro —dijo Galaeron sin volverse a mirar a Khelben—. Puedes estar seguro de que no hay phaerimm por lo menos en un kilómetro a la redonda.

—Es demasiado pronto para estar tan seguro de sus posiciones —comentó Khelben—. No llevamos aquí ni un minuto.

—Un minuto es todo el tiempo que necesito —le aseguró Galaeron. Se incorporó

sobre las rodillas e hizo un gesto con la mano en dirección a la ciudad en llamas—. Los phaerimm están ahí abajo, saqueando la magia de Evereska.

—¿Y sus sirvientes? —preguntó Khelben—. Para que suenen las alarmas es suficiente un acechador o un gnoll.

—Los phaerimm creen que han ganado —le explicó Galaeron—. Tendrán a sus sirvientes junto a ellos para que les lleven el botín y los ayuden a reclamar y defender sus nuevas moradas.

—¿No temen un contraataque? —preguntó Khelben.

—En este momento nos temen menos de lo que se temen entre ellos. —A pesar de que las palabras habían salido de la boca de Galaeron, aquel conocimiento le sobrevino como un extraño y vago pensamiento, más cercano a una premonición o una sensación que a algo que realmente recordase—. Sabrán lo preocupado que ha estado Faerun con respecto a los problemas que ha ocasionado Refugio, y lo imposible que sería para alguien enviar un ejército contra ellos.

—Aún siendo cierto —repuso Khelben—, no siempre es necesario un ejército para derrotar a alguien.

—Están verdaderamente preocupados por los Elegidos —dijo Galaeron, captando lo que quería decir Khelben—, pero dudo que tengan elección al respecto. El trabajo en equipo no está en la naturaleza de los phaerimm. Ahora que tienen el premio al alcance de la mano, todos deben reclamar su parte o ver cómo otros se lo arrebatan.

Mientras Galaeron hablaba, la delgada silueta de un elfo surgió dando tumbos de la nube de humo, golpeó contra el borde más alto del acantilado, y cayó rodando hasta la pradera. Si el Mythal hubiera estado funcionando correctamente, aquello no habría pasado. Un conjuro protector habría atrapado a la víctima y la hubiera hecho descender suavemente hasta el suelo.

Aquella muerte hizo que Galaeron se preguntase qué habría sido de su hermana, Keya. Lo último que había sabido era que llevaba bien el embarazo y que también le iba bien como guerrera, ya que acompañaba a los hombres de Vala en incursiones de caza y había reunido media docena de colas para su cinturón, pero eso había sido antes de que cayera el Mythal. ¿Podría ser el suyo uno de aquellos cuerpos esparcidos a lo largo de la pradera? ¿O quizá aquel que habían visto salir volando de la nube de humo? Anhelaba intentar otro envío mental, pero sabía que sería una tontería. Suponiendo que siguiera viva, había muchas posibilidades de que estuviera luchando en ese mismo momento, y la distracción de un pensamiento inesperado surgiendo en el interior de su cabeza podría resultar fatal. Galaeron tan sólo podía esperar que el momento de terror pasajero que había sentido la primera vez significara que seguía viva, y que su intrusión no hubiera cambiado aquello.

—¿Cuánto tiempo estarán los phaerimm luchando entre sí? —preguntó Khelben.

—Al menos unos diez días —contestó—, pero no mucho más. Sus peleas internas

son rápidas y mortales.

—Diez días. —Era difícil no ver el desaliento que invadía a Khelben—. ¿Y después qué?

—Para entonces, lo habrán organizado todo y habrán preparado sus defensas individuales. —A Galaeron no le gustaba el rumbo que estaban tomando las preguntas de Khelben—. Será imposible sacarlos de allí.

—Los shadovar lo hicieron en Myth Drannor —lo contradijo Khelben.

—Renunciando a sus otras ambiciones en Faerun —señaló Vala—. Y en Myth Drannor eran apenas algunas docenas. Aquí habrá cientos de ellos.

Khelben suspiró y dijo:

—Hemos perdido Evereska. —Dio un golpe seco con el puño en el suelo, levantando una pequeña nube de cenizas y polvo—. Lo único que seremos capaces de hacer será contenerlos en el valle.

A pesar de que Galaeron no compartía el desaliento de Khelben, permaneció en silencio, poniendo en orden sus pensamientos e intentando recordar todo lo que sabía sobre la situación en Evereska. Tenía el presentimiento de que no todo estaba perdido como Khelben pensaba, pero no tenía modo de saber si aquel presentimiento formaba parte de la sabiduría de Melegaunt o de su propia necesidad de deshacer los tremendos errores que habían conducido a la caída de Refugio.

Vala le posó una mano cálida sobre el antebrazo y dijo:

—Lo siento, Galaeron. Hiciste todo lo que pudiste.

Galaeron comenzó a decir que todavía no había hecho todo lo posible, pero lo interrumpió el leve chasquido de un conjuro de teleportación. Echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que los recién llegados eran los que esperaban y vio cómo una nube grisácea se elevaba dos terrazas más arriba. Learal y los otros estaban tendidos en el suelo, escupiendo hollín e intentando superar el aturdimiento.

—Guardaos vuestros conjuros, señoras. —Khelben se dirigió a sus compañeras—. Por ahora estamos a salvo.

El sonido de la voz de Khelben pareció sacar a Learal de su aturdimiento. Dirigió su mirada hacia el fondo del valle y quedó atónita.

—¡Que la diosa nos ayude! —dijo sin aliento—. Hemos llegado demasiado tarde.

—No lo creo —le corrigió Galaeron, convencido por fin de que la inspiración que sentía se debía a algo más que a su propia desesperación.

Se incorporó y le indicó a Learal con un gesto que hiciera bajar a los demás, y a continuación se sacó un trozo de sedasombra del bolsillo y comenzó a formar un pequeño cono con ella alrededor del meñique.

—Hemos llegado justo a tiempo.

Khelben se puso de rodillas y tiró de Galaeron hacia abajo.

—Ten paciencia, elfo. Salvaremos a todos los Tel'Quess que podamos, pero

primero debemos planificarlo.

—El mejor modo de salvar a mi gente es matar a los phaerimm dentro de su ciudad.

Galaeron siguió dándole forma al cono.

Learal y Khelben intercambiaron miradas de inteligencia, y Khelben dijo:

—Nada de esto es culpa tuya, Galaeron. Fue Melegaunt el que liberó a los phaerimm, no tú.

—Tiene razón —dijo Storm, que ya se había recuperado del aturdimiento y estaba saltando a la terraza junto con Galaeron y los demás—. Ahora sabemos cómo piensan los shadovar. Planearon desde el principio el modo de convertir a los phaerimm en problema de otros. Apostaría mi cabellera a que Melegaunt hizo premeditadamente la brecha en la muralla de los Sharn en el punto donde la hizo. ¿Qué mejor manera de embaucar a los phaerimm para que salieran del Anauroch que ofrecerles el Mythal de Evereska?

—Si de verdad fue un accidente, favoreció a los shadovar —repuso Galaeron. Terminó de darle forma al cono y tras retirarlo con cuidado de su dedo, lo puso sobre una piedra cercana—. Sin embargo, no estoy exento de culpa. Me advirtieron en numerosas ocasiones acerca de Melegaunt, y aún así hice que Refugio viniera a este mundo.

—No puedes culparte —intentó tranquilizarlo Aris. Estaba sentado en la muralla posterior de la terraza, inclinándose para coger agua con la mano de uno de los miles de manantiales que antaño habían abastecido las terrazas del Valle de los Viñedos—. Habrían encontrado otro camino.

Galaeron levantó una mano para prevenir más palabras de perdón y dijo:

—No estoy buscando la absolución..., ni tampoco hablo impulsado por la culpa.

—Entonces lo haces impulsado por la venganza. —Learal hizo una afirmación, no una pregunta. Luego miró a Storm—. Sé cómo me sentiría yo si mi hermana estuviera ahí abajo y fuera incapaz de ponerme en contacto con ella.

—Si estuviera buscando venganza no querría vuestra ayuda. —Galaeron se daba cuenta de que todavía tenían miedo de que su sombra estuviera influyendo en él, y no tenía dudas de que lo estaba haciendo. Sin embargo, eso no quería decir que estuviera equivocado—. Estoy hablando de victoria, no de castigo. Escuchadme. Si no os gusta lo que digo, no recriminaré a nadie que decida quedarse atrás.

Khelben frunció el entrecejo, claramente descontento con el hecho de que alguien que no fuese él asumiera el mando. A pesar de ello escuchó pacientemente. Cuando Galaeron terminó, su expresión ceñuda se tornó pensativa, y dirigió la mirada hacia las otras Elegidas.

—¿Qué opináis?

—Los planes simples son los mejores —dijo Storm—. Éste es simple, he de

reconocerlo.

—Quizá demasiado simple —afirmó Learal—. ¿Qué impedirá a los phaerimm descubrirlo?

—Su propia arrogancia —contestó Galaeron—. No se creerán que haya alguien capaz de derrotar sus conjuros de visión clara.

Mientras dejaba que los demás reflexionasen sobre las bondades de su plan, Galaeron comenzó a dar forma a otro cono de sedasombra. Un instante después, Aris sacó una piedra de la muralla de la terraza y le dio la forma de un pequeño cuenco con dos golpes de martillo, a continuación lo llenó de hollín proveniente de un tronco carbonizado y se sirvió del manantial para humedecerlo. Cuando comenzó a extender la pasta resultante por sus piernas en forma de gruesas rayas negras, Vala enarcó una ceja con expresión dubitativa.

—Eres un poco grande para llevar camuflaje —dijo—. ¿No confías en la magia de Galaeron?

—Confío en Galaeron —contestó Aris. Miró a Galaeron y asintió con expresión adusta—. Pero teniendo en cuenta a quién vamos a atacar, creo que sería de sabios no usar la magia. Además, el camuflaje de los gigantes de piedra es mejor de lo que piensas. Te sorprendería saber la cantidad de veces que has pasado junto a uno de nosotros sin darte cuenta.

—Ya nada me sorprende —dijo Vala. Introdujo la mano en el cuenco y trepó de un salto a la terraza que había detrás de Aris—. Agáchate y te la extenderé por la nuca antes de que nos vayamos.

—¿O sea que has decidido venir *tú* también? —preguntó Learal.

—Debo hacerlo. Mis hombres y nuestras espadaoscuras están ahí abajo. —Miró a Galaeron por encima de la cabeza de Aris, y añadió—: Y necesito saber cómo acaba esto.

Sus palabras hicieron que Galaeron estropeará el cono de sombra que estaba sacando del dedo. Probablemente se refería a la promesa que había hecho de matarlo si alguna vez caía por completo bajo la influencia de su sombra, pero había una calidez en su voz que le dio esperanzas de que lo perdonara, de que todavía tuviera sitio en el corazón para amarlo.

Mientras sostenía la mirada de Vala, Galaeron comenzó a envolverse de nuevo el meñique con la sedasombra. Al mismo tiempo susurró el conjuro para un hechizo de envío de pensamientos y comenzó a hablarle directamente a la mente.

Vala.

Se quedó boquiabierta, y retiró la mano cubierta de hollín de la nuca de Aris.

Antes de que nos vayamos, quiero pedirte disculpas por dejarte atrás —dijo Galaeron—. *Comprendería que no me perdonases, pero tengo esperanzas de que lo hagas.*

La mirada de Vala se suavizó.

No hay nada que perdonar. La elección fue mía, y sabía lo que podía pasar. — Siguió aplicando camuflaje en la nuca de Aris y añadió—: *Pero estoy destrozada, Galaeron. Por dentro.*

A Galaeron le dio un vuelco el corazón.

Lo siento. No pretendía entrometerme. Por favor, perdona...

Otra vez esa palabra —lo interrumpió Vala—. No te culpo..., no era eso lo que quería decir. Pero desde que Khelben y los demás me ayudaron a escapar he estado sintiéndome así... No he sentido nada bueno. Tan sólo quiero regresar a casa y beber aguamiel frente al fuego. Sola.

¿Y qué pasa con Sheldon? Debes de estar deseando verlo.

Galaeron se sintió avergonzado de sí mismo. Se había dejado engañar por la estoica resistencia de Vala al pensar que de algún modo había salido entera de su esclavitud. Únicamente había estado pensando en cómo lo afectaba a él su terrible experiencia y no en lo que le podía haber hecho a ella.

No de esta manera —contestó ella—. No así, destrozada por dentro.

No siempre será así —dijo Galaeron—. Yo estaré a tu lado todo el tiempo que haga falta. Ojalá te hubiera dicho esto antes, Vala. Te amo.

Vala le dedicó una sonrisa melancólica.

Ahora me lo dices. Ahora que tu sombra te obliga.

Galaeron no se había dado cuenta de que se habían convertido en objeto de atención hasta que Vala se percató y apartó la mirada rápidamente. Khelben carraspeó y, o bien sin darse cuenta de las miradas que habían intercambiado, o fingiendo no hacerlo, se puso frente a Galaeron.

—¿Estás realmente seguro de que los phaerimm no serán capaces de detectar o neutralizar tu magia? —preguntó.

—Tendrían que usar el Tejido de Sombra —respondió Galaeron—. Pero debemos tener cuidado con los acechadores. Podrían desarmarnos con sus rayos antimagia.

—Podemos encargarnos de los acechadores.

Khelben suspiró y asintió:

—Muy bien. Si estás decidido a seguir con tu estúpido plan, parece que no tenemos más opción que acompañarte para protegerte ¿Cuánto tardarás en estar listo?

Como única respuesta, Galaeron se quitó el último cono de sedasombra del dedo y lo presionó contra el pecho de Khelben.

—Sostenlo ahí.

Khelben hizo lo que le pedían, y Galaeron sacó el Tejido de Sombra para lanzar un conjuro. El cono negro se expandió hasta alcanzar una altura de unos tres metros, envolviendo al Elegido en una funda de oscuridad. Galaeron le hizo una cola de pinchos en el extremo más estrecho y cuatro brazos torcidos en el más ancho, le

añadió algunos dientes y otros detalles para crear el disco de la cabeza, y se encontró mirando lo que parecía ser un phaerimm envuelto en sombras.

—Un parecido extraordinario —dijo Aris a modo de cumplido—. Aunque los hombros están demasiado bajos, y la púa de la cola debería estar más curvada.

Galaeron hizo las modificaciones necesarias y unas cuantas más cuando Vala, Learal y Storm dieron también su opinión. Cuando todos estuvieron de acuerdo en que realmente se parecía, dio un paso atrás y pronunció una última palabra para afianzar la forma.

—En Evereska deberíamos intentar permanecer en las áreas boscosas, donde las sombras no parezcan fuera de lugar —dijo Galaeron—. Supongo que podéis usar vuestra propia magia para volar y hablar el lenguaje del viento de los phaerimm.

Khelben respondió con una ráfaga sibilante de viento y flotó en el aire.

—Bien —continuó Galaeron—. Evitad usar vuestro fuego plateado. Si los phaerimm lo ven, sabrán que estáis aquí.

—¿Y qué hay de las varitas y los anillos? —preguntó Learal.

—La máscara de sombra ocultará su uso, así como vuestras voces y gestos —respondió Galaeron—, pero debéis tener cuidado de no sacar ningún objeto con el que lanzar un conjuro de vuestro disfraz. Los phaerimm no necesitan objetos, así que si os ven usándolos...

—Comprendido —asintió Storm, avanzando hacia adelante—. Yo seré la siguiente. Siempre me ha gustado luchar con cuatro brazos.

Galaeron presionó uno de los conos de sombra contra el pecho de la Elegida y repitió el conjuro que había usado para disfrazar a Khelben, y a continuación hizo lo mismo consigo y con Learal. Finalmente se volvió hacia Vala.

—Ya que tú no usas conjuros, lo mejor sería disfrazarte de esclava mental.

Vala puso los ojos en blanco e intentó tomarse la sugerencia a la ligera, pero se le veía en los ojos que estaba dolida.

—No lo disfrutes demasiado.

—De ningún modo —le aseguró él—. Si crees que podrías mantener la mirada en blanco...

—Galaeron, hazlo de una vez.

Galaeron aplanó un pequeño disco de materia de sombra en la mano y le dio forma con cuidado sobre el rostro. Cuando lanzó el conjuro, la tez de Vala se oscureció. Su mirada se volvió vidriosa y vacía, y el rostro se le volvió inexpresivo. A Galaeron le dolía verla así, incluso tratándose de una falsa esclavitud. Le recordaba lo egoísta y lo iluso que había sido durante su crisis de sombra y todo lo que ella había sacrificado para salvarlo. No podía ni imaginar cómo podría pagárselo.

—¿Estamos listos, entonces? —preguntó Khelben—. He abierto una puerta hacia los bosques en la base de la colina Corona de Nubes. A menos que tengáis una idea

mejor, pensé que el palacio de lord Duirsar sería el lugar ideal para comenzar nuestra campaña.

—No hay ninguna idea mejor —respondió Galaeron. Al volverse se topó con una puerta mágica que brillaba en el borde de la terraza que había colina abajo—. Los phaerimm seguramente estarán allí peleándose por el botín.

—Pensé que así sería. —Khelben hizo un gesto con su delgado brazo de phaerimm en dirección a la puerta—. Storm y Learal ya han partido.

Sin molestarse en preguntar por qué Khelben había pedido una opinión si ya había enviado a las dos hermanas al otro lado, Galaeron se dirigió hacia la brillante puerta. Le dio tiempo a dar un paso antes de que Vala lo agarrase por el cuello (probablemente pensaba que lo estaba agarrando por uno de los cuatro brazos de su disfraz) y tirara de él hacia atrás.

—Espera.

Le hizo darse la vuelta y se quedó allí, mirándolo con ojos vacíos. Finalmente preguntó:

—¿Dónde te beso?

Galaeron se inclinó hacia adelante y posó los labios sobre los de ella. Era un poco como besar a un zombi, al menos hasta que cerró los ojos, e incluso entonces siguió siendo algo vacilante y reservado..., al menos para las costumbres de los vaasan.

Cuando al fin terminó y Galaeron respiró de nuevo, preguntó:

—¿Para desearme suerte?

—Sólo por si acaso —lo corrigió Vala, empuñando su espada oscura—. No quisiera que el puño de un shadovar fuera lo último que tocan mis labios.

Se introdujo antes que Galaeron en la puerta mágica y desapareció con un chasquido.

Galaeron siguió a Vala hacia el portal. Se había acostumbrado tanto a la magia de teleportación que ya ni siquiera le molestaba el frío que cortaba el aliento ni el instante eterno de la caída, pero eso no evitó que se sintiera desorientado cuando finalmente volvió a sentir el suelo bajo los pies. El aire estaba repleto de ruidos vagos y largos aullidos ininteligibles. Una bola de fuego escarlata rodaba hacia él lentamente, con zarcillos curvados de color naranja que le salían de los costados formando lánguidos remolinos.

Galaeron se echó a un lado y se encontró flotando entre los inmensos troncos de un majestuoso bosque de copas azules, con cuatro brazos delgados agitándose frente a su rostro. Al verlos recordó que se suponía que estaba disfrazado de phaerimm, aunque la razón exacta seguía siendo un misterio para él. Mientras que los bosques que lo rodeaban le resultaban familiares, había algo que no cuadraba, como si hubiera doblado una esquina y se hubiera encontrado en una habitación inesperada.

La bola de fuego seguía acercándose lentamente. Tras ella, un rayo surgió en

medio de un destello y se deslizó entre los árboles como una sinuosa serpiente blanca, para a continuación atravesar con una explosión el pecho de un osgo y girarse bruscamente para perseguir a un desollador de mentes. La respuesta al ataque llegó en forma de diez rayos dorados, que volaban en una apretada formación en cuña directa hacia su objetivo, un elfo de la luna, a la velocidad de una bandada de gansos en plena migración.

Galaeron se apartó flotando de la trayectoria de la bola de fuego. Agachado tras un peñasco recién partido a unos cincuenta pasos, vio a un cantor de la espada muy magullado que todavía sostenía en alto la mano humeante con la que había lanzado el conjuro. Más ofendido por el ataque que preocupado por él, se sacó unas cuantas hebras de sedasombra del bolsillo y las lanzó en dirección al cantor de la espada, musitando un conjuro. Al instante, el elfo quedó cubierto por un capullo pegajoso de negra sombra.

¡Galaeron! —La voz familiar de Learal Mano de Plata resonó en su cabeza—. *No hace falta que te defiendas. Puedes volar más rápido de lo que avanza ese hechizo.*

Una pareja de pherimm envueltos en sombras emergió de los árboles que había detrás, con Vala cerca de las colas llenas de pinchos. Tan pronto como Galaeron vio lo vacío de su mirada, se acordó de su plan y se dio cuenta de que algo había salido terriblemente mal.

Esto no es la colina Corona de Nubes, objetó.

No... Estamos en la Cueva de los Gemidos —contestó Vala—. *La recuerdo de cuando vinimos durante mi primera visita.*

Galaeron miró por encima del hombro y vio la cueva a menos de cien pasos colina arriba. Una pequeña compañía de guerreros elfos estaba reunida en la galería de la entrada, agachados tras las balaustradas de piedra y sirviéndose de la altura del terreno para disparar flechas y conjuros a los osgos e illitas que había más abajo en el bosque. Como todo lo demás en esta extraña batalla, las flechas flotaban más que volaban hacia sus objetivos, y los conjuros, en vez de atravesar el cielo como un rayo, avanzaban lentamente.

Galaeron se apartó flotando del camino de dos flechas que iban en su dirección, a continuación oyó un leve crujido al tiempo que Aris apareció en el bosque. La bola de fuego ya había pasado y estaba a punto de explotar tras ellos, en una de las laderas de la colina. Galaeron cogió al gigante por el brazo y lo empujó hacia adelante para que la onda expansiva no lo quemara.

Khelben apareció un instante después, en medio de una cola de fuego que se agitaba lentamente. Flotó en medio del fuego un instante, aturdido y sin duda encontrando más difícil incluso que Galaeron adaptarse a su nuevo entorno. Galaeron empujó a Aris por el brazo en dirección a Vala y a continuación se puso a flotar y sacó al Elegido del fuego.

—¿Dónde estamos? —Sumido en la confusión, Khelben se olvidó de hablar con la mente—. ¡Esto no es —se dio cuenta y rectificó—. *La colina Corona de Nubes!*

Fuimos a salir al otro lado de la ciudad —lo informó Learal—, *cerca de la Cueva de los Gemidos.*

Peor aún —dijo Galaeron—. *Hemos salido en el pasado.*

¿Cómo es posible? —preguntó Storm. Se situó tras Galaeron y apartó de un golpe una flecha—. *No puede ser.*

Pues así ha sido —respondió Galaeron—. *Poco después de nuestra llegada al Valle de los Viñedos, todo este bosque fue destruido por una explosión. Y ahora...*

Todavía sigue en pie —finalizó Vala—. *Yo también vi la explosión. De algún modo, llegamos aquí antes de que los árboles cayeran.*

Un rayo surgió serpenteando de la boca de la cueva y golpeó a Storm en el mismo centro de su disfraz de phaerimm. El impacto la hizo caer al suelo, pero no parecía haberle causado daño alguno. Khelben y Learal levantaron las cabezas chatas y redondas en dirección al origen del ataque, y tan sólo eso fue suficiente para arrojar lejos a varias docenas de elfos a cámara lenta.

Los disfraces tienen un inconveniente —les transmitió Vala mientras se apresuraba a refugiarse tras un árbol de copa azul caído—. *¡Funcionan!*

Luego, desapareció tras el tronco. Galaeron y los Elegidos la siguieron, y un instante más tarde se refugiaban bajo el codo de un brazo gigante. Aris llegó y se quedó de pie tras ellos. Su camuflaje funcionaba tan bien que si Galaeron no hubiera estado justo debajo del gigante, jamás lo hubiera visto.

Tendría que haberme dado cuenta de que algo así podría pasar. —El tono de Khelben era de disculpa—. *Ya hemos comprobado lo que ocurre al mezclar el Tejido y el Tejido de Sombra.*

Lo hemos comprobado —coincidió Storm—, *pero no esta vez. Si esto tuviera algo que ver con la magia de sombra, ¿cómo podría estar Aris aquí? Él no tiene magia de sombra.*

Eso es cierto —reconoció Learal—. *Sea lo que sea lo que salió mal, ocurrió cuando Khelben abrió la puerta mágica.*

—¡El Mythal! —Galaeron estaba tan excitado que perdió conciencia de la situación y lo dijo en voz alta—. Tenía una defensa contra teleportación.

Nada de «la tenía» —respondió Khelben—. *El Mythal de Evereska todavía puede funcionar.*

¿Así que nos envió al pasado? —preguntó Vala.

A intervalos comenzaron a clavarse flechas en el tronco del copa azul caído.

Y cambió de ubicación nuestro portal de salida —dijo Learal—. *Tenemos suerte de que el Mythal esté debilitado, porque el cambio de ubicación podría haber sido más grave.*

Si esto no es tan grave —comentó Vala—, no quiero saber cómo sería si lo fuera.

El comentario le recordó la extraña explosión que había tenido lugar en los bosques que rodeaban la Cueva de los Gemidos poco después de que Galaeron y el primer grupo llegaran al valle. Se volvió para mirar a Khelben.

Khelben, ¿te acuerdas de aquella gran explosión que vimos al llegar?

¿La luz plomiza? —inquirió—. Por supuesto.

Bueno —dijo Galaeron—, pues fue aquí donde tuvo lugar.

Era imposible saber lo que ocurrió dentro del disfraz de Khelben, pero sus cuatro brazos de phaerimm dejaron de moverse y la cola cayó al suelo.

¡El tiempo! —dijo sin aliento—. Nos movemos a través de él más rápido que lo que nos rodea...

Y cuando alcancemos ese momento... —Learal dejó la frase en suspenso.

¿Qué? —preguntó Aris. Había desaparecido con tanta eficacia dentro del bosque que Galaeron había olvidado su presencia—. No lo entiendo.

Problemas —respondió Storm—. Problemas realmente graves.

A Galaeron le dio la impresión de que las flechas comenzaban a hundirse en el tronco del árbol con más rapidez. Echó un vistazo a la Cueva de los Gemidos y vio a los arqueros moverse con menor torpeza, lanzando sus proyectiles colina abajo a una velocidad que casi podría decirse que más que deslizarse volaban. Un mago de batalla lo vio y levantó un dedo para lanzarle un rayo.

¡Detened el ataque! Soy Galaeron Nihmedu, un elfo y un amigo.

El mago se agarró la cabeza y se tambaleó hacia atrás.

*¡Saal deeeeeee miiiiiiiiiii caaaaabeeeeeezaaaaaa,
monnnnnnnssssssstruooooooooooooo!*

El mago se tambaleó hacia la balaustrada y completó su hechizo. El rayo recorrió la pendiente mucho más rápido que los anteriores, casi demasiado rápido como para seguirlo con la mirada. Galaeron apenas tuvo tiempo de echarse a un lado y dar un grito de advertencia antes de que los alcanzara.

Storm se puso en su camino y recibió todo el impacto del rayo en el cuerpo.

¡Storm! —exclamó Galaeron.

El rayo se hundió en el cuerpo de Storm y desapareció sin dejar olor a carne quemada ni emitir ni él más mínimo chasquido. La mujer volvió a colocarse tras el tronco de árbol y dejó escapar un eructo satisfecho.

No te preocupes, Galaeron —dijo Learal—. Storm podría pasarse todo el día comiendo rayos.

Un pequeño obsequio de mis hermanas cuando fui a luchar contra Iyachtu Xvim —le explicó Storm—. Y ahora, ¿no creéis que deberíamos salir de aquí e irnos muy lejos?

¿Qué daño podría hacernos? —respondió Khelben.

Para ser uno de los Elegidos, no pareces muy confiado —observó Vala.

No es una cuestión de confianza —dijo Learal—. *Todo depende de si la ola de desplazamiento temporal está centrada en nosotros o en nuestro punto de llegada.*

¿Eh?, preguntó Vala.

Lo que quiere decir es: ¡corred! —dijo Galaeron.

Obligó a Vala a incorporarse y la empujó hacia el interior del bosque en dirección opuesta a los elfos que los estaban atacando. Khelben y los otros Elegidos se elevaron en el aire y flotaron junto a ella, usando su magia y sus cuerpos para desviar la andanada de ataques que les llovían desde la terraza de la Cueva de los Gemidos. Antes de seguirlos, Galaeron se tomó un momento para romper la red de sombra que le había lanzado al cantor de la espada.

¡Abandonad... este... lugar... en seguida! —les urgió, espaciando las palabras para que el elfo las pudiera comprender mejor—. *¡Se acerca un gran peligro!*

El cantor de la espada se desembarazó de la tela de sombra que se disolvía con una expresión que, más que miedo, denotaba confusión, pero siguió rápidamente el consejo cuando un acechador y su escolta de osgos cargaron contra él desde el bando phaerimm. Galaeron envió una advertencia similar a los otros elfos que había en la terraza de la entrada de la Cueva de los Gemidos. Su única respuesta fue un campo de fuerza resplandeciente que se acercó a unos doce pasos antes de que Galaeron se diera cuenta y huyera de su escondite. Un ruido apagado resonó tras él un instante más tarde, y cuando miró hacia atrás vio que el copa azul se hacía astillas. La esfera se expandió tan rápido que casi lo alcanzó. Estaba claro que el tiempo se estaba moviendo más de prisa.

Galaeron alcanzó a los demás y los siguió a poca distancia, esquivando rayos plateados serpenteantes y usando su magia para desviar las flechas con conjuros de viento o escudos de sombra. Aris corría junto a él a una distancia de veinte pasos, deslizándose por los bosques tan sigilosamente como lo haría cualquier animal salvaje. Mientras todos siguieran moviéndose, poco tenían que temer de los elfos que los atacaban, ya que era evidente que para ellos era imposible dar en el blanco sobre manchas borrosas. A pesar de que había abundancia de osgos, illitas y acechadores en el bosque, estaban demasiado ocupados luchando para prestarle atención a un grupo oscuro de «phaerimm».

Los compañeros no tuvieron problemas para abandonar el área cercana a la cueva, tras lo cual se encontraron con que la batalla en el resto del bosque era igualmente encarnizada y el doble de confusa. No parecía haber rangos u objetivos claramente delimitados, tan sólo núcleos aleatorios de elfos y esclavos mentales y varios phaerimm luchando unos contra otros con conjuros y acero, a veces a una distancia de cien pasos el uno del otro, y otras cara a cara. Demasiado a menudo se veía luchar a elfos contra esclavos mentales elfos, unos, reticentes a asestar golpes mortales, y los

otros, demasiado ansiosos. Quienesquiera que fuesen los combatientes, parecían moverse más de prisa, sus rayos destellaban por todo el bosque demasiado rápidos para que Galaeron pudiera seguirlos con la mirada, y las flechas pasaban silbando junto a ellos a tal velocidad que era imposible desviarlas.

Cuando le era posible, Galaeron metía prisa a los guerreros y usaba la magia para liberar a los esclavos mentales. Fue esta última buena acción lo que complicó su huida cuando seis phaerimm aparecieron tras una hilera de osgos que avanzaba y comenzaron a silbarles en su lengua eólica.

¡Vosootroos! —El desafío de los phaerimm era lento y vibrante, pero no tan lento como para que la magia del habla de Galaeron no lo comprendiera—. *Explicaos.*

Dándose cuenta de que no todos comprenderían la importancia de responder con una acusación, Galaeron avanzó flotando para enfrentarse a los phaerimm.

Me robaste... un esclavo. —A pesar de que no era su intención, el conjuro de viento que había utilizado para modular la voz desgarró el bosque como un ciclón, arrancando hojas de los árboles y arrojando ramas contra los que los desafiaban—. *¡Exijo... un regalo!*

¿Un regalo? —Los seis phaerimm retrocedieron unos pasos, evidentemente haciendo espacio para una lucha de conjuros—. *¿Quién eres? ¿Por qué silbas tan rápido?*

¿Quién osa preguntar...?

Eso fue lo único que le dio tiempo a decir a Galaeron antes de que tres lenguas de fuego plateadas salieran disparadas para envolver a los tres phaerimm más cercanos.

—¡No hay tiempo! —gritó Khelben en la lengua común mientras arrojaba un puñado de polvo de arco iris al suelo, debajo de los phaerimm—. ¡Tenemos que seguir adelante!

Galaeron le arrojó una bola de sombra al phaerimm superviviente más cercano, mientras que Vala había desenvainado la espada y estaba disponiéndose para el ataque. A pesar de que el tiempo del bosque ya casi se había sincronizado con el suyo, todavía subsistía una diferencia suficiente como para que Khelben y Galaeron pudieran lanzar sus conjuros antes de que el enemigo reaccionara. La bola de sombra alcanzó su objetivo en ángulo oblicuo y perforó un óvalo del tamaño de una cabeza en el centro del cuerpo. El phaerimm se derrumbó formando un montículo inerte, mientras su vida se derramaba humeante sobre el suelo del bosque.

El muro prismático de Khelben no surtió el mismo efecto. Surgió de debajo del phaerimm, tal como había pretendido, pero aquella cosa atravesó flotando sus defensas adoptando la forma de un haz de rayos de varios colores y contraatacó con un rayo negro de desintegración. Khelben recibió el rayo en pleno pecho con expresión sonriente, y a continuación extendió dos de sus brazos hacia la criatura.

Mientras tanto, los últimos phaerimm le habían lanzado una andanada de rayos mágicos a Vala. Galaeron vio aterrorizado que ella se mantenía en su sitio y le lanzaba la espadaoscura a su atacante.

—¡Vala!

Galaeron extendió una mano para levantar un escudo de sombra frente a ella, pero incluso teniendo el tiempo de su parte, no fue lo suficientemente rápido. Los rayos dieron en el blanco.

—¡No!

Vala se tambaleó por el impacto y echó un pie hacia atrás para mantener el equilibrio. Levantó el puño, apuntando con el anillo en la dirección del phaerimm y devolviéndole la misma andanada de rayos dorados a su atacante.

La espadaoscura llegó antes, desgarrando a la criatura de arriba abajo. Tembló violentamente y se desvaneció en medio de una deslumbrante luz plateada propia de la magia de teleportación. Los rayos dorados se introdujeron chisporroteando en el bosque y arrancaron un grito angustioso a un guerrero elfo al que Galaeron ni siquiera había visto. Vala abrió de nuevo la mano y llamó de vuelta a su espada sin bajar el brazo.

El phaerimm de Khelben se resistía a retirarse tan fácilmente. Un muro de llamas surgió entre él y sus atacantes e incendió el bosque de inmediato. Incapaz de ver nada, Khelben prefirió reservar su conjuro, y el disco giratorio de sombra que Galaeron envió a través de la barricada no cortó nada más que una larga hilera de copas azules, y quizá la media docena de elfos a los que oyó gritar de pánico y furia.

Bolas de fuego tan grandes como un acechador comenzaron a surgir crepitantes del muro de fuego hacia Galaeron y los Elegidos. Galaeron consiguió apenas coger su sombra del suelo y arrojarla frente a sí, e incluso entonces el calor fue tan intenso que le chamuscó los cabellos en el momento en que las esferas chisporroteantes golpearon contra su silueta y desaparecieron en el plano de las sombras.

Incapaz de reaccionar con la rapidez suficiente, Khelben fue golpeado por una de las esferas en pleno pecho y estalló en llamas. Flotó lentamente hacia el suelo, donde permaneció hasta que Learal, a quien golpearon dos esferas en el pecho sin dejar escapar ni tan siquiera un hilillo de humo, le cubrió el cuerpo con el suyo y extinguió el fuego.

Mientras esto ocurría, Storm se lanzó al fuego de cabeza. Riendo, recibió el impacto de tres bolas incandescentes y a continuación se sumergió en el muro ardiente..., pero llegó demasiado tarde.

Aris acababa de surgir del bosque al otro lado de la muralla de fuego. Se inclinó y rodeó con sus grandes manos al phaerimm —fue en el extremo de la barrera de fuego, en absoluto en el lugar que Galaeron esperaba—, al que apretó hasta hacerlo estallar. A Storm no le quedó nada más que deshacer la magia del phaerimm y

extinguir las llamas.

Galaeron se situó rápidamente junto a Khelben y preguntó:

—¿Es grave?...

—No —gruñó Khelben. Su disfraz seguía siendo el de un phaerimm envuelto en sombras, por lo que resultaba imposible ver la gravedad de sus heridas—. No tenemos tiempo. Esos phaerimm eran rápidos. Ambos tiempos deben de estar convergiendo.

—De acuerdo —dijo Learal—. En marcha.

Aris y los tres Elegidos se volvieron para comenzar de nuevo su marcha hacia los bosques, y Galaeron estaba a punto de seguirlos cuando se dio cuenta de que Vala no estaba ni delante ni detrás de ellos.

—¡Esperad!

Storm se detuvo y volvió la cabeza chata para mirarlo.

—¿Esperar? No tenemos tiempo para...

Galaeron se dirigió volando al lugar donde la había visto por última vez y se fijó en que había huellas de botas —grandes huellas de botas— en el suelo.

—¡Se la han llevado!

—¿Ellos? —Los tres Elegidos se reunieron a su alrededor y comenzaron a emitir juramentos como si fueran uno solo—. ¡No podíamos haber tenido peor suerte!

—Son de humano —dijo Galaeron—. Varón y de gran tamaño. Enorme.

—Un vaasan —gruñó Khelben. Dirigió su mirada hacia los bosques y gritó en la lengua común—: ¡Kuhl! ¡Burlen!

Su respuesta llegó en forma de movimiento desordenado cuando una docena de guerreros elfos surgieron de detrás de los troncos de los árboles, de debajo de ramas y montones de hojas secas, y se lanzaron al ataque. Sólo la escasa ventaja que les proporcionaba el hecho de moverse en un tiempo más rápido libró a Galaeron y a sus compañeros Elegidos de ser cortados en pedacitos por las espadaoscuras que anteriormente habían pertenecido a los guerreros muertos de la compañía de Vala.

—¡Arriba! —gritó Galaeron en la lengua común—. ¡Tened cuidado!

Al tiempo que les daba un grito de advertencia, se elevaba fuera del alcance de sus atacantes. Khelben y los otros Elegidos lo siguieron, pero el pobre Aris se encontró rodeado de media docena de elfos cambiándose la espada de cristal negro de una mano a otra.

Los elfos que estaban debajo de Galaeron y los Elegidos echaron los brazos hacia atrás preparándose para lanzar.

—¡Quietos! —exclamó Galaeron en élfico—. Soy Galaeron Nihmedu, ciudadano de Evereska, y antiguo príncipe Guardián de Tumbas que patrullaba el confín sur del desierto, habitante de Copa de Árbol en el Prado Lunar, hijo de Aubric Nihmedu y hermano de Keya Nihmedu de la Cadena de Vigilancia, amigo de...

—Es curioso lo poco que te pareces a un elfo —dijo una familiar voz femenina, aunque muy endurecida.

Una joven elfa lunar que no tendría más de ochenta años salió de detrás del tronco de un copa azul, con los cabellos de color turquesa recogidos bajo un ostentoso yelmo de batalla que sólo podría haber sido elaborado por los elfos dorados de Siempre Unidos. Los ojos de destellos dorados estaban inyectados en sangre, y la sonrisa en forma de arco de cupido se había endurecido por las preocupaciones, pero Galaeron habría reconocido a su hermana aunque hubiera estado mucho más consumida. El corazón le comenzó a latir a toda prisa por la alegría.

—¡Keya! ¡Estás viva!

Keya entrecerró los ojos en un gesto de sospecha y dijo:

—Eso parece, por ahora.

Arrastró levemente las palabras, lo suficiente como para dejar patente que el tiempo del bosque pasaba más despacio. Extendió la mano detrás de uno de los árboles y puso a Vala a la vista. Galaeron quedó asombrado al ver que alguien le había arrebatado la espadaoscura y le había atado las manos con cuerdas élficas.

—¿Cómo disteis con esta esclava mental? —preguntó Keya—. Contádmelo y os dejaré vivir..., siempre y cuando juréis dejar Evereska y no volver jamás.

—No se te da muy bien mentir, Keya. —Rompió el conjuro que le daba el aspecto de un phaerimm, y después se deslizó hacia el suelo y añadió—: Pero ni tú ni Evereska tenéis nada que temer de nosotros.

—¡Quieto ahí, demonio! —le ordenó Keya—. Si sigues bajando te daré la muerte que mereces por hacerte pasar por mi hermano.

Aquello hizo reír a Vala con una risa sofocada, lo cual hizo que Keya le dirigiese una mirada iracunda.

—¡Keya! —dijo Khelben con brusquedad en élfico—. Él es tu hermano. Libera a Vala y huye de este lugar... ¡Ahora!

—¿Tú crees que acepto órdenes de los gusanos?

Para demostrarle que no, Keya le arrojó la espadaoscura. A pesar de que el tiempo pasaba más rápido, Khelben apenas tuvo tiempo de apartarse del camino de la espada. De repente dos docenas de arqueros salieron de sus escondites con los arcos preparados para disparar. Storm y Leral ya habían empezado a lanzar conjuros de paralización. La compañía de Keya al completo quedó paralizada tal y como estaba, con los arcos a medio disparar y las espadas medio levantadas.

Khelben recuperó la espadaoscura de Keya del árbol en el que había quedado clavada y a continuación bajó volando hacia ella. Burlen surgió de detrás del árbol donde Vala había sido retenida, con su propia espadaoscura preparada para lanzar.

Galaeron lo detuvo con una red de sombra.

Khelben le dirigió un gesto de agradecimiento, a continuación giró la espada y

agitó la empuñadura frente al rostro de Keya.

—Estás agotando mi paciencia, jovencita. Tenemos razones para tener este aspecto, y no hay tiempo para explicártelas ahora.

Se oyó un fuerte chasquido proveniente de la Cueva de los Gemidos. Galaeron miró hacia atrás y vio una pequeña luz que titilaba a través de las ramas de los copas azules.

Khelben siguió sermoneando a Keya.

—Cuando os liberemos a ti y a tu compañía, ¿te convencerás de que te estoy diciendo la verdad y saldrás huyendo de aquí?

—Eh... ¿Khelben? —mientras Galaeron hablaba, observó cómo la pequeña esfera brillante se expandía sobre los árboles—. No habrá...

—¡Prado Lunar! —gritó Learal, que ya estaba abriendo un portal sobre el suelo en medio de la compañía de elfos—. ¡Teleportación!

Storm empezó a arrojar a los elfos paralizados al interior del portal. Khelben echó una mirada al círculo de luz que se expandía y lanzó un juramento, a continuación rodeó a Keya, Burlen y dos elfos más con los brazos, y desapareció. Galaeron se situó de un salto junto a Vala, cogiéndola por las manos atadas, y se dirigió hacia el círculo teleportador de Learal.

Vala tiró de él hacia atrás y a punto estuvo de hacerlo caer.

—¡No sin mi espada!

Rayos de luz retorcidos comenzaron a danzar entre los árboles provenientes de las proximidades de la Cueva de los Gemidos, y el sonido de la batalla que se estaba desarrollando allí quedó silenciado de repente. Galaeron comenzó a caminar alrededor de Vala y halló su espada apoyada contra un árbol. La agarró, cortó sus ataduras —ninguna otra espada podría haber cortado las cuerdas élficas— y le devolvió el arma.

—¿Podemos irnos ahora?

Galaeron la agarró por la muñeca, se giró hacia el círculo teleportador y embistió a una pequeña elfa de los bosques de ojos marrones como los de un conejo y sonrisa traviesa, y que blandía una larga espada.

—Bien hallado, Galaeron —lo saludó—. Ya veo que «todavía» estás rescatando a Vala.

Galaeron se quedó boquiabierto.

—¿T-Takari?

Takari sonrió y dijo:

—Veo que sí te acuerdas.

Galaeron la sorprendió con un efusivo abrazo, y ella lo sorprendió a él cuando se lo devolvió con la misma efusividad.

—Tenía miedo de no volver a verte —dijo él.

Se oyó un crujido ensordecedor proveniente de la Cueva de los Gemidos, y una columna de luz plomiza surgió en el bosque frente a la terraza.

Vala apareció junto a ellos.

—¡Vosotros dos, separaos de una vez! —Introdujo un brazo entre ambos y dobló el codo para apartar a Takari. A continuación añadió—: No es por ofender, pero deberíamos irnos ya.

Takari miró el codo responsable de la ofensa como si fuera a arrancárselo, y a continuación sonrió dulcemente y dijo:

—No me has ofendido.

Se volvió para mirar hacia la columna de luz cada vez más intensa, a continuación se volvió y le hizo un gesto a lo que parecía ser un montón de hojas.

—¡Vamos, Kuhl! Permitamos que Galaeron nos teleporte fuera de aquí.

Capítulo 16

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Galaeron llegó enredado en una maraña de brazos humanos y elfos, por un lado Vala lo agarraba por ambos hombros y Takari lo hacía por la cintura, mientras Kuhl los envolvía a todos en un gran abrazo osuno y lo miraba fijamente como si no estuviera seguro de que su transformación de phaerimm a elfo fuese realmente una vuelta a su verdadera forma.

El aire apestaba a azufre y a carne quemada, y estaba cargado de explosiones, chasquidos y gemidos lastimeros. Galaeron, que todavía estaba luchando por recuperarse del aturdimiento producido por la teleportación, recordó que había estado en algún otro lugar intentando huir de algún cataclismo inminente. El aire olía de la misma manera, y el estruendo de la batalla había sido igual de fuerte. Comenzó a temer que no hubieran logrado escapar después de todo, que estuvieran a punto de sufrir las consecuencias del terrible acontecimiento del que habían estado huyendo.

Galaeron dirigió la vista hacia la bóveda de un bosque de copas azules y la sensación de familiaridad lo hizo encogerse.

—Creo que el Mythal rechazó...

Estaba a punto de decir «mi conjuro de teleportación» cuando un brillo plomizo se dejó ver a través del bosque. Lo sacudió una terrible conmoción que hizo erupción en el centro de su estómago y explotó hacia afuera. Se le entumecieron las palmas de las manos y las plantas de los pies, los oídos le martilleaban y le dolía toda la cabeza.

Se encontró a cuatro patas junto con Vala, Takari y Kuhl. Todos pensaban que iban a morir y se preguntaban por qué el Mythal había interferido con su magia cuando normalmente sólo rechazaba conjuros translocacionales cuando éstos cruzaban su perímetro. Por supuesto, Galaeron había usado magia oscura. Meses atrás, un Mythal sano había impedido a Melegaunt tocar el Tejido de Sombra, pero debilitado como estaba, no había obstaculizado ninguno de los conjuros que Galaeron había lanzado en el exterior de la Cueva de los Gemidos.

Galaeron no había llegado más lejos con sus pensamientos cuando se le ocurrió que ya había sobrevivido a la onda expansiva. Se dio cuenta de que el estruendo de sus oídos no era más que un silencio ensordecedor, y el suelo que pisaba ni siquiera había temblado con el impacto producido por la caída de un copa azul. Se incorporó sobre las rodillas, miró a su alrededor y vio que si bien el bosque le resultaba familiar, no era el que había por debajo de la Cueva de los Gemidos. La maleza había servido de refugio a los animales y a los pájaros y el terreno no era tan empinado.

Quizá habían llegado al Prado Lunar después de todo. Galaeron comenzó a incorporarse..., pero la mano carnosa de Kuhl se lo impidió. El vaasan usó el

lenguaje de los dedos para pedir silencio, a continuación se introdujo de nuevo entre la maleza con el mismo sigilo que un elfo. Cuando Vala y Takari hicieron lo mismo, Galaeron se tumbó boca abajo y las siguió, volviéndose después para escudriñar escondido tras un arbusto.

El Prado Lunar estaba justo delante, su reducida extensión estaba cubierta de humo acre y la hierba, antes jugosa, estaba quemada como consecuencia de la batalla. En el otro extremo, el estanque Gloria del Amanecer se había vuelto rosado por la sangre derramada y el agua todavía hervía debido a algún tipo de calor mágico. Había cuerpos tanto de elfos como de otras razas desparramados por el lado opuesto, donde los Elegidos y la Compañía de la Mano Fría habían sido atacados cuando todavía estaban aturcidos. Al igual que Galaeron y sus compañeros, aquellos que estaban en el campo de batalla comenzaban a recuperarse e incorporarse. Daba la impresión de que a ambos bandos la batalla los había pillado desprevenidos. A los elfos y a sus aliados los habían cazado en campo abierto mientras que los phaerimm y sus esclavos mentales aparecían esparcidos de cualquier manera por el borde de la pradera junto a Galaeron y sus compañeros.

Un elfo con la armadura hecha jirones cogió una espada oscura y la usó para cortar la cabeza llena de tentáculos de un desollador de mentes. Un phaerimm acudió flotando y contraatacó con un rayo negro que dejó un agujero del tamaño de un melón en el pecho del guerrero. Otro elfo se levantó de un salto, atrapando la espada antes de que cayera al suelo, y cargó contra el asesino. La batalla estalló con furia inusitada, rayos plateados y destellos blanquecinos trazaban líneas brillantes en el aire, surgían llamaradas del suelo ennegrecido, cabezas, pechos y cuerpos quedaban destrozados sin causa aparente. Incluso el Mythal hizo el esfuerzo de unirse, arrojando sobre los enemigos de Evereska una lluvia de perdigones fangosos que se disolvían sobre sus hombros y cuyo único efecto era el de hacer que los elfos lucharan con más ahínco.

Galaeron pensaba en Keya y quería lanzarse al campo de batalla para encontrarla, pero su parte más tranquila —la parte más oscura y astuta— lo contenía. A lo único que conducían los actos heroicos sin sentido era a una muerte sin sentido, y Keya lo necesitaba con vida. La Compañía de la Mano Fría al completo lo necesitaba, al igual que Khelben y los otros Elegidos, y toda Evereska. Era el único que entendía a los phaerimm, el único que sabía cómo derrotarlos. Tenía que trabajar para conseguir su propósito y confiar en que su hermana sabría mantenerse con vida. Hacer otra cosa hubiera sido traicionar el espíritu guerrero que residía en ella... y el de la misma Evereska.

Galaeron encontró a los Elegidos cerca del estanque Gloria del Amanecer, todavía disfrazados de phaerimm y rechazando conjuros que provenían del centro de la Compañía de la Mano Fría. Al principio pensó que simplemente estaban intentando

proteger su identidad y escapar hasta que pudieran llevar a cabo su plan. Después de un instante de minuciosa observación se dio cuenta de que sus conjuros eran todos rayos y truenos, y que se estaban situando cuidadosamente para pillar a los phaerimm en un ataque por el flanco. Viendo que podía irles incluso mejor, se introdujo aún más entre la maleza, y a continuación hizo señas a los demás para que se armasen y lo siguieran.

Kuhl se movía más como un gato salvaje que como el oso cavernario al que tanto se parecía, y los cuatro compañeros se deslizaron rodeando a los phaerimm por los flancos. Galaeron salió de un salto de un arbusto que había detrás de un illita, y el corazón de la criatura dejó de latir antes de que se diera cuenta de que alguien lo había traspasado con una espada. Mientras Galaeron volvía a desaparecer, la flecha mortal de Takari pasó zumbando junto a su cabeza y mató al compañero acechador del illita, a continuación Vala y Kuhl salieron de entre la maleza con gran ímpetu para atacar a unos atónitos osgos. Los dos más cercanos levantaron sus hachas de batalla para defenderse. Las espadaoscuras de los vaasan rebanaron los gruesos mangos de roble como si se tratara de barras de pan, y a continuación rajaron las gargantas de ambas criaturas. Los otros dos osgos, aterrados y a la vez aturcidos, se lo pensaron mejor y en vez de luchar corrieron a dar un rugido de alarma.

Fue un gran error. Galaeron les lanzó un rayo oscuro, Takari disparó otras dos flechas mortales y los vaasan les arrojaron sus espadaoscuras. Sólo Vala apuntó al más cercano, pero su espada negra se hundió hasta la empuñadura entre los omóplatos del monstruo, que todavía dio tres pasos antes de caer al suelo sin vida. Los otros osgos, que habían perdido la cabeza por la magia de Galaeron, cayeron donde lo había hecho el primero con el corazón reventado por la espada de Kuhl y las piernas dobladas por efecto de las flechas negras de Takari.

La primera señal de contraataque llegó cuando un enorme tronco de copa azul estalló en astillas llameantes. Un terrible crujido resonó entre los árboles, y Galaeron, al mirar hacia arriba, vio lo que parecía un cielo de hojas y troncos precipitándose hacia él. Lanzó una bola de materia sombra y gritó una palabra en netherese antiguo. Una red de hebras oscuras apareció por encima de él, anclándose a los árboles cercanos para atrapar al copa azul que estaba cayendo.

El chisporroteo de los meteoros que caían arremolinados resonó a través de los bosques proveniente de algún lugar por delante de ellos. Galaeron se arrojó tras el copa azul más cercano y vislumbró un rastro de humo que se inclinaba hacia él a medida que las piedras ajustaban la trayectoria. Impactaron contra el árbol en una serie de estallidos. Avanzó a gatas y echó un vistazo al otro lado del tronco, momento en el que un rayo negro a punto estuvo de arrancarle la cabeza. De una voltereta se apartó en la dirección opuesta y quedó cegado por un rayo que se acercaba.

Tumbado boca abajo, Galaeron se aplastó contra el suelo mientras el rayo

crepitaba por encima de su cabeza y pasaba de largo. Ahora que el tiempo corría a la misma velocidad para todos, no era rival para un phaerimm. Se echó atrás, preparó un escudo de sombra, y apenas tuvo tiempo de erigirlo antes de que la maleza se abriese a unos doce pasos de distancia y asomara una cabeza llena de espinas.

Vala apareció detrás de la criatura, le abrió con la espadaoscura la espalda de arriba abajo, y volvió a desaparecer tras la maleza antes de que un rayo verde resplandeciente desintegrara el follaje en el lugar donde había estado. El arco de Takari silbó y el rayo desapareció. Vala se incorporó, agitando la cola cortada de un phaerimm para que la viera Galaeron, y se dirigió de nuevo al bosque.

Antes de seguirla, Galaeron transmitió mentalmente:

Khelben, están atrapados entre nosotros. Nos estamos acercando desde el otro extremo.

Para cuando salió de detrás del árbol, Kuhl había matado a un segundo phaerimm que había acudido en ayuda del que había matado Vala. Galaeron volvió a su sitio en la línea de batalla y se escabulleron a través de la maleza matando a varios osgos y a dos illitas más antes de que Takari emitiera un trino de pájaro a modo de advertencia hacia el interior del bosque.

Una andanada de rayos y bolas de fuego se dirigió a gran velocidad hacia el ruido, incendiando dos copas azules y desperdigando ramas ardiendo y miembros cercenados por el suelo del bosque. Galaeron siguió uno de los conjuros hasta la fuente y divisó lo que parecía un tronco en forma de cono que se mantenía sospechosamente erguido en medio de una gran zarza de la miel a unos veinte pasos más adelante. Lanzó una andanada de flechas de sombra a gran velocidad hacia el tronco y a continuación se puso a cubierto y se alejó dando volteretas. Lo ayudaron a avanzar varias ondas expansivas y un muro de calor mágico.

Cuando por fin se detuvo, el bosque que se extendía frente a él se estaba desintegrando en astillas y llamas. Se puso de rodillas y vio a un illita avanzando a tumbos hacia él. Miraba por encima del hombro con los ojos muy abiertos desde el centro de la cabeza llena de tentáculos. Galaeron apenas tuvo tiempo de desenvainar la espada antes de que la criatura llegase junto a él y quedase empalada. Terminó el trabajo con unas cuantas estocadas, y a continuación echó a un lado el cuerpo del illita.

La situación era más o menos la misma en el resto de la línea de batalla, y a Galaeron no le cabía ninguna duda de que era porque los Elegidos estaban detrás del enemigo, atacando. Los esclavos mentales de los phaerimm huían a ciegas de aquel infierno, en una trayectoria que los llevaba directamente hacia Vala y Kuhl. Los vaasan estaban cobrando un peaje terrible, girando como torbellinos, cortando en dos a todos los monstruos que se pusieran al alcance de sus espadaoscuras y usando las empuñaduras para dejar inconscientes a algún que otro elfo al que habían hecho

esclavo mental.

Sin embargo, ellos eran sólo dos, y fácilmente habría cien esclavos mentales. Docenas de ellos salían de la maleza con gran estrépito. Takari hacía todo lo que podía para detener a los monstruos, vaciando el carcaj en sus espaldas y avanzando lentamente para poder recuperar las flechas que ya había disparado de los cuerpos inertes. Galaeron usó rayos de sombra para cortarles el paso a dos osgos y un acechador que se acercaban por la espalda a Takari, y a continuación ésta abatió a un illita en plena huida. Ya no quedaban más enemigos.

Galaeron empezó a oír el repiqueteo de la lluvia a su espalda, y al volverse se encontró con un pequeño torrente que inundaba la línea de batalla, extinguía el fuego y llenaba el bosque de oleadas de vapor. La tormenta no podía hacer nada para salvar los árboles que ya se estaban quemando, pero al menos evitaría que las llamas se extendieran.

Cuando tres phaerimm surgieron de la nube de vapor, Galaeron comenzó a preparar un rayo de sombra. Sabía que eran los Elegidos por el modo en que la oscuridad del bosque se adhería a sus cuerpos, pero eso no evitó que se encogiera de miedo. El disfraz era más convincente de lo que había supuesto, y de repente comprendió por qué había sido tan difícil convencer a Keya de su identidad cuando estaban en la Cueva de los Gemidos.

—Es triste perder tantas copas azules —se lamentó Khelben, volviendo su cabeza chata para mirar en dirección a la batalla—. La mayor parte son más viejos que yo.

—Evereska ha sido invadida —dijo Galaeron—. Los árboles deben pagarlo, al igual que nosotros.

Takari quedó boquiabierta, escandalizada. Comenzó a reprenderlo por decir algo semejante, pero a continuación lo pensó mejor y sencillamente le lanzó a Vala una mirada acusadora.

Vala se encogió de hombros y dijo:

—A mí no me mires. Yo no fui la que le aconsejé que aceptara a su sombra.

—No estoy diciendo que deberíamos dejar que el bosque se queme —replicó Galaeron—, sólo que deberíamos recordar lo que sucederá con los bosques de Evereska si los phaerimm la invaden.

—Algunas veces el mal menor es el único bien posible —lo apoyó Learal antes de dirigirse hacia la linde del prado—. Vamos a comprobar si Keya necesita ayuda, ¿de acuerdo?

* * *

La Compañía de la Mano Fría tenía la situación controlada. La mayor parte de los esclavos mentales, sin sus amos phaerimm para guiarlos e intimidarlos, habían

perdido todo interés por la lucha y comenzaban a retirarse. Apenas hicieron falta un par de rayos lanzados desde el flanco para convertir la retirada en derrota, y minutos más tarde las fuerzas de Evereska se encontraron solas en el campo de batalla.

Keya dio órdenes de recoger a los heridos y recuperar las espadaoscuras, a continuación le hizo un gesto a Aris para que saliera de su escondite al otro lado del prado y fue a reunirse con Galaeron y los demás. Con el rostro cansado por la batalla y la frente surcada por profundas arrugas de preocupación, parecía mucho más vieja y ceñuda que la última vez que Galaeron la había visto, pero también más fuerte. Se detuvo con Burlen pegado a sus talones, y tras dar a Vala un abrazo cálido aunque cansado, dio un paso atrás y estudió a su hermano.

Había una dureza en su mirada que hizo que Galaeron se preguntara si lo culparía de todo lo que había ocurrido en Evereska y empezara a temer que su reencuentro no fuera demasiado alegre. Estaba más que dispuesto a asumir la responsabilidad de sus meteduras de pata, pero pensar que sus errores podrían abrir un abismo entre él y su hermana era más de lo que podía soportar. Ya era suficientemente malo que la guerra que él había provocado les hubiese arrebatado a su padre; pero la posibilidad de que además pudiera destruir lo poco que quedaba de su familia sería un castigo digno de Loviatar.

Finalmente, Keya se llevó una mano al abultado vientre y dijo:

—Ya te habías enterado, ¿verdad?

Preguntándose qué tendría que ver el embarazo de su hermana con sus errores, Galaeron respondió:

—Storm me lo dijo.

—Bueno, ¿y a qué estás esperando? —Keya volvió a posar la mano sobre la empuñadura de la espadaoscura que colgaba de su cinto y añadió—: Sencillamente dilo y acabemos de una vez con esto.

Galaeron frunció el entrecejo, confuso.

—¿Qué es lo que hay que decir?

Keya se encogió de hombros, pero apretó los labios y comenzó a recuperarse visiblemente.

—Sé que esto es algo inesperado, pero tengo más de ochenta años. Puedo tomar mis propias decisiones..., y además, no había nadie a quien preguntarle.

—Preguntar —repitió Galaeron—. ¿Sobre qué?

Vala le dio un codazo en la espalda.

—El bebé.

—¡Pedazo de rote! —exclamó Takari—. ¿Te has vuelto completamente humano?

Finalmente se dio cuenta de que Keya no lo culpaba por lo que había ocurrido en Evereska, ni siquiera estaba pensando en la guerra. Estaba asustada, no enfadada, y lo único que quería de él era lo mismo que él quería de ella. Comenzó a reír, lo cual hizo

que Keya apretara la mandíbula.

—¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Lo que yo pienso? —preguntó Galaeron. La asió por los hombros—. ¡No tengo palabras para expresar lo feliz que me hace!

Ahora era Keya la que parecía confusa.

—¿Por qué no iba a importarme lo que tú piensas?

Antes de que Galaeron pudiera contestar, Takari se interpuso entre ambos.

—Galaeron se alegra mucho por ti —dijo—, y piensa que Dex será un padre maravilloso... para ser humano. ¿Verdad, Galaeron?

—Por supuesto —respondió Galaeron—. Tan sólo pensaba...

—Y Keya está muy contenta de que hayas vuelto —lo interrumpió Takari—. No importa lo que digan los altos dignatarios elfos, ella sabe que nada de esto es culpa tuya. ¿Tengo razón, Keya?

—Hasta los altos dignatarios elfos saben que los shadovar te engañaron —afirmó Keya—. Han estado planeando esto durante siglos.

Takari hizo un gesto con la cabeza a Burlen y dijo:

—Salgamos de aquí antes de que los phaerimm vuelvan para terminar el trabajo.

—¿Volver? —repitió Galaeron—. Eso es lo único que no debe preocuparnos. Ningún superviviente phaerimm admitiría jamás que fue derrotado.

Keya y Takari intercambiaron miradas, a continuación Keya dijo:

—Galaeron, ellos siempre vuelven.

—Están decididos a aniquilar a la Compañía de la Mano Fría —añadió Takari—, pero estamos haciendo que lo paguen caro.

—¿Decididos? —A Galaeron no le gustaba cómo sonaba aquello—. ¿Quieres decir que todavía están luchando organizadamente?

Burlen miró a Galaeron con expresión ceñuda y se puso a refunfuñar.

—Claro que están organizados. Si quieres matar a una manada de lobos, tendrías que estar más organizado de lo que lo están ellos.

—¿Así que están trabajando todos juntos? —preguntó Galaeron. Aquello no le cuadraba, se contradecía con todo lo que Melegaunt había aprendido acerca de los phaerimm durante el siglo que había dedicado a espiarlos—. ¿No hay ninguno peleando por la magia de Evereska? ¿Ninguno que trate de reclamar la mejor guarida?

—Están demasiado ocupados cazándonos —respondió Keya. Se volvió hacia Burlen—. Ocupate de que los magos de guerra coloquen algunas protecciones letales. Nos encontraremos en los Jardines Flotantes para planificar nuestro próximo ataque.

Burlen acababa de darse la vuelta para transmitir la orden cuando la Compañía de la Mano Fría comenzó a fundirse con el bosque. Keya cogió a Galaeron de la mano y, haciéndoles señas a los demás para que los siguieran, comenzó a caminar por el bosque hacia la parte posterior del estanque Gloria del Amanecer.

—Estoy contenta de que hayas vuelto a casa, hermano, incluso tal como están las cosas últimamente. —Keya miró ceñuda a los Elegidos, y a continuación preguntó con voz tranquila—: ¿Por qué esos disfraces de phaerimm? Estuvimos a punto de mataros.

—Idea mía —le explicó Galaeron—. Esperaba que los phaerimm ya estuvieran luchando unos con otros. Íbamos a avivar el fuego, a fingir que estaban matándose entre sí y robándose el botín los unos a los otros. Esperábamos empezar una batalla de todos contra todos.

Alcanzaron el borde del estanque Gloria del Amanecer. Keya se detuvo y envió a Takari a explorar el terreno con Kuhl y Burlen, y Vala decidió acompañarlos. Cuando se hubieron desvanecido entre la maleza, Keya volvió la vista hacia Galaeron.

—¿Qué te hizo pensar que algo como eso conseguiría engañarlos?

—Yo me estaba preguntando lo mismo —dijo Khelben, hablando por encima del hombro. El y las hermanas Mano de Plata seguían disfrazados de phaerimm—. La fuente de Galaeron estaba claramente equivocada.

—No. La información era correcta. Ésa era la razón por la que Telamont quería que volviese.

—No sería la primera vez que los shadovar te han engañado, o me han engañado a mí —dijo Learal, posando un par de delgadas manos de phaerimm sobre los hombros de Galaeron—. Nunca juegan al juego que nosotros creemos. Eso es lo que los hace tan difíciles de vencer.

—O quizá algo haya cambiado —añadió Storm—. Lo que sea. Pero estos disfraces han cumplido su función. Si los phaerimm están coordinando sus esfuerzos, dudo de que los vayamos a engañar otra vez, y, para ser sinceros, estoy harta de ir por ahí de babosa gigante.

—Yo también. —Learal se mostró de acuerdo—. La próxima vez que me ataquen, preferiría que no fueran los elfos.

Galaeron deshizo la magia del disfraz, pero seguía convencido de que la información que tanto le había costado reunir a Melegaunt no podía haberse quedado anticuada. Había algo en aquella situación que todavía no llegaba a comprender.

Comenzaron a caminar por el bosque detrás de Takari y los otros exploradores, y Galaeron dijo:

—Keya, destruir a la Compañía de la Mano Fría no puede ser lo único que los phaerimm están haciendo en Evereska, ¿qué más están haciendo?

—¿Que nosotros sepamos? —inquirió Keya—. Por un lado tienen a lord Duirsar y a Kiinyon Colbathin prisioneros en el palacio de Corona de Nubes.

—¿Solos?

Keya negó con la cabeza.

—Lord Duirsar está rodeado de un círculo de altos magos de Siempre Unidos, y

Zharilee tiene consigo a lo que queda de la Cadena de Vigilancia.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Khelben, que iba caminando al lado de Keya—. He intentado contactar con lord Duirsar y Kiinyon por medios mágicos, pero no recibí ninguna contestación.

—Los phaerimm han rodeado el palacio con un escudo antimagia —le informó Keya—, pero *Muchosnidos* va y viene a su antojo.

—¿Tienen prisionero a lord Duirsar? —inquirió Galaeron.

—Aislado —lo corrigió Keya—. No podían traspasar las protecciones del palacio, así que evitaron que se fuera.

—Eso es más propio de los altos magos —comentó Learal—. Si la Compañía de la Mano Fría les causa problemas...

—¡Eso es! —dijo Galaeron de repente—. ¡Los altos magos!

—¿Qué pasa con los altos magos? —preguntó Khelben.

En lugar de contestar, Galaeron se detuvo y cogió a su hermana por los hombros.

—Dijiste que «por un lado» los phaerimm tenían prisionero a lord Duirsar —le recordó—. ¿Qué más hay?

—Aparte de la lucha que se puede esperar en una batalla, realmente hay una sola cosa más —respondió Keya—. Al menos diez de ellos se han reunido junto a la estatua de Hanali Celanil. No hemos intentado penetrar en el perímetro de seguridad, pero *Muchosnidos* dice que están usando gran cantidad de magia.

—Apuesto a que sí —dijo Khelben.

Keya pareció perpleja ante su comentario, pero Galaeron tenía la sensación de saber exactamente a qué se refería Khelben.

—¿Fue ahí donde se creó el Mythal? —Galaeron dio un grito sofocado. Era un secreto tan celosamente guardado que, aparte de lord Duirsar y los altos magos de la ciudad, sólo el amigo más leal de Evereska entre los Elegidos podía conocerlo—. ¿En la estatua de Hanali Celanil?

—Dudo de que hubiera una estatua ahí cuando se creó —respondió Khelben—, y yo no estaba allí, ¿sabes?

—Pero eso es lo que te han dado a entender —concluyó Galaeron. En su interior empezaba a consolidarse una convicción y su excitación iba en aumento, mientras pensamientos a medio formar se agolpaban en su cerebro, encajando todas las piezas del rompecabezas en su lugar—. Eso explicaría por qué todavía no han empezado a luchar unos con otros.

—¿De veras? —preguntó Aris, que había estado caminando sigilosamente tras ellos—. ¿Se están alimentando del Mythal?

—No se están alimentando —respondió Galaeron—, eso provocaría peleas.

—Entonces lo están desmantelando —aventuró Khelben, siguiendo la línea de razonamiento de Galaeron—. Lo están deshaciendo conjuro a conjuro.

—¿Para que la magia vuelva al Tejido? —preguntó Keya—. ¿Por qué habrían de hacer eso?

—Porque la magia no volverá al Tejido —replicó Storm—. Ya no es pura. No puede.

—La magia se quedará aquí, dentro de los límites del viejo Mythal —les explicó Learal—. Impregnará toda la zona.

Llegaron al camino que iba desde el estanque de Gloria del Amanecer hasta la torre del Prado Lunar. Tras oír los armoniosos trinos de Takari, cruzaron hasta la colina de Goldmorn y subieron la pendiente. Los bosques eran allí más abiertos, y por lo tanto más peligrosos.

Cuando todo el grupo hubo cruzado sin incidentes, Khelben miró a Galaeron por encima de la cabeza de Keya.

—Al parecer los phaerimm han aprendido a compartir. No parecen las mismas criaturas a las que tú decías que te bastaba un día para hacer que lucharan unas con otras.

—No lo parecen —Galaeron se mostró de acuerdo—, pero si han aprendido a compartir es sólo porque ha surgido un líder lo suficientemente fuerte como para imponer normas.

—Si ha surgido un líder fuerte entre los phaerimm —dijo Learal—, no debemos permitir que se apoderen de Evereska.

Storm asintió y cerró el puño, tocando suavemente el hombro de Galaeron.

—Si en algo valoramos el resto de Faerun, no debemos permitirlo.

* * *

El pinzón estaba de nuevo sobre el árbol, observando a través de las ramas del copa azul al grupo de phaerimm que flotaba alrededor de la estatua de la diosa elfa. No emitía el menor sonido ni de alarma ni de protesta, y aunque daba la impresión de que estaba observando los progresos que hacían, Arr no se atrevía a disparar contra aquella molestia emplumada. Los Recolectores de Conjuros finalmente habían encontrado un hilo de magia suelta y estaban a punto de extraer el primer conjuro del Mythal, y nada más lejos de sus intenciones que romper su concentración.

Incluso con Zay y Yao, y ocho de los mejores artistas conjuradores de su raza —o de cualquier otra raza— trabajando sin parar desde que habían penetrado en la ciudad, su plan todavía tenía que producir un atisbo de magia. Dos jóvenes de espinas blandas ya habían violado el edicto de la Coalición de Guerra contra el saqueo, y ella había tenido que prometerle a Tuuh una recompensa por servicios para cazarlos y colgar sus pieles en la Piedra Comunal como advertencia para los demás. Y ahora corría el rumor de que en la Cueva de las Burlas cuatro púas largas habían atacado a

sus congéneres poco antes de la explosión.

Los miembros de la Coalición de Guerra estaban empezando a dudar de su plan, especialmente de su habilidad para evitar el saqueo. Tenía esa sensación por la frecuencia con que le preguntaban acerca de los progresos de los Recolectores de Conjuros y por las ráfagas con que se mantenían mutuamente apartados de la gran armería situada en la Academia de Magia. Su plan tenía que empezar pronto a liberar la magia del Mythal o la Coalición de Guerra se disolvería a su alrededor. Arr no se hacía ilusiones con respecto a lo que le depararía el futuro en ese caso. Había prometido demasiados regalos, y los phaerimm no poseían la virtud de perdonar.

Ryry salió del bosque detrás de Arr y flotó junto a ella.

—¿Qué tal va? —preguntó.

—Tendrás tu corona de conjuros —dijo Arr con una ráfaga de viento—. ¿Qué noticias traes de la Cueva de las Burlas?

—Después de la explosión, ha comenzado a llamarnos gusanos planos —la informó Ryry—. Reivindica el conjuro como suyo.

Arr comenzó a enroscar la cola. La volvió a estirar, y a continuación decidió que tenía que ser mentira. ¿Desde cuándo las cavernas podían lanzar conjuros?

—Entonces estoy segura de que le preguntaste por qué había matado a tantos elfos junto con dieciocho de los nuestros —comenzó a decir Arr.

—Por supuesto.

Varios de los phaerimm Recolectores de Conjuros comenzaron a tirar, unos detrás de los otros, con los cuatro brazos como si estuvieran tirando de una larga cuerda. Arr hizo un gesto con la mano para silenciar a Ryry y se mantuvo quieta como una piedra, rogando que al fin tuvieran una hebra, aunque fuera pequeña, para demostrarle a la Coalición de Guerra que la cosa progresaba tal como había prometido.

El gorrión pió.

Los brazos de los artistas de conjuros descendieron, y volvieron a tirar de la hebra que habían encontrado. Arr rechinó los puntiagudos dientes y volvió a comprobar si había magia en el pájaro, pero parecía tan vacío de magia como una roca. Otro gorjeo como ése, se juró a sí misma, y lo convertiría en una roca, y le traía sin cuidado cuántos días de concentración echase a perder el conjuro.

Arr se tranquilizó y volvió a centrarse en las preguntas a Ryry.

—¿Cuál fue la respuesta de la cueva?

—No me dio ninguna —contestó Ryry suavemente—. Era mentira, estoy segura.

—Sin duda —afirmó Arr. Lo más seguro era que el mentiroso fuera Ryry, para protegerse de su vigilancia, pero con una acusación Arr sólo lograría ofender a un miembro de la Coalición de Guerra—. Es insultante que un agujero en el suelo hable nuestro idioma.

—Ciertamente.

—¿Qué hay de los cuatro traidores? —preguntó Arr.

—No son traidores.

Las espinas de Ryry se erizaron de orgullo. Arr esperó en silencio, ya que había aprendido la importancia de permitir que los aliados disfrutaran de su momento triunfal.

—Son impostores —dijo Ryry por fin—. Impostores que escaparon de la explosión y lucharon junto con los espadas negras en el Prado Lunar.

—¿Hubo una batalla en el Prado Lunar?

—Acaba de terminar —dijo Ryry—. He enviado a una tropa aniquiladora, pero ya sabes lo rápido que desaparecen los espadaoscuras después de atacar.

Arr seguía pensando en los traidores.

—¿Impostores? —preguntó, claramente escéptica—. ¿Y nadie pudo ver nada a través de la magia?

Ryry se mostró menos orgullosa de sí misma.

—Es posible que sean configuradores de sombras —dijo—. Uno de los espinas blandas supervivientes vio rayos oscuros.

—¿Rayos oscuros? —repitió Arr—. ¿No habían dicho nuestros espías que Refugio había caído?

—Que casi había caído —la corrigió Ryry—. Los Elegidos se las han ingeniado para anclar la ciudad en el extremo norte del lago, pero Refugio permanece estable en este momento. No va a caer hasta que la hagamos caer nosotros.

Arr estaba tan conmocionada que casi se desplomó. Engañar a los Elegidos para que destruyeran Refugio en su lugar había sido una de las piedras angulares de su plan, pero de algún modo los shadovar habían resistido. ¿Podría ser verdad? ¿Era posible que el Tejido de Sombra fuera más poderoso que el Tejido?

—¿Arr?

Ésta no se había dado cuenta de que se había dejado caer hasta que se encontró mirando a Ryry desde abajo. Usó la cola para propulsarse otra vez hacia arriba.

—¿Por qué no he sido informada antes de esto?

Ryry echó las púas hacia atrás en un gesto de enfado y contestó:

—Si Xayn no cumple con sus promesas, no es culpa mía.

—¿Xayn? —repitió Arr consiguiendo controlarse por fin—. Los espadaoscuras mataron a Xayn esta mañana. No es algo que deba preocuparnos.

Ryry se sumió en un silencio acusador.

Arr señaló con un gesto hacia la estatua de la diosa elfa.

—Los Recolectores de Conjuros han soltado una hebra —dijo—. Harían falta todos los príncipes de Refugio para detenernos ahora, y tan sólo enviaron a cuatro.

Ryry juntó las cuatro manos encima de la cabeza chata y citó una conocida frase

de Arr:

—Juntos, todo es posible. —Formó una pirámide con los dieciséis dedos, haciendo que el pinzón que estaba posado en el árbol levantara el vuelo y huyera—. ¿En qué más puedo serte útil?

Aunque eso significaría tener que prometer otra recompensa por servicio, Arr señaló al pájaro y le ordenó:

—Mata a ese pinzón.

Capítulo 17

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

—¿Estás seguro de que este plan funcionará? —preguntó Takari—. No creo que nadie haya quedado impresionado con el anterior.

—Nada es seguro —dijo Galaeron—, pero tiene una posibilidad.

—¿Una buena posibilidad? —inquirió Vala.

Estaban escondidos entre unas raíces que olían a moho bajo los Jardines Flotantes de Aerdrie Faneya, esperando en el agua sucia de un estanque de aprovisionamiento que les llegaba hasta las rodillas. Aris y los Elegidos ya habían partido hacia la colina Corona de Nubes para rescatar (llevarse era un término más apropiado) a lord Duirsar y los altos magos. Galaeron había vuelto a adoptar el aspecto de un phaerimm, y todos los miembros de la Compañía de la Mano Fría habían jurado su disposición a perder dedos, o incluso manos enteras, por efecto del frío de sus espadaoscuras prestadas.

Galaeron volvió la cabeza chata hacia Vala y le sostuvo la mirada.

—Más posibilidades de las que tenías en Myth Drannor, y aquello acabó bastante bien.

Vala puso los ojos en blanco.

—Sólo tuve que matar a seis phaerimm —dijo—. En este caso estamos hablando de diez, y todos a la vez.

Muchosnidos, que acababa de regresar de su misión de espionaje y estaba posado sobre el hombro de Keya, gorjeó una corrección urgente.

—Doce —tradujo Keya para quienes no entendían el lenguaje de los pájaros. A continuación miró a Galaeron con expresión preocupada—. No veo cómo podrás hacerlo.

—No será necesario —le explicó Galaeron—. Sólo tengo que matar al líder. Después de eso, la Coalición de Guerra se separará.

—Eso lo entendemos —dijo Vala, cogiéndole a Galaeron una de las manos de cuatro dedos—. Lo que me preocupa es la parte en la que tú mueres.

—Sí, eso es lo que nos preocupa —añadió Takari.

Se dirigió al otro lado de Galaeron y lo cogió por uno de los delgados brazos. Los vaasan los miraron con gesto torvo (Vala a Takari, y Kuhl a Galaeron) y Kuhl posó la mano sobre la empuñadura de su espada. Los celos que sentían no afectaban a Galaeron. Amaba a Takari tanto como a Vala, y si alguien se sentía molesto por ello, no era asunto suyo. Cubrió la mano de Takari con la suya.

—Estaré bien —dijo Galaeron—. Estarás justo detrás de mí.

—Tenemos que atravesar un círculo de acechadores e illitas —le recordó Vala.

—Eso nos va a llevar tiempo —añadió Keya—. ¿Por qué no introduces a doce de los nuestros allí con el andar de sombra...?

—Porque tendríamos suerte si duráramos un segundo —dijo Burlen, interrumpiéndola—. Nosotros no tenemos aspecto de phaerimm, ¿recuerdas?

Aunque Galaeron sabía que Burlen estaba más preocupado por proteger a la madre del hijo de Dexon que por asegurar su éxito, le dio las gracias silenciosamente al vaasan moviendo los labios. Su plan dependía del tiempo. La Compañía de la Mano Fría tenía que eliminar las defensas que rodeaban a los Recolectores de Conjuros antes de que Aris llegara con los Elegidos y los altos magos. Les llevaría tiempo hacer lo que pretendía Galaeron, y Keya y los demás tendrían que enviar un anillo defensivo propio antes de que los phaerimm se unieran para contraatacar.

La voz de Khelben sonó dentro de la cabeza de Galaeron.

Estamos en posición, con una buena perspectiva de la colina de la estatua.

Bien, saldremos ahora mismo —respondió Galaeron.

Miró a *Muchosnidos* y envió al pequeño pinzón por delante con un trino, a continuación usó los dos brazos que tenía libres para hacerles señas a los demás de que avanzaran.

Siguieron a *Muchosnidos* hasta la orilla y dejaron las raíces colgantes atrás, saliendo de debajo de los jardines e introduciéndose en un denso seto de flor de anochecer. El pinzón se despidió con un alegre gorjeo y pasó por encima del seto en dirección a la colina Corona de Nubes; a continuación giró en redondo y voló en picado, dando un grito de alarma.

Galaeron lanzó una hebra de sedasombra al aire tras *Muchosnidos*, pensando que algún búho o halcón estaría persiguiendo a su mensajero, y pronunció un encantamiento de dos sílabas. Se dio cuenta de su error cuando un rayo plateado atravesó el seto y serpenteó a través del estanque de aprovisionamiento, dejando un túnel de raíces quemadas de más de un kilómetro de largo.

Al momento siguiente, el phaerimm que había lanzado el conjuro pasó a gran velocidad por encima del seto y fue a dar contra la red de sombra. Las hebras eran irrompibles, pero Galaeron no estaba preparado para el impacto, y aunque lo hubiera estado probablemente no era lo suficientemente fuerte como para aguantarlo, de modo que se le escapó la red.

El sorprendido espinardo intentó darse la vuelta para ver qué era lo que lo había atrapado, pero perdió el control de su vuelo y rodó de lado introduciéndose en el amasijo de raíces que había bajo los Jardines Flotantes. Se enredó rápidamente y quedó colgando en el aire, aullando ráfagas de frustración y agitando las aguas que había debajo hasta hacer espuma. Los tres vaasan fueron los primeros en reaccionar: Vala y Burlen cargaron a través del seto para hacer frente al ataque inminente, y Kuhl chapoteó por el estanque para acabar con el phaerimm que había quedado atrapado.

Keya se lanzó a la acción casi con la misma rapidez, ordenando a la mitad de su compañía que se dirigiera hacia el sur en una acción defensiva y mandando a la otra mitad al otro lado del seto para ayudar a Vala y a Burlen. Sorprendido como estaba de ver a su hermanita convertida en todo un comandante, Galaeron preparó un rayo oscuro y se volvió para lanzarlo antes de que el phaerimm se teleportara quedando fuera de su alcance.

Pero éste no tenía intención de marcharse. Atravesó la red de sombra con dos de sus manos, y un espejo brillante de magia apareció frente a él y le devolvió el dardo a Galaeron. El elfo saltó hacia un lado y oyó un chisporroteo apagado cuando el proyectil impactó en el suelo detrás de él. Una tercera mano se agitó hacia Kuhl, y el vaasan atravesó el estanque dando tumbos. Se dio de cabeza contra Takari, que intentaba pasar desapercibida y situarse en una posición ventajosa para efectuar un tiro limpio al flanco, y ambos cayeron al agua con gran estrépito y no volvieron a levantarse.

Galaeron ya estaba dando golpecitos a una astilla de obsidiana. Gritó una orden, y la astilla creció hasta alcanzar la longitud de su brazo y comenzó a girar, desdibujándose hasta formar un gran disco negro. Hizo añicos el espejo del phaerimm y le cortó uno de los brazos con que sostenía el escudo. Tras abrir un túnel a través de la maraña de raíces, desapareció.

Al ver que una herida no hacía que los phaerimm se teleportaran a otro plano, a Galaeron se le hizo un nudo en el estómago. Comenzó a temer que la Coalición de Guerra hubiera conseguido averiguar sus planes de algún modo y estuvieran preparando un ataque para detenerlos, pero si era así, ¿por qué habrían de enviar a un solo agresor a través del seto?

Galaeron formó una bolita con una hebra de sedasombra. Antes de que pudiera pronunciar la palabra mística que expandiría la bolita transformándola en una bola de sombra, el phaerimm ya le estaba arrojando dardos dorados de magia del Tejido. Cuando los proyectiles se deshicieron inofensivamente contra el conjuro protector que Learal había lanzado sobre él, el espinardo cambió rápidamente a la magia de desactivación. El conjuro protector comenzó a parpadear y a emitir destellos.

Galaeron le arrojó su esfera de sombra, pero el phaerimm sacó un brazo a través de la red y abrió un portal extradimensional en la palma de su mano. La esfera negra creció hacia los lados, a continuación se curvó hacia la mano y desapareció como un halcón en las fauces de un dragón hambriento.

Una nueva andanada de proyectiles mágicos salió disparada hacia Galaeron. Los tres primeros se deshicieron contra el conjuro de protección que aún parpadeaba, pero el cuarto lo atravesó y lo lanzó hacia atrás por el aire. El quinto y el sexto lo alcanzaron, atrapándolo contra el seto de flores de anochecer y haciéndole dos agujeros del tamaño de un pulgar en el cuerpo. A pesar de que su disfraz de

phaerimm impidió que viera dónde impactaban, un intenso dolor le atravesó el muslo, y se le entumeció el hombro.

Keya dio un grito de rabia y lanzó su espadaoscura, que pasó junto a la cabeza de Galaeron. El phaerimm levantó una mano y rechazó el ataque con un campo de fuerza.

Takari salió del estanque por debajo de él y le hundió la espadaoscura de Kuhl en la parte más gruesa del cuerpo. El espinardo llenó la maraña de raíces con rugidos tempestuosos de dolor y finalmente se teleportó fuera de allí.

O, más bien, intentó teleportarse fuera de allí.

Un instante después de desaparecer, volvió a aparecer fuera de la red de sombra de Galaeron y se desparramó por el estanque en trocitos cuadrados del mismo tamaño. A Takari le cayó la mayor parte encima, y emergió con un cubito de carne de phaerimm colgando de una espina que tenía clavada en el hombro. Aparentemente sin darse cuenta, cargó hacia el seto todavía empuñando la espadaoscura de Kuhl y se deslizó a través de éste hacia el otro lado.

Keya acudió rápidamente junto a Galaeron.

—¿Es muy grave?

—No mucho —dijo—. Sobreviviré.

—Más te vale. —Keya extendió la mano y la espadaoscura de Dexon voló hacia ella—. El bebé va a necesitar un tío.

Sonrió y atravesó el seto para reunirse con los demás. Hasta que no se hubo ido Galaeron no se dio cuenta de lo que acababa de ver.

Takari había estado empuñando la espada de Kuhl y su mano no parecía estar fría. No era de extrañar que Kuhl no se pusiera muy contento al verle.

Galaeron volvió a dirigir la mirada hacia el estanque y vio al vaasan flotando boca abajo. Una nube rosada le formaba un halo alrededor de la cabeza en el lugar donde tenía un corte profundo del que manaba sangre. Alguien había apoyado la cabeza de Kuhl sobre un tronco. Su pecho subía y bajaba regularmente, y empezaba a parpadear. Dejando que el vaasan se despertara por su cuenta, Galaeron voló sobre el seto. Casi perdió la pierna cuando un guerrero de la Mano Fría salió del otro lado y, confundiéndolo con el enemigo, echó mano de su espadaoscura prestada.

—Cuida tus dedos —dijo Galaeron en élfico—. Soy «nuestro» espinardo.

El elfo se ruborizó avergonzado. Volvió a envainar la espada.

—Perdona mi error, lord Nihmedu.

A pesar de que no era la primera vez que se dirigían a él con su título formal desde que había vuelto a Evereska, eso hizo que se sintiera más culpable que respetado. Lord Nihmedu era su padre. El hecho de llevar el título ahora le recordaba lo que su error había costado tanto a su familia como a la ciudad.

Galaeron agradeció la cortesía del guerrero con una inclinación de la cabeza

chata, a continuación continuó por el camino que daba acceso a los bosques abiertos que se extendían más allá del jardín. Allí la lucha había acabado también, y Vala y los otros estaban removiendo los arbustos en busca de rezagados. Aparentemente la pelea no había sido muy difícil. No había más que una docena de esclavos mentales esparcidos entre los árboles, muchos de ellos osgos. Galaeron sólo vio a dos acechadores y a un illita.

Fuera lo que fuera aquel ataque, no era el golpe preventivo que él se temía. Galaeron extendió un dedo y silbó. *Muchosnidos* bajó de los copas azules, gorjeando sin parar sobre lo cerca que había estado de quedar reducido a unas cuantas plumas y sobre lo rápido que había volado para escapar.

Galaeron dejó que el pájaro se desahogara y a continuación dijo:

—Ahora debes volar hasta la colina Corona de Nubes. Khelben te estará esperando, y se preocupará si no apareces.

Muchosnidos pió una pregunta.

—Sé que estoy sangrando —dijo Galaeron—, pero no, no creo que todos los espinardos estén detrás de ti ahora. Tienen otra presa que cazar. Ahora, márchate.

Galaeron levantó la mano y lanzó hacia arriba al pinzón, que desapareció entre el follaje.

—¡Takari! —se oyó de repente un rugido iracundo tras el seto que Galaeron tenía a la espalda.

Al volverse, Galaeron vio la figura fornida de Kuhl abriéndose paso entre las flores de anochecer. La herida de la cabeza le sangraba profusamente, cubriéndole los hundidos ojos como si fuera una cortina y tiñéndole la tupida barba de un rojo humeante. De todos modos, se las arreglaba para ver a través de la sangre y localizar a Takari, que estaba usando su espadaoscura para hurgar entre los tallos retorcidos de una zarza de campanillas gigantes.

—¡Ladrona! —Kuhl se tambaleó hacia adelante, levantando la mano para llamar a su espadaoscura—. ¡Mi espada!

Los nudillos de Takari se pusieron blancos al forcejear por sostener el arma.

—Déjame usarla un rato. Tú apenas puedes andar.

—¡Zorra elfa! —Kuhl continuó avanzando, sin darse cuenta de que para un elfo del bosque aquello era como llamar reptil a una serpiente—. No era a mí a quien querías, ahora me doy cuenta.

—Eso no es cierto. —Takari aferró la empuñadura con las dos manos—. A veces también te quería a ti.

Comenzó a retroceder. Aunque parecía que se estaba retirando, Galaeron vio asombrado cómo Takari mantenía baja la punta de la espadaoscura, agarrando la empuñadura con ambas manos y manteniendo una postura semiabierta. *Intentaba* parecer indefensa y desprevenida, invitando a Kuhl a atacar.

Y eso fue exactamente lo que hizo Kuhl, saltando hacia adelante con toda la potencia y velocidad de la que era capaz un rote herido. Aunque volara, Galaeron sabía que no podría interceptar al hombre a tiempo para salvarle la vida. En vez de eso, lanzó una hebra de sedasombra hacia Kuhl y pronunció un conjuro rápido, atrapándolo en la misma red de sombra que había usado para enredar al phaerimm.

La red envolvió a Kuhl a menos de tres pasos de Takari, y el ímpetu lo hizo avanzar dos pasos más antes de estamparse contra el suelo. Temiendo que Takari siguiera adelante con su plan de todos modos, Galaeron utilizó la hebra que colgaba para tirar del vaasan, que lanzaba patadas a diestro y siniestro, y ponerlo a salvo.

Kuhl giró sobre sí mismo para mirar de frente a Galaeron.

—¡Y tú eres su perro faldero! —gritó el vaasan—. Éste era tu...

Galaeron juntó los dedos y pronunció un conjuro que hizo callar al vaasan. Le dio la hebra al guerrero que lo había llamado lord Nihmedu y le dio instrucciones de mantener a Kuhl a salvo pero atado. A continuación se volvió para enfrentarse a Takari.

Vala ya se estaba encargando del asunto. Se había acercado sigilosamente a Takari por la espalda —lo cual no era fácil— y la había levantado del suelo. Después la sujetó con uno de sus fornidos brazos y le sujetó el brazo con que sostenía la espada con el otro. Con los pies en el aire, Takari era incapaz de defenderse, a menos que dejara caer la espadaoscura y se valiese de un truco, y no pensaba dejar caer la espada.

Vala sujetó la muñeca de Takari con sus fuertes dedos y se la retorció hacia atrás, con lo que la espadaoscura cayó al suelo. Le entregó a Burlen a su cautiva con instrucciones de dejarla inconsciente al primer problema, a continuación levantó la espada de Kuhl y la usó para cortar la red de sombra que lo tenía atrapado.

—Aquí está tu espada —dijo, devolviéndole el arma—. Déjala a un lado y haz que te curen ese corte, y ni siquiera te atrevas a mirar en su dirección.

—Pero ella...

—¡Kuhl! Yo me ocuparé de ello. —Vala lo condujo hasta el seto, a continuación miró a Galaeron con expresión pétrea y dijo—: Tenemos que hablar.

Disgustado al ver a Kuhl libre y a Takari prisionera, Galaeron asintió con la cabeza chata.

Vala lo condujo hasta una pequeña hondonada donde poder hablar en privado.

—Tendría que haber adivinado que esto ocurriría. —Su tono de voz era de enfado, pero no acusador—. Tendrás que llevarte a uno de ellos contigo.

—¿Por qué? —preguntó Galaeron. Todavía estaba disgustado y algo receloso por su decisión de liberar a Kuhl y apresar a Takari—. ¿Porque tienes celos de ella?

—¿Crees que esto es por ti? —Vala puso los ojos en blanco—. Supéralo. Takari está embarazada de Kuhl.

—Ya me doy cuenta —dijo Galaeron—, pero no soy lo bastante humano como para estar celoso...

Vala levantó una mano y se las arregló para encontrar la cabeza de Galaeron dentro del disfraz y darle una bofetada, más o menos suave, por encima de la oreja.

—¿Estás escuchando? —le preguntó—. Ya solucionaremos eso más tarde, si vivimos lo suficiente. Tenemos un problema con Takari y Kuhl.

—Hasta ahí llego —reconoció Galaeron, que finalmente había logrado vencer su primera reacción al ver cómo había tratado a Takari—. Quizá deberías explicarme el resto.

—Gracias —dijo Vala.

Antes de que pudiera empezar a explicárselo, Keya apareció en el borde de la hondonada y fue a reunirse con ellos.

—He enviado a Burlen para que vigile a Kuhl y he dejado a un elfo a cargo de Takari.

Keya estaba informando, no pidiendo permiso, y una vez más Galaeron quedó impresionado con su transformación. Su solución era más segura y tenía menos probabilidades de ocasionar algún resentimiento entre el resto de los miembros de la compañía.

—Creo que están todos preparados para matarse los unos a los otros —continuó Keya. Se volvió hacia Galaeron—. Y tú no estás ayudando. Ya sé que tú y Takari tenéis una historia, pero ¿se lo tienes que restregar a Kuhl por las narices?

—Ése no es el verdadero problema —intervino Vala. Ni siquiera ella ponía en duda el liderazgo de Keya, simplemente se volvió para incluir a la joven elfa en la conversación—. La espadaoscura de Kuhl tiene una historia.

—¿Una historia? —preguntó Galaeron—. Todas la tienen.

—No como ésta —replicó Vala—. La mayor parte de nuestras espadaoscuras han pasado por las manos de cinco o seis guerreros, ocho como mucho. La de Kuhl ha pasado por las manos de veintidós.

—¿Veintidós? —Keya dejó escapar un grito sofocado—. Eso significa uno cada cinco años.

—Los que la llevan tienen suerte si consiguen conservarla tanto tiempo —dijo Vala—. La primera fue Yondala, que la cogió para defender a su bebé de una bandada de saurianos. Después su esposo comenzó a tener celos del poder que poseía. Una mañana la encontramos flotando en el pantano, y Gromb tenía la espada. Cuando averiguamos que la había matado mientras dormía, intentó escapar a la justicia de Bodvar y usó la espadaoscura para matar a dos guerreros más. El arma pasó a su hijo mayor, pero murió un año más tarde cuando le cayó una roca en la cabeza mientras jugaba con sus hermanos.

—¿Y Bodvar dejó que la familia se quedara con semejante espada? —Keya dejó

escapar otro grito involuntario.

—No tenía autoridad para llevársela, y habría vuelto en el momento en que un pariente de Yondala hubiera extendido la mano para llamarla.

Galaeron se dio cuenta de que tampoco se hubieran atrevido a destruir el arma. Ni siquiera él sabía lo que podría pasar si una de las espadas se rompiera, ni cómo hubiera reaccionado Melegaunt. Hizo un gesto con la cabeza a Vala.

—Tienes razón, no podemos tenerlos juntos, especialmente durante la batalla.

—Relevaré a Takari de la Mano Fría —decidió Keya—. Puede volver a las Cuevas Escondidas para ayudar a Dexon a proteger a los niños.

—Si la relevas de la Mano Fría no podrás ordenarle que haga nada —dijo Galaeron—. ¿Realmente piensas que se mantendría al margen de la batalla?

—No es probable —opinó Vala—. Uno de ellos debe ir contigo.

—Eso es prácticamente una sentencia de muerte —objetó Keya—. Galaeron tendrá suerte si sobrevive con su magia de sombra.

—Todos tendremos suerte si sobrevivimos, no importa dónde estemos —contestó Vala—, y seguro que uno de los dos morirá si hacemos alguna otra cosa.

Keya pensó un momento en ello y a continuación asintió.

—Galaeron debería elegir. —Se volvió hacia él y continuó—: Quienquiera que sea estará luchando a tu lado. Deberías elegir al que pueda ayudarte más.

Galaeron sabía que la sugerencia, o más bien orden, de Keya tenía sentido, pero se sentía como si le estuviera dando a elegir entre Takari y Vala. Ya lo había hecho una vez, durante la batalla contra el segundo Wulgreth, cuando había tenido que elegir entre salvarle la vida a Vala o proteger a Takari. Había salvado a Vala y Takari había resultado gravemente herida, por lo que no quería tener que tomar una decisión similar nunca más.

Si se llevaba a Takari tenía muchas posibilidades de perderla para siempre. Si se llevaba a Kuhl, Vala sabría que estaba salvando la vida de Takari a expensas de la de uno de sus seguidores. Aunque Vala ya había dejado claro que aceptaría esa decisión, dudaba que lo fuera a perdonar alguna vez por ello.

Galaeron volvió a mirar a Keya y preguntó:

—¿Quién comenzó esta situación? ¿Fue Takari la que persiguió a Kuhl, o Kuhl...?

—Eso no tiene nada que ver con tu decisión —lo interrumpió Keya—. Elige al que te vaya a ser más útil.

—La herida de Kuhl no es grave —dijo Vala—, y tendrá su espadaoscura.

—Pero Takari ha luchado a tu lado durante veinte años —repuso Keya—. Sabrá lo que vas a hacer antes de que lo hagas.

El razonamiento de Keya dejaba claro cuál era la opción que le parecía más adecuada..., y Galaeron sabía que tenía razón. Incluso sin la espadaoscura de Kuhl,

Takari le guardaría mejor las espaldas, y él se las guardaría mejor a ella.

—Keya, te has hecho muy sabia para ser tan joven. —Galaeron cerró los ojos y eligió—: Takari.

Keya apoyó una mano sobre el brazo de su hermano.

—Es la mejor opción, Galaeron.

—Comenzaremos el caminar de sombra desde aquí —dijo—. Nos dará tiempo para prepararnos.

—Como desees. Te la enviaré.

Antes de marcharse, Keya se estiró para besarlo en la mejilla, pero falló debido al disfraz de phaerimm y en vez de eso lo besó en la barbilla.

—Canciones suaves, hermano mío.

—Y risas ligeras, hermana mía —dijo Galaeron—. Padre se hubiera sentido orgulloso.

—De ambos.

Se le humedecieron los ojos. Se volvió y se los secó, para desaparecer a continuación por encima del borde de la hondonada.

Vala cogió a Galaeron de las orejas, seguramente engañada por el disfraz, pensando que lo habría cogido de las manos.

—No debes preocuparte por tu hermana, Galaeron. Dexon tiene a Burlen y a Kuhl cuidándola. Yo también estaré allí.

—Entonces estará bien, estoy seguro —asintió Galaeron—. Siempre y cuando mi plan funcione.

—Funcionará. Estoy segura.

Vala se inclinó, encontrando los labios de Galaeron por primera vez, y lo besó larga e intensamente, a la manera de los vaasan. Él la cogió por la cintura con sus verdaderos brazos y la sostuvo así hasta que comenzó a marearse por la falta de oxígeno.

Cuando finalmente la soltó, ella dio un paso atrás y estudió a Galaeron enarcando una ceja.

—Nunca pensé que haría esto.

Galaeron frunció el entrecejo, confuso, hasta que se dio cuenta de que ella no podía ver su expresión y tuvo que preguntar.

—¿Qué?

—Besar a un phaerimm —dijo Vala poniendo cara de asco.

Se dispuso a seguir a Keya, pero antes se detuvo al borde de la hondonada para mirarlo por encima del hombro.

—Pero me alegro de haberlo hecho, y lo habría hecho de todos modos, aunque hubieras elegido a Kuhl.

—¿De verdad?

La pregunta se le escapó antes de que se diera cuenta de que la estaba haciendo, pero no intentó atenuar la duda que implicaba. Cuando se trataba de ofender a los demás, incluso a quienes apreciaba, su sombra lo volvía temerario.

El tono de Vala se volvió serio, pero no parecía enfadada.

—Entiendo lo de Takari. De verdad.

Galaeron sintió como si se le hubiera aflojado el nudo que tenía en el pecho.

—Me alegro —dijo—. Gracias.

—No tienes por qué darme las gracias. Nunca querría que hicieras algo tan frío por mí. Yo sé que no lo haría por ti.

Vala desenvainó su espada y se marchó hacia la Compañía de la Mano Fría.

* * *

A pesar de estar rodeado de hollín y humo, el palacio de Corona de Nubes era el ejemplo más hermoso de la arquitectura naturista de Evereska que Aris había visto jamás. Desde la pendiente que había debajo, donde se ocultaba entre los árboles al borde de lo que quedaba del bosque que antaño había cubierto toda la colina Corona de Nubes, el palacio parecía un grupo de copas azules tan juntos que las grandes copas parecían unidas unas a otras. Los surcos en las cortezas estaban tan bien hechos que ni siquiera su ojo experto de escultor se habría dado cuenta de que era piedra, excepto en los pocos lugares donde el conjuro de un enemigo había penetrado la magia defensiva haciendo un agujero en las antiguas torres.

El escudo antimagia que los phaerimm habían levantado alrededor del palacio era funcional, pero no tenía nada de artístico, era una cúpula en forma de campana traslúcida y brillante que se elevaba desde el suelo y desaparecía de la vista a unos trescientos metros hacia arriba. Aris sabía que tenía que continuar mucho más arriba y curvarse hacia adentro para cubrir los pináculos de las torres, pero ni siquiera sus ojos eran capaces de ver una variación tan sutil a tanta distancia.

Los mismos espinardos estaban haciendo guardia en la pendiente que había más arriba, escondidos entre la maraña de árboles derribados por la explosión que cubría la ladera de la colina. Hasta el momento Aris había localizado sólo a tres en aquel lado de Corona de Nubes, espaciados a intervalos regulares en semicírculo y fuera del alcance de las flechas. Sus esclavos mentales, y bastantes de sus congéneres phaerimm estaban esparcidos a lo largo de las zonas de aniquilación bajo las troneras ocultas del palacio, un testimonio en descomposición de lo feroz que había sido la batalla acabada en tablas.

La huidiza forma de un pequeño pinzón rodeó la muralla del palacio a la altura a la que hubieran estado las copas de los árboles de haber quedado alguno en pie, y a continuación desapareció en dirección a la estatua de Hanali Celanil. A pesar de que

Aris todavía no había visitado aquella obra en particular, todos le habían asegurado que se contaba entre las más bellas de la ciudad. También corría el rumor de que era tan antigua como Evereska, lo que la convertiría en uno de los escasos ejemplos del arte religioso de los altos elfos del período pre-Netheril que habían perdurado.

Algo afilado lo pinchó en la rodilla, y al dirigir la vista hacia abajo vio a Storm Mano de Plata enfundando su daga sin mirar, ya que lo estaba observando con el ceño fruncido y expresión preocupada.

¿Ojo Rojo? —hablaba con gestos tan rápido como Galaeron, lo cual hacía difícil seguirla—. *Ése es el sigilo.*

¿Sigilo? —Con sus largos dedos, a Aris le daba la impresión de que Storm vería su respuesta como si estuviera arrastrando las palabras o tartamudeando—. *¿Hay un sigilo?*

¡Coge los trastos! —Eso le pareció entender.

Storm señaló hacia el palacio, y Aris finalmente se dio cuenta de lo que estaba tratando de recordarle. La partida de *Muchosnidos* era la señal.

Lo siento —dijo por señas—. *Estoy algo nervioso.*

¿Qué razón tienes para estar nervioso? —inquirió Storm—. *Este plan tiene que funcionar mejor que el anterior.*

¿Y se supone que eso debería hacer que me sintiera mejor?

Aris sacó los dos martillos más grandes de su cinturón de herramientas y fijó la vista en un nudo con forma de nariz que tenía la corteza y que estaba a unos seis metros del suelo. La parte más difícil de su trabajo sería mantener la vista fija en aquel nudo. Si apuntaba a uno equivocado, el plan de Galaeron fallaría.

Surgió un enorme bramido del lado opuesto de la colina, y abanicos dorados y rojos de magia explosiva se expandieron por el cielo por detrás del palacio. Los tres phaerimm salieron de sus escondites y removieron el aire como una tempestad mientras lanzaban preguntas de un lugar a otro, pero ninguno de ellos parecía tener intención de abandonar su puesto. Con el corazón que se le salía por la boca, Aris levantó los martillos y se preparó para correr una carrera a la que sabía que no podría sobrevivir.

Storm le posó una mano sobre la rodilla, deteniéndolo.

Cuando miró hacia abajo, la vio negar con la cabeza. Levantó un solo dedo y después volvió a mirar hacia la pendiente.

La batalla estaba en pleno apogeo al otro lado del palacio. El suelo temblaba bajo sus pies y las llamas lamían las murallas del palacio, y aun así los phaerimm siguieron en su puesto. Aris inclinó la cabeza. Apenas tenían un par de minutos antes de que los espinardos cayeran en la cuenta de que todo el ruido lo estaban haciendo dos Elegidos. Después de eso, pasarían apenas unos segundos antes de que comprendieran que el ataque era una distracción y volvieran al lado del palacio donde

él estaba.

Al ser el objetivo más grande sobre la colina, Aris sabía lo que sería de él si seguía en el campo de batalla para entonces. Ni siquiera le hubiera importado demasiado si no fuera porque eso indicaría que el plan de Galaeron había fallado y el arte de Evereska se perdería para siempre.

Storm retiró la mano de la rodilla de Aris. Aris asintió y ella lo hizo a su vez, y dos de los phaerimm salieron volando hacia el otro lado de la colina.

Storm se quedó boquiabierta.

¡Te lo dije! —dijo con gestos cuando por fin pudo cerrar la boca.

Señaló al último phaerimm, y su dedo comenzó a oscurecerse mientras susurraba un encantamiento en voz tan queda que ni siquiera Aris podía oírlo.

El último phaerimm dejó su escondite y se apresuró a seguir a sus compañeros.

Aris estaba tan aturdido que tardó un instante en reaccionar. No había nadie entre él y el nudo. Lo único que tenía que hacer era correr hacia allí, atravesar el escudo antimagia y abrir una brecha en la muralla. Entonces lord Duirsar, Kiinyon Colbathin, los altos magos y la Cadena de Vigilancia comenzarían a descolgarse por sus cuerdas, atravesarían de un salto el escudo antimagia y aterrizarían sobre el prado convertido en un lodazal por la batalla. Allí Storm ya habría abierto un círculo teleportador que los llevaría directamente a la estatua de Hanali Celanil que Aris tanto ansiaba ver.

—¿A qué estás esperando? —Sacó un paquete de polvo de color ámbar de su capa y alzó los brazos para que Aris pudiera levantarla y llevarla al palacio—. El plan no podría funcionar mejor.

Capítulo 18

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Galaeron y Takari llegaron a la estatua de Hanali Celanil y encontraron a un pequeño círculo de phaerimm empleando las cuatro manos para extraer hebras doradas de magia del ruedo del traje de la diosa. Extendían los hilos hacia atrás, llenando el aire con una reverberante maraña de bucles y espirales tan densa y brillante que resultaba difícil ver a los propios espinardos. Allí donde la maraña tocaba el suelo, atravesaba el pavimento de piedra del mismo modo que la luz del sol penetra en el agua, dejando la impresión de que la gran estatua estaba sobre la superficie de un estanque oscuro y quieto y no sobre una plazoleta de piedras de granito. Galaeron contó doce phaerimm tirando del hilo y un tercero que observaba desde debajo de un árbol en el borde de la plaza.

—Ése es el phaerimm del que nos habló *Muchosnidos*. —Ni siquiera se molestó en usar el lenguaje de señas. Aunque los phaerimm indudablemente podían oír lo que se hablaba dentro de la Linde de Sombra donde él y Takari estaban escondidos, no podían hacerlo sin usar la magia del Tejido, y en la Linde de Sombra la magia del Tejido brillaría como un faro para Galaeron—. Estoy casi seguro de que es su jefe. Decididamente es el que vamos a matar, de modo que si algo sale mal...

—Nada va a salir mal ahora que has recuperado el juicio y te has decidido a traerme contigo. —Takari apoyó una mano en la empuñadura de la espadaoscura que había tomado prestada—. Me habría gustado que Keya me hubiera dado la espada de Kuhl, la que puedo sostener realmente.

—No es a Keya a quien corresponde dar la espada de Kuhl —dijo Galaeron—, y el propio Kuhl tiene necesidad de ella.

Era la quinta o sexta vez que le recordaba lo mismo, y su paciencia estaba transformándose en preocupación. Había una oscura familiaridad en la forma en que aquel hecho tan sencillo se le olvidaba y toda conversación parecía recaer siempre en la espadaoscura de Kuhl.

—A nosotros nos hace más falta. —Señaló al jefe de los phaerimm y añadió—: Ya has dicho que no nos queda más remedio que matar a ése.

—Eso es lo que debemos hacer nosotros por encima de todo. Kuhl y los otros tienen como prioridad absoluta destruir el perímetro defensivo. Si ellos fracasan, nuestro éxito no sirve de nada.

Mientras hablaba, Galaeron miró a Takari a los ojos. Aunque velados apenas por la oscuridad, las pupilas tenían pequeñas hebras de sombra. Era necesario decírselo, era su única oportunidad de controlar su avidez por la espada.

—Takari, yo no he recuperado el juicio. Pensamos que era mejor mantenerte

alejada de Kuhl y de su espada.

—¿Qué? —preguntó la elfa—. ¿Por qué tendríais que mantenerme lejos de algo que me pertenece por derecho propio?

—Porque no te pertenece por derecho propio. Sólo piensas así porque has sido tocada por la sombra.

—¡Tocada por la sombra! —protestó Takari con indignación—. ¡Yo me gané esa espada!

—Es una reliquia de familia. ¿Cómo podrías haberte ganado...? —Galaeron dejó la pregunta sin terminar al darse cuenta de lo que estaba diciendo Takari. Miró su vientre que ya empezaba a abultar—. ¿Lo hiciste a propósito?

Takari alzó la barbilla.

—Por supuesto que lo hice a propósito. ¿Te crees que me iba a acostar con un rote por accidente?

—Por supuesto que no, pero tampoco creía que lo hubieras hecho para robarle su espada oscura.

—Robar es una palabra muy humana —dijo Takari poniendo los ojos en blanco—. Yo sólo quería usarla y tal vez conservarla cuando él muriese.

—Después de que lo hubieras matado —la corrigió Galaeron. Se volvió para vigilar la rama del árbol. *Muchosnidos* no tardaría en llegar—. Siempre tuviste esa intención.

—¿Cómo sabes cuál era mi intención?

—Sé reconocer una sombra cuando la veo, Takari —dijo Galaeron.

El jefe de los phaerimm lanzó una ráfaga de disgusto que atravesó la plaza, y los Recolectores de Conjuros empezaron a tirar del hilo mucho más rápido. Seguramente le habían llegado noticias del ataque en Corona de Nubes. Galaeron no tenía mucho tiempo para convencer a Takari del peligro que corría. Tal como pensaba, una vez que la batalla comenzara correría a arrebatarle a Kuhl su espada.

—Hay una sombra en tus ojos —continuó Galaeron—. Querías una espada oscura para ti y Keya te hizo ver el modo de conseguirla.

—Eso no significa que fuera a matarlo —replicó Takari—. Los humanos tienen vidas cortas, especialmente por aquí, y yo soy paciente.

—Tal vez ésa fuera tu intención antes de tocar la espada, pero estabas dispuesta a matarlo en los Jardines Flotantes.

—¡Me estaba atacando!

—Podrías haber trepado a cualquier árbol. Yo vi tu actitud, Takari, y el modo en que sostenías la espada, con las dos manos, lista para atacar.

—No sabes lo rápido que puede ser Kuhl —dijo Takari—. Tenía que defenderme.

Galaeron se arriesgó a apartar la atención de los phaerimm el tiempo suficiente como para mirar a los ojos a Takari.

—Cuando intentó coger la espada ibas a dejarte caer y a clavársela en la ingle. — En su voz no había acusación, sólo insistencia y certidumbre—. Habría parecido un accidente.

Takari sostuvo su mirada sólo un instante ante de apartarla. Sus defensas empezaban finalmente a derrumbarse. Se retiró al borde de la Linde de Sombra y espió a través de la maraña de hilos mágicos.

—El vestido de Hanali empieza a verse deshilachado —dijo—. Como no atacemos pronto a los Recolectores de Conjuros...

—No puedes pasar esto por alto, Takari —la interrumpió Galaeron—. Vuelve a pensar en cuando cogiste prestada la espada de Kuhl en los Jardines Flotantes. Te tomaste tiempo para ponerlo boca arriba.

—No quería que se ahogara. —Daba la impresión de que estuviera recordando, no explicando—. No es tan malo para ser un humano.

—Pero después de haber tomado prestada la espada...

—No la tomé prestada. No se puede pedir prestado lo que ya es... —Takari no terminó la frase, después se llevó la mano a la boca y se volvió una vez más a mirar a Galaeron—. ¡Y ahora quiero verlo muerto!

—Es la espada. Esa espada tiene una maldición. —Galaeron la sujetó por el brazo y suavemente la apartó del borde de la Linde—. Te abre a tu sombra.

—¿Mi sombra? —Takari dio un respingo. Era la primera vez que Galaeron veía auténtico terror en sus ojos—. ¿Me convertiré en uno de ellos?

—Creo que dependerá de cómo reacciones —dijo Galaeron—. No estoy seguro, pero sé que no debes volver a cogerle la espada a Kuhl. Si lo haces, tendrás que matarlo, y si lo matas estarás irremisiblemente perdida.

—Fantástico. —Los ojos de Takari se apartaron de los suyos y se fijaron en algo más allá de su hombro—. *Muchosnidos*...

Galaeron se volvió y vio al pequeño pájaro volando hacia el árbol que estaba encima del jefe de los phaerimm. En el pico llevaba algo puntiagudo que medía el doble que él.

—¿Qué es lo que lleva? —preguntó Takari.

Galaeron retorció el extremo de unas cuantas hebras de sedasombra, luego formuló un conjuro y empezó a cepillarse con el extremo en forma de brocha.

—No lo sé —dijo—, no forma parte del plan.

Muchosnidos se posó en la rama más baja por encima de la cabeza chata del phaerimm. Estiró el cuello hacia adelante soltando un agudo chillido y soltó lo que llevaba. El objeto cayó de punta y al girar levemente pudo verse el largo aguijón.

—¡Es la punta de una cola! —balbució Takari.

El aguijón golpeó al phaerimm en la boca y rebotó en su protección contra proyectiles. La criatura resopló confundida y se inclinó hacia adelante para recuperar

el agujón. Mantuvo aquello encima de la boca abierta durante un momento, después alzó la cabeza hacia la rama en la se había posado el pájaro que no dejaba de gorjear.

—*Creoqueesnuestraseñal*. —Las palabras de Galaeron salieron de un tirón pues el conjuro de velocidad que había formulado sobre sí ya había empezado a hacer efecto—. *Recuerdaelplan*.

Sin esperar respuesta, Galaeron flotó hasta el borde de la Linde y envió dos proyectiles oscuros contra el jefe phaerimm. El primero le abrió un agujero como un puño en todo el pecho y lo lanzó contra el tronco del árbol. El segundo lo alcanzó en el borde de la boca. Le dejó un largo surco en un lado de la cabeza chata y le cercenó un brazo a la altura del hombro.

Los pies calzados con botas de Takari aterrizaron de lleno en la espalda de Galaeron cuando, ejecutando la parte del plan que le tocaba, le propinó una patada voladora y lo envió dando tumbos hacia la plazoleta. No puede decirse que él pasara a través de las hebras de magia del Tejido, más bien fueron las hebras las que pasaron a través de él, ardiendo como orugas y envolviéndolo en un halo de chispas verdes. Eso no formaba parte del plan. Entrevió al jefe de los phaerimm enroscado en torno a la base del árbol. Los tres brazos que le quedaban descansaban inertes en el suelo y del agujero abierto en el pecho salía un humor negro. Galaeron se detuvo y se volvió colocándose de frente a la estatua de Hanali.

Los Recolectores de Conjuros habían dejado de extraer magia y empezaban a apartarse del círculo. Galaeron apuntó dos brazos hacia atrás, hacia la sombra de la que había emergido. Takari ya retrocedía hacia las sombras, desapareciendo en la Linde sus piernas y la punta de su espadaoscura prestada, tal como lo habían planeado. Galaeron hizo gestos desesperados hacia ella, lanzando con los brazos nubes de chispas verdes al atravesar el aire.

—¡Tras ella! —empleó su magia para aullar en eólico—. ¡Se escapa!

Ya fuese por su acento o por las líneas relumbrantes de chispas verdes, los phaerimm no parecían muy dispuestos a hacerle caso. Alzaron los brazos hacia donde él estaba, y a pesar de su magia de velocidad, Galaeron apenas tuvo tiempo de alzar un escudo de sombra antes de que cien proyectiles dorados lo alcanzaran. Se acurrucó detrás del círculo y trató de no gritar. El silbido de los proyectiles que se aproximaban se transformó en un zumbido, y éste en un rugido, y el rugido en un estallido ensordecedor al golpear los proyectiles el escudo y desaparecer en el plano de sombra. El estallido dio lugar a un silencio reverberante que sacudió el suelo y dejó un pitido en los oídos de Galaeron y un picor en su nariz debido al olor de la magia consumida.

Galaeron no esperó. Dio la vuelta al escudo y se arrojó a través de él a las sombras, e incluso entonces a punto estuvo de ser alcanzado por la tormenta de fuego mágico y rayos de desintegración que convergieron en el lugar donde había estado de

rodillas. Esperó un momento a ver si alguno de sus atacantes era lo bastante tonto como para perseguirlo hasta el interior del círculo oscuro, a continuación lo cerró tras de sí y se coló entre las sombras volviendo junto a Takari.

—Tu plan no sirvió para nada —se lamentó Takari—. No creo que tu disfraz haya conseguido engañarlos.

Mientras hablaba, observaba lo que hacían los phaerimm en la plazoleta. Allí, dos grupos de tres phaerimm cada uno avanzaban hacia la sombra desde donde ella y Galaeron los observaban.

—Eso parece —respondió Galaeron—, pero mi plan sí funcionó.

Galaeron anuló la ilusión mágica que le confería el aspecto de un phaerimm, después sacó una flecha del carcaj de Takari y empezó a frotarla con sedasombra.

—¿De veras? —Takari sonaba incrédula—. A mí no me lo parece.

—¿Acaso no dejaron de atacar el Mythal?

Tras haber frotado la punta de flecha con sedasombra, Galaeron pronunció un conjuro de perforación y le devolvió el proyectil a Takari.

Takari lo colocó en el arco, pero se volvió hacia Galaeron antes de disparar, con la cabeza echada hacia atrás y la boca entreabierta.

—En el caso de que esto tampoco funcione...

—Seguro que funcionará.

Galaeron sacó otra flecha del carcaj y Takari puso los ojos en blanco.

—El mismo Galaeron de siempre. —Había en su voz un tono de auténtico disgusto—. Jamás le darás una oportunidad a una elfa de los bosques.

Apuntó la flecha hacia el phaerimm más próximo, que no estaba a más de veinte pasos y tensó el arco.

Galaeron apoyó su mano libre sobre el brazo con que lo tensaba.

Takari se volvió con gesto irritado.

—Te amo —dijo Galaeron.

Takari se quedó boquiabierto. Si Galaeron no le hubiera sostenido el brazo, habría dejado caer la flecha.

—Lo dices sólo porque vamos a morir.

Galaeron negó con la cabeza, y a continuación se volvió a mirar a los phaerimm que se acercaban. Ahora estaban a quince pasos. Formuló otro conjuro de perforación sobre la flecha que tenía en la mano.

Takari hizo caso omiso de los espinardos y siguió estudiando a Galaeron.

—Siempre tuviste un pésimo sentido de la oportunidad —dijo—, pero más vale tarde que nunca.

Dejó que su flecha volara y fue directa al blanco. La magia de sombra de Galaeron le permitió penetrar la protección contra proyectiles del phaerimm y hundirse a fondo en la carne de la víctima. El phaerimm chilló de dolor y se teleportó,

aunque no tan rápido como para que Galaeron no reparase en el negro cráter de desintegración que se formó en torno a la flecha de Takari.

Los cinco supervivientes atacaron con una auténtica tempestad de conjuros de llamas, piedras meteóricas, relámpagos y magia letal de todo tipo. Cuando los conjuros penetraban en la sombra donde estaban ocultos Galaeron y Takari, eran canalizados a través de una puerta de sombra que daba a la plaza por el lado opuesto, y los phaerimm eran bombardeados por detrás con sus propios conjuros.

Dos murieron de inmediato, y dos más se teleportaron a lugar seguro. Galaeron le entregó a Takari la flecha mortífera. Ella la puso en el arco y la lanzó a toda velocidad contra el único espinardo que quedaba. La puerta dimensional de Galaeron relumbró una vez y desapareció. Para entonces, el phaerimm que la había desactivado yacía inmóvil en el suelo con un gran agujero negro que se iba expandiendo en su cabeza plana alrededor del punto donde había penetrado la flecha.

Galaeron cogió la mano de Takari y la guió hasta su cinturón.

—Sujétate fuerte —dijo.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

Se volvió y corrió hacia las sombras profundas. Aunque su poder era lo bastante grande como para mantener a raya a la mayor parte de las criaturas menores con las que podían toparse en un recorrido tan corto a través de la Profundidad, Galaeron procuraba moverse de forma continua y rápida. Aunque tocada por la sombra, a Takari todavía le quedaba lo suficiente de una criatura del Tejido como para que Galaeron pudiera sentir su calor irradiándose contra su espalda... cálido y distinto..., y si él lo sentía, también podían sentirlo las bocas informes que acechaban a los incautos visitantes que se adentraban demasiado lejos de la Linde.

Cuando todavía no llevarían ni un segundo corriendo, un terrible gruñido acompañado de un borboteo se oyó a la distancia detrás de ellos. Takari se detuvo, tirando del cinturón de Galaeron mientras se volvía a mirar por encima de su hombro.

—Sigue corriendo —le advirtió el elfo—. Sigue o nosotros seremos los siguientes.

—¿Qué es? —preguntó Takari.

—Está siguiendo el rastro que dejamos —respondió Galaeron—. Eso es lo que importa.

A lo lejos se oyó el restallar de un rayo relampagueante y volvió el silencio. No hubo ni el más leve destello, y Galaeron sabía que aunque hubieran estado mirando directamente al rayo no habrían visto nada. En estas profundidades de la sombra, la luz se desvanecía prácticamente en su mismo origen. El monstruo de sombra volvió a gruñir y luego murió con un gemido de agonía.

—Eso no puede ser nada bueno —dijo Takari.

—Podemos hacer nuestro propio trabajo sucio —respondió Galaeron—. El ataque

los retrasará. El sonido atraerá a cosas con las que ni siquiera los phaerimm quieren tropezarse.

—¿Y nosotros? —inquirió Takari.

—Nosotros tampoco. —Galaeron tiró de ella hacia la Linde—. Por eso salimos primero —añadió.

Una vez fuera de la Profundidad de la Sombra, Galaeron salió tras el árbol sobre el cual se había posado *Muchosnidos*. Se detuvo en la Linde. Aunque desde donde se encontraban no podía ver el interior de la plazoleta, también era menos probable que cualquier phaerimm que todavía estuviese merodeando por allí pudiera adentrarse en las sombras. Una vez más hizo un conjuro de perforación sobre otra flecha letal y se la entregó a Takari.

—Úsala sólo si el phaerimm viene a por nosotros —dijo—. Préstame la espadaoscura.

Takari se quitó el cinto, pero no se lo entregó.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A sorprender a nuestros perseguidores —dijo, desenfundando la espada—. No debería resultar difícil, pero ya sabes qué hacer si no regreso.

Aunque la empuñadura empezó a helarle la mano, el frío ya no podía causarle malestar. Al igual que Melegaunt, Telamont y Hadrhune, él formaba parte de la sombra.

—Sí —dijo Takari—. Morirme.

—Me refería a comprobar si el jefe está muerto —añadió Galaeron.

Takari movió la cabeza fingiendo desesperación.

—Ya sé a qué te referías, Galaeron. —Empezaba a mirar para otro lado pero cambió de idea y cogió a Galaeron por la nuca—. Primero demuéstreme que no estabas mintiendo. Demuéstrame que me amas.

Acercó la cabeza del elfo a la suya y le dio un beso largo e intenso, un beso nacido de dos décadas de anhelo, un beso que ya no era posible retener. Aunque Galaeron sabía que los perseguidores no tardarían en llegar, se dejó fundir en él, dejó que su espíritu y sus labios y su lengua tocaran los de Takari como no lo había hecho jamás. Se unieron como sólo los elfos pueden unirse, y Galaeron supo lo que ella había sabido siempre, que eran almas gemelas, que pertenecían el uno al otro sin importar el dolor, la soledad y la tristeza que el destino pudiera depararles. No había nada que pudiera separarlos... Nada, salvo sus amantes humanos.

Takari sintió esto al mismo tiempo que Galaeron, por supuesto, y fue la primera en separarse.

Galaeron no esperó a que ella lo preguntase.

—Todavía la amo —dijo.

No estaba admitiendo nada que Takari no supiese ya, pero tenía que decirlo en

voz alta. Se lo debía a ella y también a sí mismo.

—Tendría que estar ciega para no darme cuenta —reconoció Takari. Sonrió con cierta tristeza, y se miró el vientre—. Yo también tengo algunos enredos amorosos.

Galaeron la volvió a besar brevemente, y a continuación regresó a las sombras. Una vez solo, no tuvo el menor miedo de las criaturas invisibles que acechaban en la Profundidad. Al igual que ellas, formaba parte de la oscuridad, y cualquier cosa lo bastante poderosa como para encontrarlo y seguirle los pasos también sería lo bastante inteligente como para percibir su poder. Esta sabiduría también tenía su origen en el don que Melegaunt le había traspasado, lo mismo que su conocimiento de los phaerimm y de los modos y formas de la Profundidad de la Sombra, y el acervo de conjuros de sombra y quién sabe cuántos otros secretos oscuros de los shadovar. Por lo que él sabía, la única parte de la experiencia de Melegaunt que el anciano archimago no le había traspasado era qué hacer con todo ese poder y cómo administrarlo sabiamente. Lo más probable era que el propio Melegaunt no lo hubiera sabido jamás... o que no le importara.

A los veinte pasos, la Linde se perdió de vista. Galaeron se detuvo y esperó. No había necesidad de esconderse ni tampoco dónde hacerlo aunque hubiera querido. En la Profundidad sólo había sombra, y las manos de los concedores del arte podían darle la forma de cualquier cosa que necesitasen o deseasen.

Galaeron no tardó en percibir una fuerte presencia que venía por el sendero que Takari y él habían tomado. Aunque era imposible para un elfo, o para cualquier criatura encerrada en una piel, percibir forma alguna, por la intensidad del calor que despedía y por su aparente tamaño dedujo que se trataba de un phaerimm. Aguardó el tiempo suficiente para cerciorarse de que sólo quedaba una criatura, entonces levantó ante sí un muro de sombra y esperó.

Aunque no estaba perdido ni mucho menos, el phaerimm estaba evidentemente asustado. En la vana esperanza de mantener a raya a los monstruos de sombra, hablaba en voz baja consigo mismo, usando sus poderes para remover las sombras en un constante torbellino. El espinardo tenía también media docena de conjuros listos para usar. Galaeron sentía los nódulos candentes de magia del Tejido que pendían de su cuerpo. Lo dejó pasar, después desactivó su muro de sombra y salió tras él.

El nervioso phaerimm reaccionó rápidamente, envolviéndose en un capullo de fuego y lanzando una andanada de dardos mágicos. El impacto alcanzó a Galaeron en el hombro y le hizo dar una voltereta en el aire. Incluso para él, era una manera muy poco segura de viajar por la Profundidad de la Sombra. Un par de mandíbulas se abrió por debajo de él y le lanzó un mordisco a la pantorrilla en un intento de arrastrarlo hacia alguna guarida oculta. El elfo hundió la espada en la sombra que había al lado de su pierna y, aunque aparentemente sólo atravesó el aire, la boca se abrió y quedó libre.

Al phaerimm le iba peor que a él. Galaeron podía sentir su presencia una docena de pasos por delante y hacia un lado, agitando las silenciosas sombras en una especie de espuma al manifestarse a su alrededor un grupo de criaturas de sombra, voladoras unas y reptantes otras, que tiraban de él en seis direcciones al mismo tiempo. El espinardo se defendía como podía, pero sus conjuros de teleportación no funcionaban y sus otros conjuros eran ineficaces. No importaba a cuántas criaturas destruyera, otras se formaban y venían a ocupar su lugar. No importaba el tipo de blindaje con que se protegiese, los colmillos y las garras oscuras de la sombra eran capaces de atravesarlo. Le arrancaron primero un brazo, después la cola y por último un trozo de espinoso pellejo.

Galaeron lo habría librado a su suerte si la sabiduría que Melegaunt le había infundido no le hubiera dicho que nunca hay que dar por muerto a un phaerimm hasta verlo con las entrañas fuera y ardiendo en el suelo. Retrocediendo hacia el árbol donde se había separado de Takari para no atraer a un grupo de sus propios atacantes, preparó una andanada de flechas de sombra y la lanzó contra su enemigo.

El impacto cogió por sorpresa tanto a la víctima como a los que la atormentaban. El phaerimm se rompió en pedazos que salieron volando en todas las direcciones desde las cuales tiraban de él. Las furiosas criaturas de sombra que no habían quedado en el lugar atravesadas por una flecha oscura se replegaron hacia la oscuridad y se dirigieron con sinuosos movimientos hacia donde estaba Galaeron.

Galaeron abrió una puerta de sombra y pasó por ella, saliendo al mundo relativamente seguro de la Linde. Por un momento quedó presa del aturdimiento y no supo dónde se encontraba. Después, los fogonazos de la magia de guerra empezaron a filtrarse a través de los árboles desde la pendiente que había más abajo y recordó que estaba en medio de una batalla y que su función era asegurarse de que la estatua de Hanali Celanil estuviera libre de phaerimm cuando Khelben y el resto de los Elegidos llegaran con los altos magos, y que Takari debería haber estado esperándolo allí mismo, en la Linde.

—¿Takari?

Galaeron echó una mirada alrededor y no encontró nada. Salió dando traspiés a la ladera de la colina. Se encontraba mareado y dolorido y su brazo estaba tan débil que a duras penas podía levantarlo.

—¡Takari!

La única respuesta fue una serie de gorjeos nerviosos provenientes del árbol bajo el cual se encontraba. Galaeron echó atrás la cabeza y vio la forma familiar de *Muchosnidos* que lo miraba desde arriba.

—¿Que hizo qué? —Galaeron no podía creerlo. Takari no era de las que dejan su puesto, ni siquiera tocada por la sombra como estaba—. No puede ser cierto.

Muchosnidos respondió con un chillido agudo y señaló con el pico colina abajo.

—¿Y el jefe?

Muchosnidos gorjeó una pregunta.

—El jefe phaerimm —aclaró Galaeron—. Aquel sobre el que dejaste caer el aguijón.

El pinzón pió enfadado.

—Está bien, el que tú atacaste —dijo Galaeron—. ¿Qué hizo con ese phaerimm?

La respuesta del ave hizo que Galaeron rodeara el árbol lo más rápido que pudo. No había ningún phaerimm en la plazoleta que rodeaba a la estatua, al menos a primera vista, y no había nada donde debería de haber estado el jefe, únicamente un charco de sangre negra y humeante.

—¡Dejó que se fuera! —gritó Galaeron—. ¡Takari dejó su puesto!

Muchosnidos bajó del árbol y se posó en una de las flechas que quedaban en el carcaj de Galaeron. Desgranó una larga pregunta, después ladeó la cabeza y miró colina abajo hacia el campo de batalla.

—No —gruñó Galaeron—, realmente no creo que Kuhl necesitara su ayuda.

Capítulo 19

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

Keya no sabía si el sabor cáustico que tenía en la boca era de ceniza o del miedo. Sólo sabía que tenía la lengua tan reseca como un estropajo y que era imposible distinguir entre las sacudidas del terreno y sus propios temblores. Pensó que el niño que llevaba en su vientre tendría suerte si llegaba a ver el mundo con sus propios ojos. Copas azules en llamas se desplomaban a su alrededor, piedras del tamaño de caballos caían por la ladera formando una avalancha incesante, y el aire era tan caliente que habría servido para asar bellotas. El objetivo de la Mano Fría había parecido bastante sencillo cuando lo había expuesto Galaeron debajo de los Jardines Flotantes, pero ella confiaba ahora en que tuviera un plan de apoyo.

Arrastrándose por el suelo, Keya subió por la pendiente superior de la trocha abierta hasta donde Vala se había refugiado junto con Kuhl y Burlen. A diferencia de sus elfos, que estaban o bien cuerpo a tierra vigilando en lo alto de la ladera por si caían rocas o bien lanzando flechas a ciegas hacia donde se suponía que estaba el enemigo, los vaasan estaban sentados dando la espalda a la batalla. Mientras compartían trozos de carne seca de thkaerth, reían y se daban golpecitos en la espalda, aunque en previsión de tener que incorporarse a la lucha habían dejado las espadas al lado para poder asirlas con rapidez.

Al aproximarse Keya, Vala sacó una tajada de carne seca de su ración y se la ofreció.

—No, gracias —gritó Keya para hacerse oír sobre el fragor de la batalla—. Últimamente no tengo estómago para el thkaerth.

Aunque esperaba que los vaasan pensaran que era debido al embarazo, la verdad lisa y llana era que ya no podía soportar el espectáculo de la carne asada pues le recordaba demasiado a los cuerpos quemados que yacían esparcidos y sin enterrar a lo ancho y largo de Evereska. Tratando de aparentar tanta despreocupación como la de los vaasan, se colocó junto a Vala y desenvainó la espada.

—¿Qué os parece? —preguntó Keya—. ¿Concentramos a nuestros formuladores de conjuros y tratamos de abrirnos paso?

—Eso sólo los convertiría en presa fácil para los phaerimm —respondió Vala.

—¿Qué phaerimm? —se extrañó Keya—. *Muchosnidos* no habló de phaerimm.

—*Muchosnidos* es un pájaro. Para él, lo que no puede ver no existe, pero tienen uno. —Vala señaló con el pulgar por encima del hombro—. Por ahí.

Burlen se inclinó por delante de Vala y miró a Keya con expresión preocupada mientras le ofrecía un trozo de carne.

—¿Estás segura de que no quieres? —preguntó—. Necesitas recuperar fuerzas.

Keya la rechazó con un gesto y siguió hablando con Vala.

—¿Cómo sabes dónde está el phaerimm?

La humana echó una mirada significativa hacia donde había una hilera de cuerpos achicharrados.

—Lo mejor que podemos hacer por ahora es esperar —dijo.

Desde arriba llegó un estrépito que fue haciéndose cada vez más fuerte. Keya empezó a ponerse boca abajo para poder arrastrarse pendiente arriba y ver qué era lo que se aproximaba. Vala extendió un brazo y la detuvo, empujándola contra la pared de piedra antes de acomodarse ella misma. El ruido asumió una cadencia rítmica hasta que de repente cesó. Una piedra del tamaño de un rote cayó ladera abajo pasando por encima de sus cabezas para rebotar en el otro extremo de la senda y desaparecer en los bosques que había más abajo.

—Los esclavos mentales no son demasiado brillantes —dijo Vala—. Tarde o temprano a los osgos se les acabarán las piedras y los acechadores derribarán el último copa azul. Entonces, y sólo entonces, atacaremos.

—No tenemos tanto tiempo —protestó Keya—. Según el plan de Galaeron deberíamos estar ya apoderándonos del perímetro defensivo, antes de que lleguen Khelben y los demás con los altos magos. De lo contrario, los esclavos mentales se volverán y contraatacarán...

—Entonces los cogeremos en ese preciso momento —intervino Vala—. O tal vez cuando llegue Aris. Si es capaz de arrojar unas cuantas piedras colina arriba, tal vez podríamos romper sus líneas.

—Lo que no podemos hacer es atacarlos de frente —dijo Burlen—. Sólo conseguiremos que la Mano Fría sea arrasada y entonces no quedará nadie para parar el contraataque.

La mirada de Keya dejó atrás a Vala y a Burlen y se fijó en Kuhl.

—¿Tú qué piensas? —le preguntó.

—Está de acuerdo con nosotros —dijo Burlen—. No hagas caso a sus modales. Está dejando que su espada piense por él.

Burlen alargó la mano y palmeó a su compañero en la parte trasera del yelmo. La mirada de Kuhl se hizo todavía más hosca, pero apartó la mirada y persistió en su silencio.

—Los planes están bien —dijo Vala, haciendo que la atención de Keya volviera al asunto que los ocupaba—, pero una vez que empiezan a lanzarse los conjuros, no valen ni el aliento que fue necesario para explicarlos. Tenemos que esperar que nos llegue nuestra oportunidad...

Fue interrumpida por un aullido racheado que todos reconocieron como el quejido de un phaerimm herido.

—¡Ahí tienes a tu espinardo! —exclamó Keya. Se puso boca abajo y empezó a

arrastrase por la ladera—. Mientras estamos aquí conversando, alguien está acabando con él.

Asomó la cabeza por encima del borde lo suficiente como para ver la ladera destrozada. Por todos lados había copas azules caídas, cráteres abiertos por las explosiones y cortinas de fuego que lanzaban al aire un humo gris. Cincuenta metros más arriba, una larga fila de esclavos mentales, desde detrás de un parapeto irregular, lanzaban piedras, magia y todo lo que tenían a mano, sobre la Compañía de la Mano Fría. Había docenas de pesadillas y unos diez acechadores, reforzados por un trío de illitas y un puñado de elfos de mirada vacía, pero por ninguna parte se veía al phaerimm herido. Seguramente se había teleportado en cuanto sufrió una herida grave.

La estela oscura de una letal flecha elfa salió de detrás de un copa azul situado más allá del parapeto enemigo y se hundió en el interior de las trincheras. Por un momento se vio a un acechador con una mueca de dolor en la boca torcida. Keya apenas tuvo tiempo para identificar la pluma negra distintiva de los Guardianes de Tumbas en el extremo de la flecha antes de que los magos de batalla de la Mano Fría pulverizaran a la criatura convirtiéndola en una roja lluvia de sangre.

Una fornida mano humana la cogió por el tobillo y la obligó a bajar.

—¡Agáchate! —le dijo Vala—. ¡Dexon pedirá mi cabeza si dejas que cualquier acechador te vuele esas orejas puntiagudas!

Keya estaba a punto de protestar cuando un rayo de color púrpura pasó silbando por encima de ellas, abriendo un surco profundo en el borde del barranco y amenazando con desintegrarle el cráneo. El corazón empezó a latirle con tanta fuerza que pensó que iba a romperle una costilla, pero consiguió controlarse lo suficiente como para señalar ladera arriba con su espada oscura.

—¡T-T-Takari!

—¿Takari? —fue Kuhl el que gruñó el nombre—. ¿Dónde?

—En un árbol —balbució Keya—. Por detrás del enemigo. He visto su flecha.

—¿Qué árbol?

Khul se arrastró hasta el borde y atisbo por el surco que a punto había estado de costarle la vida a Keya.

—No la veo —dijo.

—Kuhl, no viene a por tu espada oscura —le aseguró Keya. Lo que menos necesitaban era que se reavivara la disputa por su arma ancestral—. Takari está tratando de ayudarnos para que nos abramos camino.

—¡Viene a por mi espada! —insistió el vaasan. Apartó la mirada del surco el tiempo suficiente para lanzarle a Keya una mirada de odio—. Y tú, tú eres una zorra ladrona igual que ella. Los phaerimm despojaron a Dexon de la pierna, pero fuiste tú quien le robó la espada... y la hombría.

En otra época, el tono hostil de Kuhl hubiera hecho salir corriendo a Keya, pero ahora sólo la llenó de una rabia helada.

—Kuhl, voy a pasar por alto tu ofensa porque es fácil ver que tu espada es más poderosa que tu juicio —dijo—, pero como vuelvas a faltar a la hombría de mi esposo te vas a atragantar con la tuya.

Keya siguió con la vista fija en el vaasan hasta que vio que la ira le iba desapareciendo de los ojos y pudo estar segura de que no sería necesario cumplir su amenaza. Miró a Vala, que se limitó a encogerse de hombros y mostrar las manos en un gesto de impotencia. Keya frunció el entrecejo y señaló con la cabeza a Kuhl. Vala apartó la vista, pensativa, y un velo de tristeza pareció cubrirle el rostro. Asintió a su vez y trepó por la pendiente hasta donde estaba Kuhl.

Una vez que el fornido vaasan estuvo bajo control, Keya volvió a pensar en la batalla. Se arriesgó a echar una mirada por encima del borde y vio que lo que Takari estaba haciendo allí, fuera lo que fuera, empezaba a surtir efecto. Una patrulla de una docena de osgos, que había sido enviada colina arriba para darle caza, estaba caída sobre el terreno. Algunos yacían inmóviles, con agujeros humeantes en los torsos, otros manoteaban para sacarse las largas flechas elfas que tenían clavadas en la espalda. Varios acechadores barrían el bosque con sus rayos desintegradores, reduciendo el número de ataques colina abajo al tiempo que sembraban la ladera de troncos y de miembros cercenados.

Keya se deslizó hasta el fondo del barranco y mediante gestos ordenó a la Compañía de la Mano Fría que se alinease tras ella, dejando sólo a los arqueros y a uno de cada tres magos de batalla para mantener sus posiciones actuales. Al cabo de unos momentos, una larga columna de guerreros empezó a arrastrarse por el fondo del barranco. Keya dio órdenes a los que llegaron primero junto con instrucciones para que las transmitieran y después se arrastró otra vez hasta donde estaban Vala y los vaasan.

Vala tenía un brazo sobre los hombros de Kuhl y le estaba susurrando al oído algo que Keya no podía oír.

—¡Otra flecha! —gruñó Kuhl señalando—. Ahí está.

Kuhl se dispuso a lanzarse colina arriba, pero Vala lo sujetó por el cinto.

—Todavía no, Kuhl —dijo, tirando de él hacia atrás—. ¿No ves que es eso lo que ella quiere?

Kuhl consideró sus palabras y asintió con la cabeza.

—¡Vala! —exclamó Keya sin dar crédito a lo que veía—. ¿Qué estás haciendo?

Vala se volvió hacia ella con una expresión que sólo podía calificarse de demoníaca.

—¿Quieres aprovecharte de esto o no? —inquirió—. Porque Kuhl es la única posibilidad que tenemos de llegar pronto allí.

Mientras Vala se explicaba, Burlen seguía hablándole a Kuhl desde el otro lado.

—Lo que ella quiere es que cargues colina arriba tú solo, ¿no es verdad? —apuntó Burlen—. Quiere que te maten.

—No lo conseguirá —respondió Kuhl—. Ella no sabe nada. Jamás conseguirá mi espada.

En los ojos había una sombra que Keya jamás había visto antes, algo frío, monstruoso y aterrador que cubría la cara risueña del que había llegado a considerar como uno de sus hermanos humanos.

—¿Qué es lo que ella no sabe? —preguntó Keya.

—Verás —dijo Vala—. Ahora se trata de elegir entre Kuhl y Takari. Eso es algo que no podemos evitar, sólo podemos decidir si estamos dispuestos a aprovecharnos de ello. ¿Tú qué dices?

Keya recorrió con la mirada el barranco en ambas direcciones y vio una larga hilera de guerreros en posición de atacar colina arriba. Para ser elfos, sus caras estaban pálidas y tenían los nudillos blancos de tanto apretar la empuñadura de la espada, pero tenían una expresión decidida y los ojos fijos en Keya, esperando la orden de cargar.

—Cuando queráis —respondió Keya—. Y que los dioses nos perdonen.

—No es a los dioses a quienes debemos pedírselo —replicó Vala.

Colocó una mano en el hombro de Kuhl, alzó la cabeza y señaló uno de los copas azules que todavía se mantenían en pie detrás del parapeto de los esclavos mentales.

—Allí está, Kuhl —le indicó Vala.

—Tú no tienes culpa de nada —añadió Burlen—. Esa zorra de orejas puntiagudas te sedujo.

—Eso es —agregó Vala—. Dejó que le hicieras un hijo con premeditación. —Mientras ella hablaba, Kuhl iba adquiriendo un aspecto más siniestro; no sólo la expresión, sino la cara, las manos, los ojos e incluso el enorme capote de explorador que lord Duirsar le había regalado se iban volviendo oscuros—. Ella sólo quería tu espada.

—Oh, también quería el niño —se sumó Keya siguiendo el juego de los vaasan—. Los Sy'Tel'Quessir regalan a sus hijos semihumanos a cambio de vino.

Vala y Burlen se quedaron boquiabiertos, y por un momento Keya pensó que tal vez se le había ido la mano.

Kuhl se volvió tan negro como el hollín, empezó a desdibujarse en los bordes como una sombra o un fantasma y lanzó un aullido feroz. Se puso de pie. Más que andar sobre el barranco dio la impresión de que flotaba sobre él, y la ladera explotó instantáneamente en una tempestad rugiente de muerte mientras los defensores lanzaban todo tipo de proyectiles mágicos sobre el vaasan.

Creyendo que la idea de los vaasan había sido engatusar a Kuhl para que atrajera

sobre sí la primera oleada de ataques del enemigo, Keya alzó la mano para ordenar la carga, pero Vala le sujetó el brazo y la obligó a bajarlo.

Espera —le dijo hablando con los dedos como los elfos, el único lenguaje que no quedaba ahogado en el fragor de la batalla—. *Deja que nos coja un poco de ventaja.*

¿Un poco de ventaja? —inquirió Keya—. *Seguro que para entonces no quedará nada de él.*

Pero cuando atisbo por encima del borde del barranco, se dio cuenta de que no era así. A través de un muro de humo y llamas de veinte pasos de espesor, Keya vio la negra silueta de Kuhl que todavía se abría camino serpenteando colina arriba. Las ráfagas relampagueantes atravesaban su forma tenebrosa sin frenar su marcha. Los proyectiles mágicos lo esquivaban, dejando tras de sí largas volutas de negras tinieblas. Los rayos de desintegración impactaban sobre su aura oscura y se disolvían. Siempre conseguía sortear las piedras, y las lanzas se desviaban y resbalaban sobre él mientras que las flechas sólo golpeaban la parte más fuerte de su armadura. Era como si se hubiera convertido en un ser mitad fantasma y mitad rote, una criatura de las sombras a la que se podía ver pero no detener. Keya miró incrédula hasta que se desvaneció en un humo cada vez más espeso, entonces se volvió hacia Vala y alzó su propia espada... Es decir, la de su esposo.

¿Puede hacer eso esta espada? —preguntó.

¡No! —respondió Vala.

¡Y no lo intentes jamás! —fue Burlen quien intervino. Y añadió—. *Él se ha entregado a su espada. Ya no puede volverse atrás.*

El fragor empezó a remitir mientras Kuhl continuaba su carga, y Vala miró colina arriba y pronunció una sola sílaba. No gritó ni utilizó el lenguaje de signos, pero Keya no necesitó palabras para entender lo que quería decir. Con una señal hacia adelante de su brazo se puso de pie y salió a la carga rebasando el borde del barranco.

* * *

Desde donde Takari estaba apostada entre los susurrantes copas azules, la carga de la Compañía de la Mano Fría parecía una escena de leyenda. A través del humo y del fuego se abría camino una marea dorada de guerreros elfos de cuyos labios brotaban palabras de poder místico mientras de sus dedos salían rayos de plata y oro. Las espadas les fulguraban en las manos y las armaduras en los pechos. Los esclavos mentales respondían al ataque con una tempestad de rayos y rocas, lanzando piedras, proyectiles letales y fuego. Pero los elfos seguían avanzando, pasando por encima de los cráteres abiertos por las explosiones, saltando por encima de los troncos caídos, atravesando las cortinas de fuego y cayendo por docenas, pero sin flaquear, sin buscar refugio, sin reducir la marcha.

Al frente de la carga, unos veinte pasos por delante, iba un hombre, grande como un oso, envuelto en sombra, con los ojos brillantes como brasas de bronce, que describía una trayectoria sinuosa y recibía las ráfagas de magia en el pecho. Las fornidas piernas lo llevaban por la castigada colina arriba a una velocidad que ningún mensajero elfo era capaz de superar.

Era Kuhl.

A pesar de estar envuelto en sombra, Takari habría conocido esos enormes hombros a mil pasos de distancia, habría reconocido entre un ejército de hombres la gracia con la que su amante movía su poderosa humanidad. No había hombre, ni varón de especie alguna, capaz de superar a aquel ejemplar, feroz cuando era necesario y bondadoso cuando no, siempre valiente y nunca engreído, un amante que sabía dar y tomar.

Takari no podía lamentar la forma en que lo había utilizado, pues de lo contrario jamás lo habría conocido como el gentil gigante que era, pero sí lamentaba que se hubieran torcido las cosas entre ellos por la maldición que había transformado su sencillo plan en una rivalidad mortífera.

Sin embargo, la culpa era de Kuhl, no de Takari. Tendría que haberla advertido de la maldición antes de acostarse con ella, independientemente de que ella le dijera que no tenía que preocuparse por los hijos. No le había dicho que no los habría, sólo que no se preocupase por ellos. Incluso después de haber cometido el error, habría bastado con que aquel estúpido rote estuviera dispuesto a compartir. Si hubiera sido lo bastante fuerte como para prestarle su espada, todo habría ido bien y no habría sido necesario...

Takari no entendió lo que estaba a punto de hacer hasta que se encontró mirando el pecho de Kuhl a la distancia del vuelo de una flecha. El astil estaba marcado con plumas negras, por supuesto, porque sólo le quedaban dos flechas letales. Había agotado el resto de su carcaj tratando de mermar las defensas de los esclavos mentales para ayudar a Keya. Pero aunque otra elección hubiera sido posible, sabía perfectamente que no habría colocado otra cosa en su arco. Había sido la maldición la que había cargado el arco, y la maldición quería ver a Kuhl muerto.

Takari redujo leve y lentamente la tensión de su arco, pero deliberadamente lo mantuvo apuntando hacia Kuhl. Tenía que haber otro phaerimm allí abajo o los esclavos mentales no estarían luchando con tanto entusiasmo, y Kuhl corría gran peligro. Tras haber visto lo ladinamente que actuaba la maldición, ella sería más fuerte y protegería a Kuhl a la distancia. Ella no era un simple humano cuya voluntad podía ser dominada por una espada.

El baño de muerte se hacía más intenso al caer más esclavos mentales bajo el ataque de los conjuros elfos a medida que agotaban sus existencias de piedras y de magia. La carga se fue haciendo más rápida, y cada vez era mayor el número de

guerreros de la Mano Fría que se sumaban desde atrás a los que iban delante y ocupaban su lugar cuando caían. En dos ocasiones Kuhl fue atacado por conjuros lo bastante poderosos como para provenir de un phaerimm, pero las dos veces había seguido Takari el rastro hasta magos esclavos mentales. Por una brecha en la humareda, vio a Keya avanzando colina arriba con Vala y Burlen pegados a sus talones, y entonces un par de acechadores descubrieron su escondite y empezaron a atacar la base del árbol con sus rayos desintegradores. Ella se escondió tras el tronco y a continuación corrió por una rama y saltó a otro árbol.

Para cuando Takari hubo encontrado un nuevo escondite, Kuhl ya había penetrado en las líneas enemigas y se abría camino por las trincheras, destripando osgos con su espada oscura a diestro y siniestro, poniendo zancadillas a los esclavos mentales a los que derribaba para luego aplastarles el cráneo con el tacón de su bota. También había logrado coger con la mano libre el pedúnculo del ojo de un acechador al que sostenía en el aire a modo de escudo sobre el que descargaban los golpes tanto las hachas de los osgos como las espadas de los elfos.

Takari observó alarmada y no sin cierta repulsión que todo aquello le producía una especie de estremecimiento gozoso. Aunque Kuhl no daba muestras de reducir la intensidad de su ataque, debía de estar sufriendo. Ni siquiera las mejores armaduras evereskanas eran capaces de impedir que los golpes de las pesadillas rompieran huesos o aplastaran cráneos. Kuhl no tardaría en caer, y entonces ella no tendría más que alargar la mano...

No.

Takari no se atrevió a pronunciar la palabra en voz alta, y mucho menos con dos acechadores que iban tras ella, pero sí la pensó. Ella era más fuerte que la maldición. Era una elfa de los bosques que sabía distinguir entre las cosas importantes de la vida (el baile, el vino de miel y la buena compañía) y las que no lo son (el poder, la fortuna y la autoridad). Estaba dispuesta a ayudar a Kuhl si encontraba la forma de hacerlo, y ambos compartirían la espada.

El yelmo de Kuhl salió volando de la barahúnda con el barboquejo cortado y el borde dorado mellado por el impacto del hacha de un osgo. Takari pensó que todo había terminado, que Kuhl estaría ya bajo los pies de sus atacantes y moriría.

Pero el oso vaasan siguió luchando, llegó al fondo de la trinchera y trepó a la ladera de la colina. Puso rodilla en tierra y cortó las cabezas de tres osgos que lo perseguían. Plantó un pie sobre la cara de un esclavo mental elfo que retrocedió tambaleándose hasta el parapeto. No había un solo enemigo en un espacio de doce pasos en torno a él.

En lugar de seguir hacia el fondo de la trinchera para atacar al enemigo por el flanco, Kuhl partió colina arriba y se internó en el bosque. Takari pensó que su intención era acabar con los dos acechadores que la perseguían y que al parecer no se

habían dado cuenta de que ella había escapado a su ataque y seguían buscándola en el árbol que habían derribado. Kuhl giró en dirección hacia su escondite. Aunque parecía imposible que la hubiese visto moverse cuando no lo habían conseguido los acechadores, los bronceos ojos furiosos del vaasan se fijaron sin titubeos en la rama en la que estaba apostada. Tenía que ser su espada oscura la que era capaz de percibir el deseo que la exploradora elfa tenía de ella. Takari podía ser más fuerte que la maldición de la espada, pero Kuhl no lo era. Iba a matarla si ella no lo mataba antes.

No era ninguna tontería. Kuhl era demasiado pesado para abrirse camino a través del bosque como lo haría un elfo de los bosques. Takari no tenía más que permanecer en lo alto de los árboles, en una rama a donde Kuhl no pudiera seguirla. ¿Qué era lo que le había dicho Galaeron? Que se había abierto a su sombra, y que si mataba a Kuhl perdería la batalla. Takari lo creía. Estaba trabajando afanosamente por apoderarse de ella, por engañarla para que matara al padre de su hijo.

¿Sería asesinato si muriera en combate?

La pregunta sonó con su propia voz, pero tan susurrante y fría que le hizo subir un escalofrío por la espalda.

Nadie lo sabría jamás.

Tan sorprendida estaba Takari que al principio no reparó en el illita que salía de la trinchera detrás de Kuhl. Estaba preocupada por la voz, y se preguntaba si alguien estaría espiando sus pensamientos o si su sombra se habría hecho tan fuerte como para poder hablar. Distraerla era, sin duda, lo que pretendía la voz. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, el illita había recorrido una docena de pasos en dirección a Kuhl. Furiosa por esta manipulación, Takari no pensó ni vaciló ni apuntó conscientemente. Simplemente tensó el arco y dejó que el proyectil saliera volando.

El ángulo no presentaba ninguna dificultad especial, sobre todo para una exploradora elfa verde que se había pasado toda la vida tirando al blanco. La flecha salió como un relámpago hacia donde estaba Kuhl, pasando a unos tres metros y medió por encima de la cabeza del hombre, aunque lo bastante cerca como para que él se encogiera, y se clavó en el centro de los tentáculos bucales del illita. La criatura salió disparada hacia atrás, cayó al suelo tan quieta como una estatua e inmediatamente empezó a consumirse.

Takari no llegó jamás a saber cómo había reaccionado Kuhl. El estruendo ensordecedor de una descarga mágica recorrió el suelo del bosque a su espalda y supo sin lugar a dudas que algo poderoso había descubierto su escondite. Saltó hacia una rama más baja en un árbol vecino, con el corazón en la boca y los miembros extendidos para amortiguar la caída, pero sin soltar el arco.

Cuando cayó entre las ramas recibió en la espalda el impacto de una onda expansiva que la lanzó de cara entre la maraña de ramas y hojas. Sin embargo, logró agarrarse a una rama con la mano libre y sujetarse con las piernas a otra tan gruesa

como el brazo de un vaasan.

Pensó que la caída iba a acabar ahí, pero sintió que su apoyo cedía y empezó a caer otra vez mirando el extremo astillado de una rama. Apenas tuvo tiempo de preguntarse por qué no había oído el ruido de la rama al quebrarse antes de darse de bruces contra el suelo del bosque y quedar enterrada bajo un montón de abundante follaje.

Sólo tardó un instante en comprender por qué no había oído el crujido y en saber que tratar de oír al enemigo sería un intento vano. Tenía en los oídos un ruido como el de una campana que llamase a cenar. Logró salir de debajo de un tronco caído y encontró la última flecha que le quedaba en el carcaj antes de trepar con toda precaución a lo alto de la maraña de ramas.

Le dolían los hombros y tenía las piernas entumecidas, pero seguían obedeciendo sus órdenes. Sólo tardó un momento en asomar la cabeza y ver a Kuhl a menos de una docena de pasos de ella, avanzando con aire decidido hacia donde estaba. Tras él venían los dos acechadores que la habían estado persiguiendo, aprovechándose del empeño del hombre para acercarse flotando a una presa segura.

Takari se subió a una rama un poco más firme y disparó su última flecha letal. Kuhl entrecerró los ojos bronceados y emprendió una carrera rápida, levantando el brazo de la espada para lanzar el arma y bloqueando inadvertidamente la trayectoria de la flecha. Takari se encontró con que su proyectil apuntaba directamente hacia el pecho del hombre, y lo desvió hacia arriba apartándolo de él.

—No —gritó lo más fuerte que pudo—. ¡Kuhl, ve hacia la izquierda!

Reaccionando tal vez por instinto o tal vez porque se dio cuenta de que la flecha ya iba de camino si estaba dirigida a él, Kuhl dio un paso a la izquierda, pero de todos modos arrojó la espada.

Takari maldijo su debilidad humana, apuntó la flecha al gran ojo central del acechador más próximo y disparó. Sólo observó el tiempo suficiente para comprobar que pasaba por debajo de la espada de Kuhl y se dejó caer otra vez hacia la maraña de ramas. Oyó un golpe seco a sus espaldas.

Una ráfaga sibilante surcó el bosque y antes de volverse Takari supo que Kuhl no le había arrojado la espada a ella. Había encontrado al último phaerimm al que había estado persiguiendo.

A Takari todavía le zumbaban los oídos cuando se apartó de las ramas y vio al phaerimm inmóvil en el suelo, abierto en canal por la espada oscura de Kuhl. El arma estaba unos cuantos pasos más allá del espinardo muerto, tan cubierta de sangre que casi resultaba irreconocible.

Takari extendió la mano, dispuesta a atraer la espada hacia sí. Pensó en Kuhl y esperó. Iba a necesitar la espada para enfrentarse al segundo acechador que lo perseguía, y si tenía que luchar con ella por el arma... Pero la espada no voló hacia la

mano del vaasan. Ni siquiera se movió.

Adelante..., ahora es tuya —le susurró la voz oscura que llevaba dentro—. *El acechador se acerca.*

—¡Cállate! —le ordenó Takari con voz enfurecida.

Alzó la mano y atrajo la espada hacia ella.

¿Qué otra cosa podía hacer teniendo al acechador tan cerca?

Capítulo 20

2 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

La expresión apesadumbrada en los rostros ambarinos de los altos magos mientras examinaban el ruedo deshilachado del traje de piedra de Hanali Celanil le reveló a Galaeron todo lo que necesitaba saber. Los phaerimm habían anulado demasiados de los antiguos conjuros del Mythal como para que su plan funcionara. Antes de poder proceder, el círculo tendría que reparar el daño, siempre y cuando estuvieran dispuestos a hacer el sacrificio por una ciudad que ni siquiera era la suya.

Sin esperar a que los altos magos anunciaran su conclusión, Galaeron se volvió hacia lord Duirsar y los demás que esperaban con él a la sombra de la gran estatua.

—Milord, los phaerimm han hecho demasiado daño. —Para que pudieran oírlo por encima del fragor de la batalla que llegaba de más abajo, Galaeron tuvo casi gritar—. Los altos magos necesitan tiempo para hacer un conjuro de altura, y eso significa que debemos estar preparados para defenderlos.

—Si todo lo que necesitamos es tiempo, esta batalla ya la tenemos ganada —dijo Kiinyon Colbathin. Al igual que lord Duirsar y todos los demás evereskanos allí reunidos, Kiinyon llevaba una armadura de batalla completa y muy deteriorada, y, a juzgar por su olor, llevaba casi diez días sin quitársela de encima—. El plan del joven lord Nihmedu ha demostrado ser excelente. Sólo tenemos que enviar a la Cadena de Vigilancia colina abajo y tendremos al enemigo atrapado.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Storm. Estaba de pie detrás de lord Duirsar junto con Khelben y Learal, y con su elevada estatura dominaba la escena—. Cualquier victoria que se consiga será efímera hasta que reparemos el Mythal. Los phaerimm tienen decenas de miles de esclavos mentales sembrados por toda Evereska, y me jugaría la cabellera a que la mayoría de ellos se encamina hacia aquí ahora mismo.

—Tanto más motivo para actuar con rapidez —replicó Kiinyon.

Se volvió hacia el fondo de la plazoleta, donde la Cadena de Vigilancia estaba adoptando la formación de batalla a medida que sus integrantes iban saliendo del círculo de teleportación de Learal. Indicó al comandante de la compañía que se acercara y a continuación se volvió hacia Storm.

—Una vez que hayamos tomado los parapetos no importará cuántos esclavos mentales envíen los phaerimm contra nosotros. El plan de Galaeron es excelente y confío en poder resistir el tiempo suficiente como para que llegue a buen fin.

—Sí —dijo lord Duirsar dirigiendo a Galaeron un ostensible gesto de aprobación—, es muy probable que nos hayas salvado.

—Me temo que las cosas no son tan fáciles como ha dado a entender el capitán

Colbathin —repuso Galaeron—. Los esclavos mentales de ahí abajo no son el peligro.

—Lo son —declaró Kiinyon. La comandante de la Cadena de Vigilancia, una joven elfa dorada llamada Zharilee llegó a su lado y se volvió para hablar con ella—. Cuando la Compañía de la Mano Fría haga salir a los esclavos mentales de sus trincheras, no tendrán más remedio que replegarse hacia aquí. La Cadena de Vigilancia debe impedirlo, descendiendo a través del bosque para caer sobre ellos desde atrás. El enemigo quedará atrapado entre dos de nuestras compañías y todo se reducirá a apoderarnos de las trincheras para nuestro propio uso.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza e indicó a Zharilee que ya podía partir para ejecutar sus órdenes. Galaeron se mordió la lengua para no llamar tonto a Kiinyon, que había sido su comandante durante su época de servicio con los Guardianes de Tumbas y se había pasado dos décadas haciéndole la vida imposible.

—Son los phaerimm los que me preocupan —se limitó a decir—. Pueden teleportarse al interior de la plazoleta con la misma facilidad que nosotros.

—¿No dijiste que no lo harían? —preguntó Storm—. «Sin su jefe estarán demasiado desorganizados y ocupados como para pensar en contraatacar». Estoy segura de que ésas fueron tus palabras.

—Así fue. —Galaeron sintió que se ruborizaba, pero siguió adelante con voz segura—. Y así sería sin su jefe.

Khelben torció el gesto y entrecerró los ojos.

—No me digas que...

—El jefe ha sobrevivido.

Galaeron no explicó lo que había sucedido, en parte porque él mismo no lo sabía. Era probable que Takari hubiera hecho caso omiso de su orden y hubiese ido directamente a conseguir la espada de Kuhl, o que al rodear el árbol para dar el golpe de gracia al jefe hubiera descubierto que ya no estaba allí.

—¿Pero resultó herido? —preguntó Learal.

—Sí —respondió Galaeron—. Muy malherido. Durante un tiempo estuvo inconsciente.

—Entonces no volverá —dijo Kiinyon. Echó una mirada por encima del hombro e hizo un gesto de aprobación al ver a la Cadena de Vigilancia que ya desfilaba colina abajo—. En el fondo, esos phaerimm son unos cobardes. En cuanto los hieren corren a ponerse a salvo.

—Normalmente así es.

Mientras hablaba, Galaeron pensaba a toda prisa. Habiendo enviado Kiinyon a la Cadena de Vigilancia al frente, cualquier intento de hacerla volver llamaría la atención del enemigo y a los phaerimm no les llevaría mucho tiempo entender por qué. Si quería desbaratar el contraataque, tendría que encontrar un modo más sutil.

—Ése era el jefe —continuó—. Hay demasiado en juego como para que abandone tan fácilmente. Volverá con todas las fuerzas que pueda reunir.

Kiinyon meneó la cabeza con la intención de reconvenir a Galaeron por contradecirlo, pero lord Duirsar lo hizo callar con un gesto de la mano.

—¿Cómo puedes saber eso? —le preguntó a Galaeron—. Hablas como si hubieras vivido entre los phaerimm.

—No exactamente —respondió Galaeron.

Aunque era consciente de lo poco que sus compatriotas sabían sobre la fuente de su información, explicó sin vacilar cómo le había transmitido sus conocimientos Melegaunt antes de morir, y cómo se había visto obligado a rendirse a su sombra para poder recuperarlos. Su historia hizo aparecer una expresión entre asqueada y compasiva en el rostro de lord Duirsar, y de asco manifiesto en el de Kiinyon Colbathin.

—¿Quieres decir que tu información proviene de los shadovar? —preguntó Kiinyon. El último integrante de la Cadena de Vigilancia desaparecía ya en el interior del bosque, y el sonido de los primeros ataques ya podía oírse subiendo por el otro lado de la plazoleta—. Milord, las intenciones de Galaeron siempre han sido buenas, pero su ingenuidad nos han dejado desde el principio a merced de los shadovar.

Khelben inició una defensa de Galaeron, pero lord Duirsar lo interrumpió dirigiéndose directamente a Kiinyon.

—Capitán Colbathin, ¿acaso no dijiste hace un momento que el plan de lord Nihmedu era excelente?

Kiinyon hizo un gesto de contrariedad, pero asintió.

—Entonces te sugiero que lo escuches.

—Gracias, milord —dijo Galaeron. Aunque lo que sentía era alivio por Evereska, no intentó ocultar su sensación de triunfo—. Estoy seguro de que el capitán Colbathin descubrirá que su primera evaluación de mi plan era correcta.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Kiinyon con una expresión tan peligrosa como la de cualquier acechador—. Haré volver a la Cadena de Vigilancia.

—Ya es demasiado tarde para eso —lo corrigió Galaeron sujetándolo por el codo.

Kiinyon miró la mano que sujetaba su brazo como dispuesto a arrancarla de un mordisco.

Galaeron no lo soltó.

—Te diré lo que debemos hacer ahora...

Explicó su idea haciendo hincapié en la importancia de que los Elegidos reservaran el fuego de plata hasta que el Mythal hubiera sido reparado.

—¿Alguna pregunta? —dijo cuando hubo terminado.

—Sólo una —precisó Khelben—. ¿Qué pasa si no somos lo bastante rápidos?

—Entonces los altos magos morirán y nosotros continuaremos la lucha por

Evereska sin ellos..., o sin el Mythal —explicó lord Duirsar empuñando su antigua espada—. De modo que sugiero que seamos lo bastante rápidos.

Lord Duirsar indicó a los altos magos que iniciasen de inmediato la reparación del Mythal y Galaeron se pasó los siguientes minutos situando a sus «tropas» en las sombras en torno a la estatua. Le habría gustado tener a Aris allí con ellos, pero ya había decidido que el gigante sería de mayor utilidad apoyando a Keya y lo asignó a la Compañía de la Mano Fría antes de abandonar el palacio. A Galaeron le parecía oír las rocas de Aris impactando sobre los atrincheramientos enemigos, pero con el estruendo de la batalla que se estaba librando en el valle, era imposible estar seguro.

Una vez que los demás estuvieron distribuidos en escondites a lo largo de la plazuela, Galaeron se puso bajo la sombra de la propia estatua. Echó una última mirada en derredor, y viendo que lord Duirsar, Kiinyon y los Elegidos estaban bien ocultos dentro de la Linde, él mismo descendió a las sombras. Seguramente los phaerimm estarían advertidos de esos escondites, pero habría un momento tras su llegada en que no tendrían importancia sus precauciones. Ése sería el momento en que ganarían o perderían Evereska y Galaeron quedaría finalmente reivindicado o vilipendiado para siempre.

Los altos magos ya habían rodeado la estatua de Hanali y habían empezado su trabajo. Los dos asistentes estaba situados a uno y otro lado de la diosa con las palmas hacia abajo extrayendo del suelo las hebras doradas de magia del Tejido que los phaerimm habían destejido antes. Las suaves voces entonaban cada una un conjuro independiente de apoyo, pero iban entretejiendo sus palabras en una armonía que sonaba como música.

El mago que llevaba la voz cantante estaba de pie detrás de la diosa, formulando un conjuro de protección tan antiguo que las palabras casi no parecían pertenecer al idioma elfo. Mientras cantaba iba cogiendo las hebras del Tejido que le pasaban sus dos asistentes y las incorporaba otra vez al ruedo del traje de Hanali, restaurando lentamente su impecable acabado. Con cada fibra que restauraba, el mago se volvía un poco más tenue y traslúcido, como si él mismo se estuviera entretejiendo con el Mythal. Aunque Galaeron no tenía acceso a los secretos de la alta magia elfa, había oído rumores del entretejido de espíritus durante su época en la Academia de Magia, y sabía qué era lo que estaba viendo. El alto mago se convertiría en parte del Mythal y velaría por Evereska permanentemente.

Los altos magos continuaron con su trabajo durante lo que les pareció una eternidad, volviendo a entretejer la magia en el Mythal y devolviendo a la estatua su aspecto original. Galaeron se concentró en vigilar si aparecían los phaerimm, pero su atención era atraída por el trabajo de los magos cada vez con más frecuencia a medida que pasaba el tiempo. Tejieron primero la magia más poderosa, los conjuros de aprisionamiento y previsión y las tormentas de meteoros, y reservaron la magia

más sencilla para el final. Cuando llegaron a la magia relativamente menor como los conjuros de detección y las cerraduras dimensionales, el mago principal era tan traslúcido que se podía ver a través de él el otro extremo de la plazoleta.

Sólo quedaban por reparar unos cuantos bordes deshilachados en el traje de Hanali y la lucha en las trincheras arreciaba, lo que daba a entender que ya habían empezado a llegar esclavos mentales de refuerzo desde el resto de Evereska. Galaeron sabía que Kiinyon y los demás se estarían preguntando si al fin y al cabo se habría equivocado sobre lo del contraataque de los phaerimm, pero la prolongada espera no hacía más que convencerlo de que el jefe tenía más influencia de la que había creído. Incluso los phaerimm necesitaban tiempo para reunir recursos, y cuanto más tardaran, más habían acumulado.

Los altos magos habían llegado a la última fase, conjuros sencillos de caída blanda y buena puntería, cuando media docena de phaerimm se hicieron presentes con un crepitar en torno a la estatua. A pesar de estar aturridos por la teleportación, llegaron atacando, sembrando la plazoleta de proyectiles dorados de magia y largas lenguas de fuego. La mayor parte fueron ataques ciegos y no dieron en ningún blanco, pero una andanada alcanzó a una maga asistente. Su escudo anticonjuros lanzó un destello plateado y se disipó, agotado por el poder del ataque, y un proyectil penetró y le dejó un orificio del tamaño de un pulgar en el hombro.

La maga siguió con su encantamiento sin perder una sola sílaba.

Galaeron y los otros dos elfos saltaron de inmediato de sus escondites lanzándose a atacar al phaerimm más próximo y lanzando sus conjuros letales más poderosos sobre los otros. Galaeron lanzó un rayo oscuro que atravesó el torso de su primer espinardo y entrevió a lord Duirsar que caía alcanzado por un mortífero rayo negro que hubiera derribado a un gigante. Ya estaba sobre su segundo objetivo, al que abrió un tajo de arriba abajo con su espadaoscura en el cuerpo espinoso. La criatura se desvaneció en un parpadeo de magia de teleportación dejando tras de sí un charco de sangre oscura.

Nuevos chisporroteos sonaron en torno a la plazoleta anunciando la llegada de una segunda oleada de phaerimm acompañada de descargas de magia y fuego. Galaeron alzó un escudo de sombra para cubrirse las espaldas y lanzó una andanada de proyectiles oscuros contra el primer espinardo que vio mientras cargaba contra el segundo. Una hoja segadora apareció no se sabía de donde tratando de alcanzarlo de lado. Galaeron la paró con el filo de su espadaoscura que la partió por su punto medio, y al volverse se encontró con Storm Mano de Plata que salía de las sombras justo detrás de su atacante. Desactivando la protección de la espada del phaerimm con una mano y balanceando la suya con la otra, cortó la cola de la criatura junto a un tercio de su cuerpo. El phaerimm se acercó tambaleándose al elfo al rebotar en su hombro una bola de fuego errante que a continuación se perdió en el bosque.

Con rayos en los ojos, Storm se volvió sobre el atacante y cargó contra él. La lucha se convirtió en una maraña desatada de conjuros, acero y garras. Una voz femenina lanzó un chillido de dolor. Al girar sobre los talones, Galaeron vio a la alta maga que antes había resultado herida caer al suelo. Una de sus piernas había desaparecido y en su lugar había una herida humeante, pero a pesar de todo seguía entonando su conjuro de alarma y pasando al mago principal hebras doradas del Tejido.

Galaeron corrió a ayudar, pero Kiinyon estaba más cerca. Lanzando una andanada de rayos mágicos contra su atacante, el legendario espada de conjuros se plantó a su lado de un salto y la rodeó con su brazo. Sus rayos se disiparon sin hacer el menor daño sobre el escudo anticonjuros del phaerimm, pero para entonces Galaeron ya había lanzado una red de sombra sobre él desde atrás. El espinardo sorprendido trató de teleportarse y se desintegró en mil pedazos.

Kiinyon puso a la maga de pie y la sostuvo para que pudiera terminar el conjuro mientras la protegía con su propio cuerpo. Destellos relampagueantes surgieron al mismo tiempo de tres puntos distintos, y Galaeron se dio cuenta de que los phaerimm ya estaban lo suficientemente recuperados del aturdimiento provocado por la teleportación como para montar un ataque organizado.

El primer proyectil sobrecargó el escudo anticonjuros de Kiinyon, a lo que éste respondió con una maldición. El segundo lo alcanzó de lleno en el pecho, abriéndole una brecha en la armadura, y empezaron a arderle la cabeza, las manos y los pies. El tercer proyectil alcanzó a la maga en la espalda y la hizo caer de bruces sobre la pierna de Hanali. El cuerpo se incendió y se desintegró.

Los conjuros que entonaban los otros dos magos perdieron la armonía y el principal empezó a manotear en un intento de seguir tejiendo. Aunque seguían atacándolos, la ofensiva no era tan intensa como en el lado de la estatua donde estaba Galaeron, y Learal y Khelben hacían todo lo que podían para que siguiera siendo así.

Recorriendo a la carrera los últimos cinco pasos hasta los pies de Hanali, Galaeron lanzó una esfera de sombra hacia la cabeza chata de uno de los atacantes de la maga y atravesó con su espada oscura el torso del segundo, después saltó por encima del cuerpo de Kiinyon y volvió las palmas de sus manos hacia el suelo. No era un alto mago, pero el conjuro de alarma no era difícil, y había visto lo suficiente sobre la armonización del círculo como para poder incorporarse a la ceremonia.

Galaeron empezó a cantar.

Los altos magos supervivientes se sobresaltaron. El mago principal volvió la cabeza traslúcida hacia Galaeron y se lo quedó mirando un momento antes de volver al Tejido. Galaeron temió que los dos magos no lo aceptaran en su círculo, pero ajustaron el tono para combinarlo con su voz más sonora y continuaron con los conjuros.

Galaeron sintió un leve impacto cuando una andanada de conjuros lo golpeó en la espalda y desapareció absorbida por su escudo de sombra. El corazón le latía desbocado ante la idea de estar de pie allí, inmóvil, mientras un grupo de phaerimm le lanzaba su magia, pero alejó el temor de su mente y se entregó al canto que estaba creando junto con los altos magos. Empezó a hacer con los dedos los movimientos del conjuro de alarma extrayendo la magia del terreno como le había visto hacer a la maga muerta.

Las hebras salían oscuras y frías.

La voz de Galaeron vaciló, pero al ver que dudaba antes de pasar la magia de sombra, el mago principal tendió una mano traslúcida y cogió el primer hilo negro. Mientras entretejía el hilo en el ruedo del traje de Hanali, los ojos del mago se oscurecieron, convirtiéndose en un par de esferas tenebrosas que flotaban en el rostro transparente. Tendió otra vez la mano y cogió la siguiente hebra de manos de Galaeron.

Un phaerimm con tres brazos llegó flotando hasta colocarse al lado de la estatua, donde sus ataques no podían ser bloqueados por el escudo de sombra que protegía a Galaeron, y entonces clavó el aguijón de su cola en el vientre del elfo. Tan absorto estaba éste en el canto que casi no cayó en la cuenta de que se trataba del jefe de los phaerimm ni de que le estaba bombeando en el cuerpo su veneno. Sintió que los pies se le apartaban del suelo, pero eso no le produjo más malestar que el dolor distante que sentía en el vientre.

Lord Duirsar acudió, obligando a retroceder al phaerimm con sus conjuros y su espada. Galaeron siguió cantando. Él y los dos magos eran sólo uno y no les preocupaba otra cosa que no fuera la ceremonia que estaban ejecutando. El mago principal extendió una mano ya casi invisible y recogió la siguiente hebra de manos de Galaeron. Esta vez, cuando incorporó el hilo al traje de Hanali, también incorporó a él su cuerpo.

Galaeron llegó al final de su canto y sintió un estallido de dolor en el vientre. No se dio cuenta de que la ceremonia había terminado y de que había sido liberado de ella hasta que vio a lord Duirsar por debajo de él, combatiendo cuerpo a cuerpo con el phaerimm, obligándolo a retroceder con su acero relumbrante y lanzando una descarga tras otra con su anillo mágico. Storm acudió presurosa junto al lord elfo, con una mano alzada para realizar sus propios conjuros y la espada en la otra.

Galaeron buscó su sedasombra aun a sabiendas de que no lo conseguiría. El veneno del phaerimm lo había paralizado y flotaba sin poder hacer nada por encima del suelo. Vio que otros dos phaerimm aparecían a espaldas de Storm lanzando fuego y relámpagos a ciegas y agitando sus colas a diestro y siniestro. Miró en la dirección opuesta y vio que la situación era más o menos la misma en el resto de la plazoleta, donde Khelben y Learal combatían espalda contra espalda y unos phaerimm

cautelosos los atacaban desde lejos.

Aunque recién reparado, el Mythal seguía exhausto y agotado por el abuso que había sufrido desde que se había iniciado la invasión de los phaerimm. Galaeron se rehízo para poder enviar un solo meteoro dorado hacia el centro de la plazoleta. La esfera alcanzó a uno de los phaerimm que acababa de aparecer detrás de Storm e hizo que el otro se apartara humeando y se teleportara a lugar seguro.

La explosión fue lo bastante fuerte como para llamar la atención de todos los que estaban allí reunidos. Lord Duirsar a duras penas esquivó el aguijón de una cola cuando se volvió para ver qué era lo que había producido semejante estruendo. Storm, a quien la explosión había pillado mucho más cerca, estaba ocupada tratando de ponerse de pie.

—¡Storm! —Galaeron tuvo que pronunciar las palabras entre dientes, pero sabía que ella, siendo como era uno de los Elegidos, lo oiría—. ¡El Mythal está listo! Usa el fuego...

El líder de los phaerimm hizo un gesto en dirección a Galaeron y lo dejó totalmente mudo. Lord Duirsar aprovechó la distracción para lanzar una andanada de proyectiles mágicos contra el torso de la criatura que salió despedida dando tumbos. En ese momento, Storm se volvió y descargó su fuego de plata hacia la base de la estatua de Hanali. Khelben y Learal siguieron su ejemplo un instante después, y la estatua empezó a resplandecer con una brillante luz argentada.

El resplandor se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido. El líder de los phaerimm lanzó un negro rayo letal contra lord Duirsar que el lord elfo hizo rebotar con un conjuro especular. Imitando a su jefe, los demás phaerimm redoblaron sus ataques y Galaeron empezó a pensar que le había fallado a Evereska una vez más, que su idea había sido una enorme equivocación y que ni siquiera la magia no adulterada del fuego de plata de los Elegidos bastaría para dar al Mythal el impulso energético que necesitaba para defender a Evereska. Venciendo su decepción y su dolor, se abrió al Tejido de Sombra y se dispuso para lanzar una ráfaga de sombra. No tenía control sobre sus propios movimientos, pero si un phaerimm pasaba por casualidad...

Una lluvia de meteoros dorados cayó del cielo crepitando, silbando y dejando a su paso una larga estela de humo negro. El primero alcanzó al líder de los phaerimm transformándolo en un estallido resplandeciente y haciendo caer al suelo a su lado a lord Duirsar. Los tres siguientes formaron un semicírculo en torno a Khelben y Learal, dejando a los dos Elegidos espalda contra espalda, con los ojos redondos como platos y la boca abierta. Otros dos cayeron detrás de Storm que se quedó atónita un momento y miró en derredor para ver si todavía quedaba algo que matar.

Sólo fueron necesarios cuatro golpes más en apenas dos segundos antes de que no quedara nada que atacar. El resto de los phaerimm, es decir, los pocos que habían

sobrevivido, se teleportaron, y la lluvia de meteoros empezó a extenderse hacia afuera, hacia objetivos de otras partes de la ciudad.

Galaeron vio unos doce ataques más antes de que la lluvia se volviera errática y se fuera desvaneciendo hasta dejar el cielo surcado por las estelas humeantes de su descenso.

No, no era humo. Las estelas de humo se disgregan y se vuelven algodonosas al ser disipadas por la brisa. Éstas se mantenían enteras, compactas y oscuras.

—¿Es eso lo que yo creo que es? —inquirió Storm.

Galaeron miró hacia abajo, hacia donde estaba Storm. La Elegida tenía en las manos un trozo de cuerda elfa que había cogido del cinturón de Kiinyon y trataba afanosamente de hacerle un nudo corredizo. Galaeron le habría preguntado qué pensaba que eran, pero seguía paralizado y mudo por el efecto del veneno del líder de los phaerimm y de su magia. Daba lo mismo... En realidad no quería ser él quien dijera que eran sombras.

Storm acabó el nudo y a continuación lo lanzó con destreza hacia los pies de Galaeron.

—Bueno, Galaeron —dijo mientras tiraba de él hacia abajo—, cuando salvas una ciudad indudablemente dejas tu impronta.

* * *

Por tercera vez, a razón de una vez por hora, los Elegidos lanzaron su fuego de plata a la base de la estatua de Hanali Celanil. Un rubor plateado se extendió de pies a cabeza de la imponente figura de la diosa y se fue desvaneciendo lentamente a medida que el sediento Mythal absorbía la magia pura. Instantes después, una nube de meteoros dorados cayó del cielo haciendo impacto en cada parte de la ciudad donde había algún enemigo de Evereska tratando de escapar a la justicia del Mythal.

Galaeron suponía que la mayoría de esos enemigos eran todavía phaerimm, pero la vez anterior había visto los meteoros caer sobre acechadores e illitas, incluso sobre un aturdido osgo que parecía más interesado en huir de la ciudad que en conquistarla. En otra época, el Mythal podría haber mostrado compasión por un infortunado esclavo mental considerándolo una víctima de los phaerimm igual que los propios ciudadanos de Evereska, pero ya no era así. El Mythal renovado sólo discernía entre los enemigos de la ciudad y los amigos, y destruía a los primeros del mismo modo que protegía a los segundos.

Mientras miraba las bandas de sombra que dejaban los meteoros en pos de sí, Galaeron casi esperaba que la siguiente bola dorada le cayera encima a él, pero el Mythal había dado por terminada su intervención en la plazoleta que rodeaba a la estatua de Hanali e incluso en la colina que le servía de base. Ya no había caído

ningún ataque más en las inmediaciones de la colina después de la segunda andanada, cuando la mortífera arremetida había desbaratado el contraataque de los atrincheramientos capturados y había provocado la desbandada de los esclavos mentales hacia los rincones más remotos de la ciudad. Cuando acudieron refuerzos colina arriba, la victoria ya sólo fue cuestión de esperar y consolidar, de ampliar minuciosamente las áreas de expansión del control elfo tras cada nuevo ataque del Mythal.

Galaeron tal vez tendría que haberse sentido orgulloso, pero sólo sentía desazón. Tras el primer ataque del Mythal, Learal Mano de Plata se había ocupado de la herida que tenía en el vientre y, al no encontrar ningún huevo de phaerimm dentro de ella dijo que tenía probabilidades de sobrevivir, pero que tenía que descansar. Storm le había hecho tragar una poción curativa y a continuación lo había atado a una raíz de árbol a la espera de que se disipara el veneno de phaerimm que lo paralizaba. Allí se había quedado, preguntándose qué habría sido de Vala y de Aris, de Keya y de sus amigos vaasan y, sobre todo, que habría pasado entre Takari y Kuhl y la espada de ambos.

Transcurrió otro cuarto de hora antes de que Galaeron pudiera mover los dedos, y otro más antes de que tuviera control suficiente como para poder soltar los complicados nudos de Storm. Cuando lo consiguió, lord Duirsar estaba manteniendo una reunión con los Elegidos, con los comandantes de las compañías que habían sobrevivido, con Aris y con todos los que estaban llamados a representar un papel importante en los futuros acontecimientos.

Galaeron enrolló la cuerda y se la colgó al cinto, después se acomodó la armadura y atravesó la plazoleta para unirse a los demás. La poción curativa de Storm había sido sorprendentemente eficaz. Aunque había sentido que el phaerimm le había clavado a fondo el aguijón, la herida casi no le molestaba al andar, y al mirársela observó con estupor que ya estaba cerrada.

La primera que reparó en él mientras se acercaba fue su hermana Keya. Sin disculparse por abandonar el círculo de los que estaban de rodillas delante de lord Duirsar y al parecer sin importarle interrumpir la reunión, se puso de pie y corrió a su encuentro con los brazos abiertos.

—¡Hermano!

Se le lanzó a los brazos con tal fuerza que Galaeron se tambaleó, y habría caído de no haber cerrado ella los brazos sujetándolo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Bastante bien —respondió Galaeron riendo. Se desasíó del abrazo y la apartó sosteniéndola por los hombros para verla bien—. ¿Y tú?

—Ni un solo rasguño.

Keya dio una vuelta para demostrarlo, aunque estaba tan cubierta de polvo y de

sangre que casi resultaba imposible darse cuenta de que era una elfa.

—Me fiaré de ti —bromeó su hermano—. ¿Y los demás?

—Hemos perdido a Kuhl —le informó Vala uniéndose a ellos con una triste sonrisa—. Todos los demás han sobrevivido.

—Lamento la pérdida de Kuhl. —Galaeron la cogió de las manos—. Y me alegro de seguir teniéndote aquí —añadió.

—No estaría mal que me lo demostraras.

Vala lo besó con intensidad, provocando risas sinceras y un poco sorprendidas entre los asistentes. El beso duró lo suficiente como para resultar escandaloso. Después lo soltó y señaló a Takari que estaba detrás de ella.

—Y no sólo a mí —dijo Vala.

No muy seguro de cómo interpretar las palabras de Vala ni la sorprendente timidez de Takari, Galaeron se acercó a la exploradora elfa. No lo sorprendió demasiado encontrar la espadaoscura de Kuhl colgando del cinto de Takari. En la mirada de la elfa advirtió tristeza o culpa, pero ni sombra de oscuridad.

—Galaeron, lo siento —se excusó Takari sin atreverse a mirarlo a los ojos—. No tenía intención de abandonar mi puesto, pero ya se había ido cuando rodeé el árbol, de modo que cuando oí que la Compañía de la Mano Fría estaba intentando un ataque...

—Está bien.

—Pensé que debía ir a ayudarles —continuó—. Tal vez haya sido la maldición...

—Fuera lo que fuese, Takari, hiciste lo correcto —la felicitó Galaeron cogiéndola por las manos. No sabía lo que había sucedido con la espada de Kuhl y no estaba seguro de querer saberlo, pero podía ver por el brillo de los ojos de Takari que no había sido vencida por su sombra—. Me alegro de que sigas aquí.

Takari le dedicó una de esas despreocupadas sonrisas de cupido que tan bien recordaba de todos esos años en la Frontera Sur del Desierto.

Galaeron no pudo resistirse. La besó con tanta intensidad como Vala lo había besado a él, aunque esta vez la estupefacción de la multitud se manifestó en un murmullo sorprendido y no en risas sinceras. A Galaeron no le importó. Las quería a las dos, a Takari y a Vala, y había cometido errores mucho peores para salvar a Evereska, de modo que no le importaba lo que pensarán los demás. No estaba dispuesto a reprimir sus sentimientos para complacer a nadie, al menos ésa era una lección que había aprendido bien.

—Ejem —carraspeó la voz familiar de lord Duirsar—. Si se me permite interrumpir...

Galaeron y Takari se separaron de mala gana y él saludó con una reverencia al lord elfo.

—Gracias. Ahora que parece que te encuentras mejor —Duirsar provocó unas

risitas nerviosas entre los asistentes cuando se volvió enarcando una de sus cejas grises—, se me ocurre que con la muerte de Kiinyon Colbathin, Evereska tiene necesidad de un nuevo Capitán de las Defensas.

—Galaeron sería un buen comandante —dijo Learal Mano de Plata—. Ya ha salvado a la ciudad en una ocasión.

—¡Escuchad, escuchad! —gritó Dexon, que se levantó detrás de Keya cojeando con su todavía maltrecha pierna—. Puedo deciros que vuestros jóvenes ya andan por ahí contando cómo engañó a los phaerimm y los llevó a la muerte.

Mientras el vaasan hablaba, Keya, Zharilee y los demás comandantes de las compañías elfas permanecían de rodillas sobre las piedras del pavimento. Desenvainaron las espadas y las apuntaron hacia Galaeron para tocar después el suelo con ellas en un gesto de lealtad. Incluso el alto mago de Siempre Unidos, aquel al que Galaeron había ayudado a reparar las últimas hebras del Mythal, hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza.

Sin embargo, a Galaeron no le pasó desapercibido que eran sólo los humanos los que expresaban a voz en cuello su aprobación. Con la excepción de Takari y de su hermana Keya, los elfos trataban de no mirarlo a los ojos, y muchos de ellos parecían incapaces de impedir que sus ojos mirasen hacia el cielo surcado de sombras.

—¿Y tú qué dices, Galaeron? —Lord Duirsar apoyó una mano en el hombro de Galaeron—. ¿Querrás comandar a los defensores de Evereska?, ¿a los pocos que quedamos?

—Milord, no sé qué decir.

En lugar de arrodillarse para aceptar el nombramiento, Galaeron se volvió y miró al alto mago a los ojos. En ellos no encontró la incertidumbre y la aprensión que llenaba la mirada de los demás, sino más bien repulsión, miedo y desconfianza. De todos los elfos reunidos en la plazoleta, el alto mago había sentido más claramente que nadie el toque de la sombra de Galaeron, y en sus ojos era donde Galaeron podía leer cuál sería su futuro en Evereska. Hizo al mago una inclinación de cabeza, no como muestra de amargura y rencor, sino como señal de reconocimiento y aceptación, y a continuación se volvió hacia lord Duirsar.

—Lord Duirsar, por supuesto que serviré a Evereska hasta que haya expulsado de los Sharaedim al último de los phaerimm y de sus esclavos mentales. —Se volvió hacia Takari y se la quedó mirando hasta que vio la comprensión en sus ojos. Después miró a Vala y añadió—: Pero he prometido a Vala que me ocuparía de que las espadaoscuras que hemos tomado prestadas volvieran sin problema a sus familias en Vaasa.

Duirsar se quedó estupefacto y un murmullo de incredulidad recorrió a todos los reunidos. Ningún elfo se atrevía a rechazar a lord Duirsar, al menos ninguno que fuera ciudadano de Evereska.

—¡Galaeron! —dijo Vala entre dientes—. No hay necesidad...

—Soy un elfo —la interrumpió Galaeron. Sus ojos volaron hacia el alto mago—. Yo cumplo lo que prometo.

Ni siquiera para Vala pasó desapercibida la expresión de gratitud y alivio del mago.

—Espero que lo entiendas, milord —dijo Vala—. Para mi pueblo tiene importancia que las armas sean devueltas por quien las tomó prestadas.

Sorprendido como estaba por el rechazo de Galaeron, lord Duirsar fue lo bastante sensato como para reconocer una salida cuando se le ofrecía, de modo que asintió cortésmente y sonrió.

—Fue poco considerado por mi parte no pensar en eso. Estoy seguro de que encontraremos un sustituto. —Hizo una pausa momentánea y después se volvió hacia Keya—. ¿Y tú qué me dices, lady Nihmedu? ¿Necesitaremos encontrar un nuevo comandante para tu compañía también?

Dexon avanzó cojeando, tan indiferente al protocolo como sólo podía serlo un vaasan.

—Con vuestro permiso, milord, estableceremos nuestro hogar aquí siempre y cuando podáis aguantarme a mí.

Lord Duirsar se volvió hacia Vala.

—¿Accedería a ello la Torre de Granito?

—Él es libre de hacer lo que le plazca —dijo Vala dándole un pellizco en la mejilla a Dexon—, siempre y cuando le ponga al niño un nombre vaasan.

—Al menos el primero —prometió Keya.

—Muy bien —asintió Duirsar volviéndose hacia Dexon—. Entonces sería un honor para nosotros «aguantarte» hasta el fin de tus días, amigo mío.

Dexon sonrió y dio a lord Duirsar un rudo abrazo.

Mientras el señor elfo trataba de desembarazarse de él, Vala se volvió hacia Takari.

—Y tú también eres libre de hacer lo que te plazca.

—¿Libre? —dijo Takari frunciendo el entrecejo—. Por supuesto que soy libre, soy una Sy'Tel'Quess.

—Permíteme que te lo diga de otra manera —le aclaró Vala—. Como portadora del hijo de Kuhl y de su espadaoscura, tienes un lugar con nosotros en Vaasa.

—¿Con vosotros? —Takari respondió con una sonrisa de oreja a oreja y se acercó a Vala y a Galaeron—. ¿Vamos a vivir todos en la Torre de Granito... juntos?

—Sí, si así lo quieres.

Vala miró a Galaeron como pidiendo ayuda, pero por supuesto él se limitó a sonreír y a darle las gracias por señas. Ella palideció, pero rápidamente se recompuso y cogió a Takari por el brazo.

—En Vaasa tenemos algunas costumbres muy interesantes —dijo Vala entrecerrando los ojos para mirar a Galaeron—. Por ejemplo, nuestros hombres duermen fuera, en la nieve.

Epílogo

3 de Eleasias, Año de la Magia Desatada

En cuanto el Enclave de Refugio terminó de bambolearse le llegó a Malygris, el Suzerain Azul del Anauroch, la llamada. Aunque era necesario un poderoso acto de voluntad para resistirse a la llamada del Supremo, el dracolich se demoró en el lugar donde estaba apostado esperando a ver si el hilo de sombra que unía al enclave con el lago oscuro que había debajo se disolvía o si la montaña invertida se elevaba hacia el lugar que antes ocupaba en lo alto del cielo. Al ver que ninguna de las dos cosas sucedía, Malygris se dignó responder. Elevando su descarnada magnificencia del pico donde había estado posado, voló a la ciudad.

Antes de entrar en la cueva donde siempre lo recibía el Supremo, Malygris dio una vuelta por encima del enclave y se encontró con que la magnífica metrópolis se habría degradado de la noche a la mañana convirtiéndose en una ciudad triste de casuchas y chozas. El palacio del Supremo, cuya grandeza lo había asombrado incluso a él, era apenas algo más que un campo yermo a la luz del sol del Anauroch, con un arco solitario para indicar la entrada y un puñado de pozos de escalera que bajaban al subsuelo.

Cuando Malygris entró finalmente en la Puerta de la Cueva, se encontró a Telamont Tanthul esperando junto a una pila de cabezas recién cortadas cuya extensión bastaba para sostener a un dragón. El hedor era insoportable, pero se disiparía tras una década de curado. Aunque trató de que no se notase, Malygris estaba impresionado. La próxima vez que los malditos sacerdotes del Culto del Dragón acudiesen a su guarida con algún encargo, iba a estar encantado al observar las caras que pondrían al ver su nuevo nido.

Malygris estaba tan agradecido que en lugar de obligar al Supremo a acercarse a él, como venía siendo habitual, el dracolich se posó frente a la sombra. Los ojos de platino de Telamont parecían menos brillantes, pero había algo que hablaba más a las claras de su agotamiento.

—¿Has estado ocupado, todopoderoso? —preguntó Telamont.

—Eso no es de tu incumbencia. —Malygris alzó el hueso de su hocico hacia la pila de cabezas—. ¿Tienes ofrendas?

El Supremo hizo un gesto de asentimiento y señaló con una manga vacía hacia la pila. No dio muestras de haberse dado cuenta de que se estaba poniendo a prueba su confianza.

—El Culto del Dragón —dijo la sombra.

Malygris se quedó boquiabierto.

—¿La totalidad del culto?

—Sólo los tontos que sabían de tu esclavitud.

—¿Todos? ¿Estás seguro? —preguntó Malygris. Casi no daba crédito a sus oídos—. ¿Soy libre?

Telamont inclinó la cabeza.

—¿Acaso no me dijiste que era imposible liberarme del Culto?

—Eso fue entonces —respondió Telamont—. Actuamos cuando pudimos estar seguros.

—Y cuando más necesidad teniais —dijo Malygris volviéndose hacia la entrada de la cueva—. Podéis llevar las cabezas a mi guarida.

Extendió las alas, pero le resultó imposible levantar el vuelo. La voluntad de Telamont pesaba de tal modo sobre él que pensó que podría romperle los huesos más pequeños de las alas, y se encontró expresando ideas que había pretendido mantener en el terreno de lo privado.

—He visto la auténtica cara de Refugio, y ya no siento admiración. —Trató de quedarse en eso, pero la voluntad de Telamont lo incitó a seguir adelante—. Los mamíferos a los que llaman Elegidos están retirando tus mantas del Hielo Alto, y los demás reinos de los sangre caliente no tardarán en recuperar su fuerza. Creo que no pasará mucho tiempo antes de que tu ciudad se desplome sobre el lago o vuelva a refugiarse en la sombra.

—Te equivocas, amigo mío, pero no voy a discutir contigo.

Telamont señaló un punto en el suelo, junto a sus pies, y Malygris no pudo por menos que acercarse y apoyar su magnífica cabeza en la fría piedra. De repente pensó en el amuleto que los sacerdotes del culto usaban para controlarlo, pero no vio que colgara del cuello del Supremo. Telamont Tanthul tenía su propia magia.

—Refugio está aquí y aquí permanecerá.

—Refugio está aquí y aquí permanecerá —repitió Malygris a su pesar.

—Nosotros tenemos muchos enemigos, pero eso es algo a lo que estamos acostumbrados.

—Nosotros tenemos muchos enemigos... —Malygris trató de resistirse a decir el «nosotros», pero la voluntad del Supremo pesaba tanto como todos sus montones de monedas—..., pero eso es algo a lo que estamos acostumbrados.

—Refugio prevalecerá como de costumbre, ocultándose en la oscuridad y atacando desde las sombras.

La resistencia de Malygris se derrumbó y se encontró repitiendo las palabras por su propia voluntad.

—Refugio prevalecerá como de costumbre, ocultándose en la oscuridad y atacando desde las sombras.

—Bien —dijo Telamont. Alzó la manga y rodeó con cinco zarcillos de fría sombra el cuerno del hocico de Malygris—. Juntos triunfaremos.

Esta vez, cuando habló, Malygris lo hizo convencido de lo que decía.